El misterio del Cisne Negro

Tetsuya Ayukawa



DESTINO

Índice

Portada

Portadilla

I. Un mal día

II. El secretario

III. En las vías del tren

IV. Una salida sospechosa

V. Investigando sobre el terreno

VI. La caja fuerte

VII. Muerte en el viaje

VIII. La ciudad del norte

IX. ¿Qué sabía el actor de radionovelas?

X. El Club Cactus

XI. En busca de la cabeza

XII. Las dos coartadas

XIII. El caramelo envuelto en hoja de bambú

XIV. Una verdad sorprendente

XV. Una conversación en la azotea

Epílogo

Notas

Créditos

El misterio del Cisne Negro

Tetsuya Ayukawa

Traducción de Víctor Illera Kanaya

Ediciones Destino

I

Un mal día

1

Atsuko y Fumie enfilaron el bulevar comercial flanqueado por árboles en dirección a Shinbashi. Caminaban sin prisas, mirando los escaparates. Era casi mediodía, y la luz del sol de finales de primavera realzaba los colores vivos de sus atuendos: uno japonés, el otro occidental. Desde mediados de mayo, las gabardinas ligeras que tan de moda se habían puesto habían dejado de verse, e imperaban las prendas que anunciaban la inminente llegada del verano. La blusa de encaje de Atsuko podría haber resultado una elección atrevida en otras zonas de Tokio, pero allí encajaba a la perfección con el ambiente y realzaba su refinado estilo chic y deportivo.

Poco después se detuvieron frente a una joyería y miraron el escaparate.

—¡Qué bonito alfiler de corbata! —dijo Fumie señalando un alfiler dorado con forma de sable expuesto en el pequeño estante de cristal.

Atsuko entendió que Fumie no lo había dicho para obtener su aprobación, sino como una simple exclamación admirativa al imaginar el accesorio en el pecho de su esposo. Hacía diez días que el marido de Fumie había viajado al Reino Unido para participar en

una convención de empresas textiles que se celebraba en Lancashire, y a la vuelta visitaría varias fábricas en distintos países, por lo que aterrizaría de nuevo en el aeropuerto de Haneda en algún momento de septiembre.

—Me gusta. Le quedaría de maravilla a un hombre delgado de piel morena.

En realidad, Atsuko no tenía ni idea de si aquel alfiler fino y curvado, que le recordaba el cuerpo de una libélula, le quedaría mejor a un hombre con la piel clara o morena; se había limitado a describir al marido de Fumie.

—Tienes muy buen ojo, Atsuko. Voy a tener que invitarte a comer —dijo Fumie riendo, como dando a entender que no se le había escapado la sutil intención de aquel comentario. Cuando reía, a Fumie se le formaba un hoyuelo en la mejilla izquierda, y sus labios dejaban al descubierto unos dientes blanquísimos y perfectamente alineados.

Fumie consultó su reloj de pulsera.

—¡Justo a tiempo! Ya casi es mediodía. Conozco un restaurante italiano a tres calles de aquí. Está muy cerca.

Dicho y hecho: Fumie le enlazó el brazo y se puso en marcha. Esa facilidad que tenía para tomar decisiones y pasar a la acción era un rasgo de carácter que Atsuko admiraba y que se manifestaba incluso en los detalles más nimios. Por supuesto, lo pensaba porque ignoraba la verdadera razón por la que Fumie la había invitado a acompañarla a Ginza. Si lo hubiera sabido, su reacción habría sido muy distinta.

En la tercera esquina había un restaurante de curry y, en efecto, justo al lado estaba el restaurante italiano. Bajo un llamativo toldo de rayas rosas y verdes colgaba un cartel que decía POSILLIPO. Era la primera vez que Atsuko visitaba aquel lugar, pero Fumie debía de ser

una clienta habitual, porque subió con aire desenvuelto la escalera que conducía a la primera planta y se sentó a una mesa junto a una palmera china de abanico. A diferencia de la planta baja, allí reinaba la tranquilidad, y la mesa que había elegido Fumie era la más alejada de los pocos comensales que había. Más tarde, Atsuko comprendió que la elección de la mesa respondía a la necesidad de que nadie pudiera escuchar su conversación.

En el restaurante no había música ambiente, un detalle peculiar que lo diferenciaba de la mayoría de los restaurantes de Ginza, y el único sonido que acompañaba la comida era el murmullo del agua de dos fuentes de azulejos instaladas en medio de la planta. Escuchar ese sonido tras un paseo bajo el intenso sol veraniego producía una sensación de frescor y renovación, como si se limpiaran la piel sudorosa con una toalla húmeda y se refrescaran con colonia. Fumie debía de haber elegido ese restaurante en parte por su deliciosa comida y por la sensación de frescor que transmitían las fuentes, pero, sobre todo, por disponer de un lugar tranquilo en el que conversar con calma.

—No he probado nunca la comida italiana —dijo Atsuko tras lanzar una mirada fugaz a una rolliza pareja de aspecto italiano sentada a una mesa del fondo.

—Hay muchos platos, y muy elaborados —apuntó Fumie al tiempo que le ofrecía el menú, que, incomprensiblemente, estaba en italiano.

—Ah, mira. Aquí veo un plato que se llama macarrones Caruso. Creo que los probaré.

Atsuko había leído en una revista que el plato llevaba el nombre de Enrico Caruso, el inmortal cantante de ópera italiano, pero ahí terminaban sus conocimientos.

—Yo también los pedí la primera vez que vine.

Fumie sonrió simpática y llamó al camarero que, con su uniforme blanco, el cabello negro azabache y la piel bronceada, era la viva imagen del tipo mediterráneo.

Durante la comida, la conversación derivó hacia los pendientes, los collares y los anillos con gemas artificiales que habían estado admirando durante el paseo. Al fin y al cabo, a muchas mujeres les divertía hablar de joyas y otros complementos de moda aunque, por su precio, no pudieran permitírselos. Pero en el caso de Atsuko y Fumie, disfrutaban de una posición económica que les permitía acceder a lo que se les antojara. Y puede que fuera precisamente ese tema de conversación el que hizo que la comida en Posillipo le supiera incluso mejor de lo que Atsuko esperaba, compensando de algún modo la falta de condimentos de los platos.

Cuando terminaron de comer y les sirvieron un intenso café napolitano, Fumie se dio unos toquecitos en los labios con la servilleta y, de repente, miró a Atsuko esbozando una sonrisa cargada de intención.

—No quiero ser indiscreta, pero ¿estás saliendo con alguien ahora?

Lo brusco de la pregunta cogió desprevenida a Atsuko, que trató de disimular su turbación removiendo el café.

—No —respondió—. ¿Por qué lo preguntas?

—Bueno, es que hay un pequeño asunto que me gustaría comentarte.

—¿Ah, sí? ¿De qué se trata? —preguntó Atsuko sabiendo perfectamente que Fumie estaba tratando de abordar el tema de una propuesta de matrimonio.

—Verás —dijo Fumie bajando la voz, como si le confesara un asunto importante que convenía mantener en secreto—, hay un hombre al que le gustaría casarse contigo.

El rasgo más característico del rostro de Fumie eran sus grandes ojos. No solo eran grandes, sino profundos y cristalinos. Atsuko no era poeta y su mente no evocaba ningún lago helado escondido en lo alto de una montaña al mirar los ojos de Fumie; pero cuando su amiga fijaba aquellas pupilas claras en sus ojos, no podía evitar la extraña sensación de que sus sentimientos y pensamientos más íntimos quedaban expuestos. Atsuko redobló sus esfuerzos por ocultar su turbación, pero cuanto más se esforzaba, más sentía que se ruborizaba.

—Siento haberte pillado por sorpresa.

—No te preocupes —respondió Atsuko con fingida indiferencia.

A Atsuko no le interesaba lo más mínimo saber quién era el posible pretendiente, aunque, si seguía callada, corría el riesgo de que Fumie empezara a sospechar algo. Así que dijo:

—¿Y quién es ese hombre?

—El señor Haibara. Seguro que lo conoces. Es el secretario del presidente.

La mente de Atsuko evocó de inmediato la imagen de un hombre corpulento y de hombros anchos. El nombre la sorprendió un poco, pero en cuanto lo pensó con más calma, comprendió enseguida por qué Haibara quería casarse con ella. Atsuko lo conocía de haber charlado con él un par de veces en las fiestas que organizaba la empresa.

Fumie hablaba con el entusiasmo de una hermana que recomienda a su hermano como futuro esposo.

—Pienso que seríais un matrimonio ideal. Es un hombre atento y considerado con las mujeres. Estoy convencida de que la mujer que se case con él será muy feliz.

Sin embargo, Atsuko no compartía esa impresión. No pensaba que Haibara fuera ni muy atento ni muy considerado con las mujeres.

Aunque era cierto que siempre que se encontraban era muy amable y atento con ella, Atsuko lo atribuía a un sentimiento interesado más que a un rasgo de carácter que manifestara de forma natural con cualquiera. Después de todo, el padre de Atsuko era uno de los directores ejecutivos de la empresa en la que ambos trabajaban. Casarse con la hija de un alto cargo le allanaría considerablemente el camino hacia el ascenso en la compañía, y era imposible que el astuto y sibilino Haibara no tuviera en cuenta este detalle. No era tan ingenua como para dejarse engañar por una estratagema tan evidente y permitir que un hombre ambicioso alcanzara sus objetivos a su costa, ni tampoco se consideraba lo bastante benévola o comprensiva con las debilidades humanas como para justificarlo.

Era imposible que Fumie dedujera la opinión que le merecía a Atsuko aquella propuesta, por más que la mirara mientras se bebía el café en silencio. Insistió, como si de verdad creyera que era la mejor de las proposiciones:

—Haibara es un secretario muy competente y el presidente lo valora mucho, ¿lo sabías? Es un hombre responsable en el que se puede confiar, y tampoco se le conocen devaneos amorosos. No te puedes ni imaginar lo agotadoras que son las relaciones familiares, pero con él te ahorrarías todo eso, porque tiene pocos parientes. Ese, desde luego, no es un detalle menor.

Fumie estaba casada con un director ejecutivo sénior de la compañía, pero seguía sin hijos a pesar de haber pasado ya los treinta, y quizá para distraerse de la tristeza que esto le causaba, se había volcado en la vida amorosa de los demás. Ya había utilizado con éxito sus dotes de casamentera en tres o cuatro ocasiones y había propiciado el matrimonio de varias parejas jóvenes de la empresa. Dado que en esta ocasión se trataba del posible matrimonio de una antigua compañera de universidad con la que

tenía muy buena relación, tal vez era comprensible que afrontara el asunto con más entusiasmo del habitual.

Fumie hacía estas cosas con la mejor intención, eso lo sabía Atsuko, que también recordaba haberle oído decir a su padre que el ascenso de Haibara dentro de la compañía era cuestión de tiempo. «Es un hombre muy trabajador que se ha hecho a sí mismo», había comentado con admiración en más de una ocasión. Y, quizá a raíz de ello, hasta su madre se había formado una excelente opinión de Haibara.

—Pensaba abordar a tu padre con la propuesta, pero me pareció más adecuado hablar directamente contigo. En cualquier caso, no hay por qué decidir ahora. Háblalo con tus padres y piénsalo con calma. Al fin y al cabo, mientras no termine la huelga no se podrá hacer nada.

La voz de Fumie se apagó en un suspiro al final de la frase. Y ambas tenían buenas razones para suspirar. El sindicato de los trabajadores de la compañía Towa Textiles había iniciado una huelga hacía cosa de un mes como medida de presión para exigir a la dirección el cumplimiento de cuatro condiciones. Desde entonces, el enfrentamiento entre las partes no solo no había mejorado, sino que se había enconado y nada presagiaba que fuera a resolverse pronto.

—Oye, Atsuko, ¿por qué no vamos al cine en Hibiya? Si salimos ahora, llegaríamos a la siguiente sesión. Hace tiempo que quiero ver ese *thriller* —sugirió Fumie con tono desenfadado, como si quisiera disipar el ambiente ominoso que se había creado; cogió su bolso de piel de cocodrilo, y se levantó.

2

Atsuko se despidió de Fumie y tomó el metro hacia Shibuya. Aún faltaba para la hora punta, y las estaciones y los convoyes estaban relativamente vacíos. Se bajó en Shibuya y, mientras recorría el largo pasillo de enlace con la línea de Inokashira, un hombre la abordó.

Al principio pensó que la había confundido con otra persona. Ella, desde luego, no conocía de nada a aquel individuo delgado, de tez blanca y aspecto a primera vista inofensivo. Un escrutinio más detallado revelaba una mirada insidiosa y dura como el pedernal en sus ojillos fijos.

—Eres Atsuko Suma, ¿verdad?

No, el hombre no se había confundido de persona. Por el tono y la mirada torva, Atsuko pensó que quizá fuera un agente de policía de bajo rango. Pero no recordaba haber hecho nada que pudiera llamar la atención de la policía.

—No te robaré demasiado tiempo. Acompáñame, será solo un momento.

—¿A qué viene esto?

—Lo sabrás si vienes conmigo.

—Ni hablar. Si tienes algo que decirme, dímelo aquí.

—Aquí no puede ser —respondió él, lanzando miradas furtivas a su alrededor.

Para ser policía, su comportamiento era bastante sospechoso.

—¿Quién demonios eres? No te conozco de nada. Como sigas con esto, voy a gritar pidiendo socorro —le advirtió Atsuko ya subiendo la voz.

Si la muchedumbre que hacía transbordo entre las líneas de Inokashira y Tamagawa parecía un río, ellos eran dos piedras que asomaban en mitad de la corriente. Pero si Atsuko necesitaba ayuda, solo tenía que gritar: los transeúntes, los empleados de la estación o

la policía acudirían de inmediato a su llamada de socorro. Por eso no tenía ningún miedo.

—No digas tonterías. —El hombre tenía una voz grave y amenazadora, aunque hablaba casi en susurros. Atsuko pensó que ese sería el tono siniestro que uno imaginaría en las novelas de gánsteres—. Te lo estoy pidiendo por las buenas. ¿O acaso prefieres complicarte la vida?

—Pero ¿de qué estás hablando?

—No te hagas la tonta. Estoy al tanto de todo. ¿O es que quieres avergonzar a tu padre?

—No sé de qué me hablas.

—¡Basta ya! ¿Acaso no te importa que tu futuro marido cargue con el muerto y acabe señalado como un traidor?

El hombre pronunció las palabras enfatizando las sílabas finales y con un tono cada vez más amenazador. Lo de «señalado como un traidor» parecía sacado de alguna novela mal traducida, pero Atsuko había perdido la calma necesaria para reparar en esos detalles. Bastaba con ver la sonrisa segura y descarada de ese hombre para darse cuenta de que no podría zafarse de él con evasivas.

—Entonces, ¿vienes conmigo o qué? Tranquila, que no te voy a comer. Y, hablando de comer, si quieres podemos ir a alguna cafetería, la que tú elijas, y así te sentirás más cómoda. Como te he dicho antes, no pienso robarte mucho tiempo.

El tono del hombre había recuperado la calma inicial. En esa capacidad para modular la voz y manejar el efecto de las palabras se intuía una personalidad cultivada que lo distinguía del simple rufián de calle.

—No, no voy a ir. Podemos hablar aquí.

—Me parece que no. Soy una persona ocupada. Si lo que quiero discutir contigo pudiera decirse aquí, no te estaría proponiendo ir a

una cafetería. Creo que hay una frente a la estación.

—…

—Deja ya de marear la perdiz. Si no quieres ver los nombres de tu padre y tu futuro marido arrastrados por el fango, más vale que vengas conmigo.

El hombre ni siquiera esperó su respuesta: echó a andar, y ella lo siguió vacilante, como arrastrada por un sedal invisible. Y es que Atsuko, en efecto, guardaba un secreto inconfesable, al menos por el momento, pero no quería precipitarse sin antes saber cuánto sabía en realidad aquel hombre. Además, aquel atisbo de cultura que había percibido en su tono en cierto modo la tranquilizaba.

Cruzaron los tornos de la estación y salieron a la calle. En la zona de ocio comenzaban a encenderse neones rojos y azules. La famosa estatua de bronce de Hachiko fijó en Atsuko su mirada canina.

—Elige un sitio tranquilo, no queremos que nadie nos oiga, ¿verdad? Un comedor, la planta superior de un restaurante de fideos soba…

—Me niego a entrar en esos sitios.

—A ver, que a mí me da igual adónde vayamos. Pero si eliges mal, serás tú quien pague las consecuencias.

Mientras avanzaban hombro con hombro, Atsuko vio que era más bien bajito. No estaba gordo ni delgado, y, aunque no tenía una complexión especialmente robusta, su cuerpo emanaba una especie de aura asesina, el halo hostil y marrullero que adquieren, sin proponérselo, quienes en múltiples ocasiones han burlado la muerte en el campo de batalla o han participado en tiroteos entre bandas mafiosas. Todo eso la intimidaba.

—Ese sitio está bien —dijo Atsuko, y cruzó la calzada sin darle al hombre tiempo a responder.

Se detuvo brevemente en la puerta de una cafetería que quedaba justo enfrente y entró sin esperar. Aquella fue su pequeña forma de rebelarse contra la superioridad con la que él la había tratado hasta ese momento, como si dijera: «Podrás amenazarme, pero no vas a humillarme». Atsuko recorrió con la mirada el interior del local, eligió un reservado en una esquina y se sentó.

—No me van mucho los dulces. Hubiera preferido un tofu frío *hiya-yakko* mientras tú me servías sake.

El hombre soltó la impertinencia en tono chulesco mientras removía el café; luego se lo bebió de un trago y engulló el profiterol en dos bocados. La broma soez y su desagradable manera de comer provocaron en Atsuko una mezcla de asco y desprecio que no se molestó en disimular.

—A ver, ¿qué es lo que me querías contar?

Aunque lo suyo hubiera sido hablarle con grosería a un tipo de su calaña, el entorno de la cafetería no lo permitía, y eso la exasperó.

El hombre se limpió la boca con un pañuelo sucio, sacó con parsimonia un cigarrillo del paquete y lo encendió.

—Empezaré por el principio. Supongo que así lo entenderás mejor. Tu padre es director ejecutivo de Towa Textiles, cuya plantilla de fábrica está actualmente en huelga. El subsecretario del sindicato es un tal Narumi, un tipo espabilado, resolutivo, pero también simpático y educado, y por eso comprendo que resulte atractivo para las mujeres. No me extraña que estés loca por él —dijo, mirando a Atsuko con una sonrisa irónica—. Pero es una traición en toda regla. Por un lado, eres la novia del joven cabecilla del sindicato; por el otro, la hija de uno de los directivos más importantes de la compañía. Son dos posiciones irreconciliables, ¿no te parece?

El hombre hablaba como si estuviera pronunciando un discurso y clavó en Atsuko una mirada reprobadora.

—Piénsalo un poco: ¿qué crees que harían los del sindicato si yo les contara que el subsecretario, que debería ser el más leal de todos, está intimando en secreto con la hija del directivo enemigo? Narumi sería considerado un traidor y lo echarían a patadas. Y, en cuanto a tu padre, no creo que se tomara bien tu romance con el joven sindicalista. Sería el hazmerreír de la opinión pública.

—¿Qué te crees, que no sé todo eso? Nadie tiene que venir a explicármelo. Lo que me gustaría saber de una vez es qué demonios quieres de mí. Tengo mucho que hacer, y empiezo a perder la paciencia.

—Muy bien, entonces iré al grano: quiero un millón de yenes.

Atsuko no supo calibrar de inmediato la enormidad de la petición. El hombre lo había soltado como si fuera lo más natural del mundo, como quien pide cambio para comprar tabaco.

—¿Qué pasa? ¿Te parece mucho dinero? No creo que sea gran cosa para la hija de un ricachón como tu padre.

—…

—¡Solo tienes que retirar tus ahorros del banco! Y si no, le pides lo que falte a tu padre y ya está, ¿no? Los padres suelen ser blandos con sus hijas, seguro que te lo da.

—Ni hablar. Es imposible que pueda reunir tanto dinero.

—Si supiera que es mucho para ti no te lo habría pedido. Conozco bien el patrimonio de tu padre, porque ese es mi trabajo.

—Imposible.

—Muy bien —dijo el hombre, dejando entrever cierta exasperación, y se levantó—. Pero recuerda: tu padre se verá obligado a dimitir, humillado, y todo por negarte a darme una cantidad que es menos que calderilla para ti, mientras que tu novio se convertirá en un apestado, no solo para el sindicato, sino a ojos de todo el mundo.

—¡Espera! —susurró Atsuko, derrotada.

Era cierto: ella y Narumi estaban enamorados, pero, dada la delicada situación que atravesaba la empresa, habían decidido mantenerlo en secreto. A Atsuko le desagradaba calificar sus citas con Narumi como «encuentros furtivos»; era una expresión que sonaba lasciva y vulgar y que ensuciaba los ratos que compartían. Pero, al fin y al cabo, eso eran: encuentros furtivos. Y aunque le doliera llamarlos así, Atsuko lo asumía con resignación y una sonrisa amarga, y esperaba con paciencia el momento en que pudieran hacer pública su relación y, más adelante, casarse con él. Pero ¿cuándo los había visto juntos?

El tipo volvió a sentarse y sonrió como si hubiera sido testigo del debate interior de Atsuko. La amenaza en su voz y el brillo intenso de aquellos ojos que parecían dos puñaladas eran las únicas muestras de emoción de aquel hombre de rostro inexpresivo.

—Puedo decirte los lugares y las fechas exactas en los que te viste con Narumi. Lo tengo todo anotado en mi cuaderno.

—¿Cómo lo sabes?

Atsuko no lograba entender por qué ese hombre la había estado vigilando.

—Porque he estado siguiendo a Narumi.

—¿Por qué?

—Para obligarlo a hacer lo que quiero que haga. Para que obedezca mis órdenes.

—¿Qué clase de órdenes?

—Eso no es asunto tuyo. En cualquier caso, quería pedirle a Narumi que hiciera algo, pero sabía que se negaría, por tanto, ¿cómo podía obligarlo a acceder? La mejor opción era descubrir algún secreto suyo y amenazarlo con hacerlo público.

—¿Por eso lo estuviste siguiendo?

—Así es. Todo el mundo tiene algo que esconder, pero para descubrir los secretos de alguien se necesita paciencia, no vale dedicarle tres o cuatro días. Seguí a Narumi durante diez días, hasta que un día os vi juntos. Fue un auténtico hallazgo, ya lo creo. —Aunque la expresión de su rostro no había cambiado, su voz tenía cierto deje de vanidad—. Después, me puse a pensar: había estado hurgando en la vida privada de Narumi para encontrar algo con lo que obligarlo a que hiciera algo por mí; pero entonces comprendí que había otras formas de conseguirlo. Así que decidí aprovechar aquel hallazgo inesperado para algo aún mejor. Había encontrado la gallina de los huevos de oro, es decir, tú. Si te disgusta el símil de la gallina puedo cambiarte por un cisne o una grulla. Lo que importa es que eres una mina de oro.

—Ahórrate los cuentos. Están bien para los niños, pero no para que los utilice un chantajista.

—¿En serio?

—Si te empeñas en usar una analogía ornitológica, podrías decir que soy una hembra de pato clueca.

Los ojos del hombre centellearon y contrajo levemente las comisuras de la boca. Aquella mueca debía de ser su sonrisa.

—O un pato mandarín, qué más da. Lo que importa es si vas a darme ese millón de yenes o no. Podrías conseguir fácilmente setecientos u ochocientos mil vendiendo el coche que te acabas de comprar.

Atsuko lo miró atónita. Aquel hombre parecía conocer su vida mucho mejor de lo que habría imaginado. Era cierto, se había comprado un deportivo en marzo, hacía poco más de dos meses.

—Hay que ser muy ruin para aprovecharse así de las debilidades ajenas.

—Por dinero hago lo que sea. Ni más ni menos. No tengo principios ni me importa ser ruin. Para mí, esas son palabras vacías —dijo como si escupiera, y soltó una risa burlona.

—Sea como sea, no puedo hacerlo.

—Claro que puedes. Solo que las mujeres sois tacañas por naturaleza. La de clase baja es tan mezquina como la de un potentado, cada una a su manera. Quizá lleves ropa cara y seas guapa, pero me apuesto lo que quieras a que tienes un buen pico ahorrado.

—No me estaba refiriendo a eso. Me ha quedado bien claro que quieres venderme tu silencio por un millón de yenes, pero ¿qué garantías me ofreces sobre lo que harás después? ¿Cómo me voy a fiar de alguien como tú? Supongamos que te pago ese millón; nada me impide pensar que volverás a exigirme otro, y luego otro, y así hasta el infinito. Así que, mientras no me garantices que este será el único pago que haré para que guardes el secreto, no pienso darte nada.

—…

—Piénsalo bien y entonces hablamos.

—Vaya, nos ha salido listilla, la chica.

—Que no sirva de precedente, pero esta vez invito yo.

Atsuko cogió la nota, se levantó con rapidez y se dirigió hacia la caja registradora. Hubiera querido soltarle una fresca, pero le desagradaba rebajarse a su nivel. Resistió como pudo las ganas de volverse para mirar al hombre mientras la cajera le devolvía el cambio. Atsuko había cogido desprevenido al chantajista; lo había dejado con un palmo de narices, y no necesitaba mirarlo para percibir con claridad la frustración de aquel indeseable ante el giro imprevisto que había dado la situación.

Cuando se subió al tren de la línea Inokashira, Atsuko recobró la suficiente serenidad para repasar lo sucedido aquel día. Le habían propuesto matrimonio con un secretario que no le interesaba en absoluto, y un extraño había intentado chantajearla para sacarle una suma importante de dinero. Definitivamente, había sido un mal día.

II

El secretario

1

Haibara estaba bastante cansado. Observaba distraído el movimiento ágil de los dedos de la mecanógrafa, con las uñas pintadas de rosa nacarado, mientras esta sacaba una carta de un sobre.

—Este es el último correo de la mañana, señor Haibara.

—Dámelo, déjame ver.

Haibara cogió la carta y comenzó a leerla, pero enseguida hinchó las aletas de la nariz y frunció el gesto, visiblemente disgustado.

—¿Otra petición? —preguntó la mecanógrafa.

—¿Petición? No, no; son cartas de extorsión.

—¿Están acosando al presidente?

—Sí, ese parece ser el propósito, aunque no sé hasta qué punto van en serio.

Tras leerla, Haibara dobló la carta con cuidado y la devolvió al sobre. En su mesa había cerca de treinta cartas repartidas en tres montones. El primero contenía la correspondencia privada del presidente, que Haibara nunca abría. Sin embargo, parte de su trabajo era abrir y revisar el resto, es decir, la correspondencia oficial y la que no especificaba el remitente.

Con el fin de apoyar la huelga que había promovido el sindicato de empleados de fábrica de la compañía Towa Textiles, que había

comenzado en abril, las esposas de los afiliados escribían a la empresa quejándose de las penosas condiciones en las que se veían obligados a vivir los trabajadores y sus familias. Todas las misivas contenían más o menos las mismas quejas, como que no podían comprar arroz porque sus maridos se habían quedado sin sueldo o que apenas les alcanzaba para comprar la leche de fórmula para sus bebés. Casi siempre exageraban la dureza de su situación, lo que provocaba el efecto contrario al deseado en los directivos de la compañía, que se reían de esos patéticos intentos de ejercer presión.

Sin embargo, cuando la situación empezó a inclinarse a favor de la compañía, el contenido de las misivas fue radicalizándose, hasta el punto de que algunas podían calificarse de intimidatorias o de pura extorsión. Haibara debía remitir estas últimas al presidente para que las revisara en persona.

—Hoy han llegado tres —anunció la mecanógrafa.

—Se nota que están empezando a ponerse nerviosos —repuso Haibara—. Bueno, más que nerviosos, quizá sería más acertado decir que son pataletas desesperadas. Supongo que saben que la derrota del sindicato es un hecho.

Mientras la mecanógrafa ordenaba la correspondencia, Haibara se volvió y miró por la ventana. Un globo publicitario con el mensaje LIQUIDACIÓN DE PRIMAVERA estampado en la tela se mecía perezoso en el cielo sobre Nihonbashi. Bañada por el sol de principios de verano, la esfera translúcida parecía una medusa nadando en un vasto cielo azul cobalto.

—Liquidación de primavera… —musitó Haibara, sorprendido una vez más por lo rápido que pasaba el tiempo.

Desde que los trabajadores de la fábrica se habían declarado en huelga, Haibara encadenaba días enteros de reuniones con los

ejecutivos y de negociaciones colectivas, siempre en un ambiente tenso y desagradable. Había pasado muchas noches en blanco o durmiendo poco y mal en el sofá de la oficina. Pero en las negociaciones de finales de mayo la derrota del sindicato empezaba a perfilarse con claridad. La compañía había aceptado dos de las cuatro propuestas sindicales, y todo indicaba que el acuerdo final sería un empate técnico. Sin embargo, aunque en apariencia el resultado era equitativo para ambas partes, sin vencedores ni vencidos, lo cierto era que la compañía había rechazado las dos demandas más importantes, y eso la convertía, en la práctica, en la ganadora de la negociación. Ahora que por fin disfrutaba de un instante de sosiego y podía prestar una mínima atención a lo que lo rodeaba, Haibara se dio cuenta de que la primavera había terminado y el verano comenzaba. Y con ese pensamiento, rememoró los cincuenta días de dura lucha que habían quedado atrás.

—Parece que he adelgazado —se dijo, palpándose el brazo por encima de la manga.

Haibara era de complexión robusta y, aunque no se notaba a simple vista, había perdido cerca de ocho kilos en mes y medio.

Sacó un cigarrillo del paquete y lo encendió. Tenía bastante hambre, pues solo había desayunado una tostada. Aspiró el humo con fuerza y sintió un leve mareo. A diferencia de los cigarros que fumaba durante las negociaciones para calmar la ansiedad, aquel le supo a gloria. Ese sí que era el auténtico placer de fumar.

—Aquí tiene, señor Haibara.

Haibara volvió en sí cuando la mecanógrafa le tendió los tres fajos de cartas ya clasificados. Cogió la correspondencia privada del presidente y las cartas de extorsión, dejó el resto sobre su mesa y salió del despacho.

La oficina del presidente estaba en la misma planta, dos puertas más allá de la suya. Gosuke Nishinohata, el presidente de la compañía, estaba de pie frente a la ventana fumándose un puro Vegueros mientras observaba los coches en miniatura que circulaban por la carretera. El intenso aroma del puro, arrastrado por la brisa veraniega, invadió las fosas nasales de Haibara. Una vez, el presidente le había ofrecido uno, y Haibara lo probó, aunque el sabor le pareció demasiado potente como para disfrutarlo. Aquellos puros de lujo eran un obsequio del presidente de una empresa textil estadounidense que había visitado una de las fábricas de Towa Textiles el invierno anterior, y Nishinohata les tenía un aprecio especial. Haibara sabía muy bien que solo los fumaba cuando estaba especialmente relajado y de buen humor.

—Cartas, ¿eh?

—Sí, señor. Y hay tres que parecen de extorsión.

—Muy bien. Déjalas ahí. Me hace gracia que intenten doblegarme con amenazas para que acepte sus exigencias. Tú ya me conoces, sabes que esas cosas no me quitan el sueño.

Cuando hablaba, la voluminosa barriga del presidente se ondulaba. Era un hombre bajo y con sobrepeso, lo que hacía aún más evidente el abombamiento de su vientre. Además, su cuello corto y su rostro rubicundo lo asemejaban al héroe legendario Kintaro, mote con el que los empleados se referían a él a escondidas. Tenía las cejas anchas y los labios gruesos, y el pelo, cortado al rape, seguía siendo negro. En conjunto, su aspecto físico transmitía a primera vista un carácter fuerte y vigoroso.

—Saldré después de comer, así que prepárame el coche.

—De acuerdo. Pero el presidente de Maruta Trading viene a visitarlo a la una y media…

—No te preocupes. Yo mismo lo he llamado para posponer la cita a esta noche —repuso sin alterarse Nishinohata.

—¿Puedo preguntarle adónde va?

—A Nihonbashi. Voy a ver una exposición de pintura en unos grandes almacenes. Estaré de vuelta en un par de horas.

—De acuerdo. Haré que le traigan el coche. Pero…

Haibara echó un vistazo a las cartas que había dejado sobre la mesa.

—Intentan asustarme, hombre. Si me tomara en serio este tipo de amenazas no podría hacer nada.

—Pero entre los miembros del sindicato hay algunos muy violentos. Tal como está la situación, no sería raro que a alguno se le ocurriera hacer una locura a la desesperada.

—Lo sé —respondió con calma, dejándose caer en su sillón como un fardo. Se estiró el largo bigote mientras alzaba la vista hacia su secretario—. No es que desprecie la vida, ¿sabes? Pero, tranquilo, nadie me hará nada en pleno día.

—¿Quiere que lo acompañe?

—No, hombre, no. Quédate aquí, voy solo.

Quizá fue una impresión suya, pero a Haibara le pareció que a Nishinohata no le había hecho gracia su propuesta de acompañarlo.

2

Después de despedir a Nishinohata, Haibara pidió anguila asada de un establecimiento cercano y comió tranquilamente. La gran mayoría de los empleados había salido a comer a Ginza y la oficina estaba casi vacía. Aprovechando la ausencia de miradas indiscretas, Haibara sacó de su maletín una revista de economía que acababa de

comprar, la dejó en la mesa y cogió un lápiz rojo. Desde su época de estudiante, siempre había sido un poco obsesivo con sacar buenas notas, y ese rasgo de carácter seguía muy presente en él.

Haibara no tenía ninguna intención de terminar su carrera profesional como un empleado raso ni de conformarse con un ascenso modesto a jefe de departamento hasta llegar a la jubilación. Aspiraba a más. Pero para ello era imprescindible seguir aprendiendo y trabajar con ahínco. En su opinión, lo que desviaba a la gente de esa ambición y arrebataba la motivación para aspirar a cierto éxito profesional eran los placeres mundanos y el sexo opuesto. Por eso no sabía jugar al *go* ni al ajedrez japonés *shogi*. Tampoco había ido nunca al cine ni al teatro. Y es que, si uno encontraba la satisfacción en la persecución de un objetivo futuro, no lamentaba la falta de ocio ni consideraba aburrida esa clase de vida.

Lo mismo pensaba de las mujeres. Haibara estaba convencido de que no eran más que una influencia negativa para los hombres. Nunca había mantenido una relación con ninguna, y por eso seguía soltero a sus treinta y ocho años. Después de todo, hasta una mujer inteligente no dejaba de ser una mujer al fin. Algunas se le acercaban lanzándole miradas sugerentes, sin sospechar lo que opinaba de ellas, pero, por muy hermosas que fueran, Haibara las rechazaba de inmediato. Por supuesto, como hombre en plenas facultades físicas, a veces sentía la necesidad de desfogarse y acudía a establecimientos de comercio carnal. Pero jamás se le había pasado por la cabeza entablar relación sentimental alguna con una mujer.

La primera vez que Takeshi Haibara vio a Atsuko fue en una fiesta al aire libre organizada por la empresa el otoño anterior, a la que asistieron varios accionistas como invitados. Fue entonces, al verla vestida con su kimono de mangas largas y observar la gracia de sus

movimientos mientras oficiaba la ceremonia del té bajo el sol otoñal, cuando la llama del amor prendió en su corazón. Su teoría sobre la influencia perniciosa de la mujer en la vida del hombre no fue obstáculo para que floreciera su amor por Atsuko. Este hecho tenía una explicación bastante lógica: casarse con ella significaba convertirse en el yerno de un director ejecutivo sénior de la compañía y, por tanto, asegurar su propio ascenso en la compañía. A partir de ese día, Haibara comenzó a soñar despierto con frecuencia, y a deleitarse con la idea de hacerla su esposa.

Sin embargo, aquello no habría bastado para alterar el corazón de Haibara por sí solo. Resulta curioso cómo, tras un primer encuentro, se suceden ciertas coincidencias inesperadas. Haibara y Atsuko se habían encontrado tres veces fuera del trabajo: coincidieron en el ascensor de unos grandes almacenes, en un muermo de fiesta de *kouta* organizada por los ejecutivos de la compañía, y en una exhibición de danza de la propia Atsuko. Pocas cosas le resultaban más deprimentes que soportar los vozarrones ásperos de los ejecutivos fingiendo erudición en un arte tan delicado, pero aquella vez no le resultó en absoluto desagradable sencillamente porque Atsuko estaba entre los asistentes. Ese día, Atsuko vestía un kimono granate con motivos de peonías de color gris plata claro. La chaqueta abierta *haori* de crepé japonés *hitokoshi chirimen*, con sus sutiles arrugas, habría deslucido a muchas otras mujeres, pero en Atsuko, con su elegancia sobria y natural, realzaba aún más su figura. En la exhibición de danza, Atsuko deleitó al público con el baile de *La doncella garza*. En aquella ocasión, Haibara hasta había comprado la entrada para ir a verla. Cada vez que coincidían, la llama de su amor se avivaba con una intensidad que comenzaba a quemarle el corazón.

Era la primera vez que Haibara se enamoraba de alguien, y no sabía cómo calmar el deseo ni la ansiedad por la mujer amada. Aunque el asunto de la huelga lo mantenía ocupado durante el día y lo distraía de aquella pasión creciente, al terminar la jornada, cuando se tumbaba en la cama, la única imagen que evocaba su mente era la de Atsuko. Siendo como era un hombre meticuloso y diligente en todo lo relacionado con su trabajo, los primeros despistes que tuvo por estar pensando en ella fueron de lo más evidentes. Por eso, tras despedir en el aeropuerto de Haneda al vicepresidente y a un ejecutivo sénior que partían hacia Lancashire, Fumie Hishinuma, la esposa del ejecutivo sénior, lo acosó a preguntas hasta hacerle confesar su amor por Atsuko.

—Eres más ingenuo de lo que pensaba. Pero, tranquilo, que ya me encargaré de que Atsuko sepa lo que sientes por ella.

Haibara solía recordar y rumiar a diario aquellas palabras de Fumie mientras esperaba ansioso la buena nueva.

Abrió la revista y trató de leer un artículo, pero le resultó imposible concentrarse y no entendió ni una palabra de lo que estaba leyendo. Veía el rostro y la figura de Atsuko detrás del texto impreso. Era más bien bajita y tenía los ojos separados, y, aunque no respondía al estereotipo de belleza despampanante, había en sus rasgos inteligencia y frescura. Haibara dejó de fingir que leía, cerró la revista y se entregó a su pasatiempo favorito: imaginar una vida feliz junto a Atsuko. La oficina seguía estando en silencio.

Pero ¿por qué Fumie todavía no le había dicho nada? Contó con los dedos los días que habían pasado desde aquella promesa en el taxi, y le pareció que estaba tardando demasiado. Cada vez que pensaba en ello, el ánimo se le ensombrecía. Y tenía motivos para preocuparse: el presidente conocía su secreto.

Aunque quizá llamarlo «secreto» fuera exagerado. Después de todo, era algo que cualquiera en su posición habría hecho. Pero lo que para unos podía parecer insignificante para otros podía ser decisivo. Tal vez este fuera el caso de Atsuko.

Haibara tenía la impresión de que Atsuko era una mujer directa a la que no le gustaban los juegos retorcidos. Si el presidente le iba con el cuento de su secreto o ella se enteraba por algún otro medio, cualquier sentimiento que abrigara hacia él se convertiría en asco y desprecio. Y eso era lo que Haibara temía.

Tenía que actuar cuanto antes. No podía permitir que el presidente hablara. ¿Qué podía hacer para que mantuviera la boca cerrada?

—Matarlo… —murmuró aún aturdido.

La palabra lo sacó de su ensoñación de golpe. Menudo disparate. Nunca había pensado en nada remotamente parecido. ¿Matar al presidente Nishinohata? Qué locura…

Pero minutos después de desechar de su pensamiento lo que sin duda era una idea absurda, la fantasía del asesinato volvió a emerger con inusitada fuerza. Haibara sabía que le caía bien al vicepresidente Haruhiko Ryu, por lo que la muerte de Nishinohata no amenazaría su puesto.

«No, no, estoy desvariando. Tengo que olvidar esta idea», se dijo Haibara, y se irguió de golpe, como queriendo sacudirse aquella idea disparatada.

Fue en ese momento cuando recibió la llamada que le anunciaba que Hanpei Chita estaba en recepción y quería hablar con él.

—Ya sé lo que va a decirme sin necesidad de escucharlo. No pienso verlo. Dile que se marche —espetó secamente por el auricular.

Haibara no tenía ninguna intención de recibir a Hanpei Chita, un hombre a quien, en el mejor de los casos, consideraba muy desagradable.

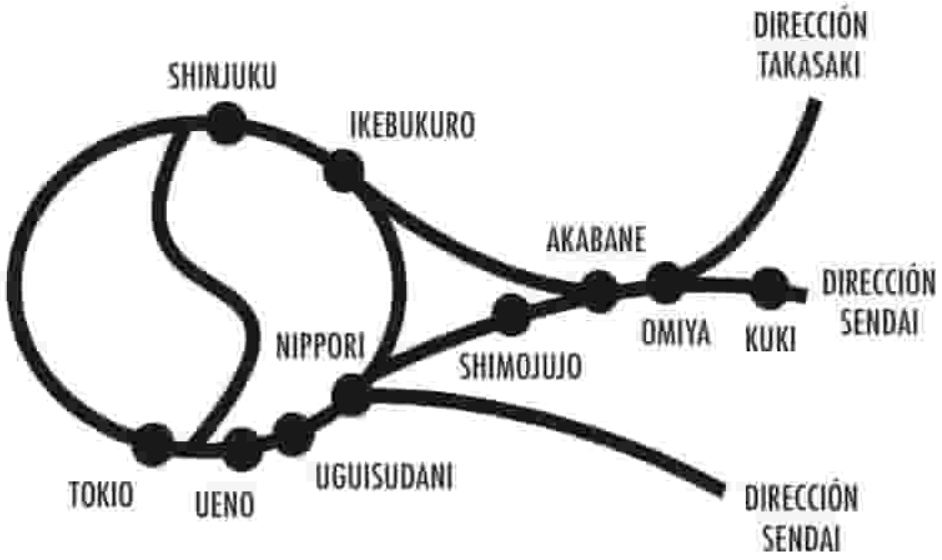
III

En las vías del tren

1

Eran cerca de las cuatro de la mañana del 2 de junio. Aunque faltaba poco para que amaneciera, las estrellas aún titilaban en el cielo nocturno de principios de verano. A lo lejos, las luces intermitentes de posición rojas y verdes de un avión parecían rozar las copas de los árboles de un bosque negro como boca de lobo, pero el rugido del motor no llegaba hasta ellos. El maquinista, con su descolorido mono de trabajo azul marino y la gorra del uniforme calada y sujeta por debajo de la barbilla, estaba sentado en el duro asiento de la cabina de mando. Aferraba con la mano derecha la palanca inversora y no apartaba los ojos de los raíles iluminados por los faros del tren.

El fogonero abrió ruidosamente la tapa de la caldera y lanzó al interior una palada de carbón. El violento traqueteo de la locomotora se había cobrado su precio en la salud del maquinista, que padecía del estómago y tenía muy mal color. Sin embargo, cada vez que se abría la portezuela de la caldera, la luz roja del fuego le teñía las mejillas y, por un momento, su aspecto mejoraba tanto que no parecía el mismo. Operar una locomotora de vapor exigía mucho más esfuerzo que manejar una eléctrica. Aun así, la compensación económica que recibía era escasa.



Mientras controlaba de reojo los movimientos del fogonero, el maquinista no apartaba la vista de las vías. Estaba más nervioso de lo habitual, y tenía motivos. Esa noche, sobre las 23.10, unos cuatrocientos metros más allá de la estación de Shimojujo, el mercancías 783 con destino a Aomori había colisionado con un tráiler que se había llevado por delante la barrera del paso a nivel y había invadido la vía. Aunque el responsable del accidente había sido el camionero, este había muerto en el acto, y la policía tuvo que interrogar al maquinista, que había sufrido quemaduras graves por vapor en la mitad derecha del cuerpo, en la cama del hospital.

La locomotora no solo arrastró el camión unos cien metros, destrozándose la parte frontal en el proceso, sino que además descarriló e invadió las vías de mercancías y pasajeros de la línea ascendente, lo que obligó a suspender durante varias horas el servicio en la línea Tohoku.

El funcionamiento de la línea descendente de mercancías se restableció a las dos de la madrugada, y el maquinista Ubajima, que a esas horas dormía en su casa porque estaba fuera de servicio, fue llamado con urgencia a su puesto. La locomotora había sido

reemplazada por otra, pero pensar en su pobre compañero herido mientras conducía un tren que arrastraba decenas de vagones le daba muy mal rollo. Lo que más le preocupaba era el apuro en el que se encontraba su compañero. Por norma general, los maquinistas implicados en colisiones, aunque fuera por causas ajenas a su voluntad, quedaban señalados en su hoja de servicio, y, en el peor de los casos, eran despedidos. Un maquinista fuera de su cabina era como un pez fuera del agua, un hombre sin recursos ni forma de mantener a su familia. Aquello podía pasarle a cualquiera de ellos en cualquier momento, nadie estaba a salvo.

Ubajima estaría desanimado, pero tenía los ojos bien abiertos. Se concentró en consolar, reprender y animar con su buen hacer a la locomotora que rugía y temblaba bajo su cuerpo. Apenas llevaba una hora a los mandos de la máquina, pero su rostro ya estaba cubierto de una fina capa negra de hollín, y solo sus ojos relucían.

Poco antes de llegar a la estación de Kuki, Ubajima hizo sonar con fuerza el silbato de vapor. Lo hizo porque sabía que un kilómetro antes de llegar a la estación había un paso a nivel sin vigilancia, justo en plena curva. Y fue en ese preciso instante, al tomar la curva, cuando Ubajima asomó el torso por la ventana y lanzó un grito.

—¿Qué ocurre?

—He visto algo extraño. Creo que era un cuerpo humano.

—¿Un cadáver?

En lugar de responder, Ubajima tiró de la palanca del freno. Como ya había empezado a reducir la velocidad, el tren se detuvo apenas cien metros más adelante. La locomotora expulsaba grandes nubes de vapor, como si protestara por la repentina parada.

—Me temo que alguien ha saltado a las vías delante del tren.

—¿De verdad? —dijo el fogonero en tono dubitativo.

Él también había estado muy atento al sentido de la marcha, pero no había visto nada extraño. Solo llevaba un año en el puesto, y le admiraba la agudeza de Ubajima: la experiencia no tenía precio. De acuerdo con el Artículo 15 del Reglamento de Servicio, en estos casos debía notificarse el incidente para que lo investigasen las instancias correspondientes.

—Voy a ver —dijo el fogonero, y bajó a las vías por la escalerilla.

En contraste con la tranquilidad del maquinista, el fogonero tenía el corazón desbocado, aunque el aire frío de la noche templó un tanto su nerviosismo. Nunca había vivido un accidente.

Linterna en mano, avanzó a paso rápido en sentido contrario a la marcha del tren. El círculo de luz se bamboleaba con cada zancada, iluminando sucesivamente vagones cubiertos y otros descubiertos que, tras su paso, volvían a sumirse en la oscuridad. Como el tren estaba parado en una curva, no alcanzaba a ver los últimos vagones del larguísimo convoy. Siguió caminando hasta que distinguió un cuello blanco asomado por la ventana del último vagón, el del revisor.

—¿Qué ha pasado? —preguntó este.

—Parece que alguien se ha tirado a las vías.

—¿Una mujer?

—No lo sé —dijo el fogonero, casi sin aliento—. El que lo ha visto es el señor Ubajima, yo no he visto nada.

El revisor retiró la cabeza de la ventana, y al instante se oyó el crujido del balasto cuando saltó a la vía.

—Te acompaño —le ofreció el revisor al fogonero, como si le hubiera leído el pensamiento, y se adelantó con su linterna para iluminar el camino.

Enseguida encontraron el cadáver. Dos pies y las perneras de unos pantalones largos asomaban en la zanja que bordeaba la parte

interior de la curva. El pie derecho conservaba el zapato negro, pero el izquierdo solo llevaba calcetín. El fogonero, que temía encontrar un cadáver destrozado por las ruedas del tren, soltó un suspiro de alivio cuando la luz de las linternas reveló que el cuerpo tenía las extremidades intactas.

—Parece que solo ha recibido un golpe. Saquémoslo de ahí.

Si el accidentado aún respiraba, debían practicarle los primeros auxilios. El fogonero y el revisor saltaron a la zanja, levantaron el cuerpo y lo arrastraron a la franja de tierra junto a las vías. Era un hombre de baja estatura, pero corpulento, y tuvieron que emplearse a fondo para moverlo. Cuando por fin lo tendieron en el suelo, ambos estaban sudando.

El hombre tenía los ojos cerrados, como si le molestara la luz. Lucía un gran bigote cano, con las puntas largas y estiradas, como uno de esos antiguos generales del ejército de tierra, y el rostro tenía un tono azulado. El revisor aplicó la oreja al pecho de la víctima y, al volverse para mirar al fogonero, recibió toda la luz de la linterna en los ojos.

—¡Eh, aparta esa luz! —exclamó, girando el rostro para evitar el haz.

—Lo siento. ¿Está vivo?

—No, está muerto. Con un mostacho tan impresionante y va y se tira al tren. Qué desperdicio.

—Sí, ya ve —dijo el fogonero, asintiendo en la oscuridad.

Todo el mundo sabía que quienes se quitaban la vida lanzándose a las vías del tren solían ser indigentes, pacientes con depresión o amantes que en un arrebato romántico decidían morir juntos. Por eso había algo decididamente extraño en que un hombre con aquel rostro enérgico y orondo hubiera muerto así.

—Habrá que hacer algunas llamadas —dijo el revisor, apuntando con la linterna el extremo superior de un poste de teléfono.

—La estación de Kuki está aquí al lado. Creo que sería mejor ir hasta allí y avisarlos de lo sucedido.

Convinieron en que esto último era lo mejor y, dejando el cadáver donde estaba, volvieron al tren. Al poco, un breve silbido hendió la noche y el tren número 783 reanudó la marcha con una fuerte sacudida.

2

Ya había amanecido cuando dejaron la camilla con el cadáver en la hierba que flanqueaba las vías, lista para ser retirada. El rocío que perlaba la estera de paja con la que lo habían tapado centelleaba al sol de la mañana.

Al principio, el empleado de la estación y el agente de policía local que se personaron de inmediato en la escena pensaron que se trataba de un simple caso de suicidio: el hombre se había lanzado a las vías delante de un tren en marcha y había salido despedido a consecuencia del golpe. No obstante, una simple inspección visual del cadáver puso en entredicho esta primera hipótesis.

El lado izquierdo de la chaqueta marrón que vestía el fallecido estaba empapado de sangre a la altura del pecho, y al darle la vuelta al cuerpo descubrieron un único orificio entre los omoplatos. Un examen más minucioso reveló que la tela que rodeaba el orificio estaba ennegrecida por quemadura. Al margen de que fuera un suicidio o un homicidio, lo único claro era que aquel hombre no había muerto atropellado por un tren. El empleado de la estación y el agente local regresaron corriendo a la estación y llamaron al

responsable de seguridad pública de la estación de Omiya para ponerlo al corriente. Este, a su vez, se puso inmediatamente en contacto con la comisaría de Omiya.

El oficial que acudió al lugar del suceso prosiguió con las pesquisas, y pronto descubrieron un hecho llamativo: la hemorragia del cadáver era extrañamente escasa. En condiciones normales, una herida como aquella habría provocado un gran charco de sangre en torno al cuerpo; sin embargo, en las inmediaciones apenas se encontraron restos. Y el examen de la herida no dejaba lugar a dudas: había sido causada por un disparo a bocajarro con una pistola. Además, por la ubicación del orificio de entrada de la bala, era imposible que el hombre se hubiera disparado a sí mismo. Tampoco descubrieron el arma en la zona. A partir de esas evidencias, el oficial concluyó que la víctima no había sido atropellada por un tren, sino que alguien lo había matado de un disparo y había trasladado su cadáver hasta el lugar en el que fue hallado. No solo no localizaron el arma homicida, sino que tampoco apareció el zapato izquierdo de la víctima. Estos hechos reforzaban la hipótesis del traslado de la víctima después de muerto.

La víctima era un hombre de entre cincuenta y cinco y sesenta años. Por su hermoso y cuidado bigote y su buen aspecto general parecía evidente que pertenecía a una clase social acomodada. Vestía ropa confeccionada con lana de verano de alta calidad que llevaba bordado el nombre de un conocido sastre. La identificación definitiva se produjo cuando examinaron su tarjeta de visita.

Ni Gosuke Nishinohata era un personaje eminente ni Towa Textiles era una empresa de primer nivel. Sin embargo, hasta el empleado de la estación conocía los nombres, porque las reivindicaciones de los obreros de la compañía en huelga y la actitud inflexible de su presidente estaban en boca de la opinión pública. Las imágenes del

presidente Nishinohata, que habían aparecido en los periódicos y semanarios, llamaban la atención por su característico bigote y dejaban una impresión imborrable en quienes las veían.

Tras recibir el informe, varios oficiales de policía de la comisaría central de Urawa y el fiscal de la oficina regional se trasladaron de inmediato al lugar de los hechos. Una vez efectuadas las oportunas comprobaciones, la policía metropolitana notificó la muerte de Gosuke Nishinohata a su domicilio, en el barrio de Tamagawa Yoga. Acababan de dar las ocho de la mañana del 2 de junio.

3

Los filósofos niegan la existencia del azar. Afirman que, aunque existen sucesos que parecen fortuitos, atribuirlos a la fortuna es un error que deriva de una deficiente investigación de sus causas. Cuando el pintor de obra Yoshihara descubrió unas extrañas manchas en el techo de un vagón de tren, la gente de la zona y la prensa local lo atribuyó a una mera casualidad; pero un examen más minucioso del asunto reveló su origen.

Aquella mañana, Yoshihara se había quedado dormido mientras trabajaba porque se había acostado muy tarde la noche anterior. Estaba tan emocionado por ver a su novia que perdió la noción del tiempo. Y es que ella era cariñosa y guapa y lo quería con toda su alma.

Yoshihara y su compañero habían recibido el encargo de pintar el paso elevado de la estación de tren de Shiroishi. Antes de que se pusieran manos a la obra, el subjefe de la estación les insistió mucho en que fuesen con sumo cuidado para evitar accidentes. Si perdían pie y caían a las vías, podían ser arrollados por un tren. Como

pintores profesionales, estaban acostumbrados a trabajar en lugares altos, y la excesiva confianza y relajación podía jugarles una mala pasada.

En general, los únicos colores que se empleaban para pintar las estaciones eran el negro, el amarillo y el gris. Además, esas estructuras solían ser mastodónticas y tenían superficies extensas sobre las que trabajar, por lo que la tarea tendía a ser monótona y, aunque uno empezara trabajando en tensión, era difícil mantener ese estado de alerta mucho tiempo. Yoshihara había comenzado a cabecear cuando de pronto abrió los ojos con sobresalto: la brocha que se le acababa de caer había aterrizado con escándalo en el techo de un vagón del tren que se había parado justo debajo.

«¡Mierda!», pensó con pánico, agarrándose a la cuerda que lo mantenía suspendido en el aire y mirando abajo. Lo que le había llamado la atención no era la brocha caída, sino las manchas de color rojo oscuro que teñían una quinta parte del techo del vagón contiguo. Aunque parecían ya secas, quizá por efecto del viento cuando aún estaban húmedas y el tren estaba en movimiento se habían alargado en sentido contrario al de la marcha del tren y parecían diminutos signos de exclamación. A Yoshihara le parecieron gotas de sangre y pensó que debía de haber habido algún accidente.

De pronto, sonó la campana que anunciaba la salida del tren. Dos o tres usuarios pasaron corriendo a su lado, bajaron la escalera a todo trapo y saltaron a las escalerillas del vagón más próximo. El jefe de la estación contaba los segundos en el reloj de bolsillo que sujetaba en la mano cubierta con un guante de algodón blanco. Yoshihara miró con irritación la brocha en el techo de vagón. La parada era breve, así que no tendría tiempo de recuperarla. La bronca de su jefe estaba asegurada: el día empezaba mal. Pero ¿de qué serían esas manchas?

Yoshihara no volvió a acordarse de las manchas hasta la pausa de descanso de la mañana. Un empleado de la estación que conocía vino a decirles que habían encontrado un cadáver junto a las vías, cerca de la estación de Kuki.

—Nos han llamado desde Tokio para decirnos que los avisemos si vemos un vagón con manchas de sangre en el techo.

—¿Manchas de sangre en el techo? ¿Y eso?

—Por lo visto, un tren de pasajeros recorrió un tramo con ese cadáver en el techo de un vagón, y suponen que ese vagón tendrá manchas de sangre.

—¿Y qué hay que hacer si lo vemos?

—No lo sé. Solo sé que la policía lo está buscando.

Yoshihara estaba molesto consigo mismo por haber perdido la brocha, y estuvo un rato fumando en silencio hasta que, de pronto, recordó lo que había visto hacía un rato.

—¡Anda, eso fue lo que vi! Era un vagón del tren que salió más o menos a las nueve y veinte, ese que estuvo parado casi veinte minutos por un accidente. —Yoshihara se quedó pensativo tratando de recordar lo que habían dicho por megafonía—. ¡Ah, sí, ahora lo recuerdo! Era un tren con destino a Aomori, con vagones de segunda y tercera clase y parada en todas las estaciones.

—Ese es el tren número ciento diecisiete, con salida a las ocho cincuenta y nueve.[1] —El empleado comenzó a ponerse de pie, pero se detuvo y le preguntó a Yoshihara—. Oye, estás seguro de que tenía esas manchas de sangre, ¿verdad?

—¿Cómo voy a saber si eran manchas de sangre? Solo vi que una parte del techo tenía unas manchas oscuras, como las que quedan en la tabla de cocina cuando se despieza un conejo.

UENO — SENDAI
(LÍNEA PRINCIPAL TOHOKU) (LÍNEA DESCENDENTE)

		537	539	515	115	541	543	411	401	113	413	117	3111	3113	45
		Oyama	Ujie	Utsunomiya	Koyama	Utsunomiya-Kiryu	Oyama	Aomori	Akita	Sendai	Aomori	Aomori	Kuroiso	Kuroiso	Aomori (tren de carga)
Ueno	sal.	18 00	18 25	18 50	19 25	19 50	20 10	20 35	21 30	21 50	22 30	23 40	9 30	13 15	22 12
Oku	"	18 08	18 34	18 58	19 33	↓	20 17	20 42	↓	21 59	22 38	23 48	↓	↓	↓
Akabane	"	18 18	18 43	19 07	19 42	20 06	20 25	20 50	21 42	22 06	22 47	23 55	9 43	13 30	22 29
Omiya	"	18 38	19 08	19 29	20 08	20 28	20 48	21 12	22 04	22 30	23 09	0 18	10 08	13 50	23 00
Hasuda	"	18 46	19 16	19 38	20 16	↓	20 56	21 21	↓	22 40	23 19	0 29	10 17	↓	↓
Shiraoka	"	18 55	19 23	19 44	20 22	↓	21 02	21 28	Expreso	22 46	23 25	0 35	10 25	↓	↓
Kuki	"	19 02	19 30	19 51	20 30	20 48	21 10	21 35		22 54	23 35	0 43	10 33	↓	23 22
Kurihashi	"	19 12	19 40	20 01	20 40	20 57	21 20	21 45		23 03	23 45	0 53	10 43	↓	↓
Koga	"	19 23	19 51	20 10	20 51	21 07	21 30	21 56		23 14	23 58	1 03	10 54	↓	↓
Mamada	"	19 33	20 00	20 20	21 01	↓	21 40	22 05	↓	23 24	0 08	1 13	11 05	↓	↓
Oyama	lleg.	19 42	20 09	20 28	21 10	21 33	21 48	22 14	22 48	23 33	0 15	1 22	11 15	14 34	23 53
	sal.	...	20 12	20 30	21 14	21 34	No circula los sábados	22 16	22 50	23 38	0 20	1 28	11 16	14 54	0 04
Koganei	"	...	20 21	20 38	21 23	21 43		22 25	↓	23 45	0 20	↓	11 41	↓	↓
Ishibashi	"	...	20 30	20 47	21 33	21 52		22 34	↓	23 55	0 39	↓	11 51	↓	↓
Suzumenomiya	"	...	20 38	20 55	21 42	22 01		22 43	↓	0 04	0 48	↓	12 01	↓	↓
Utsunomiya	lleg.	...	20 48	21 04	21 53	22 11	...	22 53	23 17	0 14	0 58	1 58	12 11	15 02	0 35
	sal.	...	20 55	Locomotora diesel	22 05		...	23 00	23 24	0 29	1 05	2 12	12 18	15 08	0 45
Okamoto	"	...	21 04		22 14		...	↓	↓	↓	1 15	2 24	12 37	↓	↓
Hoshakuji	"	...	21 11		22 21		...	↓	↓	↓	1 23	↓	12 44	↓	↓
Ujie	"	...	21 19		22 30		...	23 21	↓	↓	1 32	2 41	12 52	↓	↓
Kamasusaka	"	...	[illegible]	—	22 42		...	↓	↓	↓	1 38	↓	12 59	↓	↓
Kataoka	"	...		—	22 47		...	23 28	↓	↓	1 45	↓	13 05	↓	↓
Yaita	"	...		—	22 55		...	↓	↓	1 04	1 54	3 01	13 21	↓	1 25
Nozaki	"	...		—	23 03		...	↓	↓	1 10	2 03	3 15	13 30	16 00	↓
Nishi-Nasuno	lleg.	...		—	23 11		...	23 57	0 07	1 20	2 11	3 22	13 37	16 08	1 39
	sal.	...		—	23 13	...	...	0 19	0 09	1 29	2 14	3 24	13 40	16 14	1 43
Higashi-Nasuno	"	...		—	23 22	...	...	↓	↓	↓	2 24	3 37	13 48	16 24	↓
Kuroiso	"	...	...	—	23 30	...	...	0 36	↓	1 47	2 33	3 46	13 57	16 32	↓
Takaku	"	...	...	—	↓	...	...	0 52	↓	↓	↓	↓	[illegible]	[illegible]	↓
Kurodahara	"	...	...	—	23 42	...	...	↓	↓	↓	2 48	4 03			↓
Toyohara	"	...	...	—	↓	...	...	↓	↓	↓	2 55	4 10			2 21
Shirasaka	"	...	...	—	↓	...	...	↓	↓	↓	3 10	4 22			2 37
Shirakawa	lleg.	...	...	—	0 04	...	...	1 20	0 51	2 19	3 24	4 30			2 48
	sal.	...	...	—	0 11	...	...	1 34	0 57	2 26	3 32	4 36			3 10
Kutano	"	...	...	—	↓	...	...	↓	↓	2 32	3 38	4 43			↓
Izumizaki	"	...	...	—	↓	...	...	1 57	↓	2 43	3 48	4 50	—		↓
Yabuki	"	...	...	—	↓	...	...	↓	↓	2 51	3 54	4 58	—		↓
Kagamiishi	"	...	...	—	↓	...	...	↓	↓	2 58	4 02	5 07	—	—	3 30
Sukagawa	"	...	...	—	0 41	...	...	2 22	↓	3 06	4 11	5 18	—	—	3 43
Asakanagamori	"	...	...	—	↓	...	...	↓	↓	3 15	4 20	5 24	—	—	↓
Koriyama	lleg.	...	...	—	0 54	...	...	2 38	1 38	3 22	4 27	5 32			4 00
	sal.	...	...	—	1 03	...	...	2 44	1 47	3 32	4 35	5 52	→	—	4 20
Hiwada	"	...	...	—	↓	...	...	↓	↓	3 40	4 45	6 01	[illegible]	—	↓
Gohyakugawa	"	...	...	—	↓	...	...	↓	↓	3 47	4 50	6 10		—	↓
Motomiya	"	...	...	—	1 20	...	...	3 04	↓	3 54	4 57	6 18		—	4 42
Sugita	"	...	...	—	1 34	...	...	↓	↓	4 03	5 08	6 30		—	↓
Nihonmatsu	"	...	...	—	1 42	...	...	3 17	↓	4 11	5 18	6 39		—	5 02
Adachi	"	...	...	—	1 48	...	...	↓	↓	4 17	5 22	6 46		—	↓
Matsukawa	"	...	...	—	↓	...	...	↓	↓	4 25	5 31	6 57		—	5 17
Kanayagawa	"	...	...	—	↓	...	...	3 37	↓	4 31	5 37	7 08		—	↓
Fukushima	lleg.	...	...	—	2 20	...	...	3 46	2 36	4 42	5 51	7 22		—	5 34
	sal.	...	...	—	2 47	...	...	4 00	2 45	4 52	6 02	7 42	—	—	5 50
Seno-Ue	"	...	...	—	↓	...	...		—	5 00		7 51	—	—	↓
Date	"	...	...	—	↓	...	...	↓	—	5 09	↓	7 59	—	—	6 05
Koori	"	...	...	—	↓	...	...		—	5 14		8 07	—	—	6 14
Fujita	"	...	...	—	↓	...	...	Dirección Aomori (por la línea principal Ou)	—	5 20	Dirección Aomori (por la línea principal Ou)	8 13	—	—	6 22
Kaida	"	...	...	—	↓	...	...		—	5 32		8 27	—	—	↓
Kosugo	"	...	...	—	↓	...	...		—	5 38		8 34	—	—	6 50
Shiroishi	"	...	...	—	3 33	...	...		—	5 58		8 59	—	—	7 11
Kita-Shirakawa	"	...	...	—	↓	...	...		—	6 08		9 11	—	—	↓
Ogawara	"	...	...	—	3 48	...	...		—	6 17		9 18	—	—	7 32
Funaoka	"	...	...	—	3 55	...	...		—	6 24		9 28	—	—	7 42
Tsukinoki	"	...	...	—	4 07	...	...		—	6 31		9 35	—	—	↓
Iwanuma	"	...	...	—	4 10	...	...		—	6 41		9 44	—	—	8 01
Masuda	"	...	...	—	4 20	...	...		—	6 50		9 54	—	—	↓
Rikuzen-Nakada	"	...	...	—	4 25	...	...	↓	—	6 58	↓	9 58	—	—	↓
Nagamachi	"	...	...	—	4 32	...	...		—	7 02		10 05	—	—	8 10
Sendai	lleg.				4 40					7 11		10 11			8 28



Horario de trenes 1

4

Esa misma mañana, a primera hora, un chico paseaba tranquilamente con su perro por el camino que bordea las vías en el tramo entre las estaciones de Ueno y Uguisudani. El chico estaba recuperándose de una dolencia pulmonar y no perdonaba un solo día el paseo matutino. Sentía que, si estaba todo el día respirando el aire contaminado del barrio popular en el que vivía, los pulmones volverían a llenársele de hollín. De ahí su necesidad de pasear por el parque para respirar el aire fresco y limpio de la mañana y purificarlos. Todas las mañanas, pasaba por delante del Museo de Ciencias, rodeaba la Facultad de Bellas Artes y regresaba a casa, donde su madre le tenía preparado el desayuno.

A unos trescientos metros de la estación de Ueno el camino se bifurcaba, y el ramal izquierdo subía una pequeña loma antes de descender y fundirse de nuevo con el sendero principal. El chico ascendió la cuesta a un ritmo suave que no alterase su respiración. En invierno, cuando nevaba, los jóvenes del barrio se reunían allí para esquiar por la pendiente nevada. En otro tiempo, cuando estaba sano, él también esquiaba, pero a raíz de su reciente enfermedad no podría volver a practicar ningún deporte físicamente exigente. Cada vez que subía esa cuesta pensaba en ello y, olvidando que se estaba recuperando con éxito, se enfadaba consigo mismo por haber contraído aquella maldita enfermedad.

Desde el lado izquierdo de la cuesta se ve un puente de hormigón que pasa por encima de las vías del ferrocarril y permite acceder al

parque Ueno. Es el puente Ryodaishi, una gran construcción con carriles para coches en la parte central, flanqueados por aceras para peatones. Cruzar este puente era la rutina diaria del chico.

El perro, que iba delante, conocía bien la ruta, pero esa mañana, cuando empezaron a cruzarlo, corrió hasta el borde de la acera y comenzó a olisquear frenéticamente.

—¡Pesu! ¡Pesu!

El perro no le hizo caso y siguió ladrando con la nariz pegada al suelo, como si quisiera llamarle la atención sobre algo.

—¿Qué pasa, Pesu?

El perro redobló la intensidad de sus ladridos al sentir a su dueño cerca. En el punto que olisqueaba se veía una mancha bastante grande en el pavimento negro. El joven no sabía qué era, pero a juzgar por el nerviosismo del perro no debía de tratarse de nada tan convencional como una mancha de aceite de coche.

Como el pavimento estaba húmedo del relente de la noche, la mancha no se había secado. Con intención de averiguar qué era, el joven miró alrededor en busca de un palo o algo parecido, y fue entonces cuando sus ojos se posaron en el pasamanos de hormigón que tenía delante y se quedó petrificado. El color gris claro del hormigón le permitió reconocer la sustancia al instante: era sangre.

En otro tiempo, el joven se habría echado a temblar solo de verla, pues sentía una aversión casi visceral por la sangre. Por desgracia, la enfermedad de pulmón que padecía y sus constantes esputos de sangre lo habían acostumbrado al rojo líquido. Por eso pudo examinar sin alterarse la mancha que teñía el hormigón.

Se apoyó en el pasamanos y se asomó para observar el lado contrario. También allí había manchas. No hacía falta mucha imaginación para entender que alguien herido y sangrando saltó por

encima y cayó a las vías. El chico dejó volar un poco más la imaginación y se estremeció recreando mentalmente una pelea.

Justo debajo del tramo de puente manchado pasaba la línea descendente de la línea principal Tohoku. Quien cayera desde allí debió de terminar destrozado bajo las ruedas de un tren. Miró abajo temiéndose lo peor, pero no vio nada escabroso. Quizá el tren, que acababa de salir de la estación de Ueno, aún no había cogido velocidad y había podido frenar a tiempo. En cualquier caso, el descubrimiento de esa mancha siniestra había estropeado su agradable paseo matutino.

Obligó al perro a andar y continuaron con la ruta habitual. Justo delante del Museo de Ciencias tropezó con un policía que estaba haciendo la ronda.

—Disculpe, agente, ¿ha pasado algo en el puente Ryodaishi?

El policía se volvió y lo miró con extrañeza mientras jugueteaba con la porra.

—¿En el puente Ryodaishi? No, que yo sepa. ¿Por qué lo dice?

El escrutinio del policía lo intranquilizó, y su turbación creció aún más cuando se dio cuenta de que probablemente todo aquello era producto de su imaginación.

—Verá —dijo, ruborizándose—, es que vengo de allí y he visto sangre y se me ha ocurrido que quizá alguien había resultado herido…

El policía era más o menos de su misma edad, algo más bajo, pero más corpulento, como suelen ser los jóvenes que han crecido en entornos rurales. Tenía el rostro bronceado y ojos pequeños que se iluminaron al oír lo que le estaba explicando.

—¿Manchas de sangre?

—Eso creo, aunque podría ser de un animal —repuso el joven.

Había dicho esto porque no quería que el policía se riera de él en caso de que su suposición inicial fuese errónea. Empezaba a arrepentirse de que su curiosidad lo hubiera llevado a actuar de manera impulsiva.

—No se preocupe. ¿En qué parte del puente las vio?

Lo cierto es que el policía no tenía el menor interés por el asunto. Después de todo, con inspeccionar la escena y redactar un informe para sus superiores cubriría el expediente. Pero como no podía decírselo así de claro al ciudadano ni desdecirse, no tuvo más remedio que acompañarlo. Desanduvieron el camino que previamente habían seguido el joven y su perro, que meneaba la cola con alegría.

Acababan de doblar la esquina del Museo Nacional y habían dado unos pasos hacia el puente cuando oyeron que alguien los llamaba. Detrás, a unos doscientos metros de donde estaban, frente a la puerta principal del museo, un hombre con pinta de guarda de seguridad agitaba los brazos para llamar su atención.

—Vayamos. Debe de haber pasado algo.

El joven siguió al policía todo lo rápido que le permitió su precaria salud.

El vigilante señaló con la mirada un vehículo estacionado a su lado.

—Disculpe, pero es que este coche nos está estorbando. ¿No podría moverlo usted?

Se trataba de un hombre de unos cincuenta años, y aunque parecía algo esmirriado, tenía una mirada penetrante. Las profundas líneas de expresión que iban de las aletas de su nariz a la boca y su expresión desabrida delataban un espíritu gruñón.

—El propietario no tardará en llegar, no se preocupe —respondió el policía sin despeinarse.

La puerta del lado del conductor estaba entornada, como si el conductor acabara de bajar para hacer un recado rápido. Sin embargo, cuando inspeccionaron el vehículo más de cerca, comprobaron que la carrocería gris estaba mojada por el relente y que el motor estaba frío. Era evidente que el coche llevaba horas allí. Lo habían dejado justo delante de la entrada principal, y cuando abrieran estorbaría el acceso a los visitantes.

—¿Desde cuándo está aparcado aquí?

—Anoche no lo vi —repuso secamente el vigilante. Su expresión parecía decir: «Deja de preguntar tonterías y llévate el coche de una vez».

El coche era un Kaiser, un modelo de gama media, pero nuevo. La matrícula blanca con letras negras indicaba que se trataba de un turismo particular.

—¿Es que no sabe conducir? —le espetó el vigilante en tono desabrido.

El policía no contestó y miró dentro del coche. Había un sombrero fedora negro caído junto al acelerador.

—A ver… —dijo el joven, aventurándose a coger el sombrero.

Se veía que era un artículo de gran calidad, un borsalino nuevo que despedía un leve olor a aceite para cabello.

De pronto, el rostro del policía adoptó una expresión preocupada, mucho más seria que cuando el chico le había hablado de las manchas de sangre en el puente. El policía hurgó en el compartimento lateral de la puerta, sacó el permiso de conducir, lo abrió, y se quedó mirando al vacío como si intentara recordar algo.

—¿Les suena alguien que se llama Nishinohata? Gosuke Nishinohata…

—Oh, sí, Gosuke Nishinohata es el presidente de una empresa textil, esa que está ahora en huelga…

—Sí, sí, es verdad, acabo de recordarlo. La empresa se llama Towa Textiles, ¿no? Pero… —dijo el policía, dejando la frase a medias.

La duda del policía era la misma que la del joven.

—Pero ¿por qué su coche está abandonado aquí?

—Eso es… En cualquier caso, señor, no toque el coche hasta nuevo aviso, ¿de acuerdo?

—Pero ¡qué dice! ¡Tienen que llevarse este coche de aquí ahora mismo porque si no…!

El policía lo dejó con la palabra en la boca. Le dio unas palmaditas en el brazo al joven y, en un tono de entusiasmo que contrastaba con su desgana anterior, le dijo:

—Vamos, deprisa. Tengo que ver esas manchas de sangre del puente.

IV

Una salida sospechosa

1

Fue alrededor de las once de la mañana cuando se supo que la sangre adherida al pasamanos del puente Ryodaishi era del presidente Nishinohata. Aunque por el momento era imposible determinar si el director había sido asesinado allí y luego habían lanzado su cadáver a las vías desde el puente o si la propia víctima había saltado para huir del atacante, fue fácil imaginar que el cuerpo había caído sobre un tren que en ese instante pasaba por debajo del puente y había acabado en Kuki, en la prefectura de Saitama.

El centro de operaciones de la investigación policial se instaló en la primera planta de la comisaría de Ueno pasadas las doce del mediodía, algo más de ocho horas después del descubrimiento del cadáver, por lo que podía afirmarse que la policía no había trabajado con especial diligencia, al menos hasta ese momento. La intención inicial era establecer el centro de operaciones en la comisaría de Omiya y que esta llevara la investigación en colaboración con la policía de la prefectura de Saitama, pero el inesperado descubrimiento del escenario del crimen en el puente Ryodaishi hizo que se descartara esa idea.

La investigación de campo y la obtención de pruebas forenses corrió a cargo de un equipo de investigadores formado por efectivos

de la policía metropolitana y del cuerpo local. Fueron el inspector Sudo, con más de veinticinco años en el oficio, y el inspector Seki, nombrado en su cargo el año anterior, los primeros en visitar las oficinas centrales de Towa Textiles en Ginza oeste. Emparejar a un inspector experimentado y a otro novato era uno de los criterios para formar los equipos de investigación, y tenía como finalidad, entre otras cosas, el aprendizaje y formación del novato a través del contacto directo con la experiencia y saber hacer del veterano.

—Encantado de trabajar con usted —le dijo Seki a Sudo con una inclinación de cabeza.

—Muy bien —repuso Sudo, que siguió a lo suyo.

Aunque el gesto de Sudo habría parecido arrogante y desagradable en cualquier otra persona, Seki no se sintió ofendido, sin duda porque el rostro tostado y los ojos caídos del inspector Sudo le daban un aire bonachón y cercano. Lucía, además, un bigotillo que parecía trazado con una pluma. Este detalle se añadía a los anteriores para reforzar, aún más si cabe, esa pinta de señor de barrio popular y de trato fácil.

Se tardaron quince minutos en formar nueve parejas de inspectores. Después, los dieciocho inspectores recibieron las oportunas instrucciones del inspector jefe y partieron hacia sus respectivos destinos. Unos fueron a entrevistar a los posibles testigos y a otros se los envió en busca de indicios a los escenarios del crimen.

Sudo y Seki entraron en la estación de Ueno y tomaron el metro en dirección Ginza. Al fin y al cabo, solo los detectives de las películas y series televisivas tomaban taxis para desplazarse por la ciudad. En el mundo real raramente se iba a ningún sitio en coche, no porque los investigadores no quisieran, sino porque el presupuesto no daba para más.

Salieron del metro en Ginza-Yonchome y la marea humana los llevó hasta el puente Sukiya, donde doblaron hacia la izquierda. El puente Sukiya, que hacía unos años había sido el escenario de una serie radiofónica que emocionó hasta las lágrimas a muchas amas de casa, estaba a punto de ser demolido.

—Nada es eterno, ¿no es así? —comentó Seki.

—¿Qué dices que es eterno? —gritó Sudo, que no lo había oído bien por culpa del ruido del tranvía. Una oficinista de paso los miró con recelo.

El edificio de las oficinas centrales de Towa Textiles estaba al lado de un aparcamiento. Los agentes entraron en la sala y la recepcionista los atendió. En condiciones normales, la chica los hubiera recibido con una simpática y bien entrenada sonrisa, pero la muerte violenta del presidente debía de haberle afectado, porque apenas cambió el gesto.

Sudo y Seki subieron a la sexta planta y se encontraron frente a un largo pasillo con suelo de mármol que, en otras circunstancias, estaría bullendo de actividad, con un trasiego incesante de empleados o mecanógrafas llevando documentos de un lado a otro.

Tal como les habían indicado, los dos inspectores esperaron sentados en el sofá instalado al lado del ascensor. Al cabo de unos minutos, se les acercó un hombre de unos cuarenta años con algo de sobrepeso. Vestía un traje típico de oficinista del barrio de Ginza, pero había algo pueblerino en su atuendo y ademanes. Se presentó como el secretario del presidente Haibara y llevó a los policías a su despacho.

—¿Les apetece un cigarrillo? —preguntó el secretario con aire desenvuelto después de intercambiar los saludos de rigor.

El secretario se esforzaba por hablar un japonés estándar, aunque no lograba ocultar del todo su fuerte acento del noreste.

—Tengo tabaco, muchas gracias, no se preocupe —dijo el inspector Sudo rehusando el ofrecimiento con sencillez. Acto seguido, sacó un cigarrillo de su pitillera dorada descascarillada, lo encendió, dio una calada y añadió, con la misma naturalidad de antes, que solicitaba la colaboración del secretario en el caso del asesinato del presidente Nishinohata—: Si supiera de alguien que pudiera estar deseando la muerte del presidente, nos gustaría saberlo.

—Por supuesto que los hay; y digo bien, porque no es solo uno, sino tres —afirmó tajante el secretario. Dio la impresión de que estaba esperando la pregunta.

—¿Quiénes son?

—Dos son Yoshio Koigakubo y Shusaku Narumi: el secretario y el subsecretario, respectivamente, del sindicato de trabajadores de nuestra empresa. Ya deben de saberlo, pero llevamos mes y medio inmersos en un duro conflicto laboral, aunque en la negociación colectiva celebrada anteayer hubo avances. De las cuatro demandas planteadas por el sindicato aceptamos dos, y creo que pronto llegaremos a un acuerdo.

—Entiendo.

—El hecho de que aceptemos dos de las cuatro demandas del sindicato puede dar la impresión de que el conflicto ha terminado en tablas, pero, en realidad, es una derrota clara del sindicato —explicó Haibara mirando alternativamente a los dos agentes, como queriendo asegurarse de que le estaban prestando atención—. Quizá ya las conozcan por la prensa, pero las exigencias del sindicato son cuatro: las dos más importantes son la subida salarial y el establecimiento de indemnizaciones en caso de despido; las otras dos, según sus propias palabras, son cuestiones relativas a los derechos humanos básicos.

Sudo y Seki conocían esas exigencias en líneas generales. Una de las demandas era ciertamente curiosa: la supresión de la inspección previa de la correspondencia privada de las empleadas. Según la prensa, las cartas que llegaban a la residencia para las empleadas eran abiertas e inspeccionadas por un supervisor. Abrir una carta privada sin el consentimiento de su destinatario era un acto ilegal, pero lo que más críticas había despertado entre la opinión pública era la mentalidad trasnochada del presidente Nishinohata, que había impuesto esa práctica, y la actitud sumisa de los empleados, que parecían haberla aceptado sin queja.

—En la fase final de la negociación que tuvo lugar anteayer, la empresa aceptó la libertad de culto y suprimir la inspección previa de la correspondencia privada. Los líderes sindicales se fueron de la reunión diciendo que expondrían esas concesiones ante la asamblea para decidir si las aceptaban o no. Pero fíjense que sus dos demandas más importantes, la subida salarial y la indemnización por despido, fueron rechazadas de plano. Es decir, que la huelga de los empleados no ha servido prácticamente para nada. Mucho ruido y pocas nueces, como se suele decir.

—Pero la supresión de esa inspección y la aceptación de la libertad de culto no dejan de ser logros del sindicato.

—No, no. Ahí está la clave —replicó de inmediato el secretario. Hablaba despacio, como si le costara articular las palabras, pero en realidad era muy elocuente—. La empresa nunca ha abierto las cartas de sus empleadas. Eso es un bulo que no tiene ni pies ni cabeza. Pintando a las empleadas como heroínas y poniendo a la empresa como el malo de la película, el sindicato pretendía ganarse las simpatías de la opinión pública. Como comprenderán, que aceptemos dejar de hacer algo que nunca hemos hecho es un logro bastante risible.

Los inspectores desconocían lo que Haibara les acababa de contar y se quedaron francamente sorprendidos de los tejemanejes que ocultaba un conflicto laboral.

—La compañía también fue objeto de bastantes malentendidos a cuenta del asunto de la libertad de culto. Quien más quien menos, todos necesitamos creer en algo que calme nuestra angustia existencial, por decirlo así. Por eso, como un padre que se preocupa por sus hijos, el presidente quiso compartir con sus empleados la paz y la serenidad de espíritu que le procuraba la religión que él mismo profesaba. Sin embargo, esto no gustó a los empleados. Les debió de parecer que estaban mejor jugando al *pachinko* que rezando a los dioses. Por eso, aunque el presidente lo había propuesto con toda la buena intención del mundo, no quiso forzar a los empleados en un asunto así y accedió a la demanda del sindicato. Esta es, por lo tanto, otra concesión que no significa nada para la compañía y, en la práctica, tampoco para el sindicato; aunque esta pueda publicitarla como un logro.

—Entiendo.

—En esta última mesa de negociación, el presidente les dio un ultimátum: dado que la empresa había cedido en dos cuestiones, el sindicato debía ceder en las dos restantes, y amenazó con un cierre patronal si no lo hacía. Debería haber amenazado con el cierre mucho antes, pero en esto también me gustaría que ustedes vieran el modo paternal y paciente con el que el presidente ha tratado siempre a sus empleados.

—Ya veo.

—Y quiero recalcar este punto: fue el presidente Nishinohata quien tomó personalmente la decisión de adoptar una posición tan dura en lo que respecta al cierre patronal. Se mostró intransigente. Si alcanzamos el acuerdo en los términos que les acabo de comentar,

el sindicato sufriría una derrota sin paliativos y la reputación de Koigakubo y Narumi quedaría por los suelos.

Quizá llevado por la locuacidad, Haibara parecía no darse cuenta de la contradicción que suponía que el presidente paternal y paciente se hubiera convertido de un momento a otro en uno autoritario al que no parecía temblarle el pulso a la hora de adoptar posturas inflexibles.

—Koigakubo y Narumi son quienes controlan el sindicato, pero esta es la primera huelga que convocan tras haber sido elegidos, por lo que estas negociaciones son una especie de prueba de fuego para comprobar sus dotes de mando. Además, como ellos fueron los que echaron a la anterior cúpula sindical tachándola de proempresarial, cada vez que cometen un error reciben durísimas críticas y son objeto de mofa por parte de la facción de la antigua cúpula. Últimamente, incluso se rumorea que la antigua cúpula está maniobrando para conformar un nuevo sindicato paralelo. Supongo que no les extrañará nada si ahora les digo que Koigakubo y Narumi querrían ver muerto al presidente Nishinohata.

—Entonces, ¿los demás directivos ven con buenos ojos la huelga?

—Hombre, decir que la «ven con buenos ojos» sería demasiado —repuso el secretario con un tonillo de reproche y una mueca de desagrado—, aunque desde luego no han sido tan tajantes como el presidente. De no ser por él, podría haberse llegado a un acuerdo más favorable para el sindicato. Desde una perspectiva más general, esto significaría contentar a los miembros del sindicato, y, desde una más personal, los dos dirigentes se librarían de las burlas de sus enemigos internos. Estoy seguro de que esto es lo que en el fondo piensan Koigakubo y Narumi. Por todo esto, creemos que ellos pueden haber asesinado al presidente. Además, Narumi es un

radical que no tiene ningún reparo en decir barbaridades en público, como que hay que enterrar al presidente y lindezas por el estilo.

Cuando terminó de hablar, Haibara encendió su tercer cigarrillo. Era un hombre de piel clara, aunque tal vez a causa del cansancio después de tanto hablar se había sonrojado.

2

Haibara tiró la tercera colilla en el cenicero y tomó un trago de té para hidratarse la garganta antes de seguir hablando.

—Lo he comentado antes de pasada, pero la religión que profesaba el presidente es una nueva secta del sintoísmo llamada El Chamán. Ahora no es el momento de entrar en detalles doctrinales, pero es una organización religiosa bastante grande y con un considerable número de adeptos, así que no me extrañaría que la conocieran —dijo, y esperó a que los policías asintieran para continuar—: Y como ya les he comentado, el presidente hizo proselitismo de su fe buscando la felicidad de los trabajadores. Aunque si cedemos a la reivindicación del sindicato, todos sus miembros abandonarán la secta, con el consiguiente perjuicio para la organización.

—¿Cuántos afiliados tiene el sindicato?

—Solo en la fábrica de Tokio habrá unos seis mil quinientos miembros. La fábrica está en el barrio de Adachi, así que la sucursal de la secta del área de Tohoku se quedaría vacía si perdiera a todos esos trabajadores. Esta posibilidad alarmó a la central, y el fundador de la secta en persona no paró de mandar emisarios y cartas de su puño y letra al presidente, rogándole que no aceptara la demanda del sindicato. A pesar de ello, a medida que las cosas se fueron

complicando, es decir, a medida que el presidente se mostraba cada vez más favorable a aceptar la libertad de culto, la actitud de la congregación religiosa fue radicalizándose, a tal punto que enviaron una notificación avisando de que considerarían el abandono masivo de la organización como un acto de traición del presidente hacia el fundador de la secta.

—¿Qué significa eso exactamente?

—Pues que los traidores serían tratados como tales, y que, si no quería sufrir las consecuencias de su decisión, no debía plegarse a las exigencias del sindicato. Un chantaje en toda regla.

—Un chantaje, ¿eh? Hasta donde tengo entendido, El Chamán es una secta bastante poderosa. ¿Por qué le preocupa tanto la deserción de seis mil quinientos miembros?

—Nuestra empresa cuenta con fábricas en Nagaoka y Osaka. Sería un revés durísimo para la secta que todos los empleados de esas fábricas la abandonasen. No solo eso: existe la posibilidad de que los elementos díscolos dentro de la secta, críticos con sus enseñanzas, aprovechen la ocasión para hacer lo propio. Esto, a su vez, podría provocar una reacción en cadena que alentase a otros miembros a abandonar, lo que podría significar el fin de la organización.

—Está claro.

Sudo asintió con la cabeza, como si el secretario lo hubiera convencido. Se rumoreaba que el fundador de la secta era un repatriado japonés que entró en contacto con el chamanismo en Oroqen, en el norte de Manchuria. En palabras de un catedrático universitario, famoso como crítico social, la doctrina de El Chamán era un conjunto de creencias muy superficiales derivadas del chamanismo primitivo y revestido con ropajes modernos. Dado que el chamanismo y la hechicería estaban íntimamente ligados, el fundador de la secta exhibió todo tipo de milagros frente a sus

fieles, para lo que contó con la ayuda de un ilusionista itinerante. Este fue el origen de su éxito. Una vez que se constituyó legalmente como corporación religiosa, en apenas tres años alcanzó un millón doscientos cincuenta mil seguidores, y contaba con sedes en todas las prefecturas del país. Había una afluencia incesante de peregrinos para visitar la sede central, situada en Ryudocho, en el barrio de Azabu, hasta el punto de que la Agencia Metropolitana de Transportes había instalado una parada de bus justo enfrente, destinando cuatro unidades de los autobuses más modernos a la línea que pasa por esta parada. El crecimiento de El Chamán no admitía discusión.

—¿Está sugiriendo que el presidente Nishinohata pudo haber sido asesinado por la secta?

—Sí, por un miembro en concreto.

—¿Por quién?

—Por un hombre llamado Hanpei Chita.

Al oír aquel nombre, el rostro de Sudo se tensó. El perspicaz secretario se dio cuenta.

—¿Lo conoce?

—No, solo de nombre. Pero ¿por qué sospecha de él?

—Porque lo veo capaz de cualquier cosa, incluso de cometer un asesinato.

El secretario se quedó callado, como pensando qué decir a continuación. Seki aprovechó el paréntesis para tomar un sorbo de té.

—La base de la organización jerárquica de El Chamán está formada por pequeños círculos llamados *rinban*. Aunque los personajes importantes, como el presidente de la compañía, reciben un trato diferente, la gente que pertenece a las clases populares debe pasar por un rito iniciático de expiación de sus faltas pasadas

cuando ingresa en la organización. También en el cristianismo existen los actos de penitencia, así que no parece nada sospechoso. Ver cómo los veteranos confiesan sus faltas anima a los nuevos a imitarlos, y confiesan sus deslices para conseguir la liberación espiritual que los veteranos dicen alcanzar tras la penitencia. Lo que no saben es que la organización graba esas confesiones y las utiliza para evitar deserciones, bajo amenaza de hacerlas públicas. Es decir, que la organización se asegura de que los fieles cuyas debilidades se conocen no tengan modo de abandonarla. Hanpei Chita es el hombre en la sombra que custodia esas grabaciones, y su trabajo consiste en lograr que quienes pretendan dejar la organización cambien de idea. Trazando un símil con la Unión Soviética, Chita vendría a ser el director de sus servicios secretos.

—Juegan sucio.

—Es algo mucho peor que juego sucio. Por lo visto, Hanpei Chita perteneció a los servicios de inteligencia y fue reclutado por el fundador por sus mañas y experiencia. Por cierto que si el presidente hubiera aceptado las demandas del sindicato y El Chamán sufriera bajas masivas, Chita tendría que ir amenazando uno por uno a los seis mil quinientos miembros que hay solo en Tokio. Aunque la verdad es que como los miembros del sindicato no entraron en la secta por propia voluntad, sus confesiones son poco fiables. No son pocos los que confiesan tonterías, como que un día se emborracharon y destrozaron un buzón, y otras memeces que se inventan. Por eso, confrontados a esas grabaciones, dudo que se inmutaran. El as en la manga que habría de esclavizarlos en tanto que fieles es un farol.

—O sea, que a Chita no le quedaba más remedio que tratar directamente con el presidente Nishinohata.

—Así es. Vino varias veces a la oficina, siempre con burdas amenazas. La última vez que asomó la cara por aquí fue ayer por la tarde.

—¿Y qué le dijo?

—Que la paciencia de la organización tenía un límite y que, si la compañía no hacía lo que se le ordenaba, las consecuencias serían desastrosas.

—¿Se lo transmitió al presidente?

—Por supuesto. Aunque el presidente no estaba cuando vino, le informé de inmediato cuando regresó.

—¿Y qué dijo él?

—No le dio importancia —respondió el secretario, con su fuerte acento del noreste—. Dijo que estaba tomando precauciones por si acaso, pero que no podría dirigir ninguna empresa si se tomase en serio las amenazas de esos cafres. El presidente era de esas personas que, cuando alguien las empuja, le devuelven un empujón más fuerte. En cualquier caso, estaba muy molesto con las artimañas de Chita o, mejor dicho, de la secta.

3

Durante un rato, los tres tomaron té en silencio. Lo único que se oía eran los sorbos y el bullicio de la calle que llegaba a través de la ventana abierta. Pero en la sexta planta, incluso el ruido de fuera llegaba amortiguado, como el sonido de un instrumento con sordina.

—Se está muy tranquilo aquí —comentó Sudo, y dejó la taza de té en la mesa.

—Es que ahora mismo no hay nadie trabajando. Hace una hora había aquí un montón de periodistas. Pero como no cabían en este

despacho ni en el salón de recepciones, tuve que hablar con ellos en la azotea.

—¿También les habló de los líderes sindicales y de Hanpei Chita? —preguntó Sudo desconcertado. Era una idea pésima hablar de los posibles sospechosos con ligereza, y más aún con periodistas.

—No, claro que no. Sé muy bien qué es lo que debe mantenerse en secreto de cara a la investigación policial —repuso el secretario, y se sonrojó, como si la duda de Sudo lo hubiera ofendido.

—Cambiando de tema, ¿quién sucederá al señor Nishinohata? —preguntó Sudo ignorando la reacción de Haibara.

—Aunque no dispondremos de la resolución definitiva hasta que se celebre el consejo de administración, es casi seguro que lo sucederá el vicepresidente Haruhiko Ryu. Pero no se les ocurra pensar que el señor Ryu pueda haber matado al presidente para ocupar su puesto —apuntó el secretario con una leve sonrisa, como si le hubiera leído el pensamiento a Sudo.

—¿Por qué?

—Porque ahora mismo está en Lancashire junto a su mujer, participando en una convención de empresas textiles.

—Entiendo. Pero no sospechaba del vicepresidente. Solo era una pregunta. Cambiando otra vez de asunto, ¿qué herencia deja el presidente?

Los ojos de Haibara echaron chiribitas, pero enseguida parpadeó y desvió la mirada, como queriendo ocultar su reacción.

—Lo desconozco. Voy a presentarles al abogado del presidente Nishinohata, así que eso se lo pueden preguntar a él. ¿Puedo ayudarlos en algo más?

—Sí, una última cuestión: ¿sabe adónde fue el presidente Nishinohata cuando salió a mediodía de la oficina?

—No. Cuando me avisaron esta mañana de que había fallecido, hice cinco o seis llamadas a lugares a los que supuse que podría haber ido, pero no estuvo en ninguno.

—¿Quién fue la última persona que lo vio con vida?

—Su chófer. Denme un momento para llamarlo.

El secretario salió y entró una empleada, como si se hubieran intercambiado. Lucía una elegante manicura, y traía té y dos trozos de tarta de fresas con nata en una bandeja. Debía de haber venido a trabajar sin saber que el presidente había muerto; aun así, sus uñas relucientes y el llamativo vestido resultaban un tanto inapropiados.

—El señor Nukariya vendrá enseguida. Rogamos esperen un poco más —dijo ella.

Seki estuvo tentado de preguntarle a Sudo por su reacción cuando oyó el nombre de Hanpei Chita, pero le pareció que no era el momento ni el lugar adecuados, y siguió tomándose el té en silencio.

El abogado llegó poco después. Era un hombre delgado de unos sesenta años. Tenía el pelo de la cabeza, las cejas y el bigote blancos, lo que acentuaba aún más su tez morena. A primera vista, a Seki le pareció una persona con un carácter difícil y bastante desabrido.

—Nos gustaría conocer, en la medida de lo posible, los detalles de la herencia que deja el señor Nishinohata —comenzó diciendo Sudo en un tono cuidadoso, después del saludo. Por lo visto, él también se había llevado la misma impresión acerca del carácter del letrado.

—Treinta millones de yenes en bienes muebles y cincuenta millones en inmuebles. Los primeros son en su mayoría acciones y otros valores, mientras que los segundos incluyen su residencia de Tamagawa, así como terrenos y bosques en su Nagaoka natal, en Ito y en Karuizawa.

Seki no sabía si los ochenta millones de yenes que sumaban en total sus bienes muebles e inmuebles eran una suma grande o pequeña para un empresario de su categoría, así que se limitó a anotar aquella cifra colosal sin hacer preguntas.

—¿Quiénes son los herederos?

—Su mujer lo heredará todo. Los negocios le sonrieron, pero no fue afortunado con la descendencia. ¿Alguna otra pregunta?

El abogado parecía valorar su tiempo sobremanera y se marchó en cuanto terminó la conversación.

4

El secretario volvió al despacho acompañado de un hombre encorvado y de piel cetrina. Con treinta y cinco años, Jiro Iba habría debido estar en la flor de la vida, pero su vestimenta sosa y sus ademanes apáticos lo hacían parecer diez años mayor.

Los dos se sentaron y Haibara tomó la palabra:

—Voy a hacerles un breve resumen de los movimientos del presidente Nishinohata anoche. El presidente se reunió en esta sala de visitas con su homólogo de Maruta Trading de Yokohama después de cerradas las oficinas. Por lo general, estos encuentros se celebran en lugares menos formales, pero el señor Maruta es un hombre muy conservador y le desagrada el ambiente de restaurantes y otros establecimientos. Por eso, en lugar de cenar tranquilamente, el presidente tomó un sándwich como tentempié y celebraron la reunión de negocios aquí. Omitiré los detalles de la conversación, pero esta se dio por terminada poco antes de las once de la noche, momento en el que se despidieron. El presidente Nishinohata abandonó la oficina más o menos a las once.

—¿Dónde se despidió usted del señor Nishinohata?

—Delante de la entrada del edificio. El señor Iba llevó al presidente a casa y yo llamé otro coche para que viniera a recogerme. La última persona que vio al presidente fue su chófer, Iba, aquí presente.

El conductor se humedeció los labios, al darse cuenta de que había llegado su turno.

—Salimos de la oficina, y cuando llegamos a Shinbashi, el presidente me ordenó detener el coche y dijo: «Desde aquí voy a conducir yo, así que tú vete a casa en metro, haz el favor». Así que me bajé del coche y…

—Un momento —intervino el secretario—. Diré aquí por si acaso que no es la primera vez que el presidente ordena a Iba bajarse del coche; de hecho, era algo bastante habitual.

—¿Por qué?

—A raíz de las cartas de extorsión del sindicato y de las amenazas nada veladas de Hanpei Chita, los directivos de la empresa empezaron a preocuparse mucho por el presidente. Temían que esa gente asaltara su domicilio y lo asesinara mientras dormía. Él tenía nervios de acero y no tenía ningún miedo, pero al final terminaron convenciéndolo para que cambiara con regularidad el lugar en el que pernoctaba.

—Entiendo.

—Por eso solía apear a Iba del coche y luego él mismo conducía hasta algún hotel o algún *ryokan*. En estos casos, la única persona a la que informaba del lugar en el que pasaría la noche era su esposa, y nadie más conocía su paradero, ni siquiera yo, que soy su secretario. El presidente era un hombre muy riguroso en todo lo que hacía.

A juzgar por el tono con el que Haibara había dicho esto último, debía de estar algo molesto por la falta de confianza del presidente.

—¿Sabía conducir bien?

—Sí, parece que siempre fue un buen conductor. Solía comentar con orgullo que aprendió mucho trabajando como conductor de camión —contó el secretario.

Según se rumoreaba, cuando Gosuke Nishinohata era aún un niño su familia se arruinó y tuvieron que abandonar Nagaoka al abrigo de la noche. Se trasladaron a la prefectura de Miyazaki, en la isla de Kyushu. Nishinohata cursó allí los seis años de primaria y después compaginó los estudios con trabajos de todo tipo. Un amigo mayor que él, y de su tierra natal, se fijó en su diligencia y en los esfuerzos que hacía y le costeó los estudios, gracias a lo cual pudo ir al instituto y, más tarde, cursar una carrera universitaria. Su esposa era la hija de su benefactor, y decían las malas lenguas que si aún no se había divorciado de esa mujer egoísta y criticona era por lealtad y gratitud hacia su suegro. Aunque el abogado Nukariya había dicho que el presidente Nishinohata no había sido bendecido con descendencia, quizá fuera más correcto decir que no había sido afortunado con la mujer con la que se había casado. La señora Nishinohata no solo era una egoísta, sino que además tenía fama de fea, manirrota e histérica.

—Pero imagino que frecuentaría unos hoteles más que otros.

—Sí, solía quedarse en cinco o seis hoteles que elegía según le apeteciera. Los lugares a los que llamé esta mañana para saber dónde había estado el presidente anoche fueron precisamente esos.

Sudo asintió mirando a Haibara y después dirigió su mirada al sombrío rostro del conductor.

—Señor Iba, ¿notó algo raro en el presidente cuando usted se bajó del coche?

—No, nada. Me pareció que era el de siempre.

—Cuéntenos cualquier cosa que le llamara la atención anoche, aunque no esté directamente relacionada con el presidente Nishinohata.

La insistencia del inspector surtió efecto y, justo cuando estaba por llevarse el cigarrillo a la boca, dejó la mano suspendida en el aire y dijo:

—No podría asegurarlo, pero me dio la impresión de que un coche lo seguía.

—Continúe.

—Sí. Fue cuando paré el coche en Shinbashi. El presidente se sentó en el asiento del conductor y, cuando arrancó, un coche salió detrás de él, como si lo siguiera. Me pregunto si el coche que se fue detrás del presidente se detuvo también cuando yo me paré y si lo estuvo esperando.

—¿Qué coche era?

—Un Plymouth gris.

—¿Le vio la matrícula?

El chófer desvió la mirada, como si la pregunta lo hubiera incomodado.

—No, no. Es que me he acordado de ese coche por lo que le pasó después al presidente; si no, quizá ni lo recordaría. De hecho, en ese momento no le di ninguna importancia.

—¿Modelo?

—Diría que era del cincuenta y dos o cincuenta y tres.

—Del cincuenta y dos o cincuenta y tres…, de acuerdo. ¿En qué dirección se fueron los coches?

—Se fueron hacia el cruce de Tamuracho, pero después… —dejó la frase a medias y se rascó la cabeza.

Haibara intervino, y aunque su intención no era ayudar al chófer, que parecía incómodo, eso fue lo que hizo realmente:

—Por cierto, inspector, hubo un detalle un poco extraño en los movimientos del presidente durante el día de ayer.

—Adelante, cuéntemelo.

—No sé si tendrá alguna relación con el asesinato, fue algo que pasó ayer después del mediodía. El caso es que la reunión con el presidente Maruta, de la que le hablé antes, estaba prevista para la una y media de la tarde en esta sala de visitas. Pero el presidente la aplazó para la noche de improviso y se fue a unos grandes almacenes de Nihonbashi. Dijo que iba a ver una exposición de pinturas mexicanas.

Sudo y Seki estaban al corriente de la tal exposición.

—Debía de ser un gran aficionado al arte.

—Si fuera así, no me hubiera extrañado, pero es que al presidente no le ha interesado nunca el arte lo más mínimo. Hace un tiempo me dijo que había tenido que esforzarse tanto en su juventud para labrarse un futuro que no había podido cultivar esa clase de aficiones.

—¿Es posible que quisiera distraerse un poco?

El rostro de Haibara volvió a sonrojarse.

—El presidente estaba siempre muy ocupado. Su agenda, repleta de compromisos, reuniones, comidas y cenas de trabajo, se fija hasta con un mes de antelación. El señor Maruta es igual en ese sentido, y si hubiesen cancelado la reunión de ayer les habría costado acordar una nueva cita conveniente para los dos. El presidente debió de rogarle al señor Maruta que se aviniera al cambio de hora y acudiera a la oficina de noche. La verdad es que no comprendo por qué era tan importante la exposición de pinturas

mexicanas, tanto como para aplazar una cita de negocios en el último momento con todas las molestias que eso conlleva.

—Es raro, es verdad —convino Sudo echándole una mirada fugaz al chófer, que carraspeaba incómodo, y añadió—: Eso significa que la exposición fue una excusa y que en realidad salió a hacer otra cosa.

—Eso es lo que pienso.

—Señor Iba —dijo el inspector volviéndose de pronto hacia el chófer con una sonrisa amigable—, ¿llevó usted al presidente a los grandes almacenes?

—Verá… La verdad es que no sé qué responder —farfulló el chófer, con expresión de animal asustado.

—¿Cómo es eso? ¿No lo llevó usted en coche?

—Sí, pero es que el presidente me dio mil yenes para que no le contara esto a nadie…

—La situación ha cambiado por completo: su empleador ha sido asesinado. Para descubrir al asesino, es imprescindible que nos cuente todo lo que sepa, aunque haya prometido no contarlo.

El miedo volvió a asomar a los ojos del chófer. A Seki le recordó la mirada de un conejo en apuros.

—Lo que pasó fue que él cogió el coche en Ginza y yo me quedé jugando más o menos una hora en un establecimiento de *pachinko*.

—¿Por orden del presidente?

—Sí.

—¿Y no tiene idea de adónde fue?

—No. Pensé que se podría molestar si me quedaba mirándolo, y en cuanto el coche se puso en marcha, me metí en la callejuela que tenía detrás y lo perdí de vista. De lo que estoy seguro es de que fue hacia Shinbashi, pero…

—¿Nos podría decir exactamente lo que le dijo el señor Nishinohata en ese momento?

—Sí. Al principio, yo pensaba que iríamos a Nihonbashi, pero cuando llegamos al cruce de Owaricho el presidente me ordenó parar, como hizo anoche en Shinbashi. «Anda, vete a jugar al *pachinko* durante una hora o así. Toma, aquí tienes para las bolas», me dijo, y me dio mil yenes. Lo había hecho otras veces, pero siempre después del fin de la jornada, por la tarde-noche, nunca en pleno día. Por eso me extrañó un poco, y le pregunté si no iba a ir a los grandes almacenes. «No, eso lo dejo para mañana. Me acabo de acordar de un asunto urgente», respondió. Entonces sacó otro billete de mil yenes de su cartera, me lo dio y añadió: «Pero no se lo digas a nadie. Se supone que nos hemos ido a una exposición de pinturas mexicanas, y eso es lo que les diremos si nos preguntan, ¿de acuerdo?», y se fue en coche hacia Shinbashi. Eso fue todo.

Lo que contó el chófer no solo llamó la atención de los inspectores. Tampoco el secretario parecía estar al corriente, porque siguió la narración del chófer sin perder detalle, con la mirada clavada en el perfil del hombre y sin apenas parpadear.

—¿Cuándo volvió el presidente Nishinohata?

—Más o menos a la hora. Yo estaba sentado jugando en la sala de *pachinko*, y él me tocó el hombro por la espalda. Volví a ponerme al volante y regresamos a la oficina.

Iba parecía aliviado después de contarlo todo. A Seki su mirada le recordó la de una cabra.

—¿A qué hora habían salido de la oficina?

—Creo que fue sobre las doce y media, quizá un poco más tarde.

—¿Y a qué hora lo dejó en Owaricho?

—Más o menos a la una y diez.

Después, Nishinohata se ausentó en coche durante una hora, con lo que debió de aparecer en la sala de *pachinko* sobre las 13.50, y

regresaron a la oficina alrededor de las 14.00. Anotados todos estos detalles, Sudo hizo un gesto a Seki y los dos se pusieron de pie.

—Muchas gracias por todo —le dijo Haibara al chófer.

Iba no dijo nada, pero parecía mucho más tranquilo.

5

Los dos inspectores abandonaron las oficinas centrales de Towa Textiles, volvieron al metro y tomaron la línea en dirección Asakusa. El vagón iba lleno y no tenían donde sentarse, así que se colocaron justo debajo de uno de los ventiladores.

—¿Qué clase de personaje es ese tal Hanpei Chita?

Por fin Seki le preguntó a Sudo lo que llevaba queriendo saber desde hacía un buen rato. El inspector respondió casi en un murmullo, aunque lo bastante alto para que lo que decía se oyera a pesar del estruendo del tren en marcha.

—El prestidigitador itinerante que El Chamán reclutó para mantener a raya a los fieles era un hombre llamado Keiichi Owase. A medida que aumentaba el número de fieles, comenzaron a surgir desavenencias entre Owase y el fundador del culto. Hasta ahí, nada fuera de lo común. Pero el año pasado, en primavera, el cadáver de Owase apareció flotando en la bahía de Tokio.

—Oh, sí, me acuerdo de ese caso. Lo encontró un ferry que iba a Kisarazu, ¿verdad?

—Exacto. La investigación posterior terminó apuntando a este Hanpei Chita, pero un fiel de la secta testificó que Chita estaba en la sede central cuando murió Owase, y no pudimos incriminarlo.

—¿Esa declaración era fiable?

—Seguramente no. Pero todos los testigos eran unos fanáticos de El Chamán a los que parecía darles igual las posibles consecuencias penales que podían derivarse de un falso testimonio. Gente que cree a pies juntillas que mentir es lo correcto si es por su dios… No hubo nada que hacer.

Sudo se callaba cuando el tren llegaba a una estación, y esperaba a que el tren se pusiera en marcha y el ruido aumentara para volver a hablar.

—El verano y el otoño pasados, dos fieles fueron asesinados, uno en Meguro y otro en Nerima. Ambas víctimas tenían en común que estaban en proceso de abandonar la secta. Uno era lo que se dice una mina de oro, un hombre rico que había donado mucho dinero a la organización. El otro era el director de una de las sedes. A diferencia de la deserción de un fiel digamos raso, esas bajas hubieran supuesto un golpe duro. Lo más probable es que los amenazaran e intentaran chantajearlos; pero como no cambiaron de parecer, terminaron recurriendo a medidas más drásticas. Imagino que también lo hicieron como advertencia a otros miembros de la secta.

—Esa gente no se anda con chiquitas.

—Se montaron unidades de investigación en las dos comisarías locales, y a mí me destinaron a la de Nerima. Todas las pesquisas apuntaban a Hanpei Chita, pero por desgracia no pudimos echarle el guante.

—Las organizaciones religiosas suelen ser escurridizas.

—Hanpei Chita perteneció a los servicios de inteligencia. Es un experto en husmear en los secretos de la gente y sabe cómo chantajearla, y también sabe mantenerse oculto. Si el asesino del presidente Nishinohata fue Chita, vamos a sudar de lo lindo para

atraparlo; pero lo tendremos que hacer como sea, no puede seguir saliéndose con la suya.

Sudo rio como si quisiera dar a entender que había dicho aquello medio en broma, pero a Seki no se le escapó el destello fugaz que le atravesó la mirada.

Cuando llegaron a la central ya no quedaba ni rastro de la horda de periodistas que había habido, y el inspector jefe estaba sentado solo en su oficina con la puerta abierta de par en par. Les sirvió dos tazas de té frío de cebada y les dijo:

—Nos hemos enterado de dos o tres cosas interesantes mientras estabais fuera. La primera es que sabemos qué tren llevó el cuerpo de la víctima en el techo. Fue el tren con vagones de segunda y tercera clase con destino a Aomori y salida de Ueno a las veintitrés y cuarenta.[1] La segunda es que el laboratorio de la universidad ha confirmado que la sangre hallada en el pasamanos coincide con la del señor Nishinohata.

—¿El laboratorio de qué universidad?

—Sendai. Las manchas de sangre en el techo fueron vistas en la estación de Shiroishi.

—Shiroishi… ¿Dónde he oído ese nombre antes?

—Está en la prefectura de Miyagi. Es una pequeña ciudad de provincias ubicada en una cuenca, aunque ahora han construido una hilera de modernos edificios en una colina que hay justo detrás de la estación. Me sorprendió mucho ver algo así en una ciudad como esa —contó el inspector jefe, recordando su viaje de trabajo durante la pasada primavera.

—Entonces, sabemos con bastante precisión la hora del asesinato.

—Pienso que sí. Podemos suponer con bastante certeza que la víctima fue asesinada justo antes de que el tren pasara por debajo del puente, es decir, sobre las once y cuarenta de la noche. Por las

heridas que presentaba, debió de morir en el acto; y aunque no hubiese sido así, no hubiera aguantado vivo más de cinco minutos. Tened en cuenta que, además del tiro por la espalda, cayó a plomo en el techo del vagón, y ese impacto tuvo que debilitarlo mucho, si es que aún vivía.

—¿Qué dicen los resultados de la autopsia?

—Que la víctima falleció alrededor de las doce.

Sudo sorbió el té, que no solo estaba frío, sino también bastante azucarado. Como no toleraba muy bien el alcohol, prefería una bebida fría y dulce a una cerveza después de estar caminando todo el día.

—La tercera noticia es que el grupo de Hayashida ha dado con el otro zapato de la víctima. Estamos seguros de que será el par del zapato derecho de color negro encontrado en el cadáver. Pero, por si acaso, hemos llamado a la asistenta de los Nishinohata para que lo confirme.

—¿Dónde lo encontraron?

—Entre las estaciones de Uguisudani y Nippori. Lo encontró un técnico de mantenimiento que estaba trabajando en las obras de las vías de la línea Tohoku. Lo guardó y luego nos dio el aviso. —El inspector jefe les sirvió más té y paseó la mirada de uno a otro—. Por cierto, ¿qué tal os ha ido a vosotros?

V

Investigando sobre el terreno

1

Durante las negociaciones con el sindicato de Towa Textiles, el presidente Nishinohata había encendido los ánimos al comparar a esa organización con el bacilo de la tuberculosis en el cuerpo humano. Dos o tres semanarios se hicieron eco de la metáfora para parodiar al presidente. Entre esas parodias tuvieron especial éxito las viñetas de un conocido dibujante de manga en las que el presidente, temiendo el contagio del bacilo, tomaba una sobredosis de antibiótico que lo dejaba sordo, lo que le permitía escuchar impasible las demandas del sindicato. Nunca la expresión «hacer oídos sordos» había sido más cierta.

En comparación con el resto de los edificios de la compañía, el que alojaba la sede central del sindicato, ubicado en la parcela de la fábrica de Adachi, era estrecho y sucio, estaba mal ventilado y carecía de luz natural. Era evidente el estado de absoluto abandono en el que lo mantenía la empresa. Algunas paredes se estaban cayendo a pedazos a causa de la humedad. Una vez, un trozo del enlucido del techo le había caído encima a una mecanógrafa y le había abierto la frente. Evidentemente, la empresa no pagó la reparación de los desperfectos ni le ofreció compensación económica alguna a la mecanógrafa descalabrada.

Por este motivo, desde que había comenzado la huelga, el material *agitprop* que adornaba sus paredes cumplía una doble función: los pósteres y pancartas de diversas formas y tamaños, con lemas combativos y briosos como «¡Ni un paso atrás!», «¡Lucha por nuestros derechos humanos básicos!», e incluso «¡A por la victoria hasta la muerte!», de espíritu casi bélico, tapaban además los desconchones y manchas varias de las paredes. Era innegable que el aspecto de la oficina había mejorado gracias a la huelga.

La noticia de la muerte violenta del presidente corrió como la pólvora también en la fábrica y causó un gran revuelo entre los obreros. Era como si el jefe del enemigo hubiera muerto inopinadamente al caer de su caballo en medio de la batalla, y los afiliados estaban al mismo tiempo sorprendidos y desconcertados. El sindicato convocó una reunión de urgencia para discutir qué implicaciones podía tener aquello para la huelga.

A pesar de que la jornada de trabajo ya había concluido, el núcleo duro del sindicato, compuesto por cinco o seis miembros clave de la organización, seguía evaluando febrilmente los acontecimientos. Dado que Koigakubo y Narumi acababan de regresar de un viaje, era la primera vez que debatían el asunto con el secretario y el subsecretario.

—Lo siento por él, pero no puedo dejar de celebrar su muerte.

—Esto ha sido un castigo del cielo, hombre. Ahora que no está ese viejo testarudo podremos por fin alcanzar un acuerdo. Los demás directivos son más comprensivos y razonables, creo que podemos ser optimistas con las negociaciones.

Nadie lamentó la muerte del presidente. Todos sonreían entusiasmados, convencidos de que podía beneficiarlos. Sus voces sonaban mucho más reposadas e incluso alegres que tan solo un día antes, cuando se respiraba un claro ambiente de derrota. Habían

recuperado el espíritu combativo y la esperanza brillaba en sus miradas.

—¿Qué han dicho los camaradas de Osaka de la muerte de Nishinohata? —preguntó alguien.

—Que siempre fue un impresentable, pero que al final había hecho algo bueno —dijo Koigakubo en tono jocoso con su marcado acento de Osaka.

—Por cierto, hace un rato llamó un policía preguntando por vosotros —dijo uno de pronto, y las risas se acallaron—. Preguntó por los «señores Koigakubo y Narumi». Le dije que volvíais en el tren Tsubame y comentó que se pasarían por aquí por la tarde.

—¿Ah, sí?

—Sospechan de nosotros. Aunque supongo que es normal. Somos los que más motivos teníamos para desear la muerte del presidente —dijo Koigakubo con naturalidad.

Aunque la figura rechoncha de Koigakubo guardaba cierto parecido con la de Gosuke Nishinohata, la expresión de su rostro era más simpática y relajada, tal vez porque era un optimista nato, o quizá también por el giro favorable de los acontecimientos.

En comparación, la cara de Narumi era angulosa y pálida, y estaba muy delgado. Sus ojos claros y su nariz recta le daban un aire intelectual. No tenía pinta de sindicalista combativo, desde luego, pero junto a Koigakubo, dueño de unos nervios de acero y de maneras sofisticadas, formaban un tándem formidable en el que cada uno suplía las carencias del otro.

—No podrán decirnos nada si dejamos claro lo que estábamos haciendo cuando mataron al presidente. En este sentido, nosotros… —dijo Narumi, pero se interrumpió al ver al guarda de seguridad del recinto yendo hacia el edificio con dos hombres.

Los dos hombres vestían camisas sport, llevaban sombreros panamá y parecían vendedores de seguros a domicilio. Pero no llevaban maletines en la mano, solo sendos abanicos.

—Hablando del diablo, ahí los tenemos —dijo alguien.

2

Durante un momento el tableteo de los pasos de los sindicalistas saliendo de la sala llenó la oficina, pero pronto todo quedó en silencio. Los cuatro hombres se sentaron cara a cara en torno a una mesa rectangular. Narumi colocó en un extremo las tazas y limpió con un pañuelo el té que se había derramado.

—Supongo que ya sabrán que el señor Nishinohata ha fallecido —empezó diciendo Sudo. El subsecretario asintió en silencio—. ¿Me podrían decir dónde estaban ustedes en ese momento?

—¿En qué momento?

—En el momento en que el presidente fue asesinado —añadió Sudo con parsimonia.

Sudo se abanicaba mientras hablaba, y daba la impresión de estar charlando de cualquier asunto mundano.

—¿Está de broma? ¿Cómo voy a saber cuándo asesinaron al presidente?

En el tono de Narumi había un deje combativo y rebelde. Koigakubo esbozó una sonrisa despectiva por las arteras mañas de timador del inspector.

—No se pongan a la defensiva, por favor. A nosotros también se nos olvida decir cosas —replicó Sudo con una sonrisa taimada—. El presidente fue asesinado anoche a las once y cuarenta.

—Qué precisión —comentó Koigakubo en tono burlón.

—Si no le gusta que sea tan preciso, diré que fue alrededor de las once y cuarenta.

—A las once y cuarenta, ¿eh? —respondió Narumi mirando a Koigakubo. Después, se levantó, trajo a la mesa la pequeña maleta que había dejado en una esquina de la sala, apartó la ropa interior y la bolsa con los artículos de baño que había dentro y sacó el horario de trenes.

—Deja que se lo explique yo —dijo Koigakubo.

Koigakubo tomó la palabra y miró primero a un inspector y luego al otro. Su rostro redondo y optimista irradiaba confianza, pero a Seki le resultaba repelente.

—En la última negociación colectiva, el presidente nos presentó una propuesta que podría considerarse un ultimátum.

Los policías ya conocían esta información porque Haibara los había puesto al corriente. Pero Sudo lo escuchaba con gran atención y cara de quien no tiene ni idea, porque buscaba captar alguna contradicción.

—Fue un golpe durísimo para el sindicato. Tengan en cuenta que llevamos dos meses sin cobrar. Los empleados tienen sueldos bajos y carecen de ahorros, así que imagínense. Sus esposas, que ya en condiciones normales se ven en apuros para llegar a fin de mes, se están quejando muchísimo. Por eso, no es de extrañar que estén empezando a surgir voces que han cedido a la presión de su media naranja y proponen rendirse a las exigencias del presidente. Ante esta situación, nosotros, y con nosotros me refiero a Narumi y a mí, teníamos que recabar la opinión de las fábricas de Nagaoka y Osaka para decidir nuestras futuras acciones. Con ese propósito, en la mañana del día treinta y uno, Narumi y yo tomamos la línea Joetsu en la estación de Ueno para ir a Nagaoka, y una vez allí, y sin apenas descanso, debatimos la cuestión durante toda la noche y

parte de la mañana siguiente. No creo que sea necesario contarles las conclusiones a las que llegamos; mejor dicho, no las podemos contar porque es información confidencial del sindicato. En cualquier caso, esa misma tarde tomamos el tren que nos llevó de Nagaoka a Osaka.

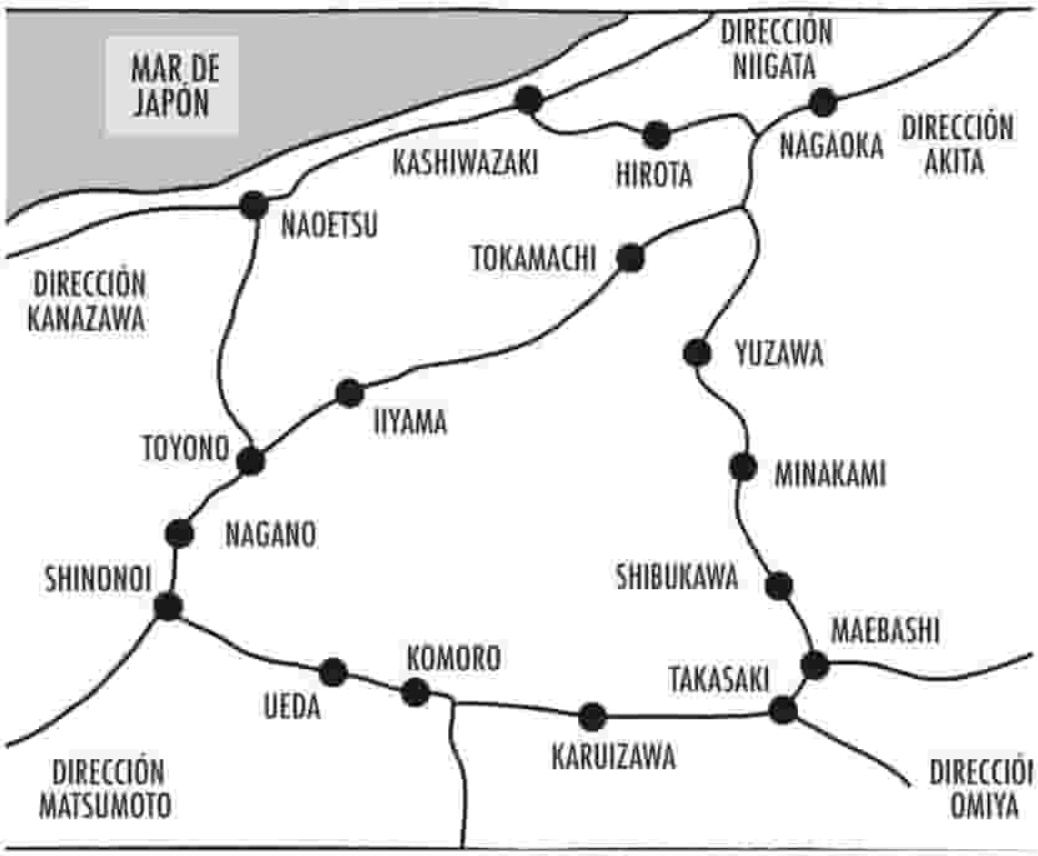
—Entiendo.

—En la línea principal Hokuriku, el único expreso con destino a Osaka es el tren Nihonkai, cuyos billetes había comprado el sindicato con antelación, y tomamos ese tren. La hora de salida de Nagaoka fue…

—Las dieciséis y ocho. Es este —dijo Narumi, abriendo una página del horario de trenes. Koigakubo señaló con la punta de un lápiz la columna con el encabezado «Nihonkai».[1]

Narumi abrió otra página del horario.

—Y como puede ver aquí, a las veintitrés cuarenta el Nihonkai acababa de entrar en la estación de Kanazu.


MAR DE JAPÓN
DIRECCIÓN NIIGATA
KASHIWAZAKI
HIROTA
NAGAOKA
DIRECCIÓN AKITA
NAOETSU
TOKAMACHI
DIRECCIÓN KANAZAWA
YUZAWA
IIYAMA
TOYONO
MINAKAMI
NAGANO
SHINONOI
SHIBUKAWA
MAEBASHI
KOMORO
TAKASAKI
UEDA
KARUIZAWA
DIRECCIÓN MATSUMOTO
DIRECCIÓI OMIYA

NAGAOKA – NAGANO – TAKASAKI
(LÍNEA PRINCIPAL SHIN-ETSU) (LÍNEA ASCENDENTE)

	Ueno	Kami-Suwa	Takada	Osaka	Nihongi	Komoro	Arai	Osaka	Osaka	Ueno	Takada	Naoetsu	Ueno	Arai
	318	336	340	522	342	348	918	524	502	328	920	338	612	922
Niigata sal.	9 00	—	—	11 19	—	—	—	13 25			—	14 54	—	—
Nitsu "	9 38	—	—	11 52	—	—	—	14 05	15 08		—	15 39	—	—
Higashi-Sanjo "	10 22	—	—	12 40	—	—	—	14 49	15 35		—	16 26	—	—
Nagaoka "	11 08	—	—	13 45	2ª y 3ª clase	—	2ª y 3ª clase	15 39	16 08	—	—	17 20	—	—
Miyauchi "	11 12	—	—	13 51		—		15 45	"	—	—	17 29	—	—
Ikaikoji "	11 21	—	—	14 00		—		15 55		—	—	17 38	—	—
Echigo-Iwatsuka "	11 28	—	—	14 05	—	—	—	16 01		—	—	17 44	—	—
Tsukeyama "	11 39	—	—	14 13	—	—	—	16 09		—	—	17 52	—	—
Nagaitori "	11 47	—	—	14 20	—	—	—	16 16		—	—	18 01	—	—
Echigo-Hirota "	11 52	—	—	14 26	—	—	—	16 24		—	—	18 07	—	—
Kitajo "	11 58	—	—	14 41	—	—	—	16 47		—	—	18 13	—	—
Yasuda "	12 07	—	—	14 48	—	—	—	16 53	"	—	—	18 19	—	—
Kashiwazaki lleg.	12 14	—	—	14 54	—	—	—	17 01	16 48	—	—	18 26	—	—
sal.	12 16	—	—	14 50	—	—	—	17 08	16 55	—	—	18 30	—	—
Kujiranami "	12 23	—	—	15 05	—	—	—	17 16	"	—	—	18 45	—	—
Omigawa "	12 28	—	—	15 11	—	—	—	17 24	"	—	—	18 51	—	—
Kasashima "	12 33	—	—	15 16	—	—	—	17 29	"	—	—	18 57	—	—
Hoissaki "	12 39	—	—	15 23	—	—	—	17 35	"	—	—	19 03	—	—
Kakizaki "	12 47	—	—	15 33	—	—	—	17 43	"	—	—	19 12	—	—
Jogebama "	12 53	—	—	15 39	—	—	—	17 50	"	—	—	19 18	—	—
Katamachi "	12 58	—	—	15 45	—	—	Locomotora diésel	17 55	"	—	Locomotora diésel	19 25	—	—
Saigata "	13 04	—	—	15 51	—	—		18 02	"	—		19 31	3ª Hakkan 6 05	—
Kuroi "	13 10	—	—	15 58	—	18 30		19 00	"	—	2ª y 3ª clase	19 38		Locomotora diésel
Naoetsu lleg.	13 15	—	—	16 02	—	18 47		18 14	17 38	—		19 43	19 08	
sal.	13 32	14 38	15 15	16 24	16 05	18 48	17 43	19 38	17 57	18 22	19 31	—	19 48	20 30
Kasugayama "	13 39	14 46	15 20	lleg. Osaka 6 00	16 12	18 53	17 49			18 28	19 39	—	19 54	20 35
Takada "	13 44	14 52	15 37		16 20	17 00	17 55	Arrg. Osaka 7 50	Arrg. Osaka 8 55	18 35	19 44	—	20 01	20 45
Wakimeda "	13 48	14 59	—		16 27	17 06	18 02			18 41	—	—	20 08	20 53
Kita-Arai "	↓	↓	—	—	↓	↓	18 08	—	—	↓	—	—	↓	20 59
Arai "	13 59	15 13	—	—	16 37	17 16	18 14	—	—	18 50	—	—	20 19	21 04
Nihongi "	14 14	15 28	—	—	16 51	17 36	—	—	—	19 05	—	—	20 38	—
Sekiyama "	14 31	15 45	—	—	—	17 52	—	—	—	19 22	—	—	20 55	—
Taguchi "	14 54	16 09	—	—	—	18 15	—	—	—	19 45	—	—	21 18	—
Kashiwabara "	15 13	16 32	—	—	—	18 35	—	—	—	20 03	—	—	21 38	—
Furuma "	15 19	16 39	—	—		18 41	—	—	—	20 10	—	—	21 42	—
Mure "	15 31	16 48	—	—	Kanuizawa	18 51	—	—	—	20 19	—	—	21 51	—
Toyono "	15 48	17 09	—	—		19 05	—	—	—	20 31	—	—	22 03	—
Yoshida "	16 57	17 10	—	—		19 16	—	—	—	20 40	—	—	22 12	—
Nagano lleg.	16 03	17 16	—	—	346	19 20	—	—	—	20 46	—	—	22 18	—
sal.	16 15	17 25	—	—	17 35	19 30	—	—	—	21 00	—	—	22 30	—
Kawanahajima "	16 23	17 33	—	—	17 44	19 38	—	—	—	21 08	—	—	22 38	—
Shinonoi lleg.	16 28	17 38	—	—	17 50	19 44	—	—	—	21 13	—	—	22 43	—
sal.	16 30	17 39	—	—	17 52	19 48	—	—	—	21 15	—	—	22 44	—
Yoshiru "	16 38		—	—	18 01	19 58	—	—	—	21 24	—	—	22 52	—
Togura "	16 48	Kami-Suwa 6 20	—	—	18 12	20 04	—	—	—	21 33	—	—	23 00	—
Sakaki "	16 59		—	—	18 21	20 12	—	—	—	21 42	—	—	23 12	—
Nishi-Ueda "	17 08		—	—	18 31	20 21	—	—	—	21 51	—	—	23 21	—
Ueda lleg.	17 14	—	—	—	18 39	20 27	—	—	—	21 58	—	—	23 27	—
sal.	17 19	—	—	—	18 44	20 32	—	—	—	22 03	—	—	23 30	—
Oya "	17 28	—	—	—	18 55	20 41	—	—	—	22 13	—	—	23 38	—
Tanaka "	17 34	—	—	—	19 04	20 47	—	—	—	22 20	—	—	23 44	—
Shigeno "	17 43	—	—	—	19 10	20 55	—	—	—	22 27	—	—	23 52	—
Komoro lleg.	17 56	—	—	—	19 28	21 07	—	—	—	22 38	—	—	0 05	—
sal.	17 59	—	—	—	19 32	—	—	—	—	22 45	—	—	0 08	—
Hirahara "	18 07	—	—	—	19 39	—	—	—	—	22 50	—	—	↓	—
Miyota "	18 24	—	—	—	19 54	—	—	—	—	23 07	—	—	1	—
Shimano-Oiwake "	18 42	—	—	—	20 09	—	—	—	—	23 22	—	—	↓	—
Naka-Karuizawa "	18 48	—	—	—	20 15	—	—	—	—	23 29	—	—	1	—
Karuizawa lleg.	18 54	—	—	—	20 21	—	—	—	—	23 35	—	—	0 53	—
sal.	19 02	—	—	—	—	—	—	—	—	23 42	—	—	1 02	—
Kumanotaira "	19 21									0 01			1 20	



	Tokokawa	19 53	...	...	...	...	...	...	...	...	0 46	...	...	1 57	...
	Matsuida	20 02	...	...	...	...	...	...	...	...	0 55	...	...	〃	...
	Isobe	20 13	...	...	...	...	...	...	...	...	1 11	...	...	2 17	...
	Annaka	20 21	...	...	...	...	...	...	...	...	1 21	...	...	〃	...
	Gunma-Tomioka	20 27	...	...	...	...	...	...	...	...	〃	...	...	〃	...
	Kita-Takasaki	20 33	...	...	...	...	...	...	...	...	〃	...	...	〃	...
	Takasaki	20 37	...	...	...	...	...	...	...	...	1 38	...	...	2 37	...
	UENO	23 03	...	...	...	...	...	...	...	...	4 25	...	...	5 00	...

Horario de trenes 2

Sudo cogió el horario, siguió con el dedo la fila en la que aparecía la hora de salida del Nihonkai de la estación de Kanazu, y vio que era a las 23.41. Si era verdad que Koigakubo y Narumi estaban viajando en este expreso, cuando tuvo lugar el asesinato en Tokio, estos dos hombres se encontraban en la lejana prefectura de Fukui. Aun con desgana, Sudo tuvo que hacerles la pregunta de rigor:

—¿Puede alguien demostrar que estaban viajando en ese tren?

—El revisor puede probarlo —repuso el secretario. Lo hizo con tanta rapidez que dio la impresión de que tenía la respuesta preparada.

—Por supuesto, nosotros viajamos en el vagón de tercera hasta Nagaoka. Pero los compañeros de la fábrica de Nagaoka se compadecieron de nosotros por lo agotador que sería tener que hacer otro viaje tan largo de noche y en tercera, e hicieron una colecta para comprarnos dos pasajes en el vagón litera de tercera. Sin embargo, cuando llegamos a la ventanilla de la estación nos dijeron que no quedaban billetes de litera. Así que, una vez en el tren, le pedimos al revisor que nos avisara si durante el viaje quedaban un par de literas libres. Casi nos habíamos resignado a hacer todo el trayecto hasta Osaka en nuestros incómodos asientos, cuando el revisor vino a avisarnos de que se habían quedado libres tres literas porque los pasajeros que tenían que ocuparlas desde Toyama no se habían presentado. Enseguida nos trasladamos a ese

vagón. El revisor vino a avisarnos diez minutos después de salir de Toyama, más o menos a las nueve.

Sudo volvió a examinar el horario. Efectivamente, el Nihonkai salía de la estación de Toyama a las 20.35. Por lo tanto, el revisor debió de avisarlos alrededor de las nueve. Alguien que a las nueve está en la prefectura de Toyama no podía plantarse en dos horas y cuarenta minutos en Tokio para cometer un asesinato.

—Si necesitan confirmar nuestra coartada, les rogaría que se pusieran en contacto lo antes posible con este revisor y se aseguraran de que estamos diciendo la verdad. Sería un problema para nosotros que fueran pasando los días y sus recuerdos se hicieran poco precisos.

—Eso sería un problema para nosotros también, se lo aseguro —replicó Sudo con un punto de ironía, y añadió—: ¿Recuerdan el nombre del revisor?

—Nunca imaginamos que pasaría algo así, así que no, no lo recuerdo, al menos yo. ¿Tú sí, Narumi?

—Qué va, ni idea.

—Bueno, si no lo saben, no lo saben; no pasa nada. Pero los números de litera sí, ¿verdad?

—Pues no. Nadie suele memorizar esas cosas, ¿no? No puede esperar que la gente ande anotando el número de vagón en el que viaja ni cosas por el estilo.

—Yo sí que me acuerdo —intervino Narumi.

Narumi parecía desempeñar el papel de esposa de Koigakubo. Daba la impresión de que estaba dejando hablar a Koigakubo para poder estudiar en silencio a los inspectores.

—¿Cuáles eran?

—Tú, la ciento siete; y yo, la doscientos siete.

—Las literas inferior e intermedia, ¿no?

—Exacto. No es agradable que nadie esté sospechando de uno, así que les agradecería que lo comprobasen todo cuanto antes.

—No hace falta que insista —dijo Sudo, zanjando la cuestión. No le hacía ninguna gracia que alguien que ni siquiera era policía les dijera cómo tenían que hacer las cosas—. Llegaron en el Nihonkai esta mañana a Osaka, pero han vuelto enseguida a Tokio.

—Sí. Llegamos a Osaka, fuimos a la residencia de empleados y desayunamos. Después, cuando estábamos a punto de comenzar la reunión, recibimos la noticia de la muerte del presidente. Cuando nos dijeron que había sido asesinado, nos quedamos atónitos; por supuesto, los compañeros de Osaka también. La muerte del presidente cambia bastante la situación, así que estuvimos de acuerdo en que no tenía mucho sentido ponernos a discutir temas que se habrían visto alterados por el incidente y nos vinimos enseguida de vuelta a Tokio.

—¿Qué opinión tenían del presidente? —preguntó Sudo, cambiando de tema y descolocando al secretario. Aquella pregunta difusa, cuya finalidad no resultaba demasiado clara, parecía esconder alguna trampa que Koigakubo no supo discernir. Titubeó por primera vez.

—Supongo que no vale la pena que le diga que me parecía un hombre digno de respeto —respondió Narumi esbozando una fina sonrisa—, porque usted detectaría la mentira en el acto. Así que le hablaré con franqueza: me parecía un hombre despreciable. Pero yo no era el único que pensaba eso de él, lo pensaba todo el mundo.

—¿Por qué?

—Era un artero y un egoísta que carecía de principios morales, mujeriego en el peor sentido y desconfiado hasta límites insospechados. ¿Cómo podría nadie respetar a alguien así?

—Quizá haya que ser así para triunfar como empresario —apuntó Sudo con una media sonrisa.

—Fíjense en el asunto de El Chamán. El relato oficial es que el presidente nos afilió en grupo a esa secta por nuestro bienestar espiritual. Pero la verdad es muy distinta.

Tal vez porque la conversación había virado hacia la crítica al presidente, el tono empleado por el subsecretario también se volvió más agresivo y su mirada adquirió una luz de la que antes carecía.

—¿Cuál es la verdad?

—El presidente tenía la intención de presentarse a las próximas elecciones generales como candidato por el Partido Conservador. Pero, por muy soberbio que fuera, sabía que no iba a tener ninguna posibilidad de salir elegido si carecía de apoyos importantes. En una circunscripción en la que se presentaban candidatos más famosos, la derrota del presidente estaba asegurada para cualquiera con dos dedos de frente. Entonces, ¿qué podía hacer? La solución que se le ocurrió fue convertir en fieles de El Chamán a todos los empleados de sus fábricas. Y tal cantidad de afiliados era algo que la congregación religiosa sin duda no podría rechazar. A cambio, cuando llegasen las elecciones, el presidente obtendría los votos de todos los fieles de cada circunscripción para asegurarse el triunfo en la contienda electoral. Este era el verdadero propósito del presidente y la estrategia que puso en marcha para lograr su objetivo. Como para la secta también era un gran negocio, el presidente y su fundador llegaron sin dificultad a un acuerdo.

Sin embargo, en las negociaciones de la huelga en curso ese mismo presidente Nishinohata había aceptado la libertad religiosa de los empleados y la consiguiente deserción masiva de sus empleados de la secta. Ninguno de los dos inspectores comprendía por qué el presidente había cambiado tan de repente de parecer.

—Eso es porque sus opciones de triunfo en la circunscripción habían mejorado significativamente. Durante el último año, los dos candidatos más populares de la circunscripción fallecieron. Los candidatos que quedan son personajes insignificantes que, con los dos anteriores en liza, no tenían ninguna posibilidad de salir elegidos. No solo eso, sino que, después de la muerte de los otros candidatos, el presidente Nishinohata obtuvo el apoyo oficial del partido como candidato principal de la circunscripción. En estas condiciones, el presidente ya no tenía nada que temer. Su elección estaba asegurada sin necesidad de contar con el respaldo de El Chamán. Además, me imagino que no le hacía ninguna gracia tener que andar agachando la cabeza ante el fundador de una secta fraudulenta ni tampoco donar anualmente a la congregación una cantidad nada despreciable de dinero.

—¿Tanto rechazo les causaba la secta a todos ustedes?

—Sí, era una auténtica pesadilla. Estaban las plegarias por la mañana y por la tarde, y nada de hacer un par de reverencias y a correr, no, sino que los días de buen tiempo nos sacaban al patio y nos obligaban a recitar una especie de sutra budista incomprensible. Después, al ritmo de un tambor rasgado, teníamos que formar unos círculos y bailar una ridícula danza parecida al *bon-odori*. Dedicábamos media hora al sutra y a la danza, pero lo más increíble es que no era solo por las mañanas. Nos sacaban a bailar también por la tarde, después de la jornada, cuando estábamos reventados de trabajar. Y encima, esa hora dedicada al culto no se contabilizaba como jornada laboral, sino como servicio gratuito. Por eso, tuvieron que adelantar la hora de entrada al trabajo media hora y retrasar la de salida otra media. Y como se te ocurriera protestar, despido fulminante. Esa es la verdad del asunto.

Las incoherencias entre la versión de los hechos de Narumi y la del secretario Haibara eran evidentes. Ni Sudo ni Seki sabían muy bien de quién fiarse.

—Dijo hace un momento que el presidente era un hombre egoísta. ¿En qué se manifestaba este rasgo de su carácter?

—En que solo pensaba en el beneficio de la empresa. Nuestra demanda de subida salarial no era de cara a la galería como hacen otros sindicatos, que parecen ir a la huelga como si se tratara de un evento anual sancionado por la costumbre. Sin esa subida, los trabajadores de esta compañía no podemos comer. No podemos ahorrar ni tenemos derecho a pensión después de quedarnos sin trabajo tras alcanzar la edad de jubilación. Lo que pedimos es poder llevar una vida digna. No estamos pidiendo nada irrazonable. La empresa tiene dinero de sobra para satisfacer nuestras reclamaciones y puede aceptarlas sin problemas. Pero el presidente era incapaz de entenderlo. Si realmente sufrió la pobreza de niño, debería haber sido más comprensivo con nuestras demandas, ¿no creen?

—¿Y qué me dice de lo de mujeriego?

—Era un viejo verde de cuidado. El sindicato cuenta con informantes gracias a los cuales nos enteramos de los asuntos internos de la compañía, por eso lo sabemos. El caso es que, entre las mecanógrafas de la empresa, cualquiera con un mínimo atractivo ha recibido alguna muestra de «afecto» del presidente, por decirlo suavemente. Imagino que ya conocerán a su secretario, Haibara. ¿No les pareció extraño que un presidente al que le gustan tanto las mujeres tenga un secretario y no una secretaria?

—Pues no. Primera noticia de que el presidente era mujeriego.

—Tiene un secretario para tranquilizar a su esposa, ni más ni menos. Los presidentes de otras compañías tienen secretarias

jóvenes y guapas. Está tratando de decirle a su mujer: «Soy el único presidente que tiene un secretario. ¿Ves como soy un tipo decente y recto?». Ah, por cierto… —dijo de pronto Narumi, cambiando su expresión como si se hubiera acordado de algo—. Ya les habrán contado que el presidente dormía cada noche en un hotel distinto para evitar ser atacado de noche, ¿verdad? ¡Ni que fuésemos los cuarenta y siete *ronin*! Es una idiotez pensar que caeríamos sobre él por la noche, y estoy seguro de que el presidente lo sabía. La verdadera razón por la que andaba correteando cada noche de aquí para allá, como si fuera Kira Yoshinaka, no era ni mucho menos porque temiese ser agredido por elementos radicales del sindicato, sino para encontrarse con mujeres sin levantar sospechas. Ni siquiera una esposa histérica como la suya pondría pegas a este proceder si creía que la vida de su marido estaba en riesgo. En definitiva, el presidente encontró la excusa perfecta para satisfacer su vicio.

—Entiendo.

—El presidente era así para todo. Por eso lo consideramos un hombre vil e intrigante.

—Creo que lo vamos conociendo mejor —dijo Sudo mirando brevemente a Seki, que seguía tomando notas en su libreta.

—¿Qué opinan de su secretario, el señor Haibara?

—En el sindicato tiene mala fama, más o menos la que debo de tener yo en la empresa. Si nos pusieran en una balanza, estaríamos parejos —respondió esta vez Koigakubo, que rio con la boca muy abierta.

Koigakubo y Narumi parecían una pareja de tenistas en un partido de dobles, y se alternaban para responder a las preguntas que les lanzaba el inspector como si de una pelota se tratase.

—Tiene fama de frío e interesado. Prueba de ello es que no tiene amigos. Aunque tuviese ocasión de relacionarse con alguien, en el momento en que viera que la relación no sirve a sus intereses lo dejaría tirado sin el menor remordimiento. Debe de ser un tipo despiadado y cruel. Ha sido un apéndice del presidente, a la vez que un portavoz entregado por completo a su causa. Es imposible que le tengamos el más mínimo aprecio, ¿no cree? —concluyó, riendo otra vez. Era una risa jovial, que se diría respaldada por la absoluta confianza que tenía en su coartada.

—Otra cosa: ¿es cierto que la empresa abre la correspondencia privada de sus empleadas? Y, en todo caso, ¿con qué propósito?

—Es para mantener a raya las quejas por los bajos salarios —respondió ahora Narumi, siguiendo el turno.

—Entre las empleadas abundan las que proceden de zonas rurales, y muchas de ellas viven en la residencia de la fábrica. Si sus quejas por los bajos salarios llegasen a oídos de sus padres, o si estos alentasen por carta a sus hijas a buscar trabajos mejor remunerados, estas modernas esclavas saldrían huyendo en busca de mejores condiciones laborales. La empresa teme esto, y trata a toda costa de evitar que las quejas se filtren al exterior o que las empleadas abandonen el trabajo, y por eso comprueba el contenido de las cartas.

—Tenemos entendido que usted ha declarado públicamente y en varias ocasiones que habría que acabar con el presidente. Aquí mismo veo un cartel…

—Eso no debería malinterpretarse —repuso el subsecretario sin inmutarse—. Yo no he dicho nunca que hubiera que acabar con él en el sentido de matarlo, sino que habría que echarlo de su puesto. Lo que nos hubiera gustado de verdad es que Nishinohata dejara su cargo, fuese nombrado presidente honorífico o algo por el estilo, y

que alguien más abierto al diálogo, como el vicepresidente, ahora de viaje en el extranjero, ocupara la dirección de la empresa.

A pesar de su apariencia de fragilidad, Narumi era un hombre con ideas bien articuladas y bastante elocuente. De no haber sido así, no lo habrían elegido para representar al sindicato. Cuando los inspectores terminaron con las preguntas, Seki tenía la mano tan sudada que se le resbalaba el lápiz.

Aún faltaban tres semanas para el solsticio de verano y los días eran largos, pero cuando los inspectores cruzaron el portón de la fábrica, comenzaba a caer la noche sobre el desordenado paisaje urbano característico del barrio de Adachi.

—¿Será verdad que estos dos estuvieron viajando en el tren de la línea principal Hokuriku?

—No lo sé. Pero parecían muy seguros de su coartada.

—Lo que me extraña es que el secretario y el subsecretario viajasen juntos. Hay algo que no me cuadra del todo.

—Teniendo en cuenta la crítica situación a la que se enfrentaban, no me parece tan raro. Si la huelga se hubiera saldado con éxito, el secretario podría haber viajado solo sacando pecho; pero en este caso casi estaban yendo a pedir disculpas por cómo iba a terminar la situación.

—Sí, es verdad —concedió Seki, aunque en realidad no estaba muy convencido de la sencilla respuesta de su superior.

A Seki le seguía pareciendo una coincidencia demasiado conveniente y artificiosa que Koigakubo y Narumi estuviesen viajando juntos justo en el momento en que el presidente era asesinado.

—Quizá tengas que viajar para comprobar su coartada —murmuró Sudo.

—¿A ver al revisor del Nihonkai?

—Sí. Creo que convendría asegurarnos.

—Sí, yo también lo creo.

—Tendrás que llevar fotos de Koigakubo y Narumi. Si hay alguna decente en el archivo cógela, y si no, habrá que hacérselas.

Acometer una identificación con fotografías en las que no se reconoce bien al sujeto, más que aclarar el asunto, lo complicaría. Seki lo sabía por propia y amarga experiencia. Tardaría siglos en olvidar la bronca que le echó el inspector jefe en su día por este motivo.

Continuaron caminando en silencio durante un rato mientras iban dándole vueltas a la entrevista. De pronto, el olor del caldo que salía de un establecimiento de fideos *soba* a pie de calle les recordó el hambre que tenían y los dos se miraron.

—Seki, creo que nos vendría bien comer algo. Bueno, no, espera; antes vamos a hacer una llamada a la sede de El Chamán —dijo Sudo, que oteó las calles cada vez más oscuras hasta dar con una cabina de teléfono.

3

La sede central de El Chamán se encontraba a unos cien metros entrando por una calle lateral que salía de la avenida principal de Azabu Ryudocho. Los inspectores se apearon del autobús en la parada que llevaba justamente por nombre «Sede Central». Su sorpresa fue mayúscula cuando vieron que casi el noventa por ciento de los pasajeros del abarrotado vehículo también se bajaban allí, con lo que el autobús quedó casi vacío. El más sorprendido era Seki, que, a pesar de todos los detalles que ya conocía sobre esta secta, no esperaba aquella afluencia.

Los fieles que se acababan de bajar del autobús saludaban a los que ya estaban allí llevándose la mano al pecho y murmurando algo.

—¿Entiendes lo que se dicen?

—No.

—Están diciendo *iyasaka*, *iyasaka*.

—Me parece muy poco práctico tener que saludarse de esta manera —dijo Seki riendo; su mente evocó la imagen de unas hormigas correteando por el suelo en pleno verano, levantando las antenas y olisqueándose mutuamente.

En la esquina de la avenida con la calle en la que se encontraba la sede un hombre con una banda de tela blanca *hachimaki* enrollada en la cabeza y vestido con una chaqueta *hakama* también blanca dirigía el tráfico. Tenía en la mano una lámpara portátil *chochin* con la pantalla de papel decorada con tramas de hexágonos y flores de ciruelo. Los fieles avanzaban o se detenían al compás del movimiento de la lámpara roja.

—Es un espectáculo digno de ver.

—Lo hace bastante mejor que nuestros compañeros de tráfico.

El ir y venir de fieles no cesaba mientras los inspectores comentaban la escena. Había gente de todas las edades, cada cual vestido a su modo: guapas oficinistas, amas de casa vestidas de la manera más sencilla, jóvenes enérgicos que parecían empleados de alguna pescadería y hasta ancianos con gorras de maestro. Los inspectores avanzaron entre la muchedumbre.

—Cuando el año pasado el fundador estuvo ingresado en el hospital por una úlcera gástrica, los fieles se sentaron en el suelo formando una cola larguísima que iba desde esta acera hasta la sede, con lamparitas de aceite en la mano izquierda y rezando por su pronta recuperación.

—Menudos fanáticos.

—Dicen que a los fieles les cobraron el aceite de la lámpara, la esterilla para sentarse y otro tanto por el lugar que ocupó cada uno en la calle. Los tienen a su merced.

—Es indignante. Pero ¿no debería el fundador poder curarse a sí mismo con el poder divino del que está imbuido, sin necesidad de hospitales ni nada?

—La cosa no debe de ser tan sencilla. En teoría, ni siquiera necesita anestesia para operarse; pero al parecer se puso a llorar de dolor en cuanto le rozaron con el bisturí.

—Ja, ja, ja, ¡qué cobarde!

—Te estoy tomando el pelo, chico, no te lo vayas a creer —puntualizó Sudo mirando a Seki con desazón.

Cruzaron el portón y, al fondo de un terreno de varios miles de metros cuadrados cubierto de gravilla, vieron un impresionante templo cuyo diseño, según se decía, estaba inspirado en una imagen de postal del templo Todaiji de Nara. Las llamas de las antorchas colocadas en las cuatro esquinas del jardín iluminaban con claridad unas lonas decoradas con motivos hexagonales y la pulcrísima gravilla redonda que cubría el suelo. Sudo y Seki fueron hacia la parte trasera esquivando a los fieles. De un lateral del templo partía una especie de galería curva que conectaba con la residencia del fundador, un edificio que imitaba el estilo *sukiya* de las construcciones para la ceremonia del té.

—¿A qué se dedicaba el fundador antes de presidir la secta?

—Fue un repatriado del norte de Manchuria que, al regresar a Japón, estuvo regentando un establecimiento de tofu en una pequeña ciudad de la prefectura de Chiba. Al parecer, moler soja en el molino de piedra para hacer tofu ayuda a la purificación espiritual. Y un día, mientras molía soja, de pronto recibió la inspiración divina para fundar una nueva secta.

Los inspectores se estaban acercando a una imagen de Buda y bajaron la voz casi instintivamente. La entrada de la residencia estaba flanqueada por flores de hortensias iluminadas por lámparas eléctricas. Hasta las hortensias parecían haberse imbuido de la autoridad del fundador y extendían sus ramas con altanería.

Una mujer de mediana edad y ataviada con un kimono salió de la casa al oír la voz de Sudo y, seguramente porque habían avisado de la visita por teléfono con antelación, los pasó de inmediato a la habitación contigua. Esta apenas tendría unos quince metros cuadrados; una alfombra roja cubría el suelo de tatami y sobre ella se había colocado un conjunto de muebles de sala de recepción. El estilo de la pequeña estancia contrastaba y desentonaba con el resto del edificio de estilo japonés, construido con madera de ciprés. Sudo y Seki pasearon inquietos la mirada por el extraño espacio y de pronto se sintieron nerviosos.

Tras cinco minutos de espera, se oyó un roce de telas y apareció una sacerdotisa vestida como una bailarina del periodo Heian. Parecía una de esas figuras que ilustraban las novelas de época. La sacerdotisa los guio a través del largo pasillo con una actitud que rozaba lo odioso, por la estudiada y fingida indiferencia que mostraba ante la sorpresa que sabía que su apariencia causaba en ellos.

Entonces llegaron a una sala de unos veinte metros cuadrados que daba al jardín. La mesa de centro de dos metros y medio se veía pequeña.

—No me sorprendería si de pronto apareciera en esta habitación el monje Nichiren —dijo Seki.

—El Chamán bebe de las enseñanzas del sintoísmo, así que, de aparecer aquí alguna figura notable, sería la Amaterasu O-Mikami —repuso Sudo mientras recorría la estancia con la mirada.

Había un altar en el pequeño espacio elevado que en este tipo de habitaciones se reserva para disponer objetos decorativos, como rollos desplegables o arreglos florales. Ante él habían dispuesto unas copas para el sake sagrado, ofrendas varias y hojas de *sakaki*, y entre ellas asomaba una figura misteriosa con el morro alargado que no era un zorro ni un tejón. El rollo de papel japonés desplegable, que colgaba en la parte central de la pared, llevaba escritas unas letras con pincel, pero la caligrafía era tan amanerada que era imposible distinguir lo que decía. Sudo estuvo un buen rato tratando de descifrar el texto, pero al fin se dio por vencido y dirigió la mirada al jardín, que parecía resplandecer como si fuera de día gracias a la luz de las lámparas fluorescentes.

En el jardín había dos arces y un ciruelo viejo. El arce era de una variedad de hojas pequeñas que ya se habían teñido de rojo aunque estaban a principios de junio. Esa precoz coloración de la planta le pareció a Seki una metáfora de los tiempos que corrían. Al lado del ciruelo había una piedra de adorno con una bonita forma, y a los pies del cercado de bambú crecían con vigor varias cepas de crisantemos de grandes hojas. En definitiva, el jardín estaba envuelto en una elegante atmósfera lírica que hubiera invitado a preparar té a Rikyu y a componer versos a Basho.

En el momento en que Seki sacó un cigarrillo y se disponía a encenderlo se oyeron unos pasos procedentes del pasillo. Al momento se abrió la puerta corredera de papel y apareció el fundador de la secta ataviado con un elegante conjunto de chaqueta *haori* y pantalón *hakama*. Antes de entrar en la sala, el fundador reconoció con una leve inclinación de cabeza la presencia de la sacerdotisa postrada en el suelo al estilo Ogasawara. Era un hombre de unos sesenta años de rostro anodino que no llamaría la atención de nadie. Hizo caso omiso de los visitantes, se postró delante del

altar y comenzó a recitar algo con una entonación extravagante. Tanto podía ser un poeta declamando sus versos, un desarrapado lanzando lamentos o incluso alguien interpretando la canción del peregrino *eika*. Era imposible saber lo que decía, aunque quizá esa era la intención y quizá proporcionara consuelo a los fieles.

El ritual fue ganando fervor. El fundador agitó una y otra vez en el aire los papeles de la ofrenda ritual, acompañando el movimiento con sonoras palmadas. Aquel despliegue de ardor religioso hizo que Seki se abstuviera de encender el cigarrillo hasta que concluyese el espectáculo. El descarado histrionismo de sus gestos y la evidente intención de impresionar a los espectadores con aquella pantomima, tratando de recalcar con vehemencia impostada su espiritualidad, le hicieron sentir a Seki vergüenza ajena y hasta aversión hacia aquel hombre.

—Los estábamos esperando ansiosos desde que recibimos su llamada. ¿Qué los trae por aquí? —preguntó el fundador secamente cuando por fin se sentaron a la mesa cara a cara.

Quizá fuera solo cosa de la imaginación de Seki, predispuesto por la comedia que había tenido que presenciar hacía tan solo unos instantes, pero le pareció, por su modo de hablar, que el fundador deseaba de todo corazón dar por terminada aquella entrevista cuanto antes.

—Supongo que ha llegado a sus oídos la noticia del asesinato del señor Gosuke Nishinohata, uno de sus fieles.

—Claro que estoy enterado. Aunque no leo los periódicos ni escucho la radio, la sacerdotisa me comunicó la noticia. Lo lamento muchísimo.

—Tenemos entendido que ustedes lo odiaban por considerarlo un traidor a la secta.

A diferencia de lo que acostumbraba, Sudo no dejó apenas tiempo entre pregunta y respuesta. Tal vez fuera una táctica para enfrentarse a viejos resabiados como el que tenía delante.

—Nada de eso. Profesar nuestro credo compete a la libertad de cada cual. Al igual que entre los budistas hay quienes difícilmente serían redimidos, en nuestra organización también hay quienes no terminan de comprender sus enseñanzas. En todo caso, entendemos que esto es inevitable y que no nos incumbe a nosotros hacer nada al respecto.

—Usted es el fundador de la secta y podrá ser indulgente con los descarriados; pero supongo que la deserción masiva de fieles que el señor Nishinohata parecía dispuesto a permitir podría provocar un auténtico rechazo entre quienes no están tan iluminados. Por ejemplo, individuos como Hanpei Chita…

El fundador no respondió y desvió la mirada al jardín. Parpadeó con fuerza y las aletas de su nariz se ensancharon. Su rostro era anodino visto de frente, pero de perfil sus facciones se veían mucho más definidas y hasta hermosas. Aunque Seki no estaba familiarizado con la fisonomía o la frenología, se reafirmó en su convicción personal de que los rostros de los hombres capaces de acometer grandes empresas —fundar una secta era una de ellas— siempre tenían algo distinguido que los diferenciaba del resto, y se quedó mirándolo con admiración.

—No puedo creer que Chita haya podido hacer algo así.

—A mí tampoco me gustaría creerlo —repuso Sudo—. Pero nos consta que amenazó repetidas veces al presidente Nishinohata. «Si abandonáis El Chamán, ateneos a las consecuencias, que no serán precisamente agradables.» Cosas por el estilo. No me parece que fueran amenazas veladas.

El fundador se volvió, miró a Sudo, se inclinó sobre la mesa y dijo en tono confidencial:

—El caso es que yo también sospecho que pueda haber sido obra de Chita.

—¿Por qué?

El fundador bajó aún más la voz:

—Chita ha contribuido significativamente al crecimiento de nuestra congregación desde su fundación. Sin embargo, tal vez por un exceso de celo, en ocasiones incurre en conductas violentas. Cada vez que he tenido conocimiento de esta clase de actos me he reunido con él para reprocharle su proceder e intentar que comprenda que no debe actuar así. Quizá porque tiene un fondo malévolo y brutal, tengo entendido que ha seguido cometiendo las mismas acciones censurables. En el caso del señor Nishinohata estaba fuera de sí, y le advertí con severidad que no hiciera ninguna locura, pero…

En realidad, lo único que parecía preocupar al fundador de El Chamán era que las conductas inapropiadas de Chita perjudicaran la reputación de la secta.

Sudo le preguntó por los movimientos de Chita el día anterior.

—Estuvo durmiendo más o menos hasta las diez y se marchó después de tomar un desayuno tardío. Él nunca dice adónde va.

—¿Y no ha vuelto desde entonces?

—Ni siquiera nos ha llamado por teléfono.

—¿Cómo iba vestido cuando se fue?

—Esto lo sé porque se lo pregunté a la asistenta. Me dijo que llevaba un polo negro, pantalón gris, boina gris y zapatos negros. Se fue conduciendo un coche de la sede central.

—¿Qué tipo de coche?

—No sé nada de coches, pero tengo entendido que uno americano que se llama Blymouth o Plymouth o algo así.

—¿Color?

—Gris.

Todo encajaba. El coche que el chófer Iba había visto en Shinbashi debió de ser casi con total seguridad el que conducía Chita.

—¿Se le ocurre algún lugar en el que Chita pudiera ocultarse?

—Supongo que en alguna sede local de nuestra organización. Tenemos veinticinco en Tokio y cinco en el área metropolitana.

—Entiendo que si usted da la orden a esas sedes para que lo avisen en cuanto vean a Chita, lo harán.

—No; me temo que eso no es posible —repuso el fundador con evidente nerviosismo—. Me gustaría que me mantuvieran al margen de todo lo relacionado con Chita. Y, por favor, no le digan a nadie que hemos estado hablando de él aquí esta noche. Cualquiera que se gana la animadversión de ese hombre está en peligro.

Sus poderes divinos no le debían de servir de gran cosa para protegerse de Chita. Lo habitual y más efectivo cuando había que intervenir en los asuntos internos de una congregación religiosa como esta y evitar complicaciones innecesarias era recurrir a su fundador sin que la policía interviniera directamente. Sin embargo, en este caso, y por mucho que insistiera Sudo, no hubo manera de convencerlo para que se aviniera a las peticiones policiales. Aunque el miedo del fundador pudiera parecer un tanto ridículo, también cabía entenderlo como prueba de lo peligroso que era Hanpei Chita.

A continuación, Sudo y Seki inspeccionaron la habitación de Chita y descubrieron que se había ido con lo puesto y con una libreta de depósitos con un saldo de tres millones de yenes. Parecía bastante claro que tenía la intención de asesinar al presidente y después perderse de vista.

Los inspectores pidieron prestada una fotografía de Chita y abandonaron la sede central del chamanismo.

La llama de las antorchas ardía ahora con más fuerza, bañando a los fieles allí congregados con una intensa luz carmesí. Los tambores que comenzaron a sonar detrás de los dos agentes parecían advertencias conminatorias para que se marchasen de una vez, y su tam-tam resonó en el aire como una risa burlona.

—Ese ruido de tambores trae de cabeza a los vecinos. El *ryokan* de lujo que estaba al lado perdió a todos los clientes por su culpa y tuvo que cerrar —le contó Sudo a Seki. Pero incluso sus palabras quedaron silenciadas por el estruendo, y Seki no lo entendió del todo.

VI

La caja fuerte

1

Tomarse cada día una hora de descanso después del almuerzo, aislado del mundanal ruido: esta era la saludable rutina que Nukariya, el abogado, había seguido a rajatabla durante los treinta últimos años. Ninguna visita ni llamada de teléfono interrumpía este descanso. Su profesión le absorbía muchas horas y era mentalmente muy exigente, y Nukariya ni siquiera tenía tiempo de relajarse jugando al golf de vez en cuando. Su método para evitar tener problemas derivados del estrés era bastante pasivo, pero ese momento de desconexión tras la comida debía de funcionarle bastante bien. Prueba de ello era que Nukariya no había enfermado nunca en esos treinta años. De hecho, la única vez que había ido al médico en ese tiempo fue cuando su queridísimo perro le mordió la mano. Por esa razón, fue su esposa quien, como siempre, atendió la llamada de teléfono el día 3.

—Es el señor Haibara —dijo ella asomándose a la puerta del comedor.

El teléfono estaba en el salón.

—¿Qué quiere?

—Dice que le han llamado del Banco Showa.

—¿Lo han llamado a él?

—Sí, eso parece, pero dice que necesita hablar contigo porque no sabe muy bien qué hacer.

Los abogados suelen ser personas de carácter irritable. Nukariya comenzó a fruncir el ceño. Su esposa, que conocía bien ese gesto, se puso en guardia y retrocedió hacia el salón.

—A ver, mujer, habla claro. Explícate con claridad —soltó Nukariya, cerrando el manga que estaba leyendo y dejándolo caer en el regazo —. Cuéntamelo todo desde el principio.

—Sí, voy. La tarde del día en que asesinaron al señor Nishinohata, este se ausentó de la oficina y estuvo desaparecido unas horas, ¿te acuerdas? Dejó a su chófer jugando al *pachinko* y se fue.

—Sí, ¿y?

—Y sabes que la policía quería saber adónde había ido el presidente, ¿no? Esta información aparecía incluso en el periódico de esta mañana.

—Sí.

—Pues resulta que el presidente estuvo en el Banco Showa de Kyobashi.

—¿Cómo?

—Al parecer, el presidente tenía alquilada una caja fuerte allí y, ese día, debió de sacar algo de ella.

—¿En serio?

La arruga del entrecejo del abogado había desaparecido. Al principio atendió a su mujer a regañadientes, pero el interés por lo que ella le estaba contando lo había atrapado. Nukariya enderezó el torso, se reacomodó en el asiento y se puso serio.

—¿Qué más te ha dicho?

—Que el encargado de las cajas fuertes ha informado de esto a la unidad de investigación. La policía enviará un agente al banco en breve.

—¿Van a abrir su caja?

—Sí. Por eso el señor Haibara quiere que estés presente.

—Está bien. Dile que voy ahora mismo —le dijo cortante.

Cuando, después de vestirse, Nukariya se presentó en las oficinas centrales de Towa Textiles, Haibara lo recibió con ojos soñolientos.

—Buenos días. Muchas gracias por lo de anoche.

Haibara le estaba agradeciendo a Nukariya que se hubiera presentado en el velatorio la noche anterior. El abogado se quedó poco más de una hora, pero, a juzgar por los ojos enrojecidos del secretario, este debía de haber estado allí toda la noche.

—¿El funeral es a la una?

—Sí. Por deseo expreso de su mujer, se celebrará una ceremonia solemne y bastante fastuosa.

—¿Lo enterrarán en su ciudad natal?

—Así es. El presidente había hecho restaurar con todo lujo el mausoleo familiar, y allí descansará él también.

—La vida es tan efímera… —murmuró el abogado, negando brevemente con la cabeza cana.

Aquel hombre testarudo y combativo, que se había echado a sus espaldas la compañía Towa Textiles, quedaría pronto reducido a cenizas. Ni el estatus ni las riquezas significaban nada ante la muerte.

—Señor Nukariya, ¿quién cree que ha podido hacerlo? —le preguntó de repente el secretario.

—No lo sé…

—Pues yo estoy seguro de que fueron ellos.

—¿Ellos?

—Los líderes del sindicato, desde luego. O si no, Hanpei Chita. Está claro como el agua, y suponía que la policía los detendría ayer. Me está sorprendiendo su indolencia.

Haibara los había condenado desde el momento en que supo de la muerte del presidente. Hablaba con el convencimiento de quien no atiende a razones. Sin embargo, el abogado no podía secundar la precipitada conclusión del secretario. No tanto porque se opusiera al hecho de incriminar sin pruebas, sino porque Nukariya sospechaba que había alguien más con motivos para desear la muerte del presidente.

—¿Sabía usted que el presidente tenía alquilada una caja fuerte en el banco? —preguntó el abogado haciendo caso omiso de la reacción emocional de Haibara.

Este se quedó un momento con la boca abierta antes de contestar:

—Sí, claro que lo sabía. Aunque nunca imaginé que se pasaría por allí el otro día.

—Cuando el presidente visita su caja fuerte, ¿siempre va solo?

—No. Lo lleva siempre el chófer.

—¿Por qué lo quiso mantener en secreto esta vez?

—Quién sabe…

El secretario no podía evitar sentirse perplejo.

—Bueno, quizá cuando visitemos el banco comprenderemos…

El teléfono comenzó a sonar antes de que el abogado acabara la frase. Haibara se llevó el auricular a la oreja, habló unos segundos y al colgar miró a Nukariya.

—Los inspectores de la policía han llegado al banco. Vayamos para allá —dijo el secretario con serenidad, como si se hubiera disipado la tensión que sentía hacía unos instantes.

Sin embargo, al abogado no se le escapó el fugaz gesto de satisfacción que asomó tras la máscara de serenidad del secretario porque por fin conocería los secretos del presidente.

2

En el vestíbulo de la segunda planta del Banco Showa acompañaban al director de la sucursal los inspectores Sudo y Seki, que tanto Haibara como Nukariya habían conocido el día anterior. Sudo vestía de traje, mientras que Seki llevaba una camisa sin corbata y una americana blanca de lino. La suciedad gris del calzado blanco de lona evidenciaba el intenso trabajo policial de las horas previas.

—Hay apenas tres o cuatro bancos más aparte del nuestro que tengan servicio de caja de seguridad —dijo el director de la sucursal después del saludo, como retomando una conversación interrumpida —. Hemos ganado fama desde el caso Shimoyama y tenemos tantas solicitudes de cajas fuertes que nos hemos visto obligados a dar preferencia a quienes ya tienen cuenta con nosotros.

—¿Qué tamaño tienen las cajas?

—Tenemos siete tipos de cajas, del A al G. El tipo A es una caja pequeña para documentos, pero el G es mucho más grande, y cabrían en ella dos o tres personas. Estamos todos, ¿verdad? Denme un segundo. —El director salió de la habitación y volvió de inmediato con otro empleado—. Les presento a Koine. Él es el responsable de las cajas de seguridad. Hay otro encargado, pero fue Koine quien atendió al señor Nishinohata cuando vino aquí anteayer.

El tal Koine, un joven delgado, de tez pálida y con el pelo engominado y lustroso, saludó a los presentes con mucha corrección.

Sudo le preguntó sin más preámbulos:

—¿Recuerda bien lo que pasó cuando vino el señor Nishinohata?

—Sí, claro. Fue hace solo dos días, de modo que me acuerdo perfectamente.

—¿Notó algo raro en él?

—No, la verdad es que no.

—¿A qué hora vino aquí, más o menos?

—Fue… poco después de la una de la tarde. Yo había acabado de comer y estaba sentándome a mi mesa. Luego volvió unos cuarenta minutos más tarde.

—¿Cómo que volvió? ¿Me está diciendo que el señor Nishinohata vino al banco dos veces?

El inspector había elevado la voz al hacer la pregunta, y el encargado, que no entendía el motivo de su reacción, lo miró un tanto extrañado. Pero Sudo no era el único sorprendido: el abogado, el secretario y Seki también lo estaban.

Gosuke Nishinohata salió de las oficinas centrales con su chófer; después cogió él mismo el coche para acudir al banco y, tras despachar algún asunto en algún lugar desconocido, regresó a la caja de seguridad del banco antes de dirigirse de nuevo a las oficinas de la compañía. Todos dedujeron de inmediato que Nishinohata había cogido algo de la caja fuerte y, tras alguna gestión, fue a devolverlo al banco. Sin duda, el examen de la caja de seguridad revelaría de qué se trataba.

—¿Cuánto tiempo estuvo a solas en la bóveda?

—¿El señor Nishinohata, dice? Pues…, yo diría que unos tres o cuatro minutos, como mucho. Es el tiempo que se suele tardar en abrir una caja y sacar algo.

—De acuerdo, muchas gracias. Y ahora, ¿nos puede llevar a su caja fuerte? —pidió Sudo, dando por zanjado el interrogatorio.

Los cuatro visitantes siguieron a Koine y al director de la sucursal, descendieron a la planta baja y continuaron por la escalera que conducía al sótano. Con el frío reflejo de la luz fluorescente en los escalones de mármol, el abogado tuvo la sensación de estar bajando a un osario.

Al pie de la escalera había una puerta de acero. Koine introdujo la llave en la cerradura de la puerta y la abrió empujándola con el peso de su cuerpo.

—Hay cuatro puertas como esta y cada una se abre con una llave distinta —explicó el director a los visitantes mientras el encargado abría la segunda.

Para abrir las cuatro puertas era necesario cruzar tres pequeñas estancias. Cuando el encargado abrió por fin la pesada cuarta puerta, accedieron a una enorme sala de unos seiscientos cincuenta metros cuadrados llena de cajas de seguridad. Las silenciosas cajas de acero negro que llenaban las estanterías perfectamente alineadas recordaban, en efecto, un osario.

—Con cuatro puertas de seguridad de este calibre, las cajas están más que protegidas.

—Sí, pero nuestras medidas de seguridad son aún más severas. Aunque a los clientes especiales, como el presidente Nishinohata, no les exigimos tanto, hay otros a los que, además de solicitarles su nombre y apellido, edad y dirección, les hacemos un examen bastante minucioso para acreditar su identidad contrastándola con la información que tenemos en nuestros registros. Solo después de que hayan superado el proceso de identificación los acompañamos a esta sala. Por supuesto, deben acudir sin falta con su sello.

El director y el encargado, que avanzaban sin titubear por entre las hileras de estanterías, condujeron a los visitantes a la caja de seguridad de Gosuke Nishinohata.

—Aquí es. El señor Nishinohata utilizaba una caja tipo C. Es una caja de tamaño mediano que se utiliza sobre todo para guardar documentos. Adelante, Koine, ábrenosla.

La caja tenía dos pequeñas ranuras. Koine cogió una de las llaves, la insertó en una de las ranuras y la giró.

—Con esto, la caja estaría medio abierta. Todas las cajas de seguridad que alquilamos tienen un mecanismo similar. Se necesitan dos llaves distintas para abrirlas: una de ellas la tiene el cliente, y la otra, nosotros. El procedimiento es el siguiente: el encargado introduce la primera llave, la gira, se aparta de la caja y espera al cliente en la puerta. Y el cliente, que ahora ya estaría solo delante de su caja, la abriría con su llave y accedería al contenido. Aunque en esta ocasión, en ausencia del cliente, estamos nosotros en calidad de responsables.

El director sacó una llave maestra que solo utilizaba en circunstancias especiales como esta, la introdujo en la segunda cerradura y se hizo a un lado.

—Adelante.

—Señor Nukariya, ábrala usted, por favor —le dijo Sudo al abogado.

Sudo le cedió la tarea al abogado porque, por mucho que fuese para una investigación policial, le pareció la persona más adecuada para abrir una caja que contendría los secretos íntimos de su cliente. Su intención, además, era que, cediendo en ciertos aspectos de la investigación, pudiera ser más audaz e insistente en otros.

El abogado extrajo el contenedor de acero negro, que tintineó levemente. Abrió la tapa y sacó varios sobres de papel de estraza sujetos con una cinta de color verde desvaído. Había nueve en total, y parecían contener documentos. Diez ojos se clavaron en las manos

de Nukariya mientras este examinaba uno a uno el contenido de los sobres.

Siete de ellos contenían títulos de acciones de empresas importantes. El octavo contenía acciones de una empresa industrial de Nagaoka.

—¿Qué clase de compañía es Hikari Industries?

—Es un fabricante de pinturas.

—¿Por qué tendría acciones de una empresa insignificante como esta?

—Supongo que se las habrán endosado casi a la fuerza por ser oriundo de Nagaoka —repuso el secretario sin mucho interés.

El último sobre contenía varios contratos de compraventa y traspaso de distintas fincas forestales y villas, y no parecían documentos comprometedores en ningún sentido. Sudo se fijó en que además había tres fotografías. Dado que habían roto una por la mitad, sería más exacto decir que había dos fotografías y media.

En las dos enteras aparecía una niña. En el reverso de una estaba escrito a mano «Hisako Wakatake (2 años)» y, en la otra, «Hisako Wakatake (5 años)», gracias a lo cual supieron que se trataba de dos fotografías de la misma niña. Debía de haberlas hecho un aficionado, porque se habían tomado sin aplicar filtros. Las imágenes no eran nítidas y ni siquiera se distinguían con claridad las nubes del cielo de fondo. En la primera se veía un tosco carrito de bebé confeccionado con recortes sueltos de madera dentro del cual estaba la Hisako Wakatake de dos años con la boquita abierta en mudo grito. El carrito estaba en un sendero forestal y, a juzgar por la ropa de la niña, debía de ser verano.

La Hisako Wakatake de cinco años aparecía de pie en un jardín y sonreía simpática con el rostro bronceado y vivaz. El tejado de paja de una casa que había detrás y el caqui cargado de frutos al fondo

indicaban que la fotografía había sido tomada en un pueblo en otoño.

A diferencia de las dos anteriores, en la tercera fotografía aparecía una mujer joven. De pie y mirando a cámara, se la veía algo desaliñada con aquellos zuecos y el kimono de colores llamativos que vestía. De la estructura del edificio del fondo y del vehículo aparcado detrás se deducía que la instantánea se había tomado en una ciudad. Sin embargo, como faltaba la mitad superior de la fotografía, de la cintura para arriba, no podía saberse si la mujer era bella o no.

—¿Qué les parece? ¿Estos objetos les aclaran algo? —preguntó el abogado.

—¿Y esta foto?

—No lo sé.

—¿Y usted, señor Haibara?

—Ni idea.

Por la atención y curiosidad con las que escrutaba las fotografías, Haibara no parecía estar mintiendo. En cualquier caso, no era tarea fácil deducir qué se había llevado Nishinohata de todo aquello.

—¿Les parece bien que cerremos la caja? —preguntó el director.

El abogado guardó de nuevo los sobres de papel de estraza y Sudo hizo lo mismo con las fotografías. No tenía ningún sentido seguir mirándolos.

—Entiendo que podríamos volver a examinar el contenido de la caja si la investigación lo requiriese, ¿no es así?

—Sí, claro, siempre que cumplan los trámites para ello.

—Ahora mismo ignoro si será necesario, así que le agradecería que mantuviera intactos estos objetos en la caja fuerte. En todo caso, no creo que tardemos demasiado en resolver el crimen.

—Sí, supongo que no habrá problema. En caso de que la viuda del señor Nishinohata tuviera que acceder a los títulos de acciones para liquidarlos o para cualquier otra gestión durante los trámites sucesorios, los avisaría con antelación —añadió Nukariya.

Sudo respiró con alivio. El abogado parecía un viejo cascarrabias y convenía tenerlo a favor, no fuera que se le cruzasen los cables y se le ocurriera entorpecer las pesquisas.

Los cuatro hombres salieron a la calle después de agradecer la colaboración al director y al responsable de las cajas de seguridad. Tras la luz artificial de la bóveda, el intenso sol de mediodía de comienzos de verano los cegó y les obligó a hacer visera con la mano para protegerse los ojos. El secretario se despidió de los inspectores y abrió la puerta de su coche.

—Lo llevo, señor Nukariya.

El abogado rechazó el ofrecimiento de Haibara.

—No, gracias. Tengo que ir a un sitio, tomaré el metro.

Cuando el vehículo de Haibara desapareció, el abogado se volvió para mirar a los inspectores y dijo con tono grave:

—No dije nada antes porque estaba Haibara; pero sé quiénes son la niña y la mujer que aparecen en esas fotografías.

3

Los tres entraron en una cafetería cercana y pidieron unos refrescos.

—¿No les recordaron los ojos de esa niña llamada Hisako Wakatake a los del señor Nishinohata? A mí sí, nada más verla.

Sudo sonrió entornando los ojos mientras se limpiaba las manos con una toalla húmeda.

—Es una hija que tuvo el presidente fuera del matrimonio, ¿no es así?

—Es usted un hombre perspicaz.

—La línea del mentón, la forma de los ojos y las cejas eran idénticas a las del presidente. ¿Quién es la madre? Cuéntenoslo, esto quedará entre nosotros.

Sobra decir que un abogado no podía revelar los secretos de su cliente bajo ningún concepto. Pero Nishinohata había sido asesinado y los deberes del abogado para con su cliente eran distintos. Sudo tenía que ganarse la confianza del abogado para que le proporcionara toda la información necesaria sin que este sintiera menoscabada su ética profesional.

Nukariya asintió en silencio, sacó su pitillera con parsimonia y ofreció sus cigarrillos a los inspectores. Seki cogió uno y lo encendió.

—Esto sucedió el año pasado en otoño. El señor Nishinohata me llamó para pedirme consejo sobre un asunto personal. Quería que me encargara de los trámites legales para el reconocimiento de una hija que había tenido fuera del matrimonio. Hasta ese momento, yo creía que él no tenía descendencia, así que, cuando me lo contó, me quedé muy sorprendido. Según me dijo, la había tenido con la criada que trabajaba en su domicilio de Yoga, una tal Tazuko Wakatake. Pero como el señor Nishinohata la despidió antes de que el embarazo se hiciera evidente, su esposa no se enteró. Al despedirla, le dio una suma de dinero a modo de indemnización y creyó que el asunto quedaba zanjado, hasta que… —dijo, e interrumpió la frase para dar un trago a la soda con bola de helado.

Sudo estaba impaciente por conocer cómo continuaba la historia y lo apremió para que siguiera hablando:

—¿Hasta que…?

—Hasta que supo que Tazuko había fallecido. Mientras la niña tuvo a su madre, él no se preocupó demasiado, pero cuando se enteró de que Tazuko había fallecido y pensó en que la niña se habría quedado sola lo empezó a carcomer la conciencia. Así que decidió llevarle un regalo y echarle un ojo, como quien dice. Cuando la conoció, no solo le recordó muchísimo a Tazuko, sino que también vio el gran parecido que la niña tenía con él y se quedó prendado al instante. El señor Nishinohata no había tenido descendencia y nunca había tenido ocasión de experimentar ese amor genuino por sus propios hijos. En definitiva, aquel encuentro despertó en él su instinto y amor paternos.

—¿Dónde la vio?

—En un pueblo de la prefectura de Tochigi. Por suerte, dado que se conocía el grupo sanguíneo de Tazuko, resultó muy fácil demostrar que aquella niña era su hija biológica. Fue después de eso cuando se puso en contacto conmigo y me encargó los trámites de reconocimiento.

—Disculpa —dijo Sudo dirigiéndose a la camarera—, ¿te importaría bajar un poco la música? —Se volvió de nuevo hacia el abogado—. Si el señor Nishinohata reconoce a su hija biológica, esta se convierte en su heredera, ¿correcto?

La música de jazz que sonaba en el local se volvió de repente casi inaudible. Sudo levantó las cejas.

—Así es. Ella recibiría una determinada cantidad de dinero incluso aunque su padre no hiciese testamento.

—Me sorprende que su esposa aceptase este reconocimiento —observó Sudo con toda lógica.

El abogado paseó la mirada de Sudo a Seki, que seguía tomando notas.

—No fue nada sencillo. A los pocos días de hablar con él, el presidente se presentó en mi despacho y me pidió que suspendiera temporalmente los trámites.

—¿Por qué?

—No me explicó las razones, pero sospecho que su esposa se enteró del asunto y tuvieron una discusión. Lo digo también porque otro día vino a mi despacho un representante de la señora Nishinohata y me preguntó muchas cosas acerca de las posibilidades que tendría una demanda de eliminación de parte de la legítima contra su esposo.

—¿Eliminación de parte de la legítima?

—Simplificando un poco, supongamos que el señor Nishinohata dispuso en su testamento que sus bienes se repartieran del siguiente modo: cuatro partes para la viuda y seis partes para Hisako Wakatake. Si la señora Nishinohata no estuviera conforme con esta partición, podría plantear una demanda de eliminación de parte de la legítima que podría reconfigurar el reparto, de tal modo que la señora recuperase una parte de Hisako para que el reparto fuese equitativo; es decir, cinco partes para la viuda y cinco para la hija.

—Entonces, si la señora Nishinohata estuviese recabando información para proceder como nos acaba usted de explicar, ¿podríamos suponer que la relación matrimonial de los señores Nishinohata no era muy buena?

—No le podría decir. Eso es algo que no me incumbe —afirmó tajante Nukariya.

Sin embargo, el hecho de que el abogado no negase esa posibilidad podía interpretarse como una confirmación tácita. A Sudo no le costó imaginar a la esposa de Nishinohata encontrando la fotografía de Tazuko olvidada por su marido y rasgándola llena de rabia.

—¿Conoció usted a Tazuko Wakatake?

Sudo estaba empezando a sentir curiosidad por la mujer que había dado a luz a la hija del presidente Nishinohata, y no solo en un sentido estrictamente policial. Pensó que era una lástima que la fotografía estuviera rasgada y no se le pudiera ver el rostro, pero imaginó que sería una mujer guapa.

—Sí, la conocí hará seis años. Nos sirvió té un día que fui a hacer una visita al domicilio del señor Nishinohata en Tamagawa. Era una mujer con ojos tristes, con el rabillo más bajo que el lagrimal, y de rasgos muy japoneses. Tenía un bonito rostro oval, pero, para ser sincero, no era nada del otro mundo, y el mentón era bastante masculino. Era un tipo de belleza que a mí al menos no me llama la atención.

Era una descripción que no favorecía mucho a aquella mujer. No obstante, Sudo imaginó que, en comparación con la señora Nishinohata, altanera, egoísta y consumida como una verdura deshidratada, la joven Tazuko le debió de parecer al presidente una mujer muy guapa. Sudo creyó entender bastante bien este sesgo perceptivo de Nishinohata.

—¿Cómo quedó el asunto del reconocimiento de su hija biológica?

—Quedó interrumpido en el punto que acabo de mencionar. Entiendo que la huelga obligó al presidente a posponer el asunto, pero ha terminado falleciendo antes de completar el trámite.

—O sea, que ni un solo yen de la herencia acabará en manos de Hisako.

—Aunque no es imposible que el señor Nishinohata acudiera a otros abogados y terminara haciéndolo a mis espaldas, me parece ilógico que recurriera a desconocidos, pues habría supuesto tener que desvelar su secreto a otra persona más. Así que supongo que el

trámite ha quedado inconcluso. Quizá podrían solicitar un extracto del registro civil de Hisako Wakatake para confirmar su filiación.

—Sí, eso haremos —convino el inspector.

En realidad, Sudo pensaba que, investigando los movimientos de la esposa de Nishinohata en la noche del día 1, podría determinarse con más facilidad si ella era la asesina. En cualquier caso, ahora que había aparecido otra sospechosa con motivos para desear la muerte de Nishinohata, Sudo sintió que el asunto se ponía cada vez más interesante.

4

Sudo y Seki se apearon del tranvía de Tamagawa en Yoga. La casa de Nishinohata estaba en la sección 4-chome, en el extremo norte de la ciudad. Los dos inspectores avanzaron penosamente por la calle abrasada sin dejar de enjugarse con el pañuelo el sudor de la frente; para alguien como Nishinohata, acostumbrado a viajar en vehículos de lujo, aquel trayecto no le hubiera resultado penoso en ningún sentido.

Llegaron frente a la mansión de Nishinohata y Seki vio la placa con la inscripción del apellido de su morador adosada en un lateral del portón de entrada.

—Tiene que ser una casa enorme —comentó, alzando la vista para contemplar el muro que rodeaba el recinto.

—Es un capitalista —repuso Sudo, al que de pronto le dio la risa. Pensaba decir «empresario» y, sin querer, había dicho «capitalista». La charla que había tenido la tarde previa con Koigakubo, Narumi y compañía debía de haberle contagiado su vocabulario.

La noche anterior habían trasladado allí los restos de Nishinohata. Según Haibara, el funeral se celebraría esa tarde en el templo Honganji. Los vehículos estacionados frente a la residencia de Nishinohata parecían transmitir el nerviosismo que se respiraba en el ambiente.

—¿Esa no será la criada?

Sudo miró hacia donde señalaba Seki y vio abierta la puerta de servicio y a una mujer joven que había salido a la calle.

—Voy a hablar con ella. Yo me encargo —y antes de terminar la frase, Sudo ya se había puesto a caminar a grandes zancadas.

La mujer con pinta de criada les dio la espalda y apretó el paso. Por cómo vestía, parecía que iba a comprar por allí cerca.

—Oiga, disculpe —le dijo Sudo cuando la alcanzaron—. ¿Vive usted en esta casa?

La mujer dio un respingo, se detuvo y miró a los inspectores con desconfianza.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó ella. Había hablado con ese tono soberbio y altivo del que a veces se imbuía el personal de servicio de la gente pudiente. Pero en cuanto supo que eran policías, añadió con cautela—: Vaya, pensé que eran ustedes periodistas.

—¿Su señora no perdió el bolso anoche cuando salió a la calle? Una persona vio que se le caía el bolso, lo recogió y la llamó, pero ella no la oyó, se subió en un taxi y se marchó. Y aunque esta persona luego entregó el bolso en la comisaría…

La asistenta miró un instante a Seki como estudiándolo y devolvió la mirada a Sudo. La expresión de la mujer era una extraña mezcla de incredulidad y desprecio.

—Creo que se están confundiendo.

—¿Por qué?

—Porque anoche la señora no salió de casa.

—Pero hay una persona que recogió su bolso y lo entregó en la comisaría.

—A ver, es que… —La mujer frunció los labios y miró alternativamente a los dos inspectores; después, hinchó las mejillas y terminó con una expresión que parecía de burla—. La señora tiene un problema en las piernas. Es imposible que saliera a la calle. Lleva casi dos años sin apenas poder caminar —concluyó en un tono calmado pero irónico, como dando a entender que se había percatado de la mentira de Sudo.

—¿De verdad? ¿Quién es su médico?

—El señor Wakao. Y ahora, discúlpenme —dijo con brusquedad, y se marchó dejándolos con la palabra en la boca.

Era una mujer desagradable, sin lugar a dudas, pero las piernas bien torneadas que asomaban bajo el ruedo de su falda de guinga eran preciosas a pesar de su carácter.

—¡Nos ha pillado! —exclamó Sudo riendo en cuanto la mujer desapareció tras la esquina—. Nos ha visto las intenciones.

—Las mujeres tienen un sexto sentido que las hace muy perspicaces. Pero ¿será verdad que la señora no puede caminar?

—Lo sabremos cuando hablemos con su médico. Dijo que se llamaba Wakao, ¿no?

—Voy a preguntar en el estanco.

Seki se acordaba de que habían pasado por delante de un estanco antes de llegar allí porque se había quedado sin tabaco. Retrocedió unos cien metros por el camino que habían seguido, compró un paquete de cigarrillos y volvió.

—La clínica del doctor está un poco más adelante. Me ha dicho que tiene muy buena fama.

Echaron a andar por la acera a la sombra de los árboles. En el banco no lo habían notado tanto, pero ahora que había avanzado el

día, la temperatura había subido y hacía un calor de pleno verano. Los dos alternaban el abanico y el pañuelo.

—Nunca he estado en la zona de Joetsu, pero imagino que hará menos calor que en Tokio.

—Espero que sí. Yo tampoco he estado allí y no te sé decir.

—Nunca he pasado de Takasaki —dijo Seki, imaginando aquellas tierras desconocidas.

Seki viajaría a Naoetsu esa misma noche en el último tren para hablar con el revisor del tren Nihonkai. Previamente habían contactado por teléfono con la Compañía Nacional de Ferrocarriles y supieron que el revisor en cuestión había descansado en Osaka tras prestar servicio en el Nihonkai, y que al día siguiente, el día 3, estaría de nuevo trabajando en el Nihonkai en su viaje de regreso a Aomori. Por eso, Seki esperaría la llegada del tren en Naoetsu y hablaría con él para confirmar la coartada de los líderes sindicales.

Iban conversando mientras caminaban, y, casi sin darse cuenta, se encontraron frente a la clínica Wakao. Era una clínica bastante grande para ser privada y hasta tenía un acceso para vehículos. El rótulo blanco de pie con el nombre de la clínica reflejaba la intensa luz del mediodía estival y transmitía la sensación de limpieza propia de un hospital. Según lo anunciado en el rótulo, se ofrecían las especialidades de medicina interna, cirugía, pediatría y otorrinolaringología. Habían dejado un carrito en la entrada, y los inspectores oyeron el llanto de un bebé que procedía de la consulta ubicada al fondo del edificio.

Cuando Sudo explicó en la ventanilla de recepción el propósito de su visita, la enfermera, que debía de conocer bastante bien a la paciente de la que Sudo le había hablado, les dijo que era el director de la clínica quien la atendía. Luego los acompañó a una sala de

espera y desapareció por la puerta. En la sala había cuatro o cinco pacientes ojeando distraídamente revistas de cine.

Los inspectores pasaron a la consulta en cuanto terminó el paciente que estaba siendo atendido. Un médico entrado en años escrutaba su cartilla sentado a su mesa y levantó la vista con gesto adusto para mirar a los inspectores. Era un hombre de apariencia elegante, con un pulcro bigote cano. Sudo volvió a presentarse y le preguntó si la señora Nishinohata era capaz de caminar por sí misma, sin desvelar ningún detalle del asesinato y argumentando que necesitaban conocer este extremo para una investigación policial en curso.

—No, no puede —afirmó rotundo el médico—. Tiene una ciática crónica. Se trata de una condición de origen vírico que, de haberse detectado a tiempo, quizá hubiera tenido solución, pero a estas alturas ya no se puede hacer nada, más allá de aplicar un tratamiento paliativo para el dolor.

El médico había sido un tanto evasivo al hablar de «una condición de origen vírico», pero sin duda se trataba de una dolencia derivada de la sífilis. Conociendo las costumbres de Nishinohata, bien podría habérsela contagiado él. A Sudo no le fue difícil comprender el despecho que debía de sentir una mujer que había sido condenada a una neuropatía crónica por su propio marido y, por si eso no fuera suficiente, se veía en la tesitura de perder parte de la herencia que le correspondía por culpa de una hija bastarda de este. Por otro lado, la neuropatía crónica que padecía despejaba cualquier sospecha que pudiera recaer en ella como autora del asesinato.

Los dos inspectores dieron las gracias al médico y salieron de la clínica. El carrito de bebé había desaparecido.

VII

Muerte en el viaje

1

«Coartada confirmada.»

El telegrama del inspector Seki llegó el día 4 a mediodía desde la oficina de telégrafos de Kashiwazaki. Sin duda, Seki había tomado el Nihonkai en Naoetsu y, tras confirmar la coartada de Koigakubo y Narumi con el revisor, había bajado en la siguiente estación, Kawasaki, para enviar el mensaje.

Hasta el momento, habían surgido tres líneas de investigación: la primera había quedado en nada el día anterior en la clínica Wakao, y la segunda se acababa de frustrar en Kashiwazaki. Por lo tanto, la única línea que quedaba era la de Hanpei Chita, y en la unidad de investigación se acordó concentrar los esfuerzos en dar con su paradero. El Plymouth que Chita había sacado de la central de El Chamán fue encontrado a primera hora de la mañana abandonado a pocos metros del puente de Rokugo. Dado que al cruzar este puente se entraba en la prefectura de Kanagawa, se solicitó formalmente la colaboración de la policía local, pero aún seguían sin noticias del sospechoso.

Fue pasadas las seis de la tarde cuando se recibió la llamada. El jefe de sección paseó la mirada por la sala después de colgar y llamó a Sudo con un gesto de la mano.

—Oye, siento molestarte, pero tienes que ir ahora mismo a Yurakucho.

—¿Qué sucede?

—Hay alguien que quiere ofrecernos información relacionada con el caso. Parece que es algo importante.

—¿No le ha adelantado nada?

—Me ha dicho que estaba demasiado ocupado para contármelo por teléfono. Pero dice que tiene un descanso sobre las seis y media y quiere que alguien vaya a verlo.

Sudo no terminaba de ver la urgencia del asunto ni lograba imaginarse qué clase de información sería aquella.

—¿En qué parte de Yurakucho?

—En Radio Nippon. Este hombre es un actor de radionovelas. Lamento que no sea una actriz de cine —dijo el jefe de sección riendo, como si le tomara el pelo a Sudo—. Se llama Toshio Murase.

—Oh, sí, sé quién es.

Sudo conocía ese nombre. Aunque no prestaba su voz a nada serio, como obras literarias, era un actor al que se le daban muy bien las comedias y tenía fama de ser el mejor haciendo de borracho. Sudo casi nunca tenía tiempo de escuchar con calma la radio, pero cuando oía a Murase en alguna radionovela se reía a carcajadas, y por eso era uno de sus actores de voz favoritos.

—Vete en taxi —le dijo su superior, mientras le entregaba un billete de mil yenes.

Sudo cogió un taxi en la avenida principal.

Radio Nippon era una de las empresas privadas de radio más importantes de Japón. Poseía un edificio de ocho plantas en Yurakucho. Los estudios de la primera y segunda plantas los tenía alquilados a las filiales en Tokio de las emisoras privadas regionales,

mientras que el resto del edificio albergaba los estudios y oficinas de la emisora.

Sudo subió en ascensor a la séptima planta y preguntó por Murase a la antipática recepcionista, que, avisada de la visita de la policía, hizo que otra compañera suya lo acompañara adonde estaba el actor.

Del vestíbulo partían varios pasillos laberínticos, y Sudo entendió por qué lo tenían que acompañar. Tras subir y bajar un par de veces varios tramos de escaleras, el inspector perdió la orientación. No solo tenía dudas de en qué parte de la planta estaba, sino que ya ni siquiera estaba seguro de si seguía en la misma planta.

Por fin llegaron a una sala espaciosa con un escenario y varias filas de butacas: debía de ser el estudio de grabación abierto al público. Los técnicos andaban atareados llevando los instrumentos utilizados en la grabación anterior detrás del escenario. El suelo del patio de butacas estaba cubierto de papeles y cajas vacías de comida para llevar.

—Está allí.

La chica señaló una esquina de la sala con un dedo y se marchó. Sudo miró hacia donde había señalado su guía. Siete u ocho hombres y mujeres ensayaban una escena detrás de un biombo, cada uno con su respectivo texto en la mano.

—Los mafiosos tienen que hablar en un tono más rudo —dijo un hombre, que, por las instrucciones que daba y el cronómetro que llevaba en la mano, parecía el productor.

Sudo se sentó en una butaca apartada y, mientras esperaba a que concluyera el ensayo, trató de identificar a Toshio Murase.

—¿Me podría dar una señal aquí? —preguntó una guapa actriz mostrando una parte del guion al productor. A Sudo no le extrañó que fuera actriz de voz, porque su voz también era hermosa.

—De acuerdo, lo haremos. Y otra cosa, señor Murase —dijo el productor, y Sudo estiró el cuello para ver a quién se estaba dirigiendo—. Al decir esto tiene que dar la impresión de que está profundamente apenado. La audiencia se estará tronchando de risa, pero a su personaje no le hace ni pizca de gracia. Tiene que parecer que está tan triste que querría echarse a llorar.

—De acuerdo.

Sudo reconoció la voz, grave y algo nasal. Murase quedaba casi oculto tras el biombo, y solo pudo distinguirle la frente y la tripa voluminosa. Resultó que estaba bastante gordo: Sudo nunca lo hubiera imaginado así por su voz.

El productor era un hombre que prestaba atención a los detalles más insignificantes. Trataba de transmitir a los actores la intención de los personajes con palabras, gestos y movimientos del cuerpo. El argumento de la obra debía de estar relacionado con la mafia. Murase representaba en ella su papel estrella de borracho para aportar una nota cómica y melancólica que aliviara la tensión general de una historia de crímenes plagada de suspense e intriga. Viendo cómo se enjugaba el sudor de la frente una y otra vez en aquel espacio bien ventilado con aire acondicionado, era fácil deducir el grado de implicación de Murase en la obra.

El productor siguió ofreciendo instrucciones durante cinco minutos más antes de darles un descanso a los actores, que se dispersaron en las butacas y continuaron leyendo el guion cada uno por su lado. Las parejas que tan bien avenidas habían parecido hasta entonces volvían a ser completos desconocidos sentados en sillas alejadas.

—Disculpe la espera. Es que estábamos justo en medio del ensayo… —dijo Murase acercándose a Sudo.

Tanto su figura como su aire simpático y bonachón casaban muy bien con la fisonomía y la personalidad de los papeles que solía

representar. Debía de ser un hombre caluroso, porque se había quitado la camisa y solo llevaba una camiseta de manga corta. Más que un actor radiofónico, con aquel atuendo parecía el dueño de una casa de empeños. Solo la boina que llevaba puesta lo diferenciaba.

—¿Qué nos quería contar?

—Vi al señor Nishinohata la noche que fue asesinado. Les quería hablar de eso.

Lo cierto era que no se sabía nada sobre lo que Gosuke Nishinohata había estado haciendo después de despedirse del chófer en Shinbashi y hasta que fue asesinado en el puente Ryodaishi. La aportación del actor podía rellenar parte de ese vacío. Sudo se inclinó y aguardó a que siguiera hablando.

—Pensaba que la policía ya estaría al corriente y por eso no dije nada en un principio, pero como tampoco publicaron nada al respecto en la prensa vespertina, decidí ponerme en contacto con ustedes y contárselo.

—¿Dónde y cuándo vio exactamente al señor Nishinohata?

—Antes me gustaría preguntarle a qué hora fue asesinado el señor Nishinohata.

A Sudo le pareció una pregunta extraña.

—A las once y cuarenta de la noche del día uno.

—¿A esa hora exacta?

—Hombre, algún margen de error puede haber en ese cálculo, pero estamos seguros de que no fue más tarde de las once y cuarenta.

—Comprendo. Iré al grano, entonces: vi al señor Nishinohata esa misma noche a las doce menos diez.

Sudo se quedó pasmado mirando a Murase, sin saber muy bien cómo encajar aquella información en su esquema mental de los hechos. Tardó un poco en comprender que era imposible que un

hombre que había sido asesinado a las once y cuarenta hubiera sido visto vivo diez minutos más tarde.

—¿No se confundiría de persona?

—Reconozco que confundir a una persona por otra es algo que puede pasarle a cualquiera, pero es difícil confundir a un hombre con ese bigote gris tan llamativo. En cuanto se fue del establecimiento, le dije al amigo que estaba conmigo que ese hombre era Gosuke Nishinohata, de Towa Textiles. Su cara me sonaba mucho porque no paran de criticarlo en la prensa.

—Entiendo. ¿Dónde lo vio? —preguntó Sudo resignado.

El actor estaba convencido de que el hombre que había visto era Gosuke Nishinohata, pero Sudo sabía que tenía que tratarse de un error. Por eso, aunque la visita a los estudios de Radio Nippon no había sido un completo fiasco (pues había podido verlos por dentro, algo que rara vez tendría ocasión de hacer, y había conocido en persona al actor cuya voz le era tan familiar), sintió que en lo profesional no había valido la pena acudir con tanta prisa hasta Yurakucho para atender a un simple malentendido.

—Fue cerca de la salida este de la estación de Ikebukuro. Ese día terminé temprano la grabación y me fui con un amigo a tomar algo. Después, nos entró hambre y estuvimos cenando en un restaurante chino llamado Ran-Ran. Y allí es donde vi al señor Nishinohata.

—¿Conocía al señor Nishinohata en persona?

—No, nunca lo había visto. Como le dije antes, conocía su cara de haber visto sus fotos en la prensa. Es que ese bigote es inconfundible.

Murase parecía tener muy claro que había visto a Gosuke Nishinohata, y daba la impresión de que el escepticismo de Sudo empezaba a molestarle.

—Me senté mirando hacia la entrada y por eso me di cuenta enseguida de que era él cuando entró. El señor Nishinohata pidió unos fideos *happo-men*, se los comió y se fue. Creo que estuvo en el restaurante apenas diez o quince minutos.

Sudo se quedó estupefacto. Y es que en el informe de la autopsia se decía que Gosuke Nishinohata había comido *happo-men* poco antes de fallecer.

—¿Estaba solo o acompañado?

—Solo.

—¿Cómo iba vestido?

Murase desvió la mirada hacia la pared insonorizada y puso cara de estar esforzándose en recordar una frase de algún guion.

—Iba con un traje gris, aunque no le sabría decir el tipo de tela. También llevaba un sombrero fedora negro.

Los colores del traje y la gorra coincidían con los que llevaba Nishinohata. ¿Significaba esto que el hombre que vio Murase era Gosuke Nishinohata?

—¿Está seguro de que lo vio a las doce menos diez?

—Sí. Lo recuerdo bien porque en ese momento me acordé de que a las doce iban a emitir por radio unas canciones de Chopin interpretadas por un bajista polaco llamado Doda Conrad, y pensé que si me iba en coche a casa llegaría a tiempo para escucharlo. Esas grabaciones no están publicadas en Japón y era una rara oportunidad de poder escucharlas.

Sudo no tenía apenas interés en la música. Por eso, no entendió ni la mitad de lo que le acababa de contar Murase, pero sí le quedó claro por qué este recordaba la hora a la que decía haber visto al supuesto Nishinohata.

—A ver, acláreme una cosa: ese hombre que se parecía al señor Nishinohata, ¿llegó al restaurante a las doce menos diez o se fue de

allí a esa hora?

—Se fue a las doce menos diez, así que creo que llegó sobre las once y treinta y cinco.

—¿Vio la hora en su reloj de pulsera o en el del establecimiento?

—En mi reloj de pulsera.

—¿Su reloj no estaría adelantado? —insistió Sudo, a sabiendas de que Murase se sentiría molesto por su insistencia en cuestionar su afirmación.

—No. Hasta ahora nunca se me ha adelantado ni retrasado —dijo negando con la cabeza. Debía de llevar un reloj de alta gama.

—Muchas gracias. Le agradezco la información.

Sudo se despidió y salió al pasillo. En realidad, lo que Murase le había contado no servía para nada. Había dos posibilidades: o se había confundido de persona o tenía el reloj adelantado. Aunque ya no estaba de moda llevar bigote, en Tokio debía de haber cientos de miles de hombres mayores que seguían luciendo uno. Asegurar que había visto a Nishinohata porque el hombre en cuestión llevaba bigote era como confundir el movimiento de unas sombras con la presencia de fantasmas. Y en el hipotético caso de que ese hombre fuera realmente Gosuke Nishinohata, el reloj de Murase tenía que estar adelantado.

Esto pensó Sudo mientras recorría el pasillo de moqueta roja. Lo que no se imaginaba era que ambas hipótesis serían refutadas unos días después.

2

El expreso Gekko avanzaba hacia el oeste en dirección Osaka por la línea principal de Tokaido. Habían pasado tres horas desde que salió

de Tokio y la mayoría de los pasajeros dormían. En el vagón litera de tercera todas las cortinas estaban corridas. Sin embargo, Sonobe, el auxiliar, aún no se podía ir a dormir porque tenía una tarea pendiente. En Hamamatsu subiría un pasajero y debía conducirlo hasta su cabina. Era un fastidio tener que aguantar despierto a esas horas por un único pasajero. Si al menos fuera una mujer despampanante, el sacrificio se vería recompensado, pero como fuese un viejo encogido, sería una desgracia.

Una fresca brisa estival entraba por la ventana medio abierta del comedor. Dejándose llevar por el rítmico traqueteo del tren mientras el aire le acariciaba el rostro, él mismo se sorprendió de que no se quedara dormido. Al fin y al cabo, la repetición monótona de un estímulo para inducir el sueño era uno de los principios básicos de la hipnosis.

Las luces de una estación pasaron como una flecha fuera del tren. Sonobe miró el reloj. Eran poco menos de las dos de la madrugada. La estación que acababan de dejar atrás debía de ser Kanaya o Kikugawa. Faltaban cuarenta minutos para llegar a Hamamatsu. Cuando salieran de Hamamatsu, por fin podría dormir tranquilo. «Paciencia —se dijo—. Dentro de cuarenta minutos podré descansar. Solo cuarenta minutos…»

De pronto, abrió los ojos y levantó la cabeza. En su duermevela le había parecido oír unos golpes en la puerta. Se levantó tambaleándose un poco y se asomó al pasillo: un hombre vestido con un kimono ligero esperaba con gesto malhumorado.

—El viajero de la litera de abajo no para de hacer ruido y no me deja dormir. ¿Puede hacer algo?

Ponerse un *yukata* para dormir en una litera solo lo hacía la gente muy acostumbrada a viajar, que era la que más solía quejarse por cualquier tontería.

—¿Está roncando?

—Yo diría que más bien está gimiendo.

—A lo mejor se encuentra mal.

—Sí, quizá esté enfermo. En cualquier caso, me molesta y no puedo pegar ojo.

Aquel hombre no parecía sentir compasión por el sufrimiento de nadie; lo único que le importaba era seguir durmiendo. Sonobe se puso la gorra del uniforme y siguió al pasajero por el pasillo.

Avanzaron más o menos hasta la mitad del vagón y el pasajero señaló una de las literas inferiores. En efecto, a través de las cortinas se oía el ruido, solo que, más que gemir, el hombre parecía hablar en sueños. La cantinela se interrumpía de vez en cuando, pero se reanudaba a los pocos segundos. Por momentos, daba incluso la impresión de que estaba tratando de comunicar algo, pero eran balbuceos confusos que no entendían.

—Oiga, señor… —dijo el auxiliar a través de la cortina al pasajero acostado en la litera.

No podía levantar mucho la voz porque despertaría a los otros pasajeros. El ocupante de la litera no debió de oírle, porque siguió balbuceando.

El auxiliar apartó un poco la cortina y se asomó. La luz en diagonal de la lámpara de techo reveló a un hombre de unos sesenta años tendido en la cama. Había apartado la almohada y la manta, y de su boca manaba una gran cantidad de saliva. Algo no iba bien.

—Disculpe, señor.

El auxiliar lo zarandeó un poco, pero el hombre no reaccionó: por un momento media cara se le crispó y después siguió con sus balbuceos. Sonobe recordaba que el pasajero había subido en Tokio. Llevaba solo una pequeña maleta nueva y no parecía alguien

acostumbrado a viajar. Debía de beber bastante, porque más o menos cuando pasaban por Yokohama lo había visto con una botella de whisky medio vacía y con la cara colorada. Si no recordaba mal, su destino era Osaka.

El auxiliar se volvió hacia atrás. El hombre que lo había requerido seguía ahí, con una mano metida en la solapa del *yukata* y un cigarrillo colgándole de los labios, lagrimeando por el humo, mirando al enfermo con indiferencia. El joven de la litera de enfrente se había despertado y observaba la escena por una pequeña abertura en su cortina.

—Quizá sería mejor que lo bajaran en la siguiente estación —dijo el joven como hablando para sí mismo, pero en realidad aireando su deseo.

Aunque no lo hubiera dicho el pasajero de la litera intermedia, era evidente para Sonobe que debían apear al viajero enfermo en la siguiente estación, no para evitarle más molestias al protestón para que pudiera dormir tranquilo, sino porque creía sinceramente que necesitaba atención médica. Consultó su reloj de pulsera. Faltaban quince minutos para llegar a Hamamatsu, y allí había grandes hospitales… Tenía que avisar de inmediato al revisor jefe para que enviara un pliego de aviso en la siguiente estación por la que pasaran. Sonobe se levantó a toda prisa.

El aviso fue lanzado al paso por la estación de Amanogawa y debió de transmitirse con celeridad, porque cuando el tren entró en la estación de Hamamatsu, un revisor, un médico y una enfermera los estaban esperando en el andén a aquellas horas de la madrugada. Sonobe respiró aliviado con la confianza de que el enfermo fuera atendido y lograra sobrevivir.

En cuanto el tren se detuvo, el revisor entró en el vagón, subieron al enfermo en la camilla siguiendo las indicaciones del médico y

salieron sin apenas molestar a los demás pasajeros. Sonobe recogió la pequeña botella de whisky, la chaqueta del enfermo y la boina de la litera y se las entregó a la enfermera.

Cuando concluyó la operación, el Gekko partió de la estación sin rebasar los cinco minutos estipulados de la parada. Sonobe rezó por la pronta recuperación del enfermo mientras observaba el andén que se iba alejando en la oscuridad.

—Disculpa, chico, ¿dónde queda esta litera? —dijo una voz a su espalda, y Sonobe se volvió para ver al pasajero que acababa de subir al tren en Hamamatsu.

—Es por aquí. Sígame, por favor —contestó el auxiliar educadamente, y lo condujo a su litera.

El pasajero no era la mujer despampanante que le hubiera gustado encontrar, sino, como temía, un anciano bajito con pinta de gruñón. Pero Sonobe no se sintió decepcionado, porque ya no tenía ni pizca de sueño.

3

El paciente fue trasladado de inmediato a la sala de espera, donde lo tendieron con cuidado en el sofá, todavía con los zapatos puestos. Había dejado de balbucear y parecía haber caído en un sueño profundo, casi comatoso.

El médico le administró una inyección de alcanfor como medida de primeros auxilios. El paciente presentaba pulso irregular y su temperatura corporal había descendido a apenas treinta grados. Tras tomarle la presión sanguínea, vieron que también la tenía muy baja.

—Enfermera, prepáreme una solución de glucosa y vitaminas.

Le inyectaron la solución en el brazo escuálido. Cinco minutos más tarde, seguía sin observarse reacción en el paciente.

El médico meneó la cabeza, como insinuando que no había nada que hacer, y la enfermera asintió en silencio. La respiración del paciente se fue haciendo más débil e irregular, con interrupciones cada vez más largas. El revisor y el subjefe de estación también parecían darlo por perdido.

Poco después los labios del paciente comenzaron a mostrar signos de cianosis. Un larguísimo tren de carga pasó por la estación haciendo sonar su silbato. Cuando el ruido del tren dejó de oírse, el paciente exhaló su último aliento.

El médico le volvió a tomar el pulso, le auscultó el corazón, examinó sus pupilas y declaró oficialmente su defunción. La enfermera le tapó la cara con una gasa.

—¿Cuál ha sido la causa de la muerte? ¿Un infarto?

—No. Creo que ha sufrido una intoxicación por algún medicamento, o quizá ingirió algún veneno. Aunque no lo sabremos con certeza hasta que se le haga la autopsia, pienso que hay que notificar el caso a la policía cuanto antes. No descarto una muerte violenta.

Cuando el agente de policía que llegó poco después a la estación examinó su ropa en busca de algún documento identificativo, se descubrió algo muy extraño: todas las etiquetas de la ropa estaban arrancadas.

La cartera que llevaba en el bolsillo, vieja, de piel de cerdo, contenía veinte billetes nuevos de mil yenes doblados perfectamente en dos, pero nada más, ni una triste tarjeta de visita.

—Qué raro. Lo normal es llevar algo… —murmuró el policía, mientras registraba los bolsillos de la chaqueta.

Solo encontró unos clínex, un pañuelo y un billete de tren de tercera. El registro de los pantalones solo arrojó un trozo de tela de lana gris arrugado en el bolsillo trasero.

El policía terminó con los bolsillos del fallecido y abrió la maleta. En ella no encontró más que una muda de ropa y algunos artículos de aseo; nada que permitiera identificarlo, como su nombre o domicilio. Dado que era inconcebible pensar que aquel hombre hubiera elegido la litera del tren como lugar para suicidarse, lo lógico era suponer que había sido envenenado y que, además, el asesino había arrancado las etiquetas de la ropa del fallecido y había extraído sus tarjetas de visita para dificultar su identificación.

—Disculpe, agente… Eso que acaba de sacar de su bolsillo, ¿no será un bigote postizo? —dijo de repente el joven revisor que estaba al lado del policía.

El revisor había reconocido el objeto porque en las pasadas fiestas de primavera se había disfrazado de general del ejército de tierra y se había puesto un bigote postizo. En efecto, aquella tela peluda que el policía había sacado del bolsillo trasero del muerto podía muy bien ser un bigote postizo. Aunque arrugado y con las puntas dobladas, no era difícil imaginarlo tieso y estirado.

Mientras tanto, el policía había seguido con el examen de las pertenencias del difunto y había sacado un trozo de papel de los compartimentos interiores de la maleta que ahora observaba con interés. Parecía el recorte de un periódico o de una revista y, al darle la vuelta, descubrió un denso texto impreso.

—¿Qué es eso?

—Es una fotografía, mire. De Gosuke Nishinohata, el hombre que fue asesinado hace poco en Tokio…

—Ah, sí, ese que era presidente de una empresa textil.

—Sí, es una fotografía recortada del presidente de Towa Textiles.

—Qué raro. ¿Para qué la tendría?

—A ver… ¿Me deja un momento el bigote?

El policía atusó las puntas torcidas del bigote, apartó la gasa de la cara del fallecido y colocó con cuidado el bigote debajo de su nariz. Acomodó las puntas un par de veces mirando la foto de Nishinohata y dio un paso atrás para contemplar el resultado, como si de una obra de arte se tratara.

—¿Qué les parece? ¿No les recuerda a nadie?

—¡Vaya que sí! Se parece, y muchísimo. ¡Es idéntico! —exclamó el médico, sorprendido.

El resto contempló pasmado el rostro ahora bigotudo del muerto.

4

Era la misma noche del día 9 en la unidad de investigación de la comisaría de Ueno, aproximadamente quince horas después del fallecimiento del viajero en la estación de Hamamatsu.

—Muchas gracias por el esfuerzo, Sudo. A ver, cuéntanos —dijo el jefe de sección.

Además del jefe de sección, allí estaban el comisario de la comisaría de Ueno, un encargado de la estación y dos inspectores. Sudo estaba sentado y como rodeado por todos ellos. Durante la semana anterior, los investigadores de la unidad habían estado trabajando sobre la base de que el testimonio de Murase, que dijo haber visto a Nishinohata en un restaurante la noche en que fue asesinado, respondía a una confusión y que, por lo tanto, carecía de relevancia. Pero, cuando de pronto llegó la noticia del asesinato por envenenamiento de un doble de Nishinohata en Hamamatsu, en la unidad se armó un pequeño revuelo. Los periódicos, en su edición

vespertina, incluso se burlaban del nerviosismo del jefe de sección en la rueda de prensa que había celebrado. Por eso, todos esperaban con ansia el regreso de Sudo, que había sido enviado a Hamamatsu con carácter de urgencia.

Sudo abrió su cuaderno de notas y comenzó a hablar:

—El doctor Mori, de la Universidad de Shizuoka, vino para practicarle la autopsia en la misma comisaría de Hamamatsu. Los resultados revelaron daños graves en los intestinos, sobre todo en el estómago y en el intestino delgado. Se analizaron las muestras de los tejidos en el laboratorio de la universidad y se concluyó que el hombre había sido envenenado con arsénico.

—¿Eso fue lo que lo mató?

—Sí.

—¿Lo ingirió?

—Eso parece. Se han hallado restos de ácido arsenioso en la botella de whisky de la que había estado bebiendo. De acuerdo con la cantidad de ácido arsenioso disuelto en el whisky, la dosis de arsénico que absorbió su organismo debió de ser más o menos de medio gramo. Una cantidad que excede con mucho la dosis letal para la mayoría de la gente.

Sudo abrió el maletín, sacó las ropas grises del muerto y las empujó hacia el jefe de sección.

—Como puede ver, todas las etiquetas están arrancadas y nada permite identificar el cadáver.

—Ya veo. Es un trabajo hecho a conciencia. ¿Qué clase de tejido es este?

Un inspector mayor especializado en tejidos se acercó y lo tocó con la mano.

—Es lana tropical.

—El traje que llevaba Nishinohata era de seda polar, ¿no?

—Sí, así es.

—Y estas prendas son de confección, ¿verdad?

—Entiendo que sí. Por lo superficial de las costuras, podría haber sido hecha en Osaka.

—Gracias.

—¿Quiere que rastreemos su procedencia? —dijo el investigador jefe.

—Sí, por favor. ¿Qué más, Sudo? ¿Qué nos dices del cadáver?

—Parece que era un trabajador manual. Tenía dedos callosos y duros. Su edad estimada es de unos sesenta años, y por lo visto se había sometido hacía poco a un tratamiento dental. Por el puente sin coronas que tenía, suponemos que contaba con seguro médico.

—Entiendo. Es muy raro que un trabajador manual se vista con esta ropa. Así que seguramente se la dio su asesino o este le dio dinero para que se la comprara. Si la compró él mismo, conocer su procedencia no nos servirá de gran cosa, pero si se la dio el asesino, quizá podamos relacionar a la víctima con Chita.

—Me pondré a ello mañana mismo.

—Sí, hazlo. Se nota que ese tal Chita estuvo en los servicios secretos. No es ningún idiota —dijo el jefe de sección, recorriendo con la mirada a los presentes.

—Os acordáis de que Nishinohata había comido fideos chinos antes de que lo mataran, ¿verdad?

—Sí, eso decía el informe de la autopsia.

—Chita había previsto que el análisis del contenido del estómago de Nishinohata revelaría que había comido fideos chinos antes de ser asesinado.

—Sí.

—Pongámonos en la piel de Chita y tratemos de entender lo que planeó y terminó haciendo.

El jefe de sección sacó un cigarrillo del paquete, se lo puso entre los labios y, tras varios intentos de encenderlo con un mechero al que le faltaba gas, finalmente lo consiguió. El jefe de sección era un hombre firme y enérgico, y sus cejas anchas y oscuras y sus grandes gafas de pasta revelaban su carácter.

—Lo primero que Chita debía lograr era que Nishinohata comiera los fideos chinos sin delatar sus intenciones. Con algo de pericia, no debió de costarle mucho. Después, lo llevó al parque Ueno; pero lo importante aquí es que, en el momento en que Nishinohata era asesinado, su doble hizo lo que se esperaba de él. Es decir, se presentó en el restaurante chino de Ikebukuro y comió lo mismo que la víctima mientras exhibía su característico bigote. Dado que Gosuke Nishinohata estaba en ese momento en el foco de los medios de comunicación, era imposible que no dejara testigos de su presencia en aquel restaurante. Esto también formaba parte del plan de Chita. El doble debió de quitarse el bigote en cuanto salió del establecimiento y se perdió entre la multitud. Y es que, como se puede ver en las fotos del cadáver, quienquiera que fuese este hombre, tenía un rostro de lo más común.

—Claro, eso es. Aunque el actor de radionovelas, Murase, está convencido de haber visto a Gosuke Nishinohata, estrictamente hablando, lo que vio en realidad fue a alguien con un gran bigote y vestido con ropa de verano de color gris —dijo el encargado de la comisaría, secundando la deducción del jefe de sección.

—Sobra decir que la intención de Chita era fabricarse una coartada haciendo parecer que el asesinato tuvo lugar más tarde de la hora en la que en realidad fue cometido. Chita planeó asesinar a Nishinohata a las once y cuarenta de la noche, alejarse de la escena del crimen y presentarse en algún lugar conveniente diez minutos después. Como más o menos en ese momento el doble de

Nishinohata estaría saliendo del Ran-Ran con un palillo entre los dientes, nadie deduciría que Chita era el asesino. En definitiva, una coartada perfecta.

—Pero, si ese fuera el caso, ¿por qué está huyendo en vez de defender tranquilamente su coartada? —preguntó el comisario, volviendo su rostro sudoroso hacia el jefe de sección.

—Porque pasó algo que no había previsto. El cadáver cayó por casualidad en el techo del vagón de aquel tren, y gracias a eso pudo determinarse que Nishinohata había sido asesinado a las once y cuarenta. Esto hizo que la coartada del Ran-Ran para hacer creer que Nishinohata murió después de las doce menos diez perdiera todo el sentido.

—Claro, claro, ya lo entiendo —dijo el comisario, sonrojándose un poco.

El jefe de sección tenía fama de ser un gran lógico. Sus razonamientos no solían dejar cabos sueltos y terminaban convenciendo a todo el mundo.

—Lo importante ahora es identificar al fallecido en Hamamatsu. Por supuesto, habrá que comprobar las denuncias de desaparecidos, pero quizá sea más rápido pedir la colaboración de los dentistas del centro de Tokio y preguntar por un trabajador manual que recibía tratamiento a través de su seguro médico. Esto reducirá mucho el número de candidatos —concluyó el jefe de sección, dando por finalizada la reunión.

5

Las ediciones matutinas de los periódicos del día siguiente, 10 de junio, cubrieron en detalle la noticia de la muerte del hombre en

Hamamatsu y hasta publicaron un retrato robot del fallecido. La estampa de los agentes esperando alguna pista recordaba un poco al paciente Jiang Ziya contemplando el flotador inmóvil de su caña de pescar, aunque en su fuero interno no estaban tan tranquilos. Habían pasado diez días desde el asesinato y seguían sin saber el paradero de Chita. Ese nerviosismo los tenía aún más pendientes de cualquier movimiento del anzuelo.

Poco después de las tres de la tarde recibieron la notificación de la comisaría de Asakusa. Un dentista de aquella jurisdicción había informado a la policía de que le sonaba el retrato publicado en la prensa. Los agentes de la comisaría que fueron puestos sobre la pista descubrieron entonces que el hombre asesinado era un tal Genkichi Obata, que había estado hospedado en un hostal ubicado en Sanya 5-chome, y que había abandonado el establecimiento el día 8 por la tarde diciendo que se iba de viaje. El hombre tenía cincuenta y cuatro años, lo que cuadraba muy bien con lo que se sabía de la víctima. Sudo y Seki tomaron el tranvía de inmediato para visitar el hostal.

Sanya 5-chome está al norte de la parada de tranvía de Namidabashi. Sus callejuelas eran conocidas como la «zona de hostales de Sanya» y estaban llenas de hostales baratos para jornaleros o mendigos, además de albergar puntos de venta clandestina de sustancias ilícitas, como metanfetaminas o barbitúricos, por lo que eran una fuente constante de noticias de sucesos para los periodistas.

Los inspectores se bajaron del tranvía y se plantaron en la acera delante de un mapa del barrio.

—Ya veo; por aquí llegamos al número tres —dijo Seki escrutando el plano y asintiendo con la cabeza.

Debían tomar la segunda bocacalle a la derecha en dirección al río Sumida, y el quinto edificio sería el hostal que buscaban, el Tachibanaya.

—Démonos prisa, que amenaza lluvia —apuntó Sudo.

Era un día sombrío que anunciaba la llegada de la temporada de lluvias. Todavía eran las cuatro de la tarde y el día estaba sumido en una luz grisácea. Apretaron el paso. Ambos iban en camisa y ninguno llevaba gabardina ni impermeable.

Los anuncios de habitaciones en pensiones y las ofertas de trabajos por horas cubrían los muros de cemento y los postes de luz, y su estampa bajo el cielo nublado acentuaba el aire mísero que impregnaba la zona. Tal y como indicaba el mapa, había una zapatería en la esquina de la calle. La vida humilde del zapatero, que vivía a duras penas a base de remendar zapatos viejos, parecía casi un símbolo de la pobreza en que estaba sumido aquel barrio de la periferia de la ciudad.

Allí había toda clase de hostales. Los había con grandes comedores y grandes bañeras de azulejos, que, más que pensiones, parecían hoteles de dos o tres estrellas, y también los había humildes a más no poder, con solo cinco o seis tristes habitaciones de apenas cinco metros cuadrados y poco más.

Por muy generoso que se fuera en la valoración del hostal Tachibanaya, este pertenecía a los de la segunda categoría. Desde la planta baja se veía el tejado de zinc de la primera planta, dañado y deformado. El edificio no estaba en ruinas, pero casi: el musgo teñía de verde los paneles de madera del revestimiento, tan maltrecho que en muchos puntos dejaba la pared al descubierto.

—¡Muy buenas! —exclamó Seki, abriendo la puerta corredera enrejada.

En la entrada apenas había donde pisar el suelo, repleto de zuecos de madera, sandalias con las marcas de los dedos y botas de trabajo de tela embadurnadas de barro. Los dos agentes se quedaron esperando en la calle a que alguien los atendiera. No tardó en aparecer una mujer joven con un sencillo vestido azul celeste, limpiándose las manos mojadas en el delantal.

—¿Vienen a preguntar por el señor Obata? —les planteó en cuanto supo que eran policías.

—Sí, querríamos que nos contara con el mayor detalle posible todo lo que sabe de él. ¿Podría, por ejemplo, decirnos su edad?

—Sí, sí, claro, él me dijo que iba a cumplir cincuenta y cuatro años. Aunque no sé si sería cierto o no, a su edad no ganaría nada pretendiendo ser más joven, y tampoco creo que anduviera persiguiendo a las chicas.

Por suerte para los inspectores, la mujer parecía bastante locuaz. Tendría poco más de treinta años y era guapa, con la piel tersa y el rostro muy fino; si hubiera ido vestida con un *yukata* bonito, por ejemplo, y no con aquel feo vestido, se habría visto hermosa.

—Era jornalero, ¿verdad?

—Sí, solía irse por la mañana muy temprano a la oficina de empleo de Minowa. Por lo visto, de lo que más trabajaba era de barrendero. Un día que le llevé unos dulces *ohagi* a mi tía de Senju lo vi con su escoba de alambres debajo del puente Ohashi, aunque no pude saludarlo porque yo iba en tranvía. Oh, ahora que lo pienso, no fueron unos *ohagi* lo que le llevé a mi tía, sino un arroz con judías rojas *sekihan*. Sí, eso es; se lo llevé por la festividad de las deidades protectoras del barrio.

—¿A qué se dedicaba antes?

—¿Cómo?

—Quiero decir que en qué trabajaba antes de venir aquí.

—¿Perdone? Yo he llevado siempre una vida decente, no se confunda, por favor. Ayudaba en casa con las tareas del hogar y…

—No, no; no me refiero a usted, sino a Genkichi Obata.

—Ah, vaya, disculpe, no le había entendido. Me contó que había sido jardinero. Dijo que era muy bueno en lo suyo, pero por lo visto perdió a toda su familia en la guerra, se volvió un amargado y se desvió del buen camino. A ver, no es que se convirtiese en un maleante, sino que empezó a beber, hasta que terminó con la paciencia de sus clientes. Al final se quedó sin empleo y empezó a trabajar como barrendero. Aquí lleva desde enero de este año. Me contó que antes de llegar aquí había estado mucho tiempo en el Narikomaya.

Tapándose un poco la boca con la mano, como si estuviera contando chismes, la mujer les explicó que el Narikomaya era un hostal de un barrio cercano, y que Genkichi Obata lo había abandonado después de pelearse con la dueña del establecimiento.

—¿Diría que era un hombre conflictivo?

—No, para nada. La culpa la tuvo la dueña del Narikomaya, ya se lo digo yo. Es una mujer bruta y muy aprensiva. Cada dos por tres anda metida en peleas con todo el mundo. En cambio, el señor Obata era una buena persona.

—¿Tenía amistades? ¿Con quién se relacionaba?

—Apenas vi a nadie que viniera a visitarlo. Tampoco salía mucho.

—¿Le llegaban cartas?

—Qué va. Bueno, le llegó una carta del ayuntamiento reclamándole el impuesto local, pero aparte de esa, y que yo recuerde, ninguna más.

—¿Cuándo lo vio por última vez? —le preguntó Sudo, para conocer con más detalle las circunstancias que rodearon su partida.

—El día ocho. Ese día, cosa rara en él, no fue a trabajar, y estuvo más o menos hasta las tres tumbado en el futón. No parecía enfermo, y a mí, la verdad, me extrañó un poco que estuviera así, haciendo el vago. Pero pasadas las tres se levantó y fue a darse un baño. Aquello ya me pareció rarísimo, así que le pregunté si le pasaba algo, que a qué venía bañarse a esas horas. Entonces fue cuando me dijo que se iba de viaje y que estaría fuera unos cinco días. Parecía de buen humor, porque me lo dijo sonriendo. Ah, y no fue solo eso lo que me extrañó. Él, que siempre iba muy justo de dinero, de golpe me pagó los dos meses de alquiler que me debía y el corriente. Por supuesto, le pregunté de dónde había sacado tanto dinero, y aunque en ese momento se limitó a sonreír con cara de pícaro, al rato me dijo: «¡Por fin me sonríe la suerte! ¡Ojalá me pueda dar un festín antes de morir!».

La mujer soltó todo aquello de un tirón, hasta el punto de que se le fue acumulando saliva en la comisura de los labios.

—¿No le dijo quién le había dado el dinero o adónde y por qué se iba de viaje? —le preguntó Sudo, que, incómodo, no podía apartar la vista de la boca de la mujer.

—Qué va, no me dijo nada. No sé, a mí me dio la impresión de que alguien le había dicho que no anduviera contando nada.

—Ah, sí, ¿eh? —se limitó a decir Sudo, y se quedó mirando un punto en la pared mientras ordenaba mentalmente toda la información.

Era casi seguro que el dinero con el que Obata había saldado la deuda y abonado los alquileres procedía de la contraprestación por hacer de doble. Aún no sabía dónde se habían conocido Obata y Hanpei Chita, pero era fácil imaginar que Obata fue embaucado por Chita para que hiciera un viaje de placer a Osaka, que recibió como

regalo una botella de whisky envenenado y que partió de Tokio sin saber que moriría en ese viaje.

—Oiga, agente… En el periódico leí que el señor Genkichi murió en Hamamatsu.

—Así es.

—Hamamatsu está en la prefectura de Niigata, ¿no?

—No, está en Shizuoka.

—Ah, vale, en la isla de Kyushu.

No había nada que hacer. Aquella mujer era tan ignorante que ni siquiera pareció darse cuenta de la sonrisa burlona que había esbozado Seki.

—Le dieron un whisky envenenado en el tren, ¿no? Qué gente más mala hay por ahí. Por supuesto, el señor Gen tampoco era un santo y habrá hecho cosas que no debía, pero desde luego no se merecía acabar así. Espero que a ese asesino lo condenen a la pena de muerte. Porque, hay que ver lo rápido que sueltan a los asesinos últimamente: en dos o tres años están en la calle como si nada. —La mujer se estaba embalando y cada vez escupía más saliva al hablar —. Me pregunto adónde iría el señor Gen.

—Llevaba un billete para Osaka.

—Vaya, hasta Osaka…

—A la que está al lado de Kioto, no a la que está en Hokkaido.

—Ya, ya, claro; pero el señor Gen era un tokiota castizo, de esos que alardean de no haber salido nunca de su ciudad. Me contó que la única vez que había salido de Tokio fue para ir a Saitama.

—¿Ah, sí? Otra cosa: ¿sabe usted si el señor Genkichi era miembro de la secta El Chamán?

Sudo preguntó esto pensando que Chita y Obata quizá se habían conocido en la secta. Pero la dueña del Tachibanaya negó con la

cabeza, y dijo, imitando el gesto de golpear el tambor en forma de abanico que se utilizaba en algunas ceremonias budistas:

—No, él era budista.

—Ya. Bueno, pues nada. Pero ya que estamos aquí, ¿podríamos echarle un vistazo a su cuarto?

—Claro, pasen. Es por aquí —dijo la mujer, señalando la escalera con el dedo.

La habitación de Genkichi Obata estaba al fondo de la primera planta del edificio y era un cuarto de apenas cinco metros cuadrados. La puerta corredera del armario que ocupaba el fondo de la habitación estaba remendada con papel de regalo de unos grandes almacenes. Era una habitación muy humilde en la que no había más que un cesto de mimbre, un futón fino y la ropa de cama imprescindible, por lo que la inspección no llevó mucho tiempo.

—¿Y esto? —preguntó de repente Seki, pinzando con los dedos una gorra militar sudada y sucia que encontró en una esquina del armario—. ¿Qué querrá decir *ke-ta-ba-ko*?

En el lateral de la gorra estaba bordada en horizontal la palabra *ketabako*.

—Seki, hombre, eso se lee al revés.

El joven inspector se llevó la palma de la mano a la frente como reconociendo su error y se ruborizó. Era un apellido: Kobatake.

Los dos inspectores terminaron de examinar la habitación de arriba abajo en apenas diez minutos. Pero no encontraron nada.

—Muchas gracias por su ayuda. Esperamos no haberla molestado demasiado —le dijo Sudo a la mujer cuando salían a la calle.

—Espero que pillen al asesino cuanto antes y que lo cuelguen. —La mujer se calzó las sandalias para salir a la calle y despedir a los inspectores—. Vaya, parece que va a llover. Acabo de tender la colada… —dijo para sí mirando al cielo.

Sudo y Seki regresaron por donde habían venido y se dirigieron a la parada de Namidabashi. En la tenue oscuridad del ambiente, el polvo gris del camino parecía flotar sobre el suelo. En cualquier momento empezaría a llover, pero aún no caía ni una gota. Con suerte, regresarían a casa sin mojarse.

Se oyó tronar a lo lejos entre el ruido del traqueteo del tren.

—Pero ¿dónde diablos se habrá metido el maldito Chita?

Seki fue a darle un puntapié a una piedra del camino, pero se contuvo.

—Paciencia. Tengo el presentimiento de que no tardaremos mucho en encontrarlo —dijo Sudo.

Pronto sabrían que estaba en lo cierto.

VIII

La ciudad del norte

1

Nagaoka es la segunda ciudad más importante de la prefectura de Niigata y cuenta con una población de ciento treinta mil habitantes. Flanqueada al este por las montañas y al oeste por el río Shinano, la ciudad no ha tenido más remedio que crecer de norte a sur, y ha terminado adoptando la forma de un calabacín. Tierra natal del clan Makino, como muchas otras ciudades surgidas en torno a un castillo en medio de la nada no carecía de cierta sosegada distinción.

La tarde del 10 de junio, un cliente se registró en un pequeño *ryokan* de Asahi llamado Okesa, ubicado a unos ochocientos metros al sur de la estación. Se trataba de un hombre más bien bajito, de tez muy blanca y de unos cuarenta años, y a primera vista parecía un tanto sombrío, pero no en el sentido de triste y retraído, sino en el de oscuro y peligroso, como de alguien familiarizado con la delincuencia.

Okesa era una hospedería de tercera que solo tenía cinco habitaciones. Al huésped en cuestión le asignaron una de las mejores habitaciones, de unos diez metros cuadrados, situada al fondo de la primera planta. El paisaje que se podía contemplar desde allí —una oficina de hacienda, un templo budista y un hospital, ubicados en la otra orilla del río Kaki— no era lo que se dice

espectacular, pero al abrir la ventana del lado este uno podía regalarse la vista con las flores rojas del bálsamo que había en el jardín del patio trasero. Si el huésped era de los que gustan de sumergirse en la emoción del viaje, disfrutaría curioseando por aquella ventana en la vida popular de una ciudad norteña de provincias.

Sin embargo, este huésped no parecía esa clase de persona. Tenía unos extraños ojos marrones que, cuando miraban de reojo, inquietaban a cualquiera.

Sentado sobre las rodillas en el pasillo, frente a la puerta del huésped, el dueño del establecimiento inclinó la cabeza varias veces.

—Bienvenido, señor, veo que ha llegado antes de lo previsto. Este año ha llovido tan poco… —se interrumpió, dejando la frase a medias, sin aclarar si la falta de lluvia le favorecía o le perjudicaba, como para poder ajustar la conclusión a la preferencia del interlocutor.

El cliente, que estaba en ropa interior, con las piernas peludas al descubierto, esbozó una sonrisa inescrutable y siguió bebiendo té en actitud relajada.

—Disculpe las molestias, le ruego cumplimente el registro de viajeros…

El huésped cogió el lápiz de punta roma que descansaba entre las hojas del cuaderno, miró de reojo las columnas adyacentes y se puso a escribir:

17, Kanda-Mikawacho, Chiyoda, Tokio
Kazuhiko Mabuchi (39 años) Autor

—Muchas gracias, señor, así está perfecto —dijo el dueño, recogiendo el registro de viajeros con el ojo puesto en aquella extraña profesión, «autor», y haciendo una reverencia.

En los últimos tiempos, el negocio había menguado bastante debido a que el *ryokan* de la competencia había sido rehabilitado y le estaba quitando al Okesa todos los clientes que llegaban a la zona.

—O sea, que vive en Kanda-Mikawacho. Esa zona es muy bulliciosa, ¿no es así? —comentó el dueño, que había estado en Tokio antes de la guerra.

—Sí, aquello es un no parar.

—¿En qué parte de Kanda está Mikawacho?

—En donde vivía el detective Hanshichi de las novelas.

—Ah, claro. Ya decía yo que me sonaba mucho.

El dueño del *ryokan* volvió a mirar de soslayo la profesión del huésped. Por un momento se le pasó por la cabeza la idea de que este hombre pudiera ser un autor de novelas de detectives. Y cuando volvió a mirarle a los ojos, dedujo que sí, que algo en su mirada sugería esa posibilidad.

Sin embargo, lo que ignoraba es que Mikawacho había desaparecido hacía tiempo como barrio. De hecho, muy pocos habitantes del área de Kanda debían de saber siquiera dónde quedaba Mikawacho. Por eso, no era de extrañar que no captara la broma del cliente ni sospechara que no era quien decía ser.

—El baño está listo. ¿Prefiere bañarse ahora o cenar antes?

—¿Hay alguien bañándose?

—No, señor, ahora mismo no hay nadie.

—Pues me bañaré antes de cenar.

Cuando el propietario se marchó, una empleada guio al baño a Mabuchi.

El huésped se sentía a gusto en el Okesa y decidió quedarse. Dejaba buenas propinas y se pasaba el día visitando la ciudad.

Aunque su mirada torva era la comidilla de las empleadas, para el propietario era un cliente bienvenido.

Si bien Nagaoka era una ciudad pequeña, contaba con algunos lugares de interés, como las ruinas del antiguo castillo, en el parque Zao, o el monte Yukyu, y un turista podía pasarse tres o cuatro días allí para verlo todo tranquilamente. Todas las mañanas, este cliente le preguntaba la ubicación de los lugares que quería visitar y salía del *ryokan* en camisa de manga corta.

Cuando el huésped volvía por la tarde, el dueño le preguntaba con actitud obsequiosa cómo le había ido el día, pero este se limitaba a sonreír en silencio y no le decía dónde había estado ni compartía sus impresiones de la jornada. Sí, no daba problemas, pero era difícil simpatizar con él, y de no ser su cliente, el hospedero no habría tenido ningún interés en tratarlo. Aunque en su fuero interno pensara así, siguió mostrándose servil y ceremonioso con él.

Contrariamente a lo que venía haciendo sin falta todos los días, el quinto día de su llegada, el 14 de junio, el huésped no salió del hostal y se quedó en su habitación leyendo una revista, tumbado en el suelo y con la cabeza apoyada en un cojín doblado a modo de almohada. Por lo visto, debía de haber visitado ya todo lo visitable de la ciudad y no tenía nada más que hacer. Cerca del mediodía, pidió dos raciones de arroz con curry a un restaurante cercano y despachó la comida; después, se quitó el *yukata*, se puso una camisa y salió a la calle. Eran las doce y media casi exactas, porque a esa hora comenzaban a sonar en la radio las canciones de moda.

—Este hombre es un poco raro, ¿no? —comentó la esposa del dueño, mirando la espalda del cliente que se alejaba—. Paga con puntualidad, pero hay algo en él que no me gusta. Y eso de que diga que es «autor» me parece muy raro. Esas son artimañas de quienes pretenden entrar en política, ¿sí o no?

—No digas tonterías, mujer. No se te ocurra insultar a ningún cliente. Para mí que es un escritor de novelas detectivescas de época. Te digo yo que tiene esa mirada porque se pasa el día pensando en asesinatos.

—¿Tú crees?

—Claro que sí. Fíjate en la cara que tienen los cómicos clásicos *rakugo*. Hablan tanto del tonto y simpático Yotaro que todos se acaban pareciendo a él.

—Eso es verdad.

—¿Y no has visto nunca la cara de los policías que vienen aquí? De tanto perseguir a ladrones y maleantes, tienen todos una pinta de delincuentes que no pueden con ella.

Aunque salió del paso de la queja de su mujer con lo primero que le había acudido a la cabeza, en el fondo el dueño pensaba más o menos lo mismo que ella. Pero era de los que creían que llevarle siempre la contraria a su esposa era la forma más simple de conservar su autoridad como cabeza de familia.

2

Gosuke Nishinohata era natural de Nagaoka. Aunque en vida de sus padres la familia se había arruinado y había tenido que huir a la isla de Kyushu, el templo budista en el que estaban enterrados sus antepasados se hallaba en esa ciudad, e incluso su padre, que falleció en Kyushu, estaba enterrado allí. Por lo tanto, el presidente también sería enterrado en el mismo lugar.

Dado que en Nagaoka residían muchos miembros de la familia Nishinohata y en el extremo norte de la ciudad, en Zaomachi, estaba una de las fábricas de Towa Textiles, los asistentes al sepelio iban a

ser numerosos. Por supuesto, desde Tokio vendrían los directivos de la compañía con sus respectivas esposas, pero también asistirían, después de declarar una tregua provisional en el enfrentamiento que mantenían con la compañía, el secretario y el subsecretario del sindicato de trabajadores, el director de la fábrica de Osaka y otros representantes sindicales. La preparación del templo y la gestión de la estancia de los asistentes corrió a cargo de la fábrica de Nagaoka, pero como tampoco podían dejarlo todo en manos de esta, el secretario Haibara se ocupó personalmente de las tareas organizativas.

Haibara llegó solo a Nagaoka tres días antes del entierro, es decir, la tarde del 12 de junio. Nada más llegar, se citó con el director de la fábrica de Nagaoka y con familiares del presidente, inspeccionó las habitaciones del hotel de Sakanoue que habían reservado desde la fábrica y, al día siguiente, negoció con la empresa de taxis para alquilar algunos vehículos con chófer lujosos para los directivos más importantes, contactó con el templo Bodaiji para gestionar la provisión de ramas sagradas de *sakaki* y *shikibi* y de las barras de incienso para la ceremonia budista, todo esto solo o acompañado del personal de la fábrica de Nagaoka en una actividad incesante. Dado que la mayoría de los asistentes que vendrían de Tokio eran personas mayores, convendría elegir habitaciones que dieran al silencioso jardín interior. La gente no ducha en la organización de tales eventos no caía en esos detalles. Las gestiones de Haibara durante aquellos ajetreados días fueron aplaudidas por todo el personal, que reconoció que solo un secretario de las oficinas centrales de Tokio era capaz de ser tan diligente y meticuloso. Haibara, por su parte, era consciente de la importancia de aquellos elogios para su futura carrera en la compañía.

A partir de las seis y media del día 14, la vigilia del funeral, estaba previsto un encuentro de los directivos de la oficina de Tokio y los directores de la fábrica de Nagaoka en el comedor del hotel para ultimar los detalles de la ceremonia. Haibara dio instrucciones incluso para el menú de la cena y luego fue a la estación, que distaba del hotel apenas cuatrocientos metros, a recibir a los directivos que llegarían en el expreso de las 17.13.

A su llegada al hotel, los ancianos le agradecieron a Haibara la elección de las habitaciones y su dedicación.

—Disculpe, señor Haibara, ¿cree que lloverá mañana?

—En la radio anuncian buen tiempo.

—Menos mal. Sería una pena que lloviera en un día tan importante.

Pero lo que en realidad preocupaba a las esposas de los directivos era que se mancharan sus preciosos vestidos de luto.

Los representantes de la fábrica de Osaka llegaron en un tren de la línea principal Hokuriku. Aunque aún faltaban por llegar algunos directivos de las oficinas centrales y quedaban tres o cuatro habitaciones libres entre las reservadas, la presencia conjunta de tantos directivos de la compañía y de sus esposas en un mismo lugar era algo excepcional. Y aunque la reunión fuera por un motivo trágico, entre las esposas y sus hijas se percibía cierto ambiente festivo, como si estuvieran en un viaje organizado.

Haibara lanzó una mirada fugaz a Atsuko con disimulo. Con una blusa marrón claro y una *blazer* blanca, no solo estaba a la altura de las otras mujeres allí presentes, sino que destacaba. El pensamiento de que algún día la tendría entre sus brazos le provocó un escalofrío de emoción a Haibara, que interpretó la forma en que Atsuko evitaba con naturalidad cruzar su mirada con la de él como un

coqueto gesto de timidez de una chica que ha vivido entre algodones.

La cena, que comenzó a las seis y media de la tarde, duró una hora y concluyó sin incidencias. Haibara tomó el autobús de regreso a su hotel, y cuando se tumbó en la cama con un suspiro de alivio sin siquiera cambiarse ya eran casi las nueve. Aún le quedaba el calvario del funeral al día siguiente. Sin embargo, y aunque una vez concluido el sepelio tendría aún que atender algunos asuntos, ya podía decir que había superado con nota las tareas más importantes de las que había tenido que hacerse cargo. Mientras paseaba la mirada por el techo con las manos enlazadas detrás de la cabeza, la imagen de Atsuko volvió a acudir a su mente. En la cena, sus miradas habían terminado cruzándose. Azorado, Haibara la desvió rápidamente, pero Atsuko lo saludó con una leve inclinación de cabeza. Fue un instante fugaz, pero esa imagen se le había quedado grabada a fuego y se negaba a desaparecer. Como hacen los fotógrafos, Haibara había recurrido a su pincel imaginario para retocar la imagen de Atsuko: su mirada fría se había transformado primero en una mirada ambigua y con intenciones vagas; después, en otra sin duda apasionada, y, por fin, en una mirada sensual que sonreía buscando su complicidad.

Tan dulces desvaríos acabaron alterándolo y ya no pudo quedarse tumbado en la cama. Tratando de calmarse un poco, se levantó, se puso la chaqueta y bajó al vestíbulo, un espacio de unos cien metros cuadrados que se encontraba en un lateral del pasillo que conectaba el edificio principal y el anexo. Estaba provisto de un tocadiscos Zenith, un televisor y una librería bien surtida con las últimas novedades editoriales. Haibara bajaba con la intención de escuchar la radio si no había nadie y de hojear alguna revista si lo había.

Descubrió a una huésped sentada en un sofá pegado a la ventana, leyendo a la luz de una lámpara fluorescente. Dos bonitas piernas torneadas asomaban del borde de la falda y se extendían con delicadeza hasta el suelo. Cuando se fijó en el rostro de la mujer, el corazón, lejos de tranquilizarse, le dio un vuelco y se desbocó. Haibara paseó una mirada febril por la sala y, tras asegurarse de que no había nadie más, fue directo al sofá. La moqueta amortiguaba el ruido de sus pasos, y Atsuko no pareció advertir su presencia. En el silencio de la sala solo se oía el ruido de las páginas que ella iba pasando.

—Señorita —le dijo Haibara casi en un susurro.

—¿Sí? —dijo Atsuko volviéndose, un poco sorprendida. Sonrió cuando vio que se trataba de Haibara.

Sus labios pintados de rojo se separaron y dejaron asomar unos dientes blanquísimos. Ella había sonreído por pura cortesía, pero Haibara interpretó la sonrisa a su antojo.

—¿Está leyendo un libro? —preguntó Haibara.

Era evidente que sí, y ella asintió con la cabeza sin soltar el libro. Con su rostro fino y su hermoso peinado reflejado en las ventanas francesas del fondo, parecía una delicada muñeca china de porcelana.

«¡Esta mujer va a ser mi esposa!» Haibara tragó saliva. De pronto, olvidando las más elementales normas sociales, dejó caer su robusto cuerpo en el sofá y escrutó sin recato el rostro de Atsuko. Quizá aquel atrevimiento fuera debido a las copas que se había tomado durante la cena.

—Le han hablado de mí, ¿verdad?

—¿De usted?

—Sí, claro, bueno…, es que yo… estoy enamorado de usted. ¿No se lo dijo la mujer del director ejecutivo sénior?

—Oh, sí, algo me comentó, pero… —repuso ella con desdén, como diciendo «¿y a mí qué?». Pero Haibara estaba tan obnubilado por su fantasía que no percibía esas sutilezas.

—¡Señorita Atsuko! —exclamó él con voz nerviosa mientras se arrimaba aún más. Había perdido toda compostura y de su máscara de indiferencia no quedaba ni el recuerdo.

Atsuko se apartó de él con frialdad.

—¡Señorita! —volvió a exclamar en un tono de voz fuera de lugar y echándosele casi encima.

Atsuko se apartó aún más sin decir nada.

—Señori… —fue a decir por tercera vez, y de pronto se sintió avergonzado al reparar en el gesto tenso de la joven y su nula reciprocidad.

Como temía desde hacía tiempo, Atsuko debía de estar al tanto de aquello. «Claro, por eso me está evitando —pensó Haibara—. Eso es. Tengo que contarle la verdad para aclarar el malentendido.» Su cerebro ofuscado comenzó a funcionar desmarcándose de cualquier tipo de raciocinio y terminó sacando unas conclusiones sin conexión alguna con los hechos.

—¡Señorita! Supongo que el presidente le ha contado que yo me cité con una *geisha*. Pero le juro que entre ella y yo no pasó nada. Solo fui a recoger algo que me había dejado allí en el banquete del día anterior y charlamos un momento, no fue más que eso. Esa es la verdad. Por favor, señorita Atsuko, créame. El presidente se enteró de que yo había vuelto a aquella sala de fiestas, interpretó mal las cosas y me tachó de calavera, pero se equivocaba, y me parece injusto que le haya hablado así de mí. Solo son imaginaciones suyas. Y no, no estoy tratando de excusarme. Le estoy diciendo la verdad. Solo fui a recoger algo que me olvidé allí. Señorita, no soy el crápula que el presidente le ha dicho que…

Haibara hablaba con tanta ansia, apenas sin coger aire, que Atsuko no encontró el momento de replicar y solo pudo mirarlo atónita.

—Le tengo un gran respeto al presidente, pero me parece una crueldad injustificable que haya tratado de alejarla de mí con una falsa acusación. Yo temía que le fuera a usted con ese cuento, y para evitarlo, estaba dispuesto a hacer lo que fuera, incluso acabar con su…

Los labios rojos y suaves de Atsuko lo atraían con una fuerza casi irresistible. El efecto del alcohol hizo el resto.

—¡No, por favor, suélteme!

Atsuko se retorció tratando de librarse del abrazo de Haibara, aunque el rostro fofo y jadeante estaba cada vez más cerca. La rabia le encendió las pupilas a Atsuko, y los labios le temblaron de asco, pero el hombre no pareció darse por enterado. Llegados a ese punto, lo único que él quería era probar sus dulces labios. La inmovilizó contra el sofá y le echó el cálido aliento en la mejilla.

Un segundo después Haibara la soltó de repente y se puso de pie de un salto, miró nervioso alrededor y salió apresuradamente por las ventanas francesas. Atsuko se levantó del sofá un tanto confusa, se alisó el vestido y recogió el libro, que se le había caído al suelo. Fumie apareció justo entonces.

—Ah, hola, Atsuko. ¿Estás sola? Oí ruido y pensé que estabas con alguien.

Fumie sonreía con su habitual simpatía y no parecía haberse percatado de que su amiga estaba despeinada. Atsuko pensó que tenía que hacer algo para restablecer la normalidad en aquel ambiente enrarecido, aunque no para proteger a Haibara, sino para protegerse a sí misma. Y es que haber estado a punto de que aquel hombre le arrebatara un beso significaba una afrenta a su honor.

—Anda, ya son casi las diez. ¿Qué tiempo hará mañana? —dijo Atsuko encendiendo la radio. Inclinó la cabeza para acercar el oído al aparato y desvió la mirada. Su corazón continuaba desbocado y cuando hablaba le temblaba la voz, por lo que temía que Fumie sospechara algo.

En la radio había concluido la emisión de ámbito nacional y estaban a punto de pasar a las noticias locales. Sonó una melodía y cambió la voz del locutor. La emisora de la prefectura de Niigata informó de la detención de un atracador, de un incendio y de otros sucesos locales. Ninguno de ellos parecía interesar demasiado a Fumie.

—Las voces de los locutores son parecidas en todas las emisoras, ¿no crees? —comentó Fumie sentándose en el sofá—. Me parece lógico que así sea si los locutores son de la emisora pública NHK, pero sería interesante que los de las emisoras privadas hablasen con el acento local. Las emisiones sonarían más auténticas y divertidas. Por ejemplo, en la prefectura de Aomori… —Pero se interrumpió de repente al oír lo que decía el locutor. Estaba informando de un asesinato en Nagaoka.

—El análisis de las huellas dactilares ha revelado que la víctima es Hanpei Chita, de treinta y siete años. Chita estaba siendo investigado y la policía lo buscaba como uno de los sospechosos clave del asesinato del presidente de Towa Textiles, Gosuke Nishinohata. Sin embargo, había esquivado hábilmente a la policía para salir huyendo de Tokio y ha estado oculto en un ryokan *llamado Okesa, en el número cinco de Asahicho, en la ciudad de Nagaoka.*

—Ese Chita es el que solía amenazar al presidente, ¿recuerdas?, ese que era miembro de El Chamán…

—Oh, sí, es verdad…

Atsuko recordó entonces al hombre que la había abordado en la estación de Shibuya. Desde entonces, no lo había vuelto a ver.

3

El día 15, día del funeral, las ramas de *sakaki* y *shikibi* se agotaron en las floristerías de todo Nagaoka, destinadas en exclusiva a la ofrenda al difunto presidente Nishinohata. El templo familiar Juganji era uno de los más afamados de la escuela Shingon. Estaba ubicado junto al depósito de agua del extremo oeste de la ciudad, y el río Shinano discurría tras el edificio. Era bastante raro encontrar a alguien en el recinto poblado de árboles centenarios, pero ese día, el lugar, de silencio y recogimiento, estaba abarrotado de gente, como un mercado en hora punta. Y aunque se retiraron los tabiques que separaban la gran sala del templo para acoger en su interior a los asistentes, hubo quienes tuvieron que sentarse bajo unos toldos colocados en el jardín a modo de sencillas marquesinas.

Varios monjes sentados en cuclillas recitaban sutras y golpeaban rítmicamente el pez de madera *mokugyo* frente al retrato de Gosuke Nishinohata colocado en el altar. Debían de estar recitando mensajes muy gratificantes, pero para quienes no entendían nada de lo que decían los monjes sus monótonas voces no hacían sino acrecentar la sensación de calor. Atsuko estaba sentada al lado de sus padres y se abanicaba sin parar.

Mientras el templo Juganji estaba envuelto en el aroma del incienso, en la escena del crimen, en Kurojo, un agente local de la comisaría de policía de Nagaoka informaba a los inspectores Sudo y Seki, que

se habían desplazado desde Tokio después de conocerse la noticia de la muerte de Chita. Sudo iba vestido con una camisa blanca y llevaba un panamá; su rostro era la viva imagen de la perplejidad e, incluso, de la consternación. El sol estaba en su cénit, y el inspector asentía con la cabeza a las explicaciones del agente mientras se enjugaba el sudor que le chorreaba por la frente y el cuello con un viejo pañuelo de algodón.

Aunque Nagaoka era una ciudad industrial, sus afueras estaban repletas de campos de arroz y otros cultivos. La escena del crimen, Kurojo, se hallaba en un lugar situado al norte del área industrial de Zaomachi. A pesar de que sobre el mapa ese barrio formaba parte de la ciudad, era una zona de desarrollo reciente con mucho terreno agrícola y poco poblado. El cadáver del asesino Chita había aparecido con varias puñaladas en el pecho en un pequeño bosque latifoliado. La noticia del asesinato había caído en la unidad de investigación de Tokio como una bomba tan inesperada que dejó a los agentes anonadados durante un buen rato.

La comisaría de Nagaoka estaba ubicada en la avenida Ote, frente a la estación de tren. Cuando varios agentes de esa comisaría llegaron en coche a toda prisa a la escena del crimen, el cuerpo de Chita ya estaba frío. Sin embargo, la sangre que había brotado a chorros de las heridas por arma blanca y que había manchado las briznas de hierba verde aún seguía húmeda y reflejaba la luz de la tarde que se filtraba a través de los árboles.

El sombrero de la víctima estaba tirado bocarriba a unos dos metros del cadáver, bajo un árbol de *shii*. Al examinar la cartera de Chita, los agentes habían encontrado, aparte de cuatro billetes de mil yenes y unas pocas monedas, un recibo del Okesa, por lo que uno de ellos fue a visitar el *ryokan*. El nombre de un barrio ya extinto consignado en el registro del hostal dejaba de inmediato

claro que el huésped en cuestión no era trigo limpio. Y por la respuesta que recibieron de Tokio varias horas más tarde, supieron que la víctima era Hanpei Chita.

En un principio, en el centro de coordinación de Tokio no se explicaban cómo era posible que el escurridizo y casi infalible Hanpei Chita hubiera sido asesinado con tanta facilidad. Pero esa pregunta obtuvo respuesta de inmediato, cuando se detectaron restos de barbitúricos en su estómago. Todo apuntaba a que lo habían sedado y a que lo apuñalaron mientras estaba atontado.

Concluida la inspección de la escena del crimen, Sudo, Seki y el agente local buscaron una zona de hierba y se sentaron. Frente a ellos pasaba la carretera que conducía a un pueblo llamado Fukushima. No se veía un alma ni se oía más que el estridular de las cigarras entre la hierba.

—¿De qué es esa fábrica de allí? —preguntó Sudo señalando una chimenea gris muy alta que se veía a lo lejos.

—Es la fábrica de Osaka Manufacturing. La que se ve a la izquierda es la de Hokuriku Electric.

Un humo gris brotaba en línea recta hacia el cielo de una de las dos chimeneas de la fábrica de Hokuriku Electric. Aquel día no había viento.

De repente se oyó el silbido de una locomotora, y el tren con destino a Niigata que había partido de la estación de Kitanagaoka fue atravesando lentamente, de izquierda a derecha, el campo visual de los tres. El aire que levantó meció las flores color crema de las onagras que crecían en los márgenes de las vías.

—Señor Sudo, ¿por qué cree usted que Chita fue asesinado aquí? Nagaoka es una ciudad que, en principio, no tiene nada que ver con él —dijo Seki mientras seguía con la vista el tren que se alejaba; luego volvió el rostro rubicundo y miró inquisitivamente a su colega.

—Imagino que Chita vino a Nagaoka no solo para esconderse, sino porque así se lo indicó el asesino del señor Nishinohata. —Sudo se quedó pensativo unos instantes y después añadió—: ¿Recuerdas lo que nos contó su chófer? Dijo que le había parecido que un coche estaba siguiendo al presidente.

Seki recordó la entrevista con el chófer. Sudo continuó hablando mientras se retorcía la punta del bigote con los dedos.

—Lo que creo es lo siguiente: como sabemos, Chita había estado amenazando al presidente Nishinohata por el asunto de la secta y lo seguía para darle algún susto. Pero hete aquí que otro individuo quería acabar con la vida del presidente.

—¿Quién?

—Eso es lo que nos gustaría saber a todos, pero ahora mismo no tengo ni idea. Lo más probable es que Chita estuviera siguiendo al presidente Nishinohata la noche en que este fue asesinado y que presenciara el asesinato por casualidad. ¿Qué piensas que haría alguien como Chita en tal caso?

—Chantajear al asesino, por supuesto.

—Está claro. Entre otras cosas, porque se dedicaba a eso y sabía hacerlo. Estoy seguro de que intentó chantajearlo. Al final, el asesino se avino a cumplir sus exigencias y convino en pagarle en Nagaoka, adelantándole el dinero para el viaje y la estancia.

—Estoy de acuerdo. Según el dueño del Okesa, Chita no solo no parecía tener problemas de dinero, sino que se pasaba el día comiendo platos caros y saliendo por ahí —intervino el agente de la comisaría de Nagaoka.

—Estoy de acuerdo con el señor Sudo. Pero si las cosas fueron como dice, ¿quién manejó a su antojo a Genkichi Obata?

Seki se puso a pensar en voz alta. Mientras Chita estaba vivo, tenía sentido suponer que quien había utilizado a Obata era Chita y

que, una vez cumplido su cometido, este se había deshecho de aquel para no dejar ningún cabo suelto. Es decir, Chita había intentado crearse una coartada haciendo aparecer al doble de Nishinohata en un lugar distinto al de la escena del crimen y a una hora posterior a la del asesinato. Sin embargo, la caída casual del cadáver sobre un vagón de tren desbarató la artimaña del doble de Nishinohata, y Chita tuvo que desaparecer para evitar que lo capturaran.

Pero si ahora resultaba que Chita había sido un mero testigo accidental del asesinato, a Seki no le quedaba claro quién había podido pedir a Genkichi Obata que se pusiera el bigote y se tomara su plato de fideos en el Ran-Ran.

—Pues claro… —Sudo se retorció el bigote furiosamente: había pasado por alto el papel de Obata en el asunto—. Quizá todo lo que habíamos imaginado acerca de Genkichi Obata se pueda aplicar tal cual al verdadero asesino de Nishinohata.

—Ahora no le sigo.

—Supongamos que quien trató de simular que el presidente fue asesinado después de acudir al Ran-Ran no fuera Chita, sino el propio asesino. En este caso, debido a la caída del cadáver en el vagón de tren, y por haber sido visto cometiendo el asesinato por un chantajista como Chita, esta persona sería consciente de que la falsa coartada proporcionada por Obata no le serviría de nada.

La explicación tenía sentido. Seki calló un instante, pensativo, pero pronto volvió a la carga: le había surgido una duda.

—Aunque tampoco podemos descartar que quien utilizó a Obata fuera otra persona y no el asesino, ¿no cree? Si Chita tenía la intención de matar al presidente, también necesitaba una coartada, ¿no?

—Pues sí —convino Sudo; frunció el ceño bronceado y se retorció el bigote de nuevo. Tras un silencio, continuó—: A ver, se me ocurre que, si Chita utilizó a Obata para disponer de una coartada, teniendo en cuenta la hora a la que el doble salió del Ran-Ran podemos deducir que la hora en que Chita tenía previsto asesinar al presidente debía de ser, como muy tarde, alrededor de las once y media.

—¿Por qué?

Seki hizo la pregunta casi por reflejo cuando Sudo se quedó callado.

—Porque —continuó Sudo después de pensar un poco; parecía estar calcando con mucho cuidado la línea argumental que había trazado en su cabeza— si hubiera demasiada diferencia entre la hora estimada de la muerte según la autopsia y la hora en la que el doble fue visto saliendo del Ran-Ran, podría sospecharse que se trataba de un señuelo. Incluso sin llegar a conclusiones tan precisas, al menos se alentaría la sospecha de que quien estuvo comiendo fideos en el Ran-Ran y se parecía al presidente no tenía por qué serlo. En tal caso, el uso del doble perdería sentido.

—Entiendo.

—Así que, de entrada, podemos suponer que Chita tenía pensado asesinar al presidente sobre las once y media. Por un lado, sabemos que el asesino llevó a cabo su plan alrededor de las once y cuarenta, y, por otro, que Chita tenía previsto el mismo asesinato a las once y media. Es decir, la hora a la que ambos tenían previsto asesinar al presidente era casi la misma. ¿Qué probabilidad hay de que se dé una casualidad así? Por eso, si descartamos esta casualidad, no nos queda más remedio que descartar también la posibilidad de que Chita haya utilizado a Obata como doble del presidente Nishinohata.

Impresionado por aquella deducción de su colega, Seki lo miró con admiración. Quizá Sudo pareciera un vejete cascarrabias no especialmente despabilado, una persona gris y anodina, pero la capacidad de análisis que demostraba y que debía de haber ido cultivando y afinando durante sus largos años de experiencia era digna de elogio. Seki se preguntó con cierta congoja si alguna vez él sería capaz de hilar tan fino.

—En cualquier caso, me sorprende que hayan encontrado el cadáver en un lugar tan poco transitado.

El agente de la comisaría de Nagaoka miró a Sudo con cierto pánico, como si su comentario le hubiera sacudido la modorra. El rostro bañado en la luz verde filtrada por las hojas de los árboles se veía extrañamente oscuro.

—Disculpe, me he distraído con el canto de las cigarras. No es habitual que empiecen a cantar tan pronto —dijo un poco avergonzado, como excusándose. Pero era comprensible que perdiera el hilo de una conversación que no podía seguir del todo—. Nos llamó por teléfono un labriego que pasó por aquí por casualidad y lo vio. Enseguida llegó un agente de la comisaría más cercana y comprobó que se trataba de una muerte violenta. Después, llegamos nosotros.

—¿Podemos fiarnos de la hora estimada del asesinato, entre las dos y cuarto y las dos y media?

—Sí. Cuando nosotros llegamos, poco antes de las tres, la sangre de la víctima todavía estaba húmeda.

El agente tiró la colilla al suelo y la pisó a conciencia con el talón del zapato. Luego arrancó una brizna de hierba y se la puso entre los dientes.

—No sé si será cosa del karma o algo parecido, pero justo hoy se celebra aquí el entierro del presidente Nishinohata.

—¿No me diga? ¿Hoy?

Sudo y Seki miraron al agente local sin disimular la sorpresa. Seki tenía la boca un poco abierta, lo que dejaba al descubierto sus dientes algo amarillentos.

—Eso significa que los directivos de la compañía están aquí.

—Sí, claro, ha venido muchísima gente al funeral desde Tokio. Han acudido también los jefes de la fábrica de Zaomachi. La ceremonia es todo un acontecimiento. Incluso han venido de Tokio el secretario y el subsecretario del sindicato de la empresa que se han hecho famosos por la huelga.

Los dos inspectores se miraron atónitos. De pronto creyeron comprender la razón por la que el asesino había convocado a Chita en Nagaoka: el asesino estaba entre las personas que habían venido al funeral. Esto era seguro.

—Podemos descartar a Koigakubo y Narumi —dijo Sudo al poco.

—Tienen coartadas perfectas en el momento del asesinato del presidente —observó Seki, convencido. Lo sabía bien porque él mismo había ido a comprobarlas.

—Así es. Esos dos no tienen ninguna necesidad de recurrir a Obata para que haga de doble del presidente.

La conclusión del inspector se le había vuelto a escapar a Seki. Pero, bien pensado, así era. La coartada del secretario y el subsecretario, que, en el momento de los hechos, viajaban en un tren de la línea principal Hokuriku, no se desmontaba ni cambiaba un ápice por el hecho de que el presidente fuera asesinado antes o después de las doce menos diez. Koigakubo, Narumi y ahora Chita. Todos se iban librando de su condición de sospechosos.

Siguió un largo y pesado silencio. Los dos inspectores empezaban a ser dolorosamente conscientes de que el trabajo de investigación de la unidad debía dar un giro radical.

De repente, las cigarras empezaron a cantar en lo alto. Cantaban igual que las de Tokio.

4

—No sabes lo que me ha costado venir. Como hoy ha sido el funeral del presidente, cuando le dije a mi madre que me iba al cine, me echó la bronca porque dijo que era una falta de respeto y que no era día para diversiones. Le dije que saldría a pasear para que me diera un poco el aire, y se empeñó en acompañarme. Pero, bueno, creo que aquí no nos verá nadie.

Atsuko se encogió de hombros y sonrió con picardía. Era una sonrisa a la que le hubiera quedado bien un uniforme de colegiala. La tranquilidad que le procuraba estar en aquel establecimiento, a salvo de miradas indiscretas, y la felicidad de encontrarse con él después de tanto tiempo sin verse hacían que Atsuko se sintiera alborozada. Narumi sabía que un asador de carne llamado Hirose, en la avenida Suzuran, frente a la estación de tren, contaba con reservados, y por eso se había citado allí con Atsuko. Como no era cuestión de entrar en un reservado para no pedir nada, Narumi había venido casi sin cenar.

—No quería que mis padres sospecharan nada, así que he cenado con ellos, pero la verdad es que he comido poquísimo y tengo hambre —dijo.

Durante la cena evitaron los temas que pudieran perjudicar el apetito. Es decir, no hablaron del funeral ni del hallazgo del cadáver de Chita en Kurojo, sino que intercambiaron impresiones sobre los paisajes que habían visto durante el viaje en tren y después en Nagaoka.

—¿Quién invita hoy?

—Yo, por supuesto. He sido yo quien ha propuesto la cena.

—Bueno, vale. En ese caso tendré que alabar la comida. ¡Estas patatas están deliciosas!

—¡Anda ya! No tienes que mentir. Esto lo sé hacer yo también, y quizá mejor. Cuando sea tu mujer, te las prepararé todas las noches para cenar.

—¡Alto ahí! ¿Quién ha hablado de matrimonio?

Bromeaban y se reían como criaturas inocentes.

Cuando les trajeron los helados del postre, Narumi le dijo al camarero que los dejara un rato solos y se inclinó sobre la mesa para acercar su rostro a Atsuko.

—Oye, ¿qué me querías contar?

—Es que ayer me di cuenta de una cosa, y pensé que quizá ese hombre podría ser…

—¿Podría ser qué? ¿Quién? ¿De qué estás hablando?

—Del asesino del presidente.

—¿Cómo? —Narumi enarcó las cejas y se puso serio—. ¿Sabes quién ha sido?

—Creo que sí. Al menos, creo que sé por qué pudo haberlo hecho.

—¿Sabes por qué pudo haberlo hecho? A ver, explícamelo todo desde el principio.

Lo cierto es que Narumi no sentía ninguna animosidad contra el asesino del presidente Nishinohata. De hecho, gracias a aquel crimen el sindicato había recuperado la esperanza de un desenlace de la huelga favorable a sus intereses. Era más que probable que todos los miembros del sindicato le estuvieran agradecidos por quitar al presidente de en medio.

Pero una vez sacado el tema, Atsuko se mostró reacia a seguir hablando. ¿Cuál sería la mejor manera de contarle que Haibara

había estado a punto de besarla en la boca? Si lo exponía mal y le daba una falsa impresión a Narumi, aquel episodio podía generar una tirantez incómoda entre ellos que perjudicara la relación más adelante.

—¿Qué te pasa?

Atsuko seguía comiendo el helado sin decir nada y Narumi empezó a impacientarse.

—Estoy pensando en cómo contarte las cosas.

—¿Tan complicado es el asunto?

—Sí, lo es, y no quiero precipitarme y que lo malinterpretes, así que tranquilízate un poco, ¿vale? En cualquier caso, no es nada grave, así que…

—O sea, que ese hombre del que hablas no es el asesino —dijo Narumi, casi decepcionado al no ver colmadas sus expectativas.

—No, no me estoy refiriendo a eso. No saques conclusiones tan precipitadas y escúchame con calma. Te voy a contar algo que me pasó anoche. Yo estaba sola leyendo en el vestíbulo del hotel. El libro hablaba de la historia de Nagaoka y era muy interesante. Pues ahí estoy yo, concentrada en la lectura, y levanto la cara del libro y veo al señor Haibara plantado delante.

—¿Al secretario del presidente?

Narumi hizo una mueca y dejó el helado en la mesa.

—Sí, el mismo. ¿Recuerdas que te conté que me había hecho saber que quería casarse conmigo a través de la mujer del señor Hishinuma, el director ejecutivo sénior? Debía de estar impaciente porque todavía no le había dado ninguna respuesta, ¡y se me declaró allí mismo!

—¡Qué tipo más pesado! ¡Tendrías que haberle dado un tortazo! —exclamó Narumi, pero enseguida se compadeció de Haibara—. De

todas formas, puedo entender que perdiera un poco la paciencia. Yo en su lugar no podría dormir sin obtener respuesta.

—Vaya, qué comprensivo —respondió Atsuko riendo. Aunque Narumi había dicho aquello medio en broma, a ella siempre le gustaba escuchar comentarios halagadores del hombre al que amaba—. El señor Haibara estaba muy serio cuando me lo dijo. Y estaba tan entregado al cortejo que se le terminó escapando un secreto.

—¿Te contó que mató al presidente?

—¡No, por favor! Lo que me contó fue que una vez el presidente lo pilló con una *geisha*.

—¿Ah, sí?

—Y cree que si yo lo rechazo es porque el presidente me ha chivado el asunto. El señor Haibara se puso muy nervioso y empezó a explicarme que solo había ido a esa sala de fiestas para recoger algo que se había olvidado en el banquete de la noche anterior. No dejaba de repetirme que no lo malinterpretara, que no es un depravado, y cosas así.

—¿Y tú conocías ese cotilleo de Haibara por el presidente?

—Claro que no, me enteré ayer mismo. Aunque si me lo hubiera contado el presidente, más razón tendría para rechazarlo.

—Entiendo —dijo lacónico Narumi, que desvió la mirada y se quedó pensativo durante un rato.

En su rostro de perfil destacaba la línea de su nariz bien definida, como si de un relieve se tratase. A Atsuko le gustaba verlo así.

Los autobuses pasaban sin cesar bajo la ventana abierta y el viento les traía la voz de las azafatas-guía. En aquel barrio no circulaban tranvías.

—Lo que crees es que Haibara, despechado por tu rechazo y creyendo que la culpa la tenía el presidente, lo asesinó.

—A ver, no: rechacé su propuesta de matrimonio la noche antes del funeral del presidente. Así que, por mucho que el señor Haibara odiase al presidente por contarme ese secreto, hasta el punto de querer matarlo, el presidente ya estaba muerto y él no pudo haberlo hecho por ese motivo.

—Claro, qué tontería he dicho —dijo Narumi en tono jocoso, encogiéndose de hombros, como avergonzado—. Y eso que me considero un buen argumentador. Debo de estar perdiendo facultades. Si hubiera cometido un despiste así en una mesa de negociación, habría sido el hazmerreír de todo el mundo.

—Oye, ¿en las negociaciones colectivas os ponéis muy agresivos?

No era que a Atsuko le entristeciera ese enfrentamiento tan descarnado entre el sindicato y la empresa, sino que no lo entendía. ¿Tan difícil era que patrones y obreros cooperasen de buen grado?

—Es inevitable ponerse agresivo tratando con gente como el presidente o Haibara. Por eso, sin importar quién vaya a ser el próximo presidente, rezamos para que sea alguien que entienda nuestras reivindicaciones. Como dice un estudioso de estos asuntos, los japoneses solemos ser gente muy excitable y sentimental, y enseguida se nos llevan los demonios. Tendemos a considerar enemigo a todo aquel que no sea amigo y asumimos sin discusión que el enemigo merece ser odiado. Es una pena que seamos así. — Narumi sacó un cigarrillo del paquete, le dio unos golpecitos contra la mesa para compactar el tabaco y alzó la cara—. Entonces, ¿por qué dices que Haibara quería matar al presidente?

—A él le preocupaba que el presidente me hubiera contado su relación con esa *geisha*. Tendrías que haber visto su expresión mientras me hablaba. Me pareció capaz de cualquier cosa con tal de taparle la boca al presidente.

—No me parece que Haibara sea tan impulsivo como para hacer algo así y cavarse su propia tumba. Es nuestro enemigo, sí, pero tengo que reconocer que es bastante más listo que eso.

Atsuko se sintió algo contrariada porque no lograba convencer a Narumi y se empeñó con aún más ahínco.

—¡Es que está loco ese hombre! Anoche cuando… —empezó a decir, y se interrumpió, azorada.

Era imposible que Narumi no percibiera su turbación.

—¿Qué pasó?

—No, nada, es igual.

—No me mientas. Ibas a decir algo y de repente te has quedado callada con cara de susto.

Narumi quería saber lo que Atsuko había estado a punto de decirle y, aunque sus ojos sonreían, estaba dispuesto a insistir hasta conseguirlo. Atsuko, por su parte, prefería evitar que aquella negativa suya causara la más mínima fricción en su relación con Narumi. Pero, para ello, no tenía más remedio que confesarle lo sucedido, al menos en parte.

—Vale, te lo voy a contar. Pero no te enfades, ¿de acuerdo? Tampoco es que sea nada del otro mundo.

—No me voy a enfadar, te lo prometo. Venga, cuéntamelo.

—El señor Haibara me cogió la mano.

—¡Será asqueroso! ¿Nada más?

—Me inmovilizó contra el sofá e intentó besarme.

—¡Ese asqueroso se va a enterar la próxima vez que lo vea! ¿Te hizo algo más?

Era la primera vez que Atsuko veía ponerse celoso a Narumi. Su rostro de facciones finas enrojeció y sus pupilas brillaban como carbones encendidos. Aunque Atsuko estaba un poco nerviosa,

cuando se dio cuenta de que sus celos eran una manifestación de su amor hacia ella se sintió más relajada.

—Sí, solo fue eso. Justo en ese momento llegó la señora Hishinuma y él salió corriendo por las puertas francesas.

—¡Asqueroso! —volvió a exclamar Narumi. Su vocabulario de insultos parecía bastante limitado.

—Por otro lado, aunque la policía asegura que el asesino lo obligó a conducir su coche hasta el parque Ueno a punta de pistola, el presidente era un hombre de mucho carácter. No me creo que nadie lo amedrentara con tanta facilidad. Estoy segura de que, de haber ido el asesino con él en el coche, se habría parado delante de cualquier comisaría para entregarlo él mismo a la policía.

—Ya.

—Pero imagínate que fuera el señor Haibara quien lo acompañaba en el coche. A él no le habría costado mucho atraer al presidente a la escena del crimen sin levantar sospechas. Piénsalo: si el presidente no le había hablado a nadie de la indiscreción de Haibara con una *geisha*, no se le ocurriría pensar que este le guardaba ningún rencor y tendría la guardia baja.

—Sí, es verdad. Tiene más sentido esto que dices que lo que cree la policía. Como parece que estaba muy enamorado de ti, el odio que le tendría al presidente sería igual de intenso. La furia del converso, vaya.

—Hombre, converso tampoco, digo yo.

—Bueno —dijo Narumi, con cara de no estar escuchando con mucha atención a Atsuko—. Entonces, dime una cosa: ¿rechazaste a Haibara porque estoy yo o porque no te gusta él?

—Hombre, por las dos cosas. Aunque no te conociera, Shusaku, jamás se me ocurriría casarme con alguien como Haibara. ¡Ni muerta!

—¿Y por qué?

—Porque no es mi tipo. Es alguien muy sumiso con los que están por encima de él y muy duro con los que están por debajo. Además, alguien que compartió con él un viaje de recreo de la empresa me contó que habían ido a pescar y que Haibara destripó todos los peces que había pescado y los devolvió al mar, y luego se quedó mirando con una sonrisa siniestra a los pobres animales, que antes de morir nadaban un rato como si estuvieran borrachos. Me entraron escalofríos cuando me lo contó.

—Ya… Yo he oído que tiene muy mala fama entre los empleados más jóvenes. Me parece una crueldad eso que dices que les hacía a los peces. Aunque también podría ser que tuviera un interés científico, por decirlo así, y quisiera saber qué hacían en el agua los peces sin intestinos —repuso Narumi como si defendiera a Haibara. Y es que Narumi, cuando se encontraba en una posición más fuerte y ventajosa, no podía evitar defender a los que estaban en una situación más precaria.

Pero Atsuko replicó enseguida:

—Vamos a ver, Shusaku, Haibara es un empleado de Towa Textiles. No es ningún ictiólogo. Estoy segura de que no lo hacía por ningún interés científico.

—Vale, vale.

—Oye, ¿crees que debería informar a la policía de todo esto que te acabo de contar?

—No lo sé. Habrá que pensarlo con más calma. De todas maneras, me parece que el móvil de Haibara es un poco flojo. Quizá no te hagan mucho caso.

—Tampoco es que me apetezca ser una chivata. Pero, por otra parte, entiendo que no podemos pasar de este asunto cuando él podría ser el asesino del presidente —dijo Atsuko, y pareció tomar

una decisión. Como no sabía lo que había resuelto Atsuko, Narumi contempló sus ojos color avellana en silencio—. ¿Qué te parece si investigamos el asunto por nuestra cuenta? Nadie se enteraría si lo hacemos bien. Me parece que seríamos más discretos que yendo a contárselo a la policía.

—Quieres jugar a detectives, ¿eh? ¿Y por dónde empezamos? —contestó Narumi con tono algo burlón. Pero Atsuko estaba bastante seria.

—No podemos interrogar a Haibara, pero sí podemos comprobar sus coartadas. Mañana voy a averiguar dónde estaba y qué estaba haciendo cuando mataron a Chita. Y tú, cuando vuelvas a Tokio, te encargarás de confirmar su coartada a la hora en que el presidente fue asesinado. ¿Qué te parece?

Aunque al principio Narumi no se tomó la propuesta de Atsuko muy en serio, el gesto y la mirada de determinación de su amada le borraron la sonrisa burlona de los labios y lo convencieron de que iba en serio.

—No es mala idea, pero tenemos que pensar en cómo hacer todo eso sin levantar sospechas.

—¿A qué te refieres?

—A ver, ¿cómo voy a averiguar lo que estuvo haciendo Haibara? ¿Crees que puedo ir por ahí preguntando y recabando información sobre Haibara como si nada?

—Es verdad, tienes razón. Entonces, ¿cómo lo hacemos? —preguntó Atsuko, de pronto desanimada por no haber caído en aquella obviedad.

Narumi jugueteó un rato con la cucharilla y la nata ya derretida. Parecía un problema fácil de resolver, pero no se les ocurría nada.

—Si yo no puedo presentarme en las oficinas a preguntar qué estuvo haciendo Haibara… Quizá no quede más remedio que

pedírselo a alguien.

A Atsuko, que llevaba un rato pensativa, de pronto se le iluminó la cara.

—¡Tengo una idea! Voy a inventarme una buena excusa para pedirle que lo averigüe.

—¿A quién puedes pedirle una cosa así?

—A una persona que tiene buena relación con Haibara.

—¿De quién estás hablando?

—De la mujer del señor Hishinuma, por supuesto.

Un par de días después, los directivos regresarían a Tokio en el tren matutino. Seguramente todos viajarían en el mismo tren, y Atsuko abordaría a Fumie y dejaría caer el asunto en medio de alguna charla insustancial. Fumie era una mujer hábil, y Atsuko confiaba en que podría sonsacarle a Haibara toda la información.

IX

¿Qué sabía el actor de radionovelas?

1

La tarde del día 18, un día después de regresar a Tokio, Narumi tomó el autobús en la fábrica de Adachi y se bajó en la estación de Tokio. Miró su reloj de pulsera y vio que aún faltaban diez minutos para las seis, hora a la que había quedado con Atsuko, por lo que decidió esperarla junto a la taquilla.

La hora punta de la tarde casi había pasado, pero todavía se veían muchos viajeros en tránsito. Tras concluir la jornada, manadas de jóvenes oficinistas de ambos sexos, ataviados con blusas ligeras o con las clásicas camisas blancas, emergían del paso subterráneo que Narumi tenía enfrente y volvían a desaparecer succionados por los tornos de la estación. Todos ellos parecían compartir el deseo de llegar a casa cuanto antes para disfrutar hasta del último minuto de su tiempo libre. El flujo ininterrumpido de personas se mantenía constante, como una sucesión de decimales periódicos infinitos, y a Narumi, que lo miraba distraído, de pronto le recordó el avance de las piezas en la cadena de montaje de una fábrica.

—¡Shusaku! —dijo una voz a su espalda—, ¿qué estás mirando?

Narumi se volvió azorado. La voz era la de Atsuko, pero con las gafas de sol de color verde parecía otra persona. Llevaba un discreto vestido de color crema pálido y unos pendientes en forma de conchas pegados a los lóbulos de sus orejas.

—Anda, pero si eres tú —repuso Narumi asombrado.

Los dos cristales verdes de las gafas de Atsuko parecían dos pozos sin fondo. Sus labios rojos dibujaron una sonrisa y asomaron unos dientes blancos. Narumi también sonrió.

—Me temo que no podrás hacer nada malo a mis espaldas. Llevo un rato aquí.

—Eso es hacer trampa. Con esas gafas no te reconocería ni tu madre.

—Estaba haciendo una prueba. Como nos meteremos en problemas si nos ven caminando juntos, he querido saber si me reconocerías o no, porque si ni siquiera tú me reconoces, nadie lo hará —concluyó Atsuko, satisfecha con el resultado de la prueba y mostrando otra vez sus dientes blancos.

Con los llamativos ojos marrones ocultos tras las gafas, su pequeña y bonita boca roja destacaba como nunca. Narumi recordó el sabor de sus labios al despedirse del restaurante en Nagaoka y los contempló como si quisiera robarlos con la mirada.

—Caminemos. Me siento más tranquila cuando estamos perdidos entre el gentío.

Atsuko compró dos billetes en la ventanilla, apremió a Narumi y cruzaron los tornos.

—¿Has podido confirmar la coartada de Haibara cuando mataron a Chita? —le preguntó Narumi casi en un susurro. Atsuko no le contestó hasta que terminó el anuncio por megafonía de la salida del tren por el andén de la línea Chuo.

—Pues no me ha quedado claro. Como él estuvo yendo y viniendo con los preparativos del entierro, podría haber ido perfectamente al lugar en que encontraron el cadáver de Chita. No necesitaba demasiado tiempo, pues apenas hay tres kilómetros entre la fábrica y la escena del crimen, y en coche habría llegado en un momento.

—Ya, claro.

—Además, como ya había estado en Nagaoka dos o tres veces, conoce más o menos las distancias entre los distintos lugares. Así que creo que lo importante va a ser comprobar su coartada para la noche en que el presidente fue asesinado.

—¿Y has sabido algo de sus movimientos esa noche?

—Según él, estuvo bebiendo en un bar hasta emborracharse. Así que tenemos que ir a ese bar para confirmar si lo que dice es cierto.

—¿Qué bar es?

—Uno que hay en Ginza. Se llama el Cisne Negro.

—Ojalá Haibara sea un cliente habitual, porque así hay más probabilidades de que se acuerden de él.

—Por lo que Fumie me contó, deduje que últimamente va mucho por allí —dijo Atsuko, y añadió conteniendo la risa—: Debe de haberse dado a la bebida para olvidarme.

—Me da un poco de pena, la verdad. No me gustaría estar en su pellejo.

Los dos subieron la escalera entre la marea humana.

—Me gustaría que fueras al Cisne Negro.

—Vale.

—Para evitar que el señor Haibara te sorprenda en el bar, me quedaré de guardia en la cafetería que está frente a su oficina para avisarte cuando salga. He llamado antes para preguntar y me han dicho que tendría reuniones más o menos hasta las siete de la tarde, así que todavía debe de estar allí.

—Muy bien pensado.

—¿A que sí? —dijo Atsuko sonriendo con coquetería—. Podría irse derecho a casa, pero también podría pasarse por el Cisne Negro.

—Sí, para ahogar sus penas.

—Así que pienso seguirlo cuando salga de la oficina. Si veo que va hacia el bar, te llamaré enseguida. —Atsuko lanzó a Narumi una mirada de emoción, como si estuviera disfrutando de la intriga, y añadió—: También he pensado en la frase que diré por teléfono para avisarte de su llegada y que solo tú entenderás.

—¿Cuál?

Terminaron de subir la escalera y salieron al andén. También este estaba repleto de trabajadores que se apresuraban para regresar a sus hogares. Atsuko y Narumi caminaron hacia un extremo del andén para evitar la aglomeración.

—Estoy segura de que la dueña y las empleadas del Cisne Negro se pondrán de parte del señor Haibara. Ellas le contarán que alguien fue al bar preguntando por él, y como se entere de que fuiste tú se armará un lío tremendo. Además, en caso de que él sea el asesino, podría incluso pensar que está en peligro y huir. Si eso pasara, la policía nos podría acusar de no haberlos informado e incluso de obstaculizar la investigación. Así que no digas tu nombre en ningún momento. Yo tampoco daré el mío cuando te llame.

Esa atención a los detalles era una virtud muy femenina.

—O sea, que me haré pasar por otra persona.

—Sí. ¿Cómo se apellida tu madre?

—Sakanashi.

—Vale, pues diré que llamo preguntando por el señor Sakanashi para avisarle de que he podido comprar los billetes del expreso. ¿Te parece bien? Cuando el camarero te diga, «Señor Sakanashi, me

informan de que ya tiene los billetes del expreso», saldrás pitando del bar. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. Esto parece una película de espías.

—No me digas que no es divertido.

Atsuko rio alborozada. A Narumi el plan le parecía un poco infantil; pero lo cierto era que a él no se le había ocurrido nada mejor. De hecho, después de darle vueltas a algunas otras alternativas, se convenció de que el plan de Atsuko era el más acertado.

—¿Dónde me estarás esperando después?

—Pues…, vamos a ver si encontramos algún sitio por el camino. Me gustaría, ya puestos, que fuera un sitio elegante.

Atsuko parecía estar disfrutando a lo grande de aquella aventura.

2

Narumi se puso un poco nervioso en cuanto se quedó solo después de despedirse de Atsuko en el cruce del puente de Sukiya. Tenía que meterse en la piel de un detective privado, y no estaba seguro de que supiera hacerlo bien. Se dirigió a Ginza sorteando la muchedumbre que fluía como una corriente de agua bañada en las luces de neón.

Cruzó el paso de cebra de Owaricho y torció por la primera bocacalle a la derecha. Desde ahí, a unos diez metros de distancia, vio un rótulo con la figura de un cisne. El Cisne Negro era un bar muy fácil de encontrar. Vio a varios oficinistas merodeando alrededor.

Ya fuera porque abundaban los juerguistas en la ciudad o por la buena ubicación del establecimiento, casi la mitad de los asientos del Cisne Negro estaban ocupados a pesar de que eran poco más de las

seis y media. A Narumi nunca le habían llamado los bares. No entendía qué tenía de interesante la charla insustancial con las empleadas de estos locales ni cómo se podía disfrutar de la bebida con una de ellas en brazos. Pensaba incluso que, para malgastar dinero en los bares, era casi mejor tirarlo a un pozo. Por eso, todos los clientes sentados en los taburetes y en los reservados le parecieron gente fea y sórdida.

Una de las empleadas que estaba libre se sentó a su lado con familiaridad y lo abordó.

—¡Hola, cariño, cuánto tiempo sin verte! ¿Hará tres meses que no vienes por aquí? Ay, vaya, creo que me he equivocado de persona. ¿Es tu primera vez aquí?

La chica tenía los ojos sombreados de azul y los párpados caídos. La sombra azul no parecía maquillaje, sino un moratón. Fingir que se había confundido de persona debía de ser una excusa barata para iniciar la conversación.

—¿Qué quieres tomar?

—A ver…

Narumi paseó la mirada por el local sintiéndose un poco desamparado. Si este fuera uno de esos restaurantes que solía frecuentar, tendría la carta pegada en la pared. Sin embargo, en este bar pretencioso no había nada de eso.

—A ver… —volvió a decir para ganar algo de tiempo.

Narumi estaba tratando de recordar el nombre de un cóctel, pero no lo conseguía, igual que cuando se intenta recordar sin éxito una palabra en un examen de inglés.

—Voy a pedir lo mismo que suele tomar Haibara —dijo por fin.

—¡No me digas que eres amigo de Haibara!

De repente, la expresión de la mujer se relajó. Se maquillaba y arreglaba para parecer más joven, pero debía de ser bastante mayor.

Si uno se fijaba bien, descubría que tanto su piel como esos labios pintados de rojo estaban ya ajados.

—Sí, me llamo Sakanashi. Nos conocemos desde hace mucho. Como se suele decir, «hemos comido de la misma olla».

—Oh, sí, yo también suelo compartir la comida con mis compañeras de piso —dijo ella interpretando la expresión literalmente y sacando de la faja *obi* del kimono una pequeña tarjeta de visita. La tarjeta tenía impreso el nombre RIRAKO en una cara.

—La próxima vez, espero que nos visitéis juntos.

—Oh, sí, claro. Me dijeron que Haibara suele venir mucho por aquí, ¿no?

—No tanto. Habrá venido tres veces en total.

—¿Viene a ver a alguien en particular?

—Sí, a mí —respondió ella, y se rio de su propio chiste. Las patas de gallo se le acentuaron con la risa. Narumi pensó que, si pretendía parecer más joven, lo mejor sería que estuviera seria—. En realidad no viene a ver a nadie. Suele tomarse un par de copas solo. Quizá viene a disfrutar del ambiente y nada más.

A Narumi le hirvió la sangre cuando pensó que un tipejo al que le gustaban las salas de fiesta con *geishas* y los bares como este había tenido el cuajo de pedirle la mano a una mujer pura e inocente como Atsuko, pero se contuvo para que el desagrado no se le reflejara en la cara.

—Va, tómate algo tú también —dijo.

—Gracias. ¿Qué me puedo tomar?

—Lo que quieras. Yo tomaré lo mismo que Haibara.

Rirako se levantó y pidió las bebidas al camarero.

—Un whisky con hielo y un Mont Blanc.

—Un whisky con hielo y un Mont Blanc —acusó recibo el camarero, como un eco.

Como estaba sentado en un reservado, Narumi no podía ver la cara del camarero, pero su voz traía a la imaginación un hombre bien parecido de treinta y tantos.

Con los codos clavados en la mesa y el mentón apoyado en las manos, pensó en los próximos pasos que daría. Ya no podía hacerse pasar por un detective privado. Si había empezado diciendo que era un viejo amigo de Haibara, tenía que seguir representando ese papel y hacer las preguntas como las haría un viejo amigo. «¡Eso es!», se dijo, dándose una palmada imaginaria. De pronto, recordó haber leído algo sobre una situación similar en alguna novela.

—Oye, ¿qué te pasa? De repente te has quedado ensimismado —le dijo Rirako, que se había vuelto a sentar a su lado.

—Es que hay algo que me tiene un poco preocupado. Resulta que el otro día hice una apuesta con Haibara.

—¿Qué apuesta?

—La otra noche cogí un tren de noche, bastante tarde, y lo vi con una mujer guapísima. No me acerqué ni les dije nada en el momento, pero al día siguiente, un poco por envidia, lo reconozco, lo llamé para preguntarle quién era el pibón. Él juró y perjuró que no había subido al tren con ninguna mujer y que no sabía de qué le hablaba.

—¡No me digas!

Mujer como era, aquel chisme pareció interesar mucho a Rirako, que se acercó más a Narumi. El olor a colonia se hizo aún más intenso.

—Total, que nos pusimos a discutir y terminamos haciendo una apuesta, porque ni él ni yo cedíamos.

—Vaya.

—Nos prometimos que el que perdiera la apuesta invitaría al ganador a ponerse las botas en el mejor restaurante de Ginza.

Llegaron las bebidas que habían pedido. Era la primera vez que Narumi veía un whisky con hielo y un Mont Blanc.

—Aunque Haibara se enfadó muchísimo con este asunto… Siempre ha sido de los que se irritan rápido.

—¿Ah, sí? No tengo esa impresión.

—Quizá delante de las mujeres se comporte de otra manera.

—Puede ser. De todas formas, ¿no sois así más o menos todos los hombres? Cuando estáis de novios sois cariñosos y simpáticos, pero en cuanto os casáis, os volvéis ariscos y antipáticos.

—¿Lo dices por experiencia?

Narumi escrutó el rostro de Rirako. La gruesa capa de maquillaje con la que se tapaba la piel ajada y los coloretes con los que pretendía realzar su escaso atractivo parecían relatar su triste pasado. Narumi sintió un poco de pena por ella.

—¡Anda ya! Yo todavía estoy soltera, cariño —dijo, fingiendo inocencia y juventud, aunque las arrugas de la cara la traicionaron.

—Sigues soltera, ¿eh? —recalcó Narumi con sarcasmo por lo ridícula que le pareció su pretensión.

—Voy a probar la copa.

Rirako alargó el brazo y cogió el whisky con hielo, y Narumi dedujo entonces que el Mont Blanc era para él. Rirako sonrió contemplando a Narumi por encima del borde de la copa mientras bebía. Se bebió la mitad de un trago. La mirada que le lanzó mientras bebía estaba cargada de intención y, aun a sabiendas de que ese era su trabajo, a Narumi le pareció que lo hacía con gracia.

—¡Mmm, qué rico! Oye, ¿y qué pasó con la apuesta?

—Sé que tengo razón porque lo vi con mis propios ojos, pero él insiste en que esa noche estuvo bebiendo aquí y que no cogió ningún tren. ¿Puedes creerlo?

—¿Cuándo fue eso?

—A ver, pues creo que fue… —dijo, mirando al techo mientras simulaba hacer memoria.

En el techo blanco iluminado con luz indirecta también había pintados varios cisnes negros. Narumi siguió haciendo como que pensaba y los miró con detenimiento. Aquello estaba resultando mucho más fácil de lo que había imaginado y Rirako había mordido el anzuelo sin dificultad, pero aún no tenía la información que necesitaba, y debía seguir con más cuidado todavía para no enredar el hilo mientras recogía el sedal.

—Oh, sí, fue la noche que me fui de viaje al noreste, así que fue el día uno de este mes. Creo que lo vi alrededor de las once y cuarenta.

—¿La noche del día uno? Pues me temo que te confundiste de persona. Haibara estuvo aquí.

—¿En serio? —repuso Narumi con gesto de contrariedad y abriendo mucho los ojos—. ¿Estás segura?

—Claro —respondió tajante Rirako asintiendo con la cabeza.

—A las once y cuarenta, ¿eh?

—Que sí.

—¿No te estarás confundiendo de día?

—Seguro que no. ¿Ves el calendario que está detrás del camarero? Ese día, la página que se veía era la de mayo. Me di cuenta y le pedí al chico que pasara la hoja. Haibara llegó justo en ese momento, así que estoy segura.

—Qué raro —dijo Narumi siguiendo con el teatrillo, pero también había en su reacción algo de verdad. Se preguntó si Haibara no habría sobornado a los empleados del local para que lo protegieran —. A ver, que me he apostado una cena en el restaurante más caro de Ginza. Aunque para mí es casi peor no tener razón que perder la apuesta… Soy de esos a los que no les gusta nada perder, ¿sabes?

Así que, venga, dime la verdad. Si me la cuentas, te llevo a cenar a ti en vez de a Haibara. Invitar a una mujer guapa como tú tiene mucho más sentido, y encima me lo pasaría bien contigo. No quiero parecer desconfiado, pero fíjate si me pesa perder que, si Haibara te hubiera pagado dos mil yenes para que me contaras que él estuvo aquí esa noche, yo estaría dispuesto a darte tres mil para que me dijeras la verdad. Así que, por favor, Rirako, sé sincera.

Herir el amor propio de una persona no era una manera muy inteligente de tratar de convencerla, pero, quizá porque percibió autenticidad en el entusiasmo de Narumi, Rirako no pareció ofenderse.

—La que atendió esa noche a Haibara no fui yo, sino Mitsuko. Dame un segundo, que la voy a llamar.

Rirako giró el torso, miró los taburetes que tenía detrás y llamó a una chica que llevaba un vestido de dos piezas de cuello alto y sin mangas.

—Mitsuko, ¿puedes venir un momento?

—¿Qué pasa?

—Anda, ven, por favor.

Mitsuko susurró algo al oído del cliente que tenía a su lado, bajó del taburete y fue hacia ellos. Era una chica joven que vestía con sencillez y tenía una expresión relajada. Se sentó frente a Narumi y Rirako.

Rirako le contó a Mitsuko lo que Narumi quería saber y esta respondió pasándose la mano por el pelo.

—Te aseguro que Haibara estuvo bebiendo aquí esa noche. —Sus uñas pintadas de rosa reflejaban la luz—. Además, esa fue la primera noche que vino aquí. Me contó que había tenido una reunión en la empresa y llegó bastante tarde.

—¿Recuerdas a qué hora?

—Fue poco después de las once y cuarto. Me acuerdo porque había sonado la campana de ese reloj —dijo, señalando la torre del reloj que había en el cruce de Ginza-Yonchome—, que suena cada cuarto de hora.

Incluso alguien como Narumi, que no estaba muy familiarizado con Ginza, sabía que el reloj de esa torre imitaba al de Westminster y sonaba cada cuarto de hora.

—Bebió mucho. Entre trago y trago no hacía más que suspirar.

—Se tomó cinco o seis Mont Blanc uno detrás de otro, como quien pretende ahogar las penas en la bebida, y se quedó dormido en el sofá. Después, cuando cerramos, la dueña del local y yo lo subimos a un taxi y lo mandamos para casa. Así que no puedo estar más segura de que estuvo aquí —concluyó Rirako. Ninguna de las dos parecía estar mintiendo.

—Vale, vale. Entonces me temo que me confundí.

—Seguro. A las once y cuarenta, Haibara estaba suspirando sin parar. Suspiraba con tanta angustia que me estaba empezando a poner nerviosa. ¿Le ha pasado algo? —le preguntó Mitsuko a Narumi escrutándole el rostro como quien curiosea algo a hurtadillas.

3

Después de que Mitsuko se fuera, reclamada por su cliente, Narumi pidió otro Mont Blanc y encendió el cuarto cigarrillo; seguía teniendo dudas sobre si debía creer lo que las dos mujeres habían afirmado con tanta seguridad.

—Mira, es que no soporto perder contra Haibara. ¿No habrá algún cliente que pueda asegurarme, como vosotras, que él estuvo aquí esa noche a las once y cuarenta? Algún habitual, por ejemplo.

—A ver…

En el mismo instante en que Rirako ladeaba la cabeza y fruncía el ceño con gesto de apuro, un hombre se detuvo junto al reservado que ocupaban. Llevaba una boina marrón y vestía una camisa de manga corta roja de cuadros. Era un tipo enorme, tan imponente como una estatua de bronce.

—Disculpen, hay algo que me gustaría preguntar —dijo el hombre con voz nasal.

Narumi conocía esa voz, pero no sabía de qué. Miró al desconocido con una sonrisa cauta y le indicó con un gesto el asiento que Mitsuko había dejado vacío.

—Rirako, ¿podrías ir a buscarme tabaco?

Cuando ella se fue, el hombre acercó la cara a Narumi casi hasta rozarlo con la abultada frente y, casi en un susurro, dijo:

—Me ha llamado la atención porque veo que le preocupa lo que sucedió a las once y cuarenta del día uno. ¿No estará usted indagando acerca del caso?

—¿Qué caso?

Era evidente que hablaba del asesinato de Gosuke Nishinohata, pero a Narumi le pareció más prudente hacerse el tonto, al menos al principio.

—El del hombre al que asesinaron, tiraron por un puente y acabó en el techo de un vagón de tren que se lo llevó.

—¿Se refiere al asesinato del señor Gosuke Nishinohata?

—Claro —dijo el hombre asintiendo ostensiblemente, pero con voz casi inaudible—. Está investigando el caso, ¿sí o no? No lo niegue, porque es evidente. —Se frotó la cara colorada por la bebida con un pañuelo y añadió—: Oye, Rirako, tráeme también un vaso de agua, anda. Ah, y con un poco de bíter, ¿vale? Voy a tener una charla muy

importante con este señor, así que déjanos un rato solos, ¿de acuerdo?

El hombre debía de ser un habitual del local por la confianza con la que se había dirigido a Rirako, y también porque ni ella ni las otras empleadas parecían molestas por sus maneras.

—Sí, bueno, más o menos —respondió Narumi sin comprometerse, tratando de recordar de qué conocía a aquel gordo grandullón tan campechano.

—Mire —dijo el gordo, agitando un dedo ante la cara de Narumi con el aire de quien va a contar algo de suma importancia—, yo sé algo que nadie más sabe. Esta tarde llamé por teléfono a la unidad de investigación de la policía para compartirlo con ellos, pero me atendió alguien de ínfimo rango que me trató tan mal que se me quitaron las ganas de contarles nada y colgué.

Debía de estar bastante borracho, porque hablaba con dificultad y con la nariz muy congestionada. Por momentos le patinaba la lengua.

—Es que los policías son en general unos lerdos —respondió Narumi siguiéndole la corriente para tirarle de la lengua, porque de pronto sintió una gran curiosidad por lo que el hombre decía saber.

—¡Usted sí que sabe! ¡Con gente como usted sí que se puede hablar! —exclamó el hombre dándole un palmetazo en el hombro.

A pesar de su embriaguez evidente, el detalle de alejar a Rirako antes de iniciar la conversación revelaba cierta escrupulosidad y cautela.

—Yo ya les expliqué mi teoría a los inspectores que llevan el caso, pero no me toman en serio porque me consideran un aficionado, y he estado pensando en cómo la podría demostrar. Pues resulta que justo hoy me he dado cuenta de que se me había pasado por alto un dato clave que tenía delante de las narices. Lo he descubierto por

casualidad en la emisora, mientras ojeaba un periódico viejo que no recibo en casa.

—¿En la emisora?

—Sí, en la radio.

El hombre se metió la mano en el bolsillo del pantalón y dejó encima de la mesa un pañuelo, un mechero, un bloc de notas, una cartera y otras cosas hasta que por último sacó una tarjeta de visita.

Cuando Narumi vio escrito el nombre «Toshio Murase» en la tarjeta, por fin supo por qué le sonaba su voz. Era un actor de radionovelas y lo había escuchado cientos de veces en la radio. «O sea, que el dueño de esa voz era gordo», se dijo. Comparó con disimulo el cuerpo voluminoso y enérgico de Murase con su propia delgadez y un leve gesto de desagrado le cruzó la cara.

—¿De qué se ha dado cuenta?

—De que era el hombre que, *hic*, fue envenenado y murió en la litera, ¿se acuerda?

Narumi miró a Murase con cara de susto al oír su respuesta.

—Se refiere a Genkichi Obata, ¿no?

—Ese, ese. Obata, sí, Genkichi Obata. De lo que me he dado cue-*hic*, cuenta es de que este Genkichi Obata es un tokiota castizo, de…, *hic*, de los que alardean de ello.

Tal vez por el efecto de la bebida o quizá por el excesivo entusiasmo, el actor se trabó varias veces. Se le habían acumulado unas gotitas de sudor en la punta de la nariz redonda. Narumi también sabía que Genkichi Obata era un tokiota de nacimiento porque lo había leído en la prensa.

—La clave está en que ese hombre nunca había salido de Tokio, esto es lo importante.

—Pero por lo visto estuvo un tiempo trabajando en Saitama.

—No, no, eso, *hic*, no importa. Eso se puede ignorar —dijo agitando una mano tan grande que parecía un guante de boxeo.

Tokio había crecido muchísimo en los últimos tiempos y Saitama se había convertido en una extensión de la ciudad, por lo que, exceptuando el viaje en que fue envenenado y murió, no sería exagerado decir que Genkichi nunca salió de Tokio.

En cualquier caso, a Narumi aún se le escapaba lo que Murase pretendía comunicarle. No alcanzaba a ver qué relación podía tener el hecho de que Obata nunca había estado en otro lugar que no fuera Tokio con el asesinato de Gosuke Nishinohata.

—¿Qué tiene de malo que Obata fuera tokiota?

—¿Que qué tiene de malo? Es un dato que cambia radicalmente el caso Nishinohata. La línea de investigación que está siguiendo la policía está desnortada. Y aho…, *hic*, ahora, han matado a un hombre llamado Hanpei Chita en Nagaoka. En los periódicos vespertinos queda claro que la policía sigue en sus trece. ¡Y encima han tenido la desfachatez de declarar que están cerca de resolver el caso! Pero si siguen por esa línea, nunca darán con el asesino, ¡ni en mil años!

—Señor Murase, tómese algo, le invito. Y cuénteme en detalle lo que sabe del caso —dijo Narumi con mucho interés.

Era evidente que lo que Murase decía estaba sustentado por sólidos argumentos y que no eran simples desvaríos o bromas de borracho.

—Claro que sí. No sabe las ganas que tengo de contárselo a alguien. Pero ir a… *hic*, a la policía sí que no. Me niego a facilitarles el trabajo a esos desagradecidos. —El trato recibido ese día debía de haberle sentado como una patada en la barriga, no cabía duda—. Pero sepa que esto lo he descubierto porque soy actor de

radionovelas. A cualquier otro se le hubiera pasado por alto este detalle, le apuesto lo que quiera.

Mientras lo escuchaba decir todo aquello, la curiosidad de Narumi no hacía más que crecer. Debía tener cuidado de no emborracharlo demasiado para que le contara todo lo que había descubierto sin que se le escapara un solo matiz.

—¿Qué le parece un Mont Blanc? —sugirió Narumi. No conocía otros cócteles, así que solo podía sugerirle ese—. ¿O prefiere un whisky con hielo?

—Si me va a invitar, prefiero un escocés doble —respondió Murase, y en el instante en que Narumi se volvía para pedir las copas al camarero, sonó el teléfono instalado en la pared de la barra.

El camarero cogió el auricular, habló brevemente, colgó y paseó la mirada por la sala.

—¿Está aquí el señor Sakanashi?

—Sí, soy yo.

Narumi se levantó en el reservado. Tal como había imaginado, el camarero era un hombre apuesto de unos treinta años. Llevaba una estilosa americana blanca y una elegante pajarita que hubiera llamado la atención de cualquiera.

—Era un mensaje para usted. Han podido comprar el billete del expreso y tiene que darse prisa —le dijo a Narumi con una sonrisa amable y en voz baja.

—¿Que me dé prisa?

—Sí, me pareció que estaba bastante nerviosa.

—Muchas gracias.

El barman volvió a sonreír con amabilidad y añadió una pequeña reverencia. Parecía que inclinar ligeramente la cabeza y sonreír era algo que este camarero hacía casi como un tic.

Narumi supuso que por alguna razón Atsuko había tardado más de la cuenta en llamar al bar y dedujo que el nerviosismo que había mostrado al teléfono significaba que Haibara podía aparecer por el bar en cualquier momento. Debía reaccionar con presteza y acierto. Volvió al reservado y, sin sentarse, le dijo al actor:

—¿Qué le parece si vamos a comer algo? Conozco un buen restaurante no muy lejos de aquí…

—Es que no tengo hambre —repuso Murase—. Hablemos aquí —dijo, sacando un cigarrillo de la pitillera; no parecía tener intención de moverse.

—Pues es una lástima. Hay una mujer a la que me gustaría presentarle.

—¿Cómo?

Acorralado, Narumi había echado mano de Atsuko como último recurso. Murase, que hasta entonces parecía incapaz hasta de sentarse derecho en el asiento, se mostró de pronto dispuesto a cualquier cosa y sonrió con picardía.

—¿Es una mujer guapa?

—Oh, sí, ya lo creo. Es una belleza. Me acabo de acordar que habíamos quedado en una cafetería que está aquí al lado. Es que me gustaría que le contara a ella también lo que sabe del caso.

—Eso está hecho. Vámonos. A, *hic*, a mí me gustan las mujeres. —Se levantó rozando la mesa con su prominente barriga y le dio una suave palmada en el hombro a Rirako—. Hasta la próxima.

—¿Ya te vas?

Rirako y el actor de radionovelas se saludaron con una rara confianza y un beso que a punto estuvieron de hacer que Narumi enarcara las cejas.

—Espero que vuelvas tú también, cariño —dijo Rirako sonriendo y mirando a Narumi, cada vez más abochornado.

Murase abrió la puerta con una mano y se volvió para lanzarle un beso a Rirako antes de salir.

Fuera, las coloridas luces de neón de los bares y restaurantes que flanqueaban la calle le daban un aire festivo a la entrada del Cisne Negro. Nada más salir, Murase echó a andar en dirección contraria con paso inseguro.

—¡Por aquí llegaremos antes! —gritó Narumi.

—No, no, es que tengo el, *hic*, coche aparcado allí —respondió Murase hipando.

Rechazó con un gesto testarudo de la cabeza la ayuda de Narumi, siguió haciendo eses y a punto estuvo de chocar con unos músicos callejeros que tocaban una guitarra y un acordeón.

—¡Vamos contentos, eh, señor Murase!

—¡Qué va! Solo he bebido cuatro gotas —repuso a voz en grito, como si le hubiera molestado el comentario.

Los músicos sonrieron y se alejaron deprisa. Seguro que Murase debía de darles buenas propinas, pensó Narumi.

El coche de Murase estaba aparcado en la confluencia del callejón con la avenida. Narumi no tenía ningún interés por los coches y no sabía de qué marca era ni cuánto podía costar un modelo como aquel, pero se preguntó si todos los actores de voz tendrían coche propio y si se beberían hasta el agua de los floreros de los bares de Ginza, como Murase.

—Vamos, suba. ¿Adónde vamos? Usted dirá.

—Cerca de la estación de Yurakucho.

—Entonces llegaremos en un minuto.

—¿Está en condiciones de conducir? —preguntó Narumi, dubitativo, recordando el alto número de accidentes que causaban los conductores ebrios.

—No se preocupe, vamos muy cerca. Además, no estoy borracho.

Era un riesgo que había que asumir. Narumi estaba impaciente por conocer los detalles de lo que Murase decía saber. Por otro lado, como no se dieran prisa, Haibara podría descubrirlo.

—De acuerdo, pero conduzca con cuidado.

—Sin problema.

Cuando Murase se sentó en el asiento, el coche se inclinó hacia el lado del conductor.

Arrancaron enseguida. En un abrir y cerrar de ojos llegaron al cruce de Owaricho, pero el semáforo pasó de repente de verde a rojo y los peatones que esperaban para cruzar el paso de cebra se precipitaron a la calzada.

Murase debería haber pisado el freno y detenido el coche, pero hizo lo contrario: como les pasa a veces a los conductores que se han tomado una copa de más, pisó el acelerador confundiéndolo con el freno. Los peatones que cruzaban el paso de cebra se dispersaron entre gritos y chillidos. Murase se puso rojo como la grana y aferró el volante como en un sueño.

El vehículo atravesó el cruce a toda velocidad, se sacudió violentamente e invadió la acera con un chirrido de ruedas. Una mujer gritó y, al mismo tiempo, un buzón rojo pareció surgir de la nada. El coche se estampó con gran estrépito contra el buzón y se paró en seco.

El actor de radionovelas dio un grito de dolor cuando, por la fuerza del retroceso, su cabeza atravesó el parabrisas. Una sangre rojísima brotó del coche y goteó sobre los adoquines, donde formó un charco con gran rapidez. Narumi salió disparado del coche y, tras golpearse la cabeza contra los adoquines, quedó tendido en el suelo.

X

El Club Cactus

1

El caso le fue asignado al inspector Onitsura no por su brillante hoja de servicios, sino porque casualmente estaba libre. Como la investigación a cargo de la unidad se hallaba en punto muerto, algunos mandos policiales sugirieron la conveniencia de que alguien aún ajeno al caso lo volviera a analizar desde otra perspectiva. No era infrecuente que la policía metropolitana tomara este tipo de decisiones cuando no había avances significativos.

En situaciones así, el trabajo del inspector al que le reasignaban el expediente —el de Onitsura en este caso— quedaba como un asunto interno, y aunque terminase por resolverlo, el susodicho no recibía ningún reconocimiento oficial por aquello de no dejar en mal lugar al inspector jefe. No obstante, esto no fue óbice para que a Onitsura le entusiasmara el encargo, pues no sentía el más mínimo interés por ningún tipo de reconocimiento. Quizá los mandos tuvieron en cuenta este rasgo de su carácter para determinar su elección.

Onitsura se puso al frente de la investigación el 25 de junio, casi un mes después del primer asesinato de los tres que integraban el caso hasta el momento. Onitsura mantuvo al inspector Tanna como su fiel asistente, mandó a los demás agentes a prestar ayuda a otros departamentos y comenzó a estudiar el caso sentado a su mesa.

Leyó de principio a fin los informes sobre el caso —que ya entonces sumaban un volumen considerable—, comprobó todos aquellos puntos que creyó necesarios, detectó los aspectos en los que no se había profundizado lo suficiente y fue anotando en un cuaderno los detalles de los movimientos de los sospechosos que le generaban dudas. Por ejemplo, apuntó que, aunque el problema en la pierna que padecía la mujer de Gosuke Nishinohata le habría impedido matar a su marido, podría haber encargado el asesinato a un tercero. Onitsura tenía la sensación de que, en la investigación llevada a cabo hasta entonces, no se habían analizado muchos detalles con el debido rigor. Sin demora, mandó a su ayudante Tanna a Kuroiso, en la prefectura de Tochigi, para que recabara información pormenorizada acerca de Hisako Wakatake y su madre. Ese día, por desgracia, llovía, pero Tanna recorrió sin descanso los caminos embarrados de aquella zona rural y averiguó que Tazuko Wakatake era una pueblerina que no conocía otra cosa que su pueblo natal y, en Tokio, la zona de Tamagawa. Consiguió también que le expidieran una copia de la partida de nacimiento de Hisako Wakatake que demostraba que no había sido reconocida como hija de Gosuke Nishinohata. La constatación de que la niña no había sido inscrita como parte de la familia Nishinohata sirvió para eliminar la sombra de sospecha que caía sobre la viuda.

Para confirmar las coartadas de los distintos sospechosos de los asesinatos del presidente Nishinohata así como de Hanpei Chita, se acudió a los testigos. Por ejemplo, Onitsura envió a Tanna a la residencia de los maquinistas en Osaka para que hablara con el revisor del tren Nihonkai y comprobara de nuevo la coartada de Narumi y Koigakubo. Aunque este trabajo de ratificación de todo lo ya hecho por la unidad de investigación molestó bastante al

inspector Seki, era inevitable si lo que se pretendía era ser lo más rigurosos posible con las conclusiones y no dejar cabos sueltos.

Onitsura prosiguió las pesquisas con ahínco. A pesar de que nada apuntaba a la existencia de un móvil razonable para que Koigakubo y Narumi asesinaran al presidente, Onitsura insistió en confirmar sus coartadas del día 14, y no se dio por satisfecho hasta determinar más allá de toda duda razonable que los dos dirigentes sindicales viajaban en el tren de la línea Joetsu a la hora en que se cometió el crimen.

Tras ocho días de análisis, confirmaciones y reconfirmaciones de toda la información disponible sobre el caso, las dos grandes preguntas que afloraron en el tamiz de Onitsura fueron estas:

1. ¿Qué había descubierto Toshio Murase? Este hombre afirmaba que era de tal importancia que cambiaría radicalmente el enfoque del caso.
2. ¿Por qué Gosuke Nishinohata fue dos veces a la caja fuerte del banco?

—Tanna, ¿qué opinas tú de estas dos preguntas? A mí me parece que condensan los dos grandes misterios de este caso —le dijo Onitsura al pequeño y diligente Tanna, dejando el lápiz en la mesa.

Tanna, de tez morena, parecía haberse puesto aún más moreno por efecto del sol después de ocho días de actividad incesante. Al oír que Onitsura le hablaba, levantó el rostro bronceado del periódico que tenía abierto sobre la mesa.

—Lo que dijo Murase me tiene con la mosca detrás de la oreja, así que estoy revisando los periódicos de fechas pasadas.

Tras el accidente de coche en Ginza-Yonchome, Murase había sido trasladado en ambulancia al hospital de Tsukiji, donde seguía ingresado. Se había seccionado la mitad de la arteria cervical y

estaba muy grave, aún en peligro de muerte. Por esa razón era imposible someterlo a un interrogatorio que revelara lo que había descubierto. Tanna estaba tratando de averiguarlo por su cuenta.

—He llamado por teléfono a casa de Murase y les he preguntado por el periódico al que está suscrito. Así que estoy leyendo todos los periódicos, excepto el que recibía en casa, pero no consigo encontrar nada interesante.

—Bueno, ojalá se recupere pronto y nos lo pueda contar.

—Pero mira que es peligroso conducir, ¿no le parece? Se supone que los vehículos de hoy en día están equipados con vidrios de seguridad, pero pueden ocurrir tantos imprevistos que ninguna medida parece suficiente —comentó Tanna con una mirada sombría.

—Como por el momento no podemos contar con el actor de radionovelas, no nos queda más remedio que abordar el asunto desde otra perspectiva. Por cierto, en relación con la segunda pregunta, acerca de la razón por la que el presidente Nishinohata visitó dos veces la caja fuerte: me parece que deberíamos indagar en ella a fondo —dijo, y esperó a que Tanna asintiera con la cabeza para continuar—: Pienso que la unidad de investigación ha tratado el asunto con ligereza y ha llegado a una conclusión muy ingenua. Dar por hecho que el presidente Nishinohata sacó algo de la caja fuerte la primera vez que la visitó y que devolvió ese mismo objeto o lo que fuera la segunda vez es demasiado suponer, ¿no crees?

Tanna respondió de forma ambigua. Sabía de sobra que Onitsura lo examinaba todo con sumo cuidado, pero él mismo no veía qué error de deducción podía haber cometido la unidad de investigación.

—Ten en cuenta que lo único que sabemos es que el presidente bajó dos veces a la planta subterránea del banco.

—Ya…

—A partir de ahí, la unidad de investigación asumió un único supuesto. Pero se me ocurren al menos cuatro cosas distintas que pudo haber hecho el presidente esas dos veces que fue a la caja fuerte. Bueno, no; dependiendo de cómo se mire, podrían suponerse muchas más.

—¿Por ejemplo?

—Lo voy a anotar para que sea más fácil de entender —dijo, tras lo que cogió un bolígrafo y escribió lo siguiente:

1. Sacó algo en la primera visita y lo guardó en la segunda.
2. Sacó algo en la primera visita y sacó otra cosa en la segunda.
3. Guardó algo en la primera visita y lo sacó en la segunda.
4. Guardó algo en la primera visita y guardó otra cosa en la segunda.

—Entiendo. Ahora que lo dice, es verdad que se pueden suponer varias cosas.

—Sí, y muchas más que estas cuatro —dijo Onitsura mirando el rostro de Tanna, que parecía a punto de sucumbir a un dolor de cabeza, y añadió—: Fíjate, por ejemplo, en la primera hipótesis, que también podría dividirse en dos: sacó «a» en la primera visita y lo devolvió en la segunda; o en vez de eso, guardó «b» en la segunda.

—Ya, ya, claro.

—Lo mismo se podría decir del tercer supuesto: guardó «a» en la primera visita y, cuando abrió la caja en la segunda, sacó «a» o sacó otra cosa distinta de «a».

—Entiendo.

—Las combinaciones son infinitas. Si nos ciñésemos solo a lo posible, podríamos incluso suponer que no guardó ni sacó nada en ninguna de las dos visitas, porque quizá pretendía que pareciera que hacía algo en la caja de seguridad.

Tanna no entendía adónde quería llegar Onitsura con aquel razonamiento. Si se suponían todas las situaciones posibles, las pistas que debían seguir en cada caso serían distintas y eso sería inviable en la práctica. Por lo tanto, considerar todas las variantes parecía una tarea de clasificación descomunal y sin demasiado sentido.

—Está claro —dijo Onitsura con gesto serio, como si le hubiera leído el pensamiento—. Lo único que quería hacerte ver con todo esto es que el trabajo de la unidad de investigación adolece de falta de rigor, tanto en las observaciones como en las deducciones. Dicho de otro modo: no descarto que nuestros compañeros hayan pasado por alto detalles importantes en relación con lo que sucedió en la caja fuerte. No puedo afirmarlo con certeza, claro está; pero pienso que, si después de haber analizado de nuevo toda la información que tenemos sobre el caso persiste la incógnita sobre la caja de seguridad, tenemos que volver sobre ello con mucha más atención.

Tanna convino en que debían investigarlo nuevamente. Decidieron visitar el banco por la tarde, pidieron al abogado Nukariya que los acompañara y se pusieron en contacto con el Banco Showa.

2

Aunque para el director de la sucursal, el encargado de las cajas de seguridad, Koine, y el abogado Nukariya aquella era la segunda visita a la bóveda del banco con motivo de la investigación policial, para Onitsura y Tanna era la primera vez. Tanna paseó la mirada con discreción por la sala y llegó a la conclusión de que se vivía mejor con algunas carencias que teniendo objetos de valor que había que

esconder en cajas de seguridad de alquiler. En la planta subterránea se notaba muchísimo el aire acondicionado y casi hacía frío.

Los cinco hombres abrieron las puertas de seguridad, como habían hecho el 3 de junio, y extrajeron la caja de acero, que hizo el mismo ruido metálico.

—Adelante, examínenla —les dijo sin titubeos el abogado de pelo cano a los dos inspectores.

El abogado medía unos diez centímetros más que Onitsura, que era de complexión y estatura medias, y su tez era tan oscura que, con un turbante en la cabeza, podría incluso pasar por hindú. Tenía también una fisonomía muy marcada.

—¿Llevaba el presidente algo cuando bajó aquí? Un maletín o una bolsa, por ejemplo —le preguntó Onitsura a Koine, que en esta ocasión también tenía el pelo untado de gomina.

—No, vino con las manos vacías las dos veces.

—Gracias. Eso quiere decir que se llevó algo que le cabía en el bolsillo. Si fueron documentos, serían como mucho cuatro o cinco hojas —dijo casi en un murmullo, mientras comenzaba a examinar minuciosamente el contenido de la caja con ayuda de Tanna.

El abogado y los empleados del banco miraban en silencio las manos del inspector, con la esperanza de que descubriera algo que nadie había visto hasta ese momento, pero también con el presentimiento de que, por mucho que se examinara la caja, nada interesante se descubriría.

Onitsura revisó uno por uno las escrituras y los títulos de valores, dedicándole alrededor de tres minutos a cada documento. A medida que iba pasando el tiempo, comenzaron a asomar en el rostro de los asistentes a aquel escrutinio claras señales de tedio y hartazgo por la meticulosidad del proceso, pero, ajeno a ellas, el inspector examinó con detenimiento las dos fotografías de Hisako Wakatake y

la fotografía de la mitad inferior de una persona. Y, no contento con esto, se sacó una lupa del bolsillo.

—¿Y bien? ¿Ha podido encontrar algo? —preguntó el abogado con impaciencia cuando Onitsura dio por terminado el examen. Alguien muy susceptible habría percibido cierto tono de mofa.

—No, todavía no. Me gustaría analizar la fotografía con mucha más calma. ¿Le importa si me la llevo? Con un día será suficiente. No, no; la que me quiero llevar es la que está rota —dijo Onitsura, sin hacer caso de las maneras algo desabridas del abogado. Tras obtener su visto bueno, guardó la fotografía en su maletín, dio las gracias al director y al encargado y mandó cerrar la caja.

Después, los cinco subieron a la planta de la calle.

Ya de vuelta en la comisaría, Tanna seguía sin comprender qué era lo que había llamado la atención de Onitsura en esa fotografía. La copia de la partida de nacimiento de Hisako Wakatake ponía de manifiesto que el crimen no podía estar motivado por la herencia de Nishinohata. Entonces, ¿qué sentido tenía que Onitsura se interesara por la fotografía de la madre de Hisako?

Sentado a la mesa, Onitsura abrió su maletín y extrajo la fotografía con gran delicadeza, como si estuviera manipulando una reliquia de gran valor. Cuando Tanna le preguntó por la razón de su interés por la imagen, Onitsura frunció los labios en una sonrisa.

—Piensa un momento. Como las tres fotografías estaban juntas, todos habéis dado por hecho que son de Hisako y Tazuko Wakatake, pero no hay ningún indicio razonable para suponer esto.

—¿Eso quiere decir que esta mujer no es Tazuko y que podría ser cualquier otra persona?

—Es una posibilidad. Mira, fíjate bien aquí con la lupa.

Onitsura señaló con la punta del lápiz una parte de la fotografía. La mujer frente a la cámara vestía un kimono desaliñado y calzaba

zuecos, pero la ausencia de la mitad superior de la imagen impedía determinar su edad aproximada y su fisonomía. A juzgar por la calle pavimentada y por las rejas de las ventanas, propias de las casas urbanas, debían de haberla tomado en una ciudad. Al fondo podía verse un vehículo estacionado. Lo que Onitsura había señalado con el lápiz era la matrícula de ese coche.

—Fíjate bien. No es un coche de Tokio.

—Oh, sí, ya veo, es de Kioto. KIO98983. Entonces, la fotografía fue tomada en Kioto —inquirió Tanna, como animado por el nuevo hallazgo.

—Seguramente. Por lo que dice tu informe, la difunta Tazuko Wakatake nunca vivió en otro lugar que no fuera su ciudad natal o Tamagawa, en Tokio, así que es imposible que la fotografiaran en Kioto. Y poniendo por caso que el vehículo de Kioto estuviera de visita en la capital, conozco bien las calles de Tokio y la que se ve en la foto no me suena de nada. También es cierto que, al faltarle la mitad, hay elementos que no se distinguen bien. Pero, siendo lógicos, creo que podemos concluir que la fotografía se tomó en Kioto y que, por consiguiente, la mujer que aparece en ella no es Tazuko Wakatake.

—Entiendo.

—Esta fotografía destaca como lo más raro del contenido de la caja de seguridad. El hecho de que falte la mitad de la imagen que nos permitiría identificar a la persona retratada es muy significativo, ¿no crees? Así que, Tanna, por favor, haz una copia ahora mismo. Cuando la tengas, me la llevaré a Kioto para tratar de averiguar quién es. Si esto nos ayudará a resolver el caso, es algo que solo sabremos más adelante.

Dicho y hecho. Como hombre de acción que era, Onitsura abrió el cajón de su mesa y sacó un horario de trenes.

3

El expreso Izumo salía de Tokio a las 22.30 y llegaba a Kioto al día siguiente a las 8.40. Quizá llegaría demasiado temprano a Kioto, pero era el único expreso nocturno que paraba en esa ciudad. Onitsura compartiría cabina litera con una pareja de recién casados que iba a visitar el gran templo de Izumo. Aunque no le entusiasmaba precisamente ser testigo de la entrañable intimidad de la que hacía gala el matrimonio, consiguió dormir algo durante el trayecto.

El Izumo entró en el andén número 5 de la estación de Kioto. La parada duraría once minutos, así que Onitsura se levantó sin prisas y, tras echarle una mirada cordial a la pareja de tortolitos, se apeó del tren. A esa hora, el andén estaba abarrotado de pasajeros que querían comprar el desayuno para el viaje. Con el maletín bajo el brazo, el inspector subió por la escalera de acceso al intercambiador esquivando a la gente y atravesó los tornos.

Guardaba un recuerdo muy vívido de la vez que estuvo en la estación de Kioto durante la guerra y fue acosado de manera insistente por un indigente zarrapastroso que le pedía comida. Había venido muchas veces a Kioto después, pero no conseguía librarse de aquella imagen lastimosa. Incluso allí, en medio del vestíbulo principal y rodeado de bellas kiotenses que iban y venían, la mirada de Onitsura no podía dejar de percibir, como a través de rayos X, la oscura sombra de la guerra detrás del animado trasiego de gente en el recinto de la estación.

Onitsura se detuvo, paseó la mirada en derredor y localizó un teléfono público al lado del mostrador de información. Desde allí llamó al departamento de tráfico de la prefectura de Kioto para

informar de su llegada y anunciar que los visitaría después de desayunar.

Los veranos de Kioto son conocidos por su asfixiante calor húmedo. Sin embargo, quizá porque aún era temprano, hacía fresco y se estaba bastante a gusto en la calle. Parado delante de la estación, pensó dónde podría ir a comer algo. Kioto era famosa por su amplia y sofisticada oferta gastronómica. Cada vez que visitaba la ciudad volvía con el estómago revuelto por los excesos que cometía con los manjares locales, como las delicias de los *kaiseki* o los platos de pescado de río. Por eso, aunque nunca lo habría confesado, ir a trabajar a Kioto tenía para él un aliciente especial. Esta vez, si todo iba como esperaba, tenía la intención de cenar en un restaurante especializado en tortugas de caparazón blando antes de regresar a la capital.

Pero en ese momento le apetecía algo sencillo. Sin embargo, era aún muy temprano y no encontró abierto ni siquiera un quiosco de fideos *udon*, así que no le quedó más remedio que conformarse con un simple sándwich y un té aguado en un comedor cercano. Le pareció extraño que una ciudad que se preciaba de su paladar refinado y de su cultura culinaria pusiera tan poco esmero en las comidas sencillas.

Después de desayunar, Onitsura tomó el tranvía en dirección a Takano delante de la estación y se bajó en Karasumademizu. La comisaría estaba a cinco minutos a pie de la parada y ocupaba un edificio con la elegancia sobria típica del estilo kiotense. Apenas eran las nueve, pero los escalones blancos de piedra de la entrada reflejaban la luz cegadora del sol.

El jefe del departamento de tráfico era un tal Isono, un hombre de baja estatura en la cincuentena. Por un momento, aquel funcionario le recordó a Onitsura a un político de mala reputación que tenía su

misma cara grande y redonda. También tenían en común los ojos, dos rendijas de mirada inquisitiva. Mientras lo observaba, Onitsura se dio cuenta de que aquellas similitudes habían suscitado en él un prejuicio contra el hombre, pues estaba atribuyéndole una naturaleza manipuladora y malintencionada sin más fundamento que la impresión subjetiva de su fisonomía.

—Después de recibir su llamada me puse a investigar enseguida, pero… —comenzó diciendo Isono tras el saludo y las presentaciones de rigor.

Onitsura lo había telefoneado la noche anterior para pedirle que buscara en el registro de vehículos quién era el propietario del coche con matrícula KIO98983.

—Pertenece a un club automovilístico.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo se llama ese club?

La cosa empezaba mal. De haber pertenecido el vehículo a un particular, el asunto se hubiera resuelto de inmediato, pero si era propiedad de una organización, y encima de conductores, podían haberlo usado una infinidad de personas. Entrevistar uno por uno a todos los usuarios para localizar el lugar donde habían estacionado el vehículo que aparecía en la fotografía de marras era una tarea ingente, tanto desde el punto de vista del tiempo como del esfuerzo y de los gastos que conllevaría. Pero, ya que había venido a Kioto, no podía eludir ese trabajo solo porque fuera complicado. Además, su método se basaba en la paciencia y la perseverancia. Y, sin embargo, por mucha paciencia que tuviera, la perspectiva de las caminatas que tendría que pegarse en medio de aquel calor sofocante era desalentadora.

—Si quiere tomar nota de la dirección, se lo dicto: calle Chienokoin, en Tojimachi, Kamigyoku. ¿Va a ir sin llamar antes?

—Es que por teléfono se pierden muchos detalles.

—De acuerdo. En ese caso, aquí tiene el mapa de la ciudad —dijo el inspector, señalando con un dedo el mapa que estaba colgado en la pared a su espalda. Pero Onitsura sacó el mapa de Kioto que había comprado en el quiosco de la estación y lo extendió ante Isono—. Es aquí. Creo que llegará sin problema si se dirige hacia la torre del templo Toji. Si se pierde por el camino, pregunte a alguien. La mayoría de los kiotenses de hoy en día hablan bastante bien el japonés estándar, así que no tendrá dificultades para entenderse.

El inspector Isono le indicó también los medios de transporte que podría utilizar para llegar al club automovilístico. Onitsura vio en el hecho de que solo le propusiera los medios más populares y asequibles, evitando el taxi, la sempiterna falta de presupuesto de la policía y cierta tristeza del hombre, que ya se había acostumbrado a la escasez. Onitsura reprimió la sonrisa amarga que estuvo a punto de dibujársele en los labios y le dio las gracias.

4

El Club Cactus estaba cerca del templo Toji, en una zona llena de pequeñas fábricas y talleres. El club tenía un amplio jardín cercado en el que había aparcados unos veinte vehículos de distintas marcas y modelos. Al fondo del jardín, bajo la sombra de un sauce, se alzaba un edificio de madera de una sola planta pintado de blanco. Onitsura supo al instante que aquella construcción era la oficina. Mientras se acercaba al portón, un Nash entró en el aparcamiento y, un segundo más tarde, un Datsun salió de él, como si se intercambiaran el puesto. Al volante del Datsun iba una mujer joven con un vestido informal de color carne que pisó el acelerador como si con ello pretendiera liberar su energía desbordante; desapareció

por la calzada en un abrir y cerrar de ojos, dejando en el aire el eco del motor. A pesar de la confianza al volante de la conductora, a Onitsura lo dejó un poco preocupado su forma de conducir.

Cruzó el jardín con cuidado de que no lo atropellasen, se plantó frente al edificio y abrió la puerta mosquitera. El mostrador de recepción estaba a la derecha, y una joven ocupaba la silla que había detrás.

—Hola. ¿Quiere ser socio del club? —le preguntó la recepcionista con acento de Kansai, suponiendo que ese era el propósito de Onitsura.

Onitsura se presentó, le explicó que era policía y que deseaba hablar con el encargado. Ella se levantó pesadamente de la silla y desapareció por la puerta del fondo. Su camisa barata y las sandalias con calvas hablaban de su origen humilde, que nada tenía que ver con los jóvenes de vida holgada que venían a divertirse poniéndose tras el volante de un coche, aunque fuera alquilado.

A Onitsura lo pasaron enseguida a la habitación del fondo. Un hombre delgado que iba en camiseta de manga corta aguardaba sentado tras una mesa redonda barnizada y se levantó para saludarlo en cuanto entró. Aquella debía de ser la sala de recepción, y estaba dotada de un ventilador negro que giraba haciendo un ruido espantoso. Debían de creer que remover el aire calentucho era lo menos que podían hacer por sus clientes.

—Hace un calor de muerte —dijo el hombre, con un marcado acento kiotense, y quizá por el acento, Onitsura creyó captar en el comentario cierto sarcasmo por la evidente inutilidad del ventilador. Tras dejar en la mesa una tarjeta de visita que lo identificaba como Tsugio Tamai, añadió—: Soy el gerente de este club. ¿En qué le puedo ayudar?

Onitsura abrió su maletín, sacó la copia de la fotografía rota y la puso delante de Tamai, que la miró con desconcierto un momento antes de llevarse un cigarrillo a los labios sin decir nada, como dando pie a Onitsura para que se explicara.

—¿Ve que hay un coche aquí?

—Sí, lo veo.

—Está bastante lejos, pero es un Mercury, ¿verdad?

—Sí, es un modelo de hace siete años.

Onitsura sacó la lupa e hizo que leyera la matrícula del coche.

—¿Le suena de algo esta matrícula?

—Oh, sí, es uno de nuestros coches.

El gerente miró a Onitsura de hito en hito, con la expectación recelosa de quien no acaba de ver adónde quiere llegar su interlocutor.

—Estoy investigando un caso y me gustaría saber dónde está aparcado este coche. ¿Le suena de algo el fondo de la foto?

—A ver… —Tamai cogió la fotografía, como preguntándose por qué la habrían roto, y se la quedó mirando en silencio con el cigarrillo colgado de los labios. Luego añadió—: Lo siento, no tengo ni idea. Es que no me suena nada de lo que se ve —comentó sin dejar de observar la imagen.

Parecía más interesado por la mujer que aparecía retratada que por responder a Onitsura.

—¿Este coche solo lo pueden sacar los socios del club?

—Sí, eso es. No alquilamos ningún vehículo a nadie que no sea socio.

—Cuando un socio alquila un coche, ¿ese alquiler queda registrado en algún sitio?

—Sí. Tenemos un libro de registro para cada automóvil en el que un encargado anota la fecha y la hora de alquiler, la hora de salida y

llegada, el nombre del socio que lo ha alquilado y ese tipo de cosas.

—Fantástico. ¿Me podría enseñar el libro de registro de este coche? Preguntaré a todas las personas que lo alquilaron dónde estuvo aparcado.

—Con este calor, va a sudar de lo lindo —comentó Tamai torciendo el gesto histriónicamente, como si le hubiera tocado a él la tarea. Acto seguido se levantó y salió de la habitación.

Onitsura sacó una estilográfica y un bloc del bolsillo superior de su chaqueta y se dispuso a tomar notas.

Al rato se abrió la puerta y el gerente del club entró con un archivador con tapas de cuero negro. En la portada decía «Registro de alquileres» en letras de esmalte blanco a pincel. A su lado aparecía el número del vehículo.

—Todo suyo.

Onitsura le dio las gracias, cogió el registro y abrió la primera página. La primera fecha anotada era del 10 de enero del año anterior, con lo que supo que el vehículo había sido adquirido por el club hacía apenas año y medio. Como le había dicho el gerente, en la columna de observaciones subrayadas en rojo constaban con letra femenina de trazo fino los nombres de los socios y la fecha y hora en las que se alquiló el automóvil, entre otros datos. Aunque la columna de observaciones de las filas inferiores estaba en blanco, dos o tres páginas después encontró anotaciones acerca de los daños sufridos en el parachoques a causa de un accidente, los costes de la reparación, el nombre del taller y otros detalles.

Había cinco personas anotadas en cada una de las dieciséis páginas cumplimentadas, y el vehículo había sido alquilado un total de setenta y siete veces. Aun omitiendo los alquileres posteriores a la fecha del asesinato, el número de candidatos que podían conocer

la ubicación del vehículo ascendía a setenta y uno. Onitsura se sintió abrumado ante la larga lista de nombres.

—Esto significa que lo alquilan una media de cuatro veces al mes, ¿no?

—Sí, algo así.

—¿Es un coche con mucha o poca demanda?

—Más bien poca. Una vez a la semana es poca cosa. Hay muchos coches que se alquilan a diario. El nuevo modelo de Hudson que compramos en primavera, por ejemplo, tiene tanta demanda que hay lista de espera para conducirlo. Somos cuarenta y dos o cuarenta y tres socios en total, así que imagínese —dijo el gerente en tono algo jactancioso.

—¿Por qué tiene tan poco éxito este Mercury?

—Bueno, sobre todo porque es un modelo un poco viejo; y es que la gente es bastante maniática para estas cosas, ¿sabe? Fíjese que muchos prefieren un modelo nuevo a uno viejo hasta para elegir un taxi. Y no digamos ya si es para conducirlo… Además, los modelos que no son muy bonitos tampoco son populares. Ahora que hay quienes le encuentran el encanto a un coche, por feo que sea, se acostumbran a sus peculiaridades y acaban eligiéndolo siempre, casi en exclusiva.

El gerente tenía razón. Cuando Onitsura volvió a hojear el registro vio que algunas personas lo habían alquilado varias veces. Anotó los nombres de los conductores, los clasificó y comprobó que siete lo conducían con cierta regularidad. Era probable que alguno de ellos hubiera aparcado el Mercury en la localización de la foto. Aunque el trabajo de Onitsura acababa de empezar, el pensamiento de que la investigación avanzaba, y tarde o temprano la verdad saldría a la luz, lo animaba a continuar. De hecho, casi se había olvidado del calor que hacía en Kioto. Pidió al gerente la dirección y el lugar de trabajo

de los siete socios, los anotó en su bloc y salió del club. Mientras se alejaba, volvió la cabeza y vio el Mercury estacionado con aire melancólico en una esquina del aparcamiento. La estampa del coche evocó en la fértil imaginación de Onitsura la figura de un hombre con los hombros hundidos, triste y cabizbajo.

5

Cuando Onitsura regresó a su hospedaje en Sanjo arrastrando los pies del cansancio, apenas hacía una hora que el intenso sol de verano se había hundido en el horizonte occidental. Aunque al final solo había tenido que visitar a siete socios, recorrer en transporte público una ciudad que no conocía demasiado bien, haciendo transbordo del bus al tren y viceversa, sin recurrir a ningún taxi, había sido agotador. Además, casi parecía que los socios se hubieran conjurado contra la visita policial, y no se lo pusieron fácil. Unos habían salido, otros estaban ocupados en asuntos que no podían posponer ni interrumpir, y se vio obligado a esperar e incluso a volver en una segunda visita para entrevistarlos. Todo ese esfuerzo habría merecido la pena si hubiese logrado obtener la información que buscaba, pero los cinco hombres y las dos mujeres que integraban la lista negaron haber aparcado el coche en aquel sitio, y no conocían el lugar siquiera. Al recibir la última negativa, incluso el paciente Onitsura se sintió abatido y cansado.

La desventaja de alojarse en un *ryokan* de Kioto es que no suelen estar equipados con aire acondicionado ni calefacción, a pesar de que la ciudad se encuentra en una cuenca de temperaturas extremas tanto en invierno como en verano. Mirar por la ventana cómo cae la nieve en invierno bebiendo una copa de sake caliente

junto al brasero tendría su encanto, pero no poder darse ni una triste ducha después de haber estado pateando las calles bajo la agobiante canícula del verano ponía a cualquiera de mal humor. Estaba muy bien que tuvieran una campanilla de viento *furin* en el alero del edificio, pero no corría nada de aire y la campanilla no tintineaba. Onitsura solo podía abanicarse con furia para tratar de refrescarse un poco.

Los siete usuarios habituales del Mercury no solo no habían aparcado el coche en la ubicación fotografiada, sino que aseveraron tajantes que aquel lugar no les sonaba de nada. Cabía la posibilidad de que alguno de los socios le prestara el vehículo a una tercera persona y que fuera esta quien lo aparcara en el lugar en cuestión, pero todos negaron habérselo dejado a nadie.

A regañadientes, Onitsura pensó en otra posibilidad: que el coche sufriera una avería durante el periodo de alquiler, fuera llevado a un taller de la ciudad, y que, al sacarlo a la calle para probarlo tras la reparación, el mecánico lo aparcara en el lugar de la fotografía. Onitsura acudió a una cabina de teléfono público, llamó al Club Cactus y le preguntó al gerente Tamai el nombre y la dirección del taller de confianza del club. Después fue hacia allí, les mostró la fotografía a todos los mecánicos y les hizo las consabidas preguntas. Pero el esfuerzo fue inútil: nadie le pudo contar nada interesante. Cuando salió del taller, los pies le pesaban como el plomo.

—La bañera está lista —le dijo una empleada de rostro redondo haciendo una reverencia.

Onitsura le dijo que iría enseguida. Cuando se levantó y fue a quitarse el cinturón, la campanilla tañó suavemente. Como si aquello fuera una señal de aviso, de pronto se dio cuenta de un detalle importante que había pasado por alto: el vehículo podía haber pertenecido a alguien antes de que lo comprara el Club Cactus. El

club lo había adquirido en enero del año anterior. Pero dado que el modelo no era nuevo, y por lo tanto tenía que haber sido fabricado mucho antes, sin duda era de segunda mano. Quizá el anterior propietario fuera quien lo había aparcado en aquel lugar.

El prudente Onitsura no se alteraba con facilidad. Aunque de joven había sido deportista y aún conservaba la agilidad física y unos reflejos rápidos, su temperamento era en general sereno y tranquilo. Era en extremo raro verlo levantar la voz o perder la calma, y jamás exteriorizaba sus sentimientos en público. Pero en ese momento se puso un poco nervioso. Se dejó colgado el cinturón que se había empezado a quitar, llamó a recepción y pidió que le pusieran con el departamento de tráfico de la prefectura. Aunque ya había terminado el horario de atención al público, Onitsura se pegó el auricular a la oreja con la esperanza de que el agente Isono siguiera en su mesa y lo atendiera.

Respiró aliviado cuando oyó su voz por el auricular.

—¿Cómo le ha ido? ¿Ha podido averiguar algo interesante? —le preguntó Isono. Onitsura le resumió los hechos del día y después le preguntó si era posible saber el nombre del propietario anterior del Mercury, a lo que Isono le respondió—: Vamos a verlo. Si el intermediario compró el coche en otra prefectura, será difícil, pero si el propietario anterior fuera alguien de Kioto, deberíamos poder saberlo enseguida. ¿Lo vuelvo a llamar en cuanto sepa algo?

Onitsura le dio las gracias, le dejó el número del hostal y colgó. Cuando la hebilla del cinturón golpeó con estrépito la esquina de la mesa, se dio cuenta de que aún lo llevaba suelto. Se lo volvió a abrochar y se sentó en la silla baja de junco que había en la galería, pero no lograba tranquilizarse. Miraba continuamente su reloj de pulsera.

A los tres minutos, sonó el teléfono.

—Lo tenemos. —La voz de Isono se oía animada—. Se lo voy a dictar despacio, así que tome nota: Jokyoku…, Imadegawadori…, Senbon…, Nishiiru. El nombre es Mikio Niikura, un comerciante de tejidos. Parece que le compró el coche a un norteamericano hace cuatro años, pero no he podido saber más.

—Muchas gracias —dijo Onitsura, sinceramente agradecido.

Avisó a recepción de que no se bañaría, se cambió de camisa y se preparó para salir de nuevo. Ya fuera porque había descansado un poco o porque se había animado por el hallazgo, lo cierto es que el cansancio se había esfumado.

6

Quizá fuera ese entusiasmo el que lo llevó a pedir un taxi en recepción. Mientras circulaban junto al río Kamo Onitsura vio grupitos de gente tomando cerveza en las terrazas instaladas en la ribera del río a la luz de las linternas de Gion y rodeados de *geishas*. Aunque la cerveza no le dio ninguna envidia, porque no toleraba las bebidas alcohólicas, no le hubiera hecho ascos a sentarse a disfrutar de la fresca brisa de la ribera. Se compadeció de las *maiko*, ataviadas con sus pesadas fajas.

La ribera del río comenzaba a ensancharse más o menos a la altura del puente Sanjo. Durante el día se podían contemplar preciosas estampas de telas coloridas, teñidas con la técnica tradicional *yuzen* y también con la más moderna *natsusen*, puestas a secar en la ribera, pero en ese momento lo único que se veía eran las lámparas de la ribera opuesta reflejadas en el agua. En todo caso, esta estampa también era hermosa, y a Onitsura le fastidió un poco lo rápido que avanzaba el taxi.

Al final cruzaron sobre el río, doblaron en dirección oeste, continuaron unos diez minutos hacia el santuario Kitano, y el coche de repente redujo su velocidad.

—Esta es la zona del santuario Kitano, señor.

—¿Sabe dónde se encuentra un establecimiento de venta de telas al por mayor llamado Niikura?

—Sí, está ahí, en la esquina.

El taxi continuó hasta el cruce y se detuvo. Enfrente había una gran tienda iluminada con fluorescentes de luz de día y con las puertas abiertas de par en par. Daba la impresión de ser un establecimiento con solera. Onitsura pagó la carrera al taxista y entró. Una guapa kiotense de nariz alta estaba sentada en un lateral seleccionando telas del montón que tenía al lado. Sus manos de dedos finos que sujetaban una tela *yuzen* roja le recordaron las carpas blancas del río Kamo.

Onitsura le explicó en voz baja al dependiente el motivo de su visita y le entregó una tarjeta. El dependiente desapareció un momento para volver a aparecer enseguida y guiar al inspector a la sala de visitas del fondo. Los dueños de la tienda, un matrimonio, estaban viendo una serie en una televisión mural, y Onitsura les pidió disculpas por venir tan tarde y sin avisar.

—Estas telenovelas son todas iguales. No me gustan nada. Prefiero una buena serie de suspense.

La mujer, que tendría poco más de cuarenta años, apagó el aparato y se volvió a saludar a Onitsura. Llevaba un elegante kimono *yukata* de gran calidad, como correspondía a la esposa del dueño de un comercio de telas, y lucía en el dedo un gran anillo de ópalo.

En contraste con la complexión delgada y la tez blanquísima de su mujer, Mikio Niikura era un hombre grueso y de rostro rubicundo. No debía de bastarle el aire del ventilador para refrescarse y se

abanicaba sin parar a la altura del pecho por la abertura del *yukata*. Onitsura confirmó que Niikura había sido propietario de un Mercury, le mostró la fotografía rasgada, repitió las preguntas que llevaba haciendo todo el día y esperó la respuesta de Niikura.

—Déjeme verla mejor.

Niikura sacó unas gafas grandes con montura de carey, se las puso sobre la nariz y escudriñó la fotografía con la displicente parsimonia de los hombres de negocios adinerados. Mientras, Onitsura miró la pecera colocada sobre un pedestal al lado del televisor. El gran acuario tenía un fondo de cantos rodados en el que destacaba una roca cubierta de musgo, y varios *guppys*, peces ángel y otros peces tropicales cuyos nombres ignoraba nadaban entre las frondas verdes de las plantas acuáticas. Unas diminutas caracolas rojas se habían adherido al termómetro de agua. Aquella debía de ser una afición cara.

—Siento decepcionarlo después de todas las molestias que se ha tomado para venir hasta aquí, pero no recuerdo haber aparcado el coche en ningún sitio parecido. Lamento no poder serle de ayuda. Debió de ser otra persona —respondió finalmente Niikura.

—Me he pasado el día intentando averiguarlo.

—Oh, pobrecito —dijo la mujer, que estaba a su lado, con simpatía.

El dueño se quedó mirando con gesto pensativo la pantalla apagada color amarillo pálido del televisor.

Decepcionado al ver truncadas sus esperanzas, Onitsura concluyó que lo único que podía hacer ya, y lo más educado sin duda, era marcharse lo antes posible. Quizá el comentario sobre el poco interés que les despertaban las telenovelas solo había sido una muestra de deferencia hacia Onitsura para que no se sintiera mal por haberlos interrumpido.

Se guardó la fotografía y fue a ponerse de pie. Pero, en mitad del movimiento, de pronto se le ocurrió otra posibilidad. Por lo general, cuando alguien quiere vender su coche, suele ponerlo en una empresa de venta de coches usados. Rara vez un particular buscaba a los posibles compradores. Por lo tanto, no era descartable que el Mercury fuera vendido al Club Cactus a través de una empresa, y que alguien de esa empresa lo condujera y lo estacionara en el lugar de la fotografía.

Onitsura se volvió a sentar y le preguntó a Niikura si había encargado la venta del vehículo a una empresa, y, en ese caso, a cuál.

—Qué va. Tamai, del Club Cactus, es muy aficionado a la pesca y somos amigos desde hace años, así que se lo vendí directamente. No hay cosa más estúpida que pagar comisión a una empresa por algo que puedes hacer tú mismo. Tamai quedó muy satisfecho con la compra.

—Entiendo. Una última pregunta: ¿le dejó el coche a alguien alguna vez o alguien se lo cogió sin permiso?

Onitsura desplazó la mirada del rostro de Niikura al de su mujer y de nuevo a Niikura. Cuando los dos negaron con la cabeza al unísono, supo que la suerte lo había abandonado. La sensación de derrota era intensa, sobre todo porque el comienzo había sido bastante prometedor. Solo tenía dos opciones: darse por vencido y regresar a Tokio, o empezar de cero. Pero cuando volvió a repasar mentalmente todo lo que había hecho aquel día, solo pudo confirmar un trabajo concienzudo y cauteloso, como solía hacer. Podía estar casi seguro de que no se le había escapado nada. El cansancio que había olvidado regresó con fuerza, y, tras disculparse de nuevo por su visita intempestiva, abandonó la tienda con el deseo de darse al menos un buen baño en el hostal.

XI

En busca de la cabeza

1

Caía una lluvia fina y silenciosa cuando Onitsura se despertó a la mañana siguiente. Aunque las condiciones meteorológicas no solían afectar su estado de ánimo, no podía evitar sentirse abatido tras el fracaso de sus pesquisas, y la sombría lluvia no ayudaba a que se sintiera mejor. Se levantó, abrió las contraventanas y se lavó la cara antes de volver a su habitación. Al poco apareció el gerente del hostal con el periódico de la mañana. Onitsura ya había recogido el futón del tatami y lo había guardado en el armario.

—Muy buenos días —le dijo el hombre, con marcado acento de la zona.

Mientras le respondía, Onitsura pensó que el acento kiotense resultaba muy atractivo y encantador en boca de las mujeres, pero parecía amanerado y hasta melifluo en la de un hombre. Contribuía a esa imagen negativa la apariencia poco usual del gerente, de tez pálida y azulada, delgado, con gafas y pinta de joven letraherido.

—Me iré después de desayunar, así que vaya preparándome la cuenta.

—De acuerdo, señor. Se nos ha torcido el tiempo, por desgracia.

—No viene mal que refresque un poco. El calor de ayer fue terrible.

—Vaya, cuánto lo siento —dijo inclinando brevemente la cabeza, como si el calor del día anterior hubiera sido culpa suya—. Por cierto, señor, esta mañana le ha llamado un tal señor Niikura.

—¿Cómo dice?

Onitsura dejó el periódico en la mesa y miró al gerente a la cara. Ese tal Niikura tenía que ser el Mikio Niikura con el que había hablado la noche anterior, pero ¿para qué lo llamaría?

—Como usted todavía dormía, no lo quise despertar y no le pasé la llamada, pero me dijo que vendría a verlo alrededor de las ocho y media y que le avisara a usted para que hiciera el favor de esperarlo.

—Se lo agradezco. Entonces, tráigame la cuenta después de la visita.

—En ese caso, enseguida le subo el desayuno —dijo, retirándose con una nueva reverencia.

¿Qué querría contarle Mikio Niikura? Onitsura evocó la imagen del hombre que había conocido la noche anterior, con su *yukata* y su abanico y con cuello de jabalí.

Cuando el comerciante de tejidos llegó al hostal, Onitsura aún no había terminado de desayunar.

—Siento molestarlo tan temprano.

Onitsura no tenía mucha hambre, quizá por culpa del calor. Mandó que retirasen el desayuno y se sentó en la silla de mimbre del corredor.

—Le pido disculpas por mi torpeza de anoche.

Con el maletín sobre las rodillas y vestido con una camisa de manga corta de color crema, Niikura parecía un comercial haciendo la ronda de visitas a sus clientes. Tenía el rostro colorado, como si hubiera empezado a beber de buena mañana, y, además de grueso, parecía bastante peludo. Onitsura sabía por experiencia que los

hombres con aquella fisonomía solían mostrar una querencia obsesiva por el dinero y las mujeres.

—Mi esposa es una mujer chapada a la antigua que no se separa de mí ni cuando vienen visitas, por lo que a veces no puedo decir todo lo que me gustaría. —Niikura sacó una gruesa pitillera de plata, y después de ofrecer un cigarro a Onitsura, se puso uno entre los labios y lo encendió—. Qué curioso que no fume. En estos tiempos es bastante raro encontrar a alguien que no fuma.

—Es por mi constitución, no me sienta bien.

—Bueno, soy de los que piensan que esta vida está para disfrutarla y hay que probarlo todo al menos una vez. Yo fumaba y bebía desde antes de entrar a servir en el ejército. Incluso ahora, voy adonde haga falta para probar nuevos manjares, y si me hablan de una mujer guapa… —se interrumpió, como dándose cuenta de que estaba divagando. Se serenó y dejó el cigarrillo en el cenicero—. Lo que venía a contarle es que conozco muy bien el lugar que se ve en la fotografía que me enseñó anoche.

—No me diga.

«¡Ajá!», se dijo Onitsura para sus adentros, y esperó a que Mikio Niikura continuara. Pero ¿por qué no se lo contaría el día anterior?

—Como le acabo de decir, por una mujer guapa soy capaz de ir al fin del mundo. Esto que le voy a contar sucedió hará unos cuatro años. Un día, me hablaron de una antigua *yatona* muy hermosa, de piel blanquísima y suave, y salí pitando para conocerla.

Aunque Onitsura asintió, no había entendido a qué se refería con *yatona*, una expresión que suele oírse en la región de Kansai. Quizá era algo parecido a *geisha*, pero decidió preguntárselo más tarde para no interrumpirlo.

—Le dije a mi mujer que tenía que visitar a un cliente, alquilé el coche y me fui a pasar la noche con aquella beldad. El sitio en el que

aparqué es el que se ve en la foto.

—¿Dónde es?

—El barrio rojo de Tobita, en Osaka.

Pareció avergonzado después de decirlo, y se empezó a frotar la cara con un pañuelo. Los pliegues de carne que se le formaban en el cuello le recordaron a Onitsura una gran tortuga marina.

—¿En qué establecimiento del barrio rojo de Tobita exactamente?

—Uno que se llama El Pino Viejo. Y no soy el único cliente. Muchos hombres famosos y de buena posición lo frecuentan a escondidas de sus esposas.

Sin duda, con todas aquellas explicaciones que nadie le había pedido pretendía acallar su mala conciencia, pero Onitsura no era un monje confesor y le importaba bien poco lo que aquel hombre hiciera con su vida. Solo le interesaba saber qué edificio era el que se apreciaba al fondo de la imagen.

—No conozco otros locales en la zona, pero diría que este que se ve en la foto está algo al sur de El Pino Viejo.

—Hacia el sur, ¿eh? Con eso me vale. ¿El barrio rojo de Tobita es grande?

—Bueno, no es tan grande como el Gion, de aquí de Kioto, pero sin duda no hay otro barrio rojo más grande en todo el oeste de Japón. No he estado nunca en el Yoshiwara, en Tokio, pero por muy estupendo que sea, no creo que esté a la altura de Tobita —dijo con aire ufano mientras se llevaba de nuevo el cigarrillo a la boca.

Onitsura había notado muchas veces la rivalidad que la gente de Kansai sentía respecto a todo lo que fuera de Tokio, pero era la primera y probablemente sería la única vez que oía a alguien presumir de que tenían un barrio rojo mejor.

El inspector le pidió a Niikura que le dibujara un sencillo plano de Tobita con la ubicación de El Pino Viejo y lo acompañó a la puerta

del hostal.

Mikio Niikura se despidió del gerente con toda la pompa de un próspero mercader, pero en cuanto puso un pie fuera del hostal bajó la voz y le dijo al inspector:

—Le ruego que me disculpe por lo de anoche. Mi mujer sabe que me gusta divertirme, pero comprenderá usted que delante de ella no puedo hablar de mis juergas.

Al final, venir a Kioto había valido la pena. Mientras contemplaba el vehículo de Niikura perderse en la lejanía, Onitsura sintió crecer en su interior ese espíritu de lucha que había estado a punto de abandonarlo.

2

Para ir a pie desde Kasumicho hasta el barrio rojo de Tobita había que cruzar el paso a nivel del tranvía municipal y de la línea principal Kansai, atravesar la siguiente avenida y caminar diez minutos. Kasumicho estaba lleno de bares y restaurantes baratísimos, como ocurría en Sanya, en Tokio, y en ellos se podía comer cortes de sandía por cinco yenes, brochetas de frituras variadas por cuatro yenes o dos piezas *nigiri* de sushi por veinte yenes. Esos precios no tenían rival ni siquiera en los establecimientos más módicos de los callejones de Sanya. Todos los locales contaban con chicas guapas en la entrada que atraían a los clientes a voz en cuello. Pero la diferencia más llamativa con respecto a Sanya era que aquí se veía a hombres elegantes con trajes caros que comían como si les fuera la vida en ello sin empacho alguno. No es que a Onitsura le apeteciera una brocheta de frituras por cuatro yenes, pero sintió un poco de

envidia por la actitud sensata y nada pretenciosa de los lugareños con respecto a la comida.

Sin embargo, el ambiente cambiaba de forma radical cuando la gran avenida quedaba atrás y uno se adentraba en el barrio rojo. Tanto sus calles, bien barridas e impolutas, como el estilo de sus construcciones, sobrio y sin colores estridentes, parecían advertir al visitante que se encontraba en el afamado barrio rojo de Tobita y no debía subestimarlo, como quien se hace notar pretenciosamente para que le reconozcan incluso sus méritos más dudosos.

De día apenas había tráfico en el barrio. Onitsura solo se cruzó con un *rickshaw* de propulsión humana con una mujer vestida de kimono como pasajera y un camión de la basura. Gracias a la precisión del mapa que le había dibujado Niikura, llegó a El Pino Viejo sin perderse una sola vez. Solo tuvo que caminar en dirección sur, como había sugerido Niikura, para encontrar sin dificultad el edificio que se veía en la fotografía.

Se trataba de una casa bastante grande, de dos plantas, situada en un cruce, y su portón techado abierto en la esquina recordaba la entrada de un teatro Kabuki. A ambos lados de la entrada y en ángulo recto se extendían dos galerías hechas de cristal esmerilado, y, frente a ellas, un extenso cercado de afiladas estacas de madera. Onitsura entendió que la función de este cercado era impedir la huida de los clientes o las chicas. La primera planta también tenía las dos galerías laterales, esta vez con un pasamanos de madera. Del alero del tejado colgaban lámparas con pantallas redondas y blancas con una distancia de separación fija entre ellas, lo que le extrañó, pues era un detalle arquitectónico y estético poco apropiado para un establecimiento dedicado a ese ramo, y, en cualquier caso, daba una impresión bastante vulgar.

Onitsura, que miraba la casa desde la acera de enfrente, se sacó la fotografía del bolsillo y comparó la imagen que se veía en ella con la escena que tenía delante. Saltaba a la vista que la mujer estaba de frente delante de la entrada, un poco hacia la izquierda. Por eso se veía a su espalda parte de la celosía de la puerta principal, así como la puerta de la galería de cristal y una porción del cercado, y mucho más al fondo, el Mercury estacionado en la calzada lateral. Aunque aún desconocía la razón por la que Gosuke Nishinohata había guardado esta foto con tanto cuidado, no cabía duda de que la instantánea había sido tomada en el lugar en el que se encontraba en ese momento. También comprendió por fin la razón del desaliño y el kimono chillón de la mujer: no era una mujer decente, sino una mujer de vida alegre.

Mientras se acercaba a la entrada, alzó la vista y vio sobre el dintel un grueso tablón con un nombre tallado: PALACIO DE LOS SUEÑOS. Aunque lucía el nombre de un burdel, el cartel era tan grande e imponente que no hubiera quedado fuera de lugar en alguno de los grandes santuarios nacionales, y hasta es posible que su aspecto solemne conmoviera hasta las lágrimas a alguien impresionable.

Por lo general, los burdeles y hostales con habitaciones de alquiler por horas tenían una puerta lateral que permitía a los clientes entrar y salir con discreción. La entrada principal cumplía una función meramente decorativa, de aparador. Tras una búsqueda infructuosa de la mencionada puerta lateral, Onitsura no tuvo más remedio que dirigirse a la principal. A través de la celosía de la sólida puerta corredera se veía el interior, así que no era descabellado pensar que los de dentro debían de haber advertido hacía rato la presencia de un extraño fisgando en la calle. En efecto, cuando Onitsura abrió la puerta vio a una mujer de mediana edad de pie frente a él, como si lo estuviera esperando. La mujer llevaba untadas las sienes con un

ungüento de mentol que ya apenas usaba nadie y miraba a Onitsura con desconfianza.

—Si viene a vendernos un seguro de vida, le adelanto que ya tengo uno, así que ni se moleste en intentarlo.

Por su manera de vestir, ademanes y altiva forma de hablar, debía de ser la dueña del establecimiento. Onitsura le entregó su tarjeta de visita y esperó en silencio a que ella la examinara. Las chicas debían de estar echándose la siesta, aletargadas por el calor, porque la casa estaba silenciosa como un templo.

—Oh, vaya, lo siento, disculpe el malentendido —se excusó la mujer forzando una sonrisa.

La falsa sonrisa y el ungüento para el dolor de cabeza que llevaba en las sienes le daban el aire de una histérica.

—Si no es molestia, me gustaría hacerle unas preguntas. El edificio que se ve en esta imagen es esta casa, ¿verdad?

La mujer cogió la fotografía, se levantó un poco el *yukata* y se sentó sobre las rodillas en el suelo de madera de la entrada como muestra de respeto. De inmediato asintió con la cabeza.

—Sí, es esta casa.

—¿Sabría decirme quién es la mujer que aparece en la foto?

—Claro. Es Yayoi, una chica que trabajó aquí hace años. ¿Algún problema con ella?

Aunque la falta de familiaridad con el acento de Osaka no le permitía asegurarlo, Onitsura creyó captar en el tono de la mujer una sincera extrañeza por el hecho de que la tal Yayoi pudiera ser objeto de las pesquisas de la policía.

—Aquí no podemos hablar con tranquilidad. Pasemos dentro, si le parece bien.

—Me parece estupendo. Muchas gracias —dijo Onitsura sin remilgos.

La mujer esperó a que se descalzara, le ofreció unas zapatillas de casa para las visitas y lo precedió por el pasillo. La gruesa moqueta roja carmesí subía por la ancha escalera que había frente a la entrada y se extendía a derecha e izquierda por las galerías laterales, y absorbía los pasos de Onitsura como si caminara sobre una esponja. La galería de la planta baja zigzagueaba como el recorrido de un rayo, y habían decorado los innumerables recodos con diferentes motivos: una lámpara de piedra sobre un lecho de cantos rodados, un puente en miniatura pintado de bermellón con pasamanos rematado con ornamentos *giboshi*… Seguramente las lámparas de piedra y de papel se iluminaban de noche con luz eléctrica y conferirían un aire onírico a aquel pasillo. En contraste con el sobrio exterior, su interior era de estilo japonés, lujoso y llamativo.

A un lado de la escalera trasera de la casa había una habitación en cuya entrada colgaba una cortina *noren*. La mujer se detuvo frente a ella, se volvió para mirar a Onitsura y entró. Debía de ser su salita privada. Se trataba de una habitación de unos trece metros cuadrados de un reposado estilo japonés: al fondo, frente a la entrada, había una caja de té con un *maneki-neko* negro encima, como haciendo ostentación de buen gusto; sobre la tarima decorativa colocada en un rincón, un arreglo floral de aciano en una bandeja y, a su lado, un *shamisen* de pie guardado en su funda. La sobriedad de la elegante estancia no podía contrastar más con la artificiosidad del pasillo. La mujer le ofreció un abanico y un cojín de verano, encendió el ventilador, abrió la tapa de la caja de té de lacado Tsugaru y comenzó a prepararlo.

—Tome, aquí tiene.

Onitsura cogió la taza con una ligera reverencia. Era té de lujo *gyokuro*, por lo que era normal que tanto el líquido como la taza

estuvieran tibios. No es que prefiriera escaldarse la lengua con un té hirviendo, pero cuando le ofrecían para beber un líquido tan tibio como aquel se sentía como si le estuvieran contagiando alguna enfermedad extraña, y no podía sentirse agradecido de corazón.

—Qué taza tan bonita —comentó, forzado a decir algo.

—No es nada del otro mundo, pero es cerámica Kutani antigua. A mi difunto marido le gustaba la cerámica y la coleccionaba, pero entre las que he ido regalando y las que se han roto, estas son las únicas que me quedan —contó la mujer mientras levantaba la taza a la altura de sus ojos y la contemplaba como con nostalgia de su difunto esposo.

Su gesto de crispación inicial se había ido relajando con la charla, y su rostro tenía una expresión mucho más apacible. Onitsura, por su parte, había empezado a verla con ojos más compasivos. No debía de ser fácil para una mujer sola estar al frente de un negocio como aquel, por consiguiente no era de extrañar que de tanto en tanto tuviera dolores de cabeza o se enfrentara a situaciones que la ponían al borde de la histeria.

La casa seguía en silencio.

—Volviendo a lo que le he preguntado antes, ¿la señorita Yayoi ya no trabaja aquí?

—No, ya no. Pasó aquí unos cuatro años después de la guerra.

—Yayoi no era su nombre real, ¿verdad?

—Así es. En esta casa, desde el periodo Tokugawa siempre hemos tenido una chica llamada Yayoi. Después de ella hubo otra y la que tenemos ahora —dijo la mujer, como si se enorgulleciera de la antigüedad de su negocio.

—¿Cómo se llamaba en realidad la Yayoi que se ve en la foto?

—¿Su nombre real? Mmm… Entre los años cincuenta y cincuenta y uno hubo tanto movimiento de chicas en esta casa que me resulta

difícil recordar sus nombres. ¿Cómo se llamaba…? ¿Sakuko o Sakiko Saito? No estoy segura, y tampoco sé si ese era su verdadero nombre.

—¿No tendrá una fotografía o alguna carta suyas?

—No —dijo, oprimiéndose las sienes con los dedos como si le estuviera doliendo la cabeza por la insistencia de Onitsura—. Quizá no lo sepa, inspector, pero las que nos dedicamos a este negocio procuramos olvidarnos de quienes lo dejan y vuelven a la vida normal. Incluso si nos encontramos por la calle, una regla no escrita y una muestra de cortesía entre nosotras es hacer como que no nos conocemos y mirar para otro lado, a menos que sean ellas las que se dirijan a mí. De igual manera, cuando las chicas dejan la profesión, son ellas mismas quienes destruyen las cartas y fotografías que podrían comprometerlas en el futuro, y nosotras las ayudamos y cuidamos de que no se escape nada. Por eso, lamento decirle que no tengo fotografías ni cartas suyas.

Esas normas no escritas que Onitsura ignoraba y que regían en aquel mundo le parecieron dignas de respeto. Pero sin conocer el nombre real ni la cara de la tal Yayoi era imposible identificarla, y tampoco podría descubrir qué relación tenía con Gosuke Nishinohata. Onitsura intuía que para llegar al fondo del caso Nishinohata tendría que encontrar a Yayoi. Es más, estaba convencido de que ella era la clave para resolverlo.

—A las chicas les suele gustar posar para una foto en compañía de sus amigas. ¿No tendrá alguien alguna en la que salga ella?

La mujer negó enseguida con la cabeza.

—De hecho, por alguna razón no soportaba que le sacaran fotos. Era ver una cámara y echarse a temblar. No creo que exista ni un solo retrato de ella. —Miró la fotografía que el inspector tenía en la mano y pareció recordar algo—. Esa foto se la tomaron sin que se

diera cuenta. No sabe cómo se puso cuando lo descubrió… Cuando se enteró de que el cliente había entrado en la casa con una cámara, se la quitó, le sacó el carrete y lo quemó.

Onitsura asintió con gesto amargo. Todo apuntaba a que la muchacha quería salvaguardar su identidad a toda costa. La posibilidad de que ello respondiera a alguna actividad criminal no hacía sino acrecentar su curiosidad.

—El ayuntamiento mantiene un registro de los cambios de domicilio, ¿verdad?

Si lograba hacerse con ese registro, podría saber adónde había ido. Onitsura se empezaba a animar.

—Lamento decepcionarlo, pero ella nunca se empadronó aquí. Vamos, que no hay ningún registro oficial de su paso por esta casa. Digamos que vino y se fue sin dejar rastro.

—Entonces, ¿cómo pudo conseguir los cupones de racionamiento?

—Aquí al lado hay una calle comercial, la Jan-Jan-Yokocho, donde se consigue arroz y todo lo que uno quiera. Así que ella nunca necesitó los cupones.

Desde luego, para Yayoi había sido pan comido, y quizá había elegido el barrio rojo de Tobita porque le resultaba más conveniente.

—¿Dejó pendiente alguna deuda con usted cuando se marchó?

La mujer no pudo contener la risa ante la ignorancia de Onitsura. Le explicó que, a diferencia de lo que sucedía antes de la guerra, las chicas llegaban a su negocio por voluntad propia y, por tanto, no contraían ninguna deuda con ella y podían marcharse cuando quisieran. Después de escuchar la explicación, Onitsura recordó haber leído algo parecido en la prensa.

—¿Se fue diciendo que dejaba la profesión?

—Así es.

—¿Eso puede significar, por ejemplo, que tenía intención de casarse?

—No recuerdo haberla oído decir que se fuera a casar, pero es lo que imaginé, sí.

—He oído que hay chicas del ramo que se enamoran de algún cliente y terminan casándose con él. En el caso de Saito, ¿había algún posible candidato a ganarse sus afectos?

La mujer se oprimió las sienes de nuevo y pensó durante un momento.

—No es por presumir, pero entre nuestros clientes abundan las personas de alta posición social, como gobernadores de prefecturas, ministros, herederos de grandes fortunas… Es gente que se preocupa mucho por su imagen pública y que es muy comedida en su relación con las chicas. No conozco a nadie que haya terminado relacionándose con ellas fuera de esta casa.

Si no había posibles amoríos de por medio, era posible que la tal Yayoi regresara a su ciudad natal y a una vida normal, y que con el tiempo se casara y se hiciera ama de casa. Sin embargo, al recordar su conducta esquiva y reservada, a Onitsura le resultaba difícil creer que se acomodara a esa clase de vida sin más.

Preguntó a la dueña por la edad, el aspecto físico y el carácter de la mujer, y anotó las respuestas en su bloc. Si la edad que Sakuko o Sakiko había dicho que tenía era cierta, tendría en aquel momento unos treinta años. Era una mujer más bien delgada y guapa y con una mancha parecida a un lunar de color rojo óxido en el lóbulo de la oreja izquierda. A pesar del misterio que rodeaba su identidad real, tenía un carácter alegre y carecía de ese lado sombrío que acompañaba a algunas de sus compañeras.

—Una vez, la vimos hablando en un inglés muy fluido con un militar norteamericano que había entrado aquí sin saber dónde se

metía. Por eso, durante un tiempo se rumoreó si no habría estado ejerciendo la prostitución callejera antes de llegar aquí. En cualquier caso, era una chica muy atrevida y resuelta —dijo la dueña, alabándola.

Como prueba de ese carácter solo tenía que recordar el incidente del carrete que había sacado de la cámara de un cliente y que luego había quemado. Pero de nada le servían aquellos detalles si su identidad y paradero seguían siendo una incógnita. Tenía que averiguar adónde había ido.

Y al pensar en adónde podría haber ido, a Onitsura de pronto se le ocurrió una idea. Era una posibilidad remota, pero se había quedado sin opciones. Tenía relación con el equipaje de Yayoi y cómo había dispuesto que se lo enviaran cuando se marchó del Palacio de los Sueños. Para las mujeres de ese gremio, la moda es uno de sus pocos entretenimientos. Después de estar trabajando varios años en la casa tendría al menos cinco o seis kimonos buenos y algunas otras prendas. ¿Qué habría hecho con ellos cuando dejó el oficio? Era inconcebible suponer que una mujer que apreciara sus vestidos y complementos se deshiciera de ellos de cualquier manera en alguna tienda de ropa de segunda mano. Lo más probable es que se los llevara ella misma en la maleta o, en el caso de que las prendas fueran muchas, que preparara un paquete y lo facturara en la estación o lo enviase a su destino a través de alguna empresa de transportes. Para remitir un paquete era imprescindible indicar la dirección de entrega. Si ella había hecho lo que suponía Onitsura, y en la estación o en la empresa de transportes se conservaban los registros de los envíos, al menos podría averiguar el destino del bulto.

—¿Llevaba equipaje la señorita Yayoi cuando se marchó de esta casa?

—¿Equipaje? Oh, sí, ahora que lo dice, recuerdo que le pidió al encargado de la casa de baño que le comprara una gran canasta de mimbre y la llenó hasta arriba de ropa.

Parecía que Onitsura había tenido suerte y volvió a preguntar a la mujer conteniendo la emoción:

—No se iría ella misma cargando con la cesta, ¿verdad?

—No, no. Creo recordar que le pidió al hombre que se la llevara a la estación para facturarla como bulto.

La narración de la mujer sonaba algo imprecisa, pero era lógico. Aquello había sucedido varios años atrás, y después de la marcha de Yayoi debieron de producirse escenas similares con otras chicas. No sería extraño que estuviera mezclando unos recuerdos con otros.

—¿Quién era el encargado de la casa de baño?

Ella vaciló.

—Lamento decir que mi memoria ya no es la que era. Verá, padezco neurosífilis… —dijo por fin, y se interrumpió lastimosamente.

Aunque Onitsura se llevó una pequeña decepción, cuando se rehízo del traspié y pensó con calma se dio cuenta de que no era difícil imaginar adónde había llevado aquel equipaje. Si hubiese ido a una estación lejana, habría cogido un taxi. Pero si el hombre lo llevó a cuestas, la estación o la empresa de transportes debían de estar relativamente cerca. La estación de tren más cercana al barrio rojo de Tobita era la estación de Tennoji, al otro lado de la calle comercial Jan-Jan-Yokocho. Onitsura, de hecho, había visto la estación al venir.

—¿Hay alguna empresa de transportes aquí cerca? —preguntó Onitsura.

—¿Cómo? —replicó la mujer un tanto confusa. La pregunta le había resultado extraña, porque Onitsura no le había explicado el razonamiento que había seguido para llegar a ella.

—Hay una a cinco minutos en coche que se llama Transportes Kinki. Pero imagino que habrá muchas otras, aunque no tan cerca como esta.

Sin duda, la estación de Tennoji era la mejor apuesta. A Onitsura le pareció casi seguro que Yayoi y el encargado de la casa de baño fueron a la estación de Tennoji con el equipaje a cuestas. Le dio un sorbo de compromiso al té ya frío, agradeció a la dueña del establecimiento su atención y tiempo y se levantó para irse.

3

Cuando salió a la calle, la luz intensa del sol deslumbró a Onitsura. La visión se le oscureció como en un eclipse, y, aunque abrió los ojos de par en par, no fue capaz de distinguir con claridad nada de lo que lo rodeaba. El calor que reflejaba el asfalto envolvió su cuerpo. Onitsura nunca había estado en un baño turco, ni lo deseaba, pero pensó que la sensación sería parecida a la que tenía en ese momento.

Atravesó el barrio rojo desierto a mediodía, subió una larga cuesta y llegó al final a la estación de tren de Tennoji. Junto a la entrada del viejo edificio aguardaba un grupo de padres con sus hijos, que iban de viaje a Nara para atrapar insectos. Charlaban animadamente, con sus redes y cantimploras colgadas. Por un momento, Onitsura se preguntó si ya había llegado el fin de semana. Como no tenía esposa ni hijos, tardó un rato en darse cuenta de que los chicos de primaria y secundaria estaban en plenas vacaciones de verano. Avanzó esquivando a la gente mientras buscaba con la mirada la ventanilla de facturación de equipajes.

Con el calor que hacía, era lógico que nadie viajara con maletas pesadas que hubiera que facturar. Cuando Onitsura se plantó frente al mostrador de facturación, la expresión del rostro del encargado del servicio, ya entrado en años y retrepado en su silla, evocó en su mente la imagen de un oso polar abotargado por el bochorno.

—Disculpe, ¿le puedo hacer unas preguntas? —le dijo Onitsura. El hombre abandonó su silla con dificultad y apoyó las manos en el mostrador. Hasta sus movimientos recordaban a los del oso polar del zoo de Ueno—. Mire, es sobre algo que sucedió hace bastante tiempo. Me gustaría saber el destino de unas maletas que sospecho que se facturaron aquí.

—¿De cuándo estamos hablando? —le preguntó el empleado en japonés estándar.

Cuando Onitsura le indicó la fecha que le había referido la dueña del Palacio de los Sueños, un gesto suspicaz asomó en el rostro seboso a causa del acné del empleado de la estación.

—No sé si tendremos registros tan viejos… ¿Para qué los quiere?

Onitsura le explicó a regañadientes que era policía y que estaba investigando un caso. El hombre dijo entonces que iría a comprobar los registros y desapareció por el fondo de la oficina para reaparecer a los pocos minutos con un archivador con las tapas negras.

—Ha tenido suerte. Sí que están. Sírvase usted mismo —dijo con aire de fastidio, dejando caer el grueso archivador en el mostrador con todo su peso y sentándose de nuevo.

En el andén, la megafonía anunció la salida de un tren con destino a Osaka y enumeró las estaciones de parada.

Con la voz por megafonía de fondo, Onitsura empezó a pasar las páginas del registro en busca de la fecha en cuestión. El primer escollo, que los registros viejos no hubiesen sido eliminados, estaba salvado. Estaba por comprobarse si su teoría de que el equipaje

había sido enviado desde esta estación también era cierta. Del hecho de que un hombre mayor hubiera llevado a lomos el equipaje de Yayoi a una estación, Onitsura había deducido que debía de ser la de Tennoji por ser la que más cerca quedaba del Palacio de los Sueños, pero carecía de pruebas que lo sustentaran. Estaba muy nervioso y los dedos empezaron a temblarle conforme pasaba las hojas y se acercaba a la fecha que buscaba.

Ese día se habían enviado dieciséis bultos desde la estación: una maleta, cinco bultos con fundas de futón, siete cajas de madera, una caja de metal y dos canastas de mimbre con tapa. Esto último era lo que buscaba. Onitsura comprobó la columna de los remitentes. Ya no sentía el calor ni oía lo que decía la voz por megafonía. Toda su atención se concentraba en el registro del equipaje facturado.

La persona que facturó la canasta de mimbre era un hombre. Esto daba igual. Onitsura buscó el nombre del destinatario y por fin lo encontró. El nombre que el empleado de la estación había garabateado en la casilla correspondiente era Sakiko Saito. La dirección del remitente era la del burdel en el que Onitsura había estado poco antes. Con independencia de que Sakiko Saito fuera o no fuera su nombre real, tal como Onitsura había imaginado ella envió su equipaje desde la estación de Tennoji.

El inspector abrió su bloc de notas y anotó con cuidado la dirección de entrega. Hecho esto, comprobó los caracteres otra vez y los leyó en voz alta:

Estación de Saitozaki de la línea Kashii
43, Saitozaki, Kasuyagun, Fukuokaken
Sato Takizawa

El equipaje se había enviado con entrega a domicilio.

La dirección correspondía a un lugar en la isla de Kyushu. La línea que se mencionaba era un ramal que iba de Saitozaki, en la costa, a

la ciudad minera interior de Umi y cruzaba la línea principal de Kagoshima en Kashii. Que Sato Takizawa fuera la casa familiar de Sakiko Sato o una dirección a la que se había mudado no estaba claro. Pero de lo que no había duda es de que tendría que visitar Saitozaki.

Onitsura se sentó en un banco y sacó de su maletín el horario de trenes. Había cuatro o cinco expresos con destino a Kyushu con nombres de distintas ciudades de aquella isla —Aso, Unzen, Takachiho, entre otros—, pero todos salían de Osaka a partir de las siete de la tarde. Solo de pensar que tendría que matar el tiempo hasta esa hora con aquel calor asfixiante se le pusieron los pelos de punta. Le sorprendía sobremanera que los horarios de los trenes para viajar a Kyushu desde Osaka fueran tan inconvenientes.

Qué hacer durante las ocho horas que faltaban para que saliera el primer tren para Kyushu no era cuestión baladí para alguien como el inspector Onitsura, que no tenía interés en el cine ni en el teatro ni bebía. Temiendo que la alegría por su descubrimiento quedara pronto aplastada, Onitsura se concentró en dar con alguna buena idea para matar el tiempo.

Después de un rato pensando, se le ocurrió que lo mejor sería echarse una buena siesta en un hotel con aire acondicionado y se levantó del banco en busca de uno. Si quería ahorrarse un dolor de cabeza, tendría que sacrificar su cartera.

4

Ningún expreso paraba en Kashii, por tanto el inspector tuvo que apearse del Amakusa en la estación de Orio y esperar veinte minutos sentado en un banco del andén a que pasara el siguiente tren con

destino a Kagoshima con parada en todas las estaciones. La siesta que se había echado en el hotel le impidió dormir en el tren nocturno y se sentía algo aturdido.

Al igual que la estación de Akihabara, en Tokio, la estación de Orio estaba construida en dos niveles, una rareza incluso en Japón. Los andenes se cruzaban en forma de X el uno sobre el otro, y el andén inferior era de uso exclusivo para la línea principal de Chikuho. Alentado por el pitido de un tren, Onitsura se levantó del banco y vio que por el andén superior circulaba un largo tren de carga en dirección a Wakamatsu. La siguiente estación por la que pasaría ese tren sería la de Futajima. De pronto se acordó de un caso que había comenzado en la consigna de equipajes de aquella estación, y también de que durante sus años de estudiante había estado enamorado de una mujer que vivía en el pueblecito, en una vieja casa a orillas del canal. Y estuvo evocando el pasado hasta que la locomotora diésel con destino a Hakata entró en la estación.

Kashii era una pequeña estación anticuada y polvorienta. Onitsura hubo de esperar más de una hora hasta que llegó la locomotora diésel de la línea de Kashii. Tal vez porque era una línea local, había pocos viajeros en el tren, que avanzaba sin prisas con su ruidoso traqueteo. En cuanto salieron de la estación de Kashii y durante un buen rato, los campos de cultivo de tierra roja arcillosa fueron el único paisaje a la vista, pero después de separarse de la línea principal de Kagoshima y desviarse en dirección al norte, el suelo se volvió arenoso. El tren avanzaba hacia el extremo del cabo, y por la ventanilla de la derecha el inspector vislumbraba el mar a través de los pinos, mientras que por la de la izquierda solo veía bosque, aunque sabía que más allá se abrían las aguas azules de la bahía de Hakata.

Tras dejar atrás las estaciones de Wajiro y Gannosu, el tren llegó a una estación rural llamada Uminonakamichi. Las vías de aquel ramal parecían extenderse en línea recta hasta el mismo mar. Un escritor de cuentos infantiles quizá se hubiese entretenido imaginando que el tren era una tortuga y que él iba montado a horcajadas en su caparazón de camino al palacio submarino del dios Dragón, pero Onitsura era demasiado realista para dejar volar su imaginación de esa manera. Lo único que sentía era la irritación que le causaba el lento avance del tren, irritación que crecía exponencialmente a medida que se acercaba a su destino.

El tren anunció con un agudo pitido su llegada a la última parada de la línea, la estación de Saitozaki, y los pocos viajeros que había en los vagones se levantaron de sus asientos y fueron bajando del tren. Onitsura se puso bajo el brazo el pequeño maletín que llevaba desde que inició su viaje y se plantó en el andén. Fue el último en apearse. Aunque la estación era poco más que un cobertizo rodeado por una cerca hecha con traviesas de las vías, la brillante luz del sol de las regiones meridionales y los girasoles amarillos que crecían en medio del andén le daban cierto encanto rústico. El inspector echó a andar, y a los dos o tres pasos vio el cartel que anunciaba el nombre de la estación. Estaba escrito en caracteres chinos y en fonética japonesa: SAITOZAKI y NISHITOZAKI, y solo entonces se dio cuenta de que había estado leyendo mal los caracteres chinos.

Entregó el billete y le pidió indicaciones al empleado de la estación. Salió y enfiló en dirección oeste. El suelo estaba cubierto de una arena como la del desierto y, aunque solo eran las once de la mañana, el calor le abrasaba las suelas de los zapatos. Onitsura tenía que ir enjugándose constantemente el sudor con un pañuelo.

Abundaban los pinares en la zona, entre los que se alzaban aquí y allá algunas chabolas construidas con chapas onduladas rojas por el

óxido. De una de aquellas cabañas salieron unas voces con la entonación del japonés, pero que no era japonés: primero una mujer que hablaba a gritos y luego un hombre que hablaba con tono compungido.

Después de caminar unos quinientos metros, como le habían indicado, Onitsura se resguardó a la sombra de los pinos, se enjugó el sudor y trató de recuperar el aliento. La casa de Sato Takizawa debía estar cerca. Paseó la mirada por la zona y descubrió tres viviendas de clase media. Dos eran casas de dos plantas de estilo japonés, mientras que la tercera era un bungaló con tejado de pizarra ondulada y muros tratados con creosota.

Onitsura se quitó el sombrero y abordó a un joven que pasaba por allí.

—Disculpa un momento. —El chico se detuvo; llevaba la camisa empapada de sudor—. ¿Sabrías decirme si por aquí vive la señorita Sato Takizawa?

—¿Takizawa? No, creo que no. No me suena de nada.

—¿Hay alguien que lleve viviendo aquí muchos años y conozca bien a la gente de la zona?

—Pruebe en aquella casa —dijo el chico señalando el bungaló.

Onitsura se despidió del joven, salió al sol y echó a andar hacia la casa. Subió una suave cuesta y su campo de visión se ensanchó de repente: ante sus ojos se veían las centelleantes olas azules de la bahía de Hakata. Sabía que estaba allí porque la había visto en los mapas, pero su aparición tan repentina lo cogió desprevenido. Justo delante, un carguero de tres mil toneladas flotaba perezoso en el agua mostrándole su panza roja a Onitsura. Más allá se veían otros cuatro o cinco buques fondeados. Hacía unos años, Onitsura había cruzado la bahía en ferry para llegar a Tsushima. Reanudó la marcha

mientras recordaba el color rojo sangre de las flores de camelia que había visto en los montes de Izuhara.

Cuando al fin se encontró frente a la casa, vio con sorpresa que en la placa identificativa ponía SUN PARK. Llamó y, como sospechaba, la mujer que salió a atenderlo era coreana: una hermosa señora de mediana edad, de rostro ovalado y piel tersa y brillante. Aunque era pleno verano, llevaba puesto el tradicional vestido coreano *hanbok* y se la veía elegante.

Escuchó a Onitsura mirándolo con cierta prevención, y cuando este terminó volvió su cara de tez blanca y replicó en perfecto japonés:

—La señora Takizawa falleció hace cuatro años. Su casa estaba un poco más allá de aquel poste de electricidad, pero la demolieron.

Onitsura se volvió para ver el poste. Estaba en un punto intermedio entre el bosque de pinos en el que Onitsura se había detenido antes para descansar y el bungaló.

—¿Sabe si tenía familia?

—Sí. Antes de la guerra vivía con su marido y su hija. El marido falleció en un bombardeo que sufrió Hakata, y quedaron solo ellas dos.

—¿Y qué ha sido de esa hija? —preguntó Onitsura.

¿Era posible que la mujer que había trabajado en el Palacio de los Sueños con el nombre falso de Sakiko Saito fuera la hija de Sato Takizawa?

—Kayoko terminó sus estudios en un instituto femenino de Hakata y enseguida se marchó de aquí. Estoy segura de que no le gustaba nada vivir en un pueblo como este. Apenas venía a visitar a su madre cuando aún vivía.

Si la única hija de la señora Takizawa detestaba tanto la monotonía de la vida rural y ansiaba marcharse a una gran ciudad,

era muy posible que corriera la misma suerte que tantas otras inocentes chicas de pueblo. Onitsura podía hacerse una idea bastante aproximada de las circunstancias particulares que terminaron llevándola a trabajar en el barrio rojo de Tobita. Siguiendo este razonamiento, no parecía descabellado pensar que Sakiko Saito era en realidad Kayoko Takizawa.

—¿Sabría decirme dónde podría encontrar a la señorita Kayoko?

—No, no la he vuelto a ver desde que murió su madre. En su funeral, la vi llorando vestida con un hermoso kimono. Pero, como le digo, no sé dónde estará ahora. Cuando terminó la ceremonia me vino a saludar, pero después no he vuelto a tener noticias suyas. A veces me acuerdo de cuando éramos alumnas de primaria y la echo de menos. Fuimos compañeras de clase, ¿sabe?

De repente, ella le ofreció un cojín para que se sentara y dijo que le prepararía un té. Onitsura rechazó el refrigerio agradeciéndoselo encarecidamente, y pidió permiso para sentarse en el poyete de la entrada. Tenía las piernas cansadas, sin duda por toda esa caminata por la arena.

El anhelo de Kayoko Takizawa de vivir en una gran ciudad, su marcha del pueblo y sus infrecuentes visitas a la casa familiar eran retazos de un relato que encajaba a la perfección con el supuesto de que ella estuviera trabajando en un burdel. Si era una prostituta, no volvería a su pueblo sin una buena razón para ello. No obstante, Onitsura necesitaba una prueba más contundente que le permitiera corroborar o desmentir la hipótesis de que Kayoko Takizawa y Sakiko Saito eran la misma persona. Lamentaba que hubieran rasgado la fotografía en dos. Seguro que había sido cosa de la señora Nishinohata, tenía fama de histérica. Si la mitad conservada hubiera sido la que mostraba la cara, la cuestión se habría aclarado mucho antes.

De pronto, Onitsura se acordó de algo que le había dicho la dueña del Palacio de los Sueños y le preguntó a la mujer:

—¿La señorita Kayoko tenía algún rasgo físico que llamara la atención?

—¿Algún rasgo físico? Mmm…

—Un lunar, una cicatriz… —La señora Park parecía estar persiguiendo sus recuerdos en busca de una respuesta, y sus dedos jugueteaban con los pliegues de la falda—. ¿Cómo era su nariz? Su nariz, o sus orejas…

Ella juntó las manos en el regazo y se quedó mirando un punto en la pared. Por alguna razón, había pocos hombres coreanos guapos, pero las coreanas solían ser muy bellas. Con ese rostro de facciones bien definidas y proporcionadas, la señora Park lo era.

—Me acabo de acordar. Tenía un pequeño punto rojo en la oreja izquierda. Me fijé en él muchas veces cuando le contaba algún secreto al oído.

—¿En qué parte de la oreja?

—Aquí —dijo, señalándose el lóbulo con dedo grácil.

Tal como sospechaba, la mujer que ejercía la prostitución en el Palacio de los Sueños era Kayoko Takizawa, no había duda.

Puede que Gosuke Nishinohata visitara el Palacio de los Sueños en alguno de sus viajes a Osaka. Para un mujeriego como él, no sería nada extraño que en esa visita se quedara prendado de Kayoko. Ella, por su parte, pensaría en la vida de lujo que podría darse si se convertía en la amante de un empresario del calibre de Nishinohata. Una mujer capaz de abandonar la vida en un pueblo sin echar la vista atrás no tendría muchos escrúpulos en convertirse en una mantenida y hasta aceptaría como un mal menor el trasnochado bigote de general del ejército de tierra que lucía Nishinohata.

Si la cosa había ido así, el hecho de que Nishinohata tuviera un retrato de Kayoko, así como que pudiera haber tenido alguna trifulca con su mujer a cuenta de la foto, resultaba perfectamente plausible. Pero las meras conjeturas no bastaban para Onitsura. Si una imagen de Kayoko Takizawa guardaba alguna relación con la salida en solitario de Nishinohata aquel día o podía ser un elemento clave que explicara su asesinato, no sería descabellado calificar a esa mujer como persona de interés para el caso. Dicho de otro modo, si se iluminaba a Kayoko, que hasta ese momento se había mantenido en la sombra, la investigación experimentaría un salto de gigante. Además, como se ignoraba su actual paradero, lo que más urgía era encontrar una fotografía suya.

—Sí, tengo una foto suya, pero es de cuando íbamos a primaria.

La señora Park se levantó con muy buena disposición y le trajo la foto de la graduación de primaria. En la imagen aparecían cerca de doscientos alumnos en varias filas que miraban con gesto serio la lente de la cámara que los apuntaba. Sin embargo, por mucho que se ampliara el rostro angelical de una niña de primaria del tamaño de un guisante, era imposible hacerse una idea fidedigna de su fisonomía actual.

—¿No tendrá alguna otra fotografía de cuando era algo mayor?

—No, lo siento, no tengo ninguna.

—¿Conoce a alguna amiga de su época en el instituto femenino?

Una imagen de su rostro en los últimos cursos del instituto se parecería más a la actual. Onitsura quería conseguir esa imagen, y si podía ahorrarse el viaje al instituto de Hakata, mejor que mejor.

—Sé que allí hizo amistad con dos chicas. Pero como yo me fui a estudiar a otro instituto, no las conocí.

—¿Sabe cómo se llamaban?

—Los nombres, no; pero sí sé dónde vivían. Una de ellas era la hija del propietario de un *ryokan* de Kashii. La otra era hija de labriegos —dijo, para añadir a continuación que la primera se había casado y regentaba una tienda cerca de allí, mientras que de la segunda solo pudo contarle que había oído rumores de que seguía soltera.

Se levantó, volvió con un lápiz y un bloc de notas y dibujó un plano esquemático de Kashii.

—Se lo agradezco mucho. ¿Está más lejos la granja?

—Sí. La granja está a las afueras de Kashii, pero el *ryokan* está muy cerca de la estación.

—Entonces iré primero al *ryokan*.

Cuando salió del bungaló, Onitsura desanduvo el camino hasta la estación, pero al llegar allí se enteró de que tendría que esperar hasta las 15.30 sentado en el duro banco del andén para tomar el tren.

5

Siguiendo las indicaciones de la señora Park, Onitsura encontró sin dificultad el *ryokan* que buscaba. Se había imaginado el típico *ryokan* tradicional de estilo japonés y se sorprendió al encontrarse con un feo edificio de hormigón rectangular como un terrón de azúcar. Tanto las ventanas dobles como la escalera de piedra de la entrada recordaban mucho el estilo de las casas construidas por los japoneses que habían vivido en Manchuria o en el norte de China durante la era Taisho. Era probable que el dueño de esa insulsa construcción fuera un retornado del continente nostálgico de su pasado.

El inspector Onitsura no tenía el menor interés en aquel lugar, del que se marcharía en cuanto consiguiera una foto de Kayoko. Tenía la intención de descansar allí hasta la tarde, cuando regresaría a Tokio en el expreso Kirishima o el Saikai. Lo mejor sería entrevistar a la antigua amiga de Kayoko en la habitación y pedirle que le hablara de ella y le enseñara fotografías.

Le dieron una habitación de la primera planta con orientación norte. Se duchó, fue a comer a un establecimiento cercano y, a la vuelta, pidió a los dueños del *ryokan* hablar con su hija después de exponerles con brevedad sus motivos. Resultó que ella vivía muy cerca porque se había casado con el hijo de los propietarios de una tienda de ultramarinos del vecindario, por lo que venía casi a diario a ver a sus padres, y acudió solícita a la llamada de Onitsura.

—Hola. ¿Es usted quien está buscando fotos de mi amiga Kayoko?

La amiga de Kayoko, una mujer no muy alta y rolliza de treinta y tantos, traía un álbum de fotos bajo el brazo. Llevaba un vestido sin mangas, y los carnosos brazos desnudos, que hubieran debido transmitir una sensación de frescura, le dieron a Onitsura aún más calor.

—Así es, señora. Tengo que confirmar su identidad por un tema de herencias —mintió Onitsura esbozando una sonrisa.

Las prominentes quijadas le daban al inspector una expresión severa e implacable, pero cuando sonreía su rostro se dulcificaba y revelaba una bondad natural que desarmaba a cualquiera. También la mujer pareció tranquilizada por la sonrisa.

—Éramos muy amigas. Íbamos juntas al instituto y nos sentábamos juntas en clase. Pero eso fue hasta que nos graduamos. Después, yo me casé y me convertí en un ama de casa corriente, mientras que ella…

Un tren pasó atronando justo bajo la ventana. El edificio tembló como una hoja y el florero del *tokonoma* tintineó al compás. La mujer continuó hablando como si tal cosa, pero Onitsura no entendió nada de lo que decía. El estruendo fue aminorando y quedó rematado por un melancólico pitido lejano. Hasta ese pitido sonó pueblerino, en comparación con los de Tokio u Osaka.

Para cuando el tren se alejó, ella ya había terminado su explicación, había abierto el álbum de fotos sobre la mesa y le estaba señalando algo a Onitsura.

—Mire, esta es la fotografía de cuando empezamos en el instituto.

Como en la fotografía que le había mostrado la señora Park, Onitsura vio las mismas hileras ordenadas de caritas, con la única diferencia de que no había chicos.

Debían de ser muy amigas, porque en todas las páginas había alguna fotografía de Kayoko sola: algunas de cuerpo entero y otras retratos. En algunas aparecían ellas dos junto a una tercera chica riendo, quizá la hija de los campesinos. Con el paso del tiempo, la trenza reemplazó a la media melena infantil, los pechos crecieron y empezaron a mostrar su feminidad con gestos o expresiones coquetos. Aquellas fotografías hubieran podido utilizarse como un manual científico ilustrativo de la metamorfosis de una niña de crisálida a mariposa.

La mujer señaló otra foto.

—Mire, esta es ella maquillada por primera vez tras graduarse. Durante la guerra, en el instituto eran muy estrictos con lo del maquillaje, y como te pillaran poniéndote una simple crema hidratante, te echaban una buena bronca. Una vez que nos graduamos, pudimos maquillarnos a nuestro antojo, y disfrutábamos haciéndolo. Kayoko se ponía guapísima…

Onitsura miró el rostro de Kayoko con sorpresa. Con las cejas perfiladas y colorete en las mejillas se veía muy distinta de la chica de las fotos escolares, casi parecía otra persona. De una página a la siguiente, la niña se había convertido en una hermosa mujer. Pero no era eso lo que había llamado su atención: tenía la sensación de que había visto esa cara en algún sitio, y no de haberse cruzado con ella en el tranvía o en la calle, sino de haberla visto de cerca, aunque no conseguía acordarse de cuándo ni dónde.

Si Kayoko era la amante de Gosuke Nishinohata, tenía que haberla visto después del asesinato. La hipótesis de que el director había tenido una amante se le había ocurrido mientras charlaba con la señora Park. En Tokio esa posibilidad ni siquiera se le había pasado por la cabeza. Por lo tanto, si la había visto no había sido como la amante de Nishinohata, sino en un contexto distinto.

—¿Tiene alguna más?

—¿De Kayoko? No, lo siento. Después de la graduación, ella se fue a Tokio, y al final perdimos el contacto. Ni siquiera sé dónde vive ahora.

—¿Se marchó a Tokio? ¿No fue a Osaka? —preguntó Onitsura sorprendido.

—No, no fue a Osaka. Se fue a una universidad femenina de Tokio.

—¿Una universidad femenina?

—Sí. Kayoko entró en la Facultad de Filología Inglesa. A mí se me daban bien las matemáticas, y ella era muy buena en inglés. Le gustaba mucho estudiar, y como su familia pasaba estrecheces, recuerdo que decía que se sacaría la carrera como fuera.

Onitsura estaba absorto en la fotografía y ni siquiera le contestó. La procelosa vida de una joven, que pasó de estudiante universitaria a ejercer de prostituta por una de esas jugarretas del destino, y que

ese ángel caído viera su suerte cambiar de nuevo gracias a su relación con un hombre rico y poderoso, parecía ejemplificar las dificultades de muchas jóvenes que tuvieron que apañárselas para salir adelante en medio del caos del Japón de la posguerra.

La dueña del Palacio de los Sueños le había contado que Kayoko dominaba el inglés. Era lógico: había estudiado Filología Inglesa.

Onitsura tuvo la sensación de que la foto le sonreía: los labios se entreabrieron y se le formaron hoyuelos en las mejillas. La imagen le despertó un recuerdo. Pues claro, debía de haber sido en la mesa de la comisaría, mientras hojeaba el grueso directorio de los empleados de Towa Textiles, en el que no solo figuraban las fotografías de los directivos, sino también las de sus esposas e hijos. Sí, tenía que ser una de ellas. Ahora lo sabía: era la mujer de un directivo, estaba seguro, pero ¿de cuál?

De repente sintió que se despejaba su niebla mental y vio con absoluta claridad el nombre de la esposa del directivo debajo de su fotografía. Kayoko no era la amante de Gosuke Nishinohata. Kayoko Takizawa era Fumie Hishinuma.

XII

Las dos coartadas

1

Onitsura llegó a Tokio al día siguiente, el día 7 por la noche, pues había parado en Osaka durante el trayecto de vuelta. Su ajetreado viaje concluyó en el mismo instante en que la planta de su calzado de verano se posó en el suelo del andén de la estación de Tokio.

Cuando llegó a la comisaría, el jefe de sección se había marchado y en la oficina de Onitsura solo quedaba Tanna. Estaba sentado en su silla leyendo una revista.

—Bienvenido —dijo Tanna soltando la revista y poniéndose de pie —. Pensé que podría estar al caer y me he quedado esperándolo. Mucho calor en Kansai, ¿verdad?

Por alguna razón, el rostro de Tanna parecía algo macilento.

—Por lo que veo, el jefe ya se ha ido, ¿no? ¿Por qué no dejamos el informe para mañana y nos vamos a comer algo? Necesito reponer fuerzas.

—Lo siento mucho —repuso Tanna con sincera lástima—, pero tengo el intestino fastidiado y no puedo comer nada. Preferiría que me contase todo lo que ha averiguado.

—Oh, vaya, lo siento… De acuerdo, entonces. Además, hay algo que me gustaría enseñarte. Siéntate, por favor.

Se sentaron frente a frente a una mesa cerca de la ventana. Durante el día los termómetros habían alcanzado los treinta y tres grados centígrados, pero al caer la tarde el calor había cedido y de vez en cuando una brisa fresca se colaba con timidez por la ventana.

—Al final, me fui a Kyushu, casi hasta Hakata.

Ante la expresión de sorpresa de Tanna, Onitsura procedió a relatarle su viaje, desde el principio hasta Saitozaki.

—Y aquí tienes una foto de Kayoko Takizawa.

Tanna se quedó mirando un rato la fotografía. Después se levantó, trajo el listado de directivos, buscó la página en la que aparecía el ejecutivo sénior Hishinuma y comparó la fotografía de su esposa con el retrato que le había entregado Onitsura.

—Vaya, son idénticas.

—Si ella tuviera hermanas o primas de su edad, no podríamos estar seguros de que es ella, pero resulta que no. No tiene hermanas ni primas. Así que es muy probable que Kayoko Takizawa y la señora Hishinuma sean la misma persona.

Onitsura evitó hacer afirmaciones categóricas con ligereza, no porque ella fuera la mujer de un empresario con una buena posición social, sino porque ser prudente en cualquier circunstancia era uno de los rasgos definitorios de su carácter.

—La única manera de determinar rápidamente si la señora Hishinuma es Kayoko Takizawa es comprobar si tiene un pequeño punto rojo como un lunar en el lóbulo de la oreja izquierda. Es lo primero que debemos averiguar, pero como tú no estás ahora para andar correteando por ahí detrás de ella, podemos conseguir la información consultando a su otorrino o a su peluquera, por ejemplo, será lo mejor.

—Yo me encargo —dijo Tanna devolviéndole la foto.

—A la vuelta, me bajé en Osaka y volví al Palacio de los Sueños. Para asegurarme, fui a preguntarle a la dueña si la chica que se hacía llamar Sakiko Saito era esta mujer, y ella la reconoció enseguida. Es decir, que podemos estar seguros de que la mujer que aparece en la foto rasgada que Gosuke Nishinohata guardaba en su caja de seguridad del banco es Kayoko Takizawa.

—Pero ¿cómo pudo Nishinohata hacerse con la foto de Kayoko en su etapa en el burdel?

—Esa es la cuestión. La segunda razón por la que me bajé en Osaka fue precisamente para intentar aclarar este punto.

Onitsura metió la mano en el maletín, y Tanna, que esperaba impaciente que sacase documentos o algo por el estilo, se sorprendió al ver que depositaba dos barritas de chocolate en la mesa.

—¿Te apetece? No creo que esto te siente mal.

Onitsura no fumaba, pero no tenía medida con los dulces. Además, era casi la hora de cenar y quiso engañar el hambre con un poco de chocolate.

Tanna rechazó el ofrecimiento y las apartó.

—Gracias, tengo el estómago muy revuelto. Como mucho, me tomaría un té de *senburi*, pero comer, nada de nada.

—Qué lástima —dijo Onitsura, que volvió a guardar el chocolate. No le pareció apropiado ponerse a comer delante de alguien que no podía probar bocado—. Después de mucho insistirle, la dueña del Palacio de los Sueños al final admitió que esta fotografía le había pertenecido. Debo señalar que no sabía que la tenía, porque se había quedado traspapelada en los cajones del buró. Y entonces, no hace mucho, Gosuke Nishinohata se presentó allí.

—Suena un poco raro eso de que un gran empresario como él se presente en un burdel como si tal cosa.

—No, no te creas. Es que no todos los burdeles son iguales. Hay una gran variedad: en concreto, el Palacio de los Sueños es uno de los establecimientos más exclusivos de Osaka, y como es un negocio que lleva funcionando desde el periodo Tokugawa, han pasado por allí muchos personajes históricos y tienen una colección de objetos de gran valor, como espadas y armaduras, que recibieron como pago por sus servicios. Vamos, que no es un burdel al uso, sino un lugar con cierta distinción, podríamos decir, aunque ese calificativo nos chirríe un poco para un negocio así… En cualquier caso, y siguiendo con la tradición, incluso ahora, en pleno siglo xx, los clientes que llegan a este burdel suelen tener un alto poder adquisitivo. El propio Nishinohata pasó una noche en el Palacio de los Sueños cuando visitó hace unos años la fábrica de Osaka de la compañía.

—Menudo viejo verde, qué grima, dándoselas de interesante con ese mostachón… —dijo Tanna sin remilgos y con desprecio.

—La dueña se acordaba muy bien de él porque en su día ella salía a recibir a todos los clientes. Pero él le dijo que no había venido de juerga, sino que había vuelto porque no podía olvidar a la chica con la que había estado la última vez, y que, si ella ya no estaba, al menos le gustaría tener un retrato suyo. Y añadió que le pagaría lo que hiciera falta. Hablando con él, supieron que la chica que lo había atendido fue Sakiko Saito, pero todas las fotos que había de ella fueron destruidas cuando se marchó de allí. La dueña puso su habitación patas arriba en busca de una foto de Sakiko. Me dijo que lo hizo porque se compadeció de la nostalgia de aquel hombre mayor, aunque supongo que también ansiaba la recompensa que Nishinohata parecía dispuesto a ofrecerle.

—Y terminó encontrándola traspapelada en un cajón de su buró.

—Así es. Ni siquiera a la precavida Sakiko se le ocurrió hurgar en la habitación de la dueña. En cualquier caso, el presidente

Nishinohata se marchó contentísimo de allí con la foto de Sakiko, no sin antes insistirle a la dueña en que este asunto era confidencial y rogarle que no se lo contara nunca a nadie. Ella le juró que cumpliría lo prometido, pero siempre atribuyó el ruego de Nishinohata al miedo a perjudicar su reputación. Precisamente por esto, hizo como que no sabía nada del asunto cuando le pregunté por la foto la primera vez.

Tanna rebuscó en los bolsillos, sacó su paquete aplastado de tabaco, se colocó el último cigarrillo entre los labios y lo encendió. Aspiró una profunda bocanada del humo fragante y sintió un agradable mareo. Le pareció que la voz de Onitsura le llegaba de algún lugar lejano.

—Lo que no entiendo es por qué Nishinohata deseaba tener una foto de Kayoko, pero aparquemos la cuestión de momento. Lo importante ahora es la mujer en sí. Se había graduado en un instituto femenino con muy buenas calificaciones en los últimos años de la guerra y ese mismo año ingresó en una universidad de Tokio con el firme propósito de licenciarse aunque se dejara la piel en el proceso. Termina la guerra con la derrota de Japón. Muchas instituciones se vinieron abajo, el poder que se consideraba absoluto cayó y el hambre y el caos se adueñaron del país. Que tuviera que recurrir a la prostitución en ese contexto para mí no es criticable ni reprochable. Ella no fue ni mucho menos la única estudiante universitaria que se desvió por ese camino. Aun así, no consigo construir un relato razonable de por qué de pronto decidió abandonar aquel mundo y se convirtió en la esposa de uno de los directivos de Towa Textiles. Pero, nuevamente, eran tiempos convulsos y quizá no es tan extraño como parece.

—¿No podría ser que el director ejecutivo Hishinuma fuera también al Palacio de los Sueños y se enamorara de ella? Se suele

decir que no hay malos soldados al mando de buenos generales, y quizá este hombre sea un avezado aprendiz de su jefe.

—Bueno, sí, no es descartable. —Onitsura calló un momento y volvió su rostro anguloso hacia la ventana, disfrutando de la fresca brisa nocturna. Luego añadió—: En cualquier caso, aunque se convirtiera en meretriz por pura necesidad, una vez fuera de ese mundo debía ocultar su pasado. Supongo que el hecho de que se haga llamar Fumie y no Kayoko obedece también a su esfuerzo por ocultarlo.

—Estoy de acuerdo.

—Lo que nos lleva de nuevo a la misma pregunta: ¿por qué el presidente querría tener una foto de Kayoko? ¿Será, como cree la dueña del Palacio de los Sueños, la nostalgia por la noche que pasaron juntos? ¿Porque se enamoró de ella? Lo dudo. Ahora que Kayoko era la esposa de un subordinado suyo, podía verla cuando quería. Si lo único que deseaba era una foto, no tenía ninguna necesidad de ir hasta Osaka para conseguirla, tenía a su disposición todas las que quisiera. Así que sus motivos para querer la foto de Kayoko no eran los que le dio a la dueña del burdel.

—También estoy de acuerdo —concedió Tanna asintiendo con parsimonia y golpeando el cigarro para que cayera la larga punta de ceniza.

El humo azul formó un anillo que salió por la ventana arrastrado por la brisa nocturna, y los dos hombres contemplaron absortos el movimiento del humo. A Tanna no le costó imaginar por qué el mujeriego Nishinohata querría esa foto. Era como si viera la escena: la sorpresa y el miedo de Kayoko al enseñarle Nishinohata una foto suya de aquella época con la amenaza de hacer público su pasado si no accedía a sus deseos.

—Nuestro trabajo habrá concluido en cuanto sepamos si la señora Hishinuma tiene esa mancha roja en el lóbulo de la oreja izquierda. Creo que va siendo hora de irnos a casa —dijo Onitsura como quitándose un peso de encima; sonaba cansado.

La emisión de las órdenes de arresto era responsabilidad de la unidad de investigación y no era asunto de Onitsura y Tanna. Los dos pensaban que el caso estaba casi cerrado.

2

La tarde del día siguiente, la unidad de investigación solicitó que la señora Hishinuma se presentara en la comisaría. En Benibotan, la peluquería de Ginza a la que ella acudía con regularidad, se había podido confirmar que tenía una pequeña mancha roja en el lóbulo de la oreja izquierda. Aunque en ese momento se tenía la casi total seguridad de que ella era la asesina, la policía debía actuar con discreción puesto que era la esposa de un hombre conocido. Si al final resultara que los investigadores se habían equivocado, lo pagarían caro ante la opinión pública. Se la citaba en la oficina del jefe de sección de la comisaría central de la policía metropolitana de Tokio y no en la comisaría de Ueno para protegerla de las cámaras de los periodistas, era cierto, pero también porque ello favorecía a los investigadores.

Fumie Hishinuma se presentó vestida con un traje gris plata de dos piezas y acompañada del abogado Nukariya. El anciano cascarrabias se empleó a fondo en la defensa de los intereses de su clienta y protestaba con vehemencia ante cualquier pregunta que se desviara del objeto de la personación. Pero Fumie no necesitaba la

ayuda del abogado para nada, pues tenía una coartada a toda prueba que demostraba que no era la asesina.

La señora Hishinuma se sentó con gran dignidad y miró al jefe de sección y luego al inspector jefe Kaya sin pestañear. En sus negras pupilas no se atisbaba la menor señal de miedo o culpa. Era la mirada franca y directa de quien no tiene nada que ocultar.

Cuando Kaya le informó de que estaba siendo investigada como sospechosa del asesinato de Gosuke Nishinohata, la mujer respondió con indignación.

—¿De verdad creen que he matado al presidente Nishinohata? Será una broma, ¿no?

El gesto y la voz apenas se le alteraron, pero el modo seco y cortante con el que pronunció las palabras revelaban su creciente enfado.

Como era lógico, a continuación el inspector jefe Kaya le pidió una coartada.

—A ver, no lo recuerdo muy bien. ¿Qué día y a qué hora fue asesinado el presidente?

—Fue el uno de junio en el puente Ryodaishi de Ueno, a las once y cuarenta de la noche.

—A las once y cuarenta… —repitió Fumie varias veces en voz baja, como queriendo memorizar aquel dato, al tiempo que abría su bolso de piel de cocodrilo—. Creo que me había ido a la cama después de ver la televisión. Mi asistenta se lo podría confirmar.

Fumie sacó de su bolso una pequeña agenda de encuadernación japonesa y un pequeño portaminas de oro. Leyó las anotaciones en la agenda como si quisiera confirmar su recuerdo, pero al poco dejó escapar una leve interjección de sorpresa y añadió:

—Disculpen, estaba equivocada. No recordaba que a finales de mayo le di una semana libre a la asistenta, y ella se había ido a

visitar a sus padres. Así que ese día yo estaba sola en casa.

—En ese caso, no puede demostrar que usted estuvo en casa aquel día y a aquella hora.

La sospechosa miró con lástima a Kaya, que se lanzaba a conclusiones precipitadas.

—Sí, sí que puedo.

—¿Cómo?

—Esa noche me dolía el estómago y salí a comprar un medicamento a una farmacia cercana.

—Por favor, sea más precisa —intervino el jefe de sección.

El jefe de sección tenía fama de ser uno de los agentes más avezados de la policía metropolitana y escrutaba el rostro de Fumie con mirada inquisitiva a través de sus gafas con la intención de detectar el más mínimo indicio de falsedad o contradicción.

—Sí —dijo Fumie, y consultó de nuevo su agenda—. La noche del día uno me fui a la cama poco después de las diez. No estaban en casa ni mi asistenta ni mi marido, que está de viaje, así que no tenía nada más que hacer. Pero al rato el dolor en la boca del estómago me despertó. Encendí la lámpara de la mesilla y vi en el reloj que eran las once. Aguanté el dolor a ver si se me pasaba, pero al final tuve que ir a la farmacia del barrio a buscar algo para calmarlo. Como ya he dicho, la asistenta no estaba y tuve que ir yo misma encogida de dolor. La farmacia suele estar abierta hasta las once, pero cuando llegué ya estaba cerrada y tenía las luces apagadas. Decidí llamar a la puerta de todos modos, desperté al dueño y compré la medicación. No sé si él lo recordará, pero esto pasó alrededor de las once y media. Así que es imposible que yo matara al presidente a la hora que ustedes me acaban de decir —relató Fumie con toda tranquilidad, alternando su mirada entre las

anotaciones en la agenda y las caras de sus interrogadores. Para el inspector jefe, era evidente que estaba mintiendo.

Los Hishinuma vivían en Omiya, en la prefectura de Saitama, y la señora Hishinuma llevaba a su marido, director ejecutivo sénior de Towa Textiles, en coche a las oficinas centrales de Tokio cada día. Si Fumie estaba comprando la medicación en una farmacia de Omiya a las once y media era imposible que diez minutos más tarde estuviera en Ueno, a veinticinco kilómetros de allí.

—¿Cómo se llama la farmacia?

—Farmacia Hoashi. Está en Daimoncho, la localidad colindante a Omiya. A unos cuatro o cinco minutos a pie de mi casa.

—¿Quién le dispensó la medicación?

—El propio dueño. Un hombre pelirrojo.

Ella respondía las preguntas sin titubeos y Kaya iba anotando las respuestas.

—¿Qué medicamento era?

—No lo sé. Es un preparado de la farmacia.

Kaya le hizo preguntas no relacionadas directamente con la coartada, como qué tiempo hacía aquella noche o qué ropa llevaba, pero aparte de no haberse fijado en el tiempo esa noche, respondió todas ellas con seguridad y aplomo.

Concluidas las preguntas preliminares, Kaya abordó la siguiente cuestión. Fumie se enjugaba constantemente la frente con un pañuelo, pero no porque hubiera sucumbido al sudor frío de la culpa, sino porque en la sala hacía un calor infernal. Aunque la especialidad del abogado Nukariya era el derecho mercantil, la presencia de un abogado de su talla debía de ser tranquilizadora para su cliente. En efecto, Fumie se veía muy serena.

—Ahora le quería preguntar por el día catorce de junio, es decir, el día en que Hanpei Chita fue asesinado —dijo Kaya.

El rostro del inspector jefe Kaya era un rostro tan anodino que esa cualidad de anodino se convertía casi en una seña de identidad.

—¿Qué tiene que ver la señora Hishinuma con el asesinato de Hanpei Chita? —intervino el abogado. La luz del sol poniente le había teñido de rojo el pelo blanco.

El inspector jefe les explicó con brevedad que creían que Hanpei Chita había presenciado el asesinato del presidente y estaba utilizando esta información para chantajear al asesino.

—Señora Hishinuma, Chita fue asesinado la tarde del catorce de junio entre las dos y cuarto y las dos y media. ¿Dónde estaba usted a esa hora?

—En el tren —respondió Fumie al instante, y consultó otra página de su agenda antes de añadir—: Ahora mismo no tengo el horario de trenes a mano y no le puedo decir nada más concreto, pero tomé el tren en Omiya alrededor de las seis y media de la mañana y llegué a Nagaoka sobre las cinco y media de la tarde. Así que en la franja horaria que me acaba de indicar estaba viajando en tren.

—Un momento. Kaya, trae el horario de trenes, por favor.

El jefe de sección sentía la aprensión creciendo en su pecho. ¿Y si estaban cometiendo un tremendo error? Fumie sacó su pitillera de esmalte alveolado con exquisita elegancia, le ofreció un cigarrillo, se encendió uno ella misma y, mientras se lo fumaba, le habló de las preciosas ardillas que vivían en el jardín de su villa campestre en Karuizawa.

Kaya regresó con el horario de trenes y el jefe de sección miró a Fumie.

—¿Qué tren tomó?

—¿Puede dejármelo un momento? Sí, es este, con destino a Niigata.

—A ver…

El jefe de sección volvió a coger el horario y el investigador jefe se asomó por encima de su hombro para mirar también. El tren que había señalado Fumie era el de la línea principal Shin-etsu número 311, con salida de Ueno a las 5.50 y llegada a la estación final de Niigata a las 19.48.[1]

—En ese caso, entre las dos y cuarto y las dos y media…

—Ese tren estaría en algún punto entre Sekiyama y Wakinoda.

Kaya señaló con su dedo tosco y nudoso los nombres de ambas estaciones. Tenía las uñas mordisqueadas y las yemas de los dedos teñidas de amarillo por la nicotina.

—En la prefectura de Nagano, ¿verdad?

—Creo que sí, pero vamos a comprobarlo en el mapa.

TAKASAKI – NAGANO – NAGAOKA
(LÍNEA PRINCIPAL SHIN-ETSU) (LÍNEA DESCENDENTE)

		Naoetsu	Naoetsu	Niigata	Naoetsu	Niigata	Nagano	Niigata	Niigata	Niigata	Niigata	Yamazoe	Naoetsu	Nagano	Kashiwazaki	
		348	340	523	817	335	321	119	311	337	317	803	819	2305	315	
Horno	sal.	0 15	—	—	—	—	—	—	5 50	—	6 55	9 10	—	9 40	10 10	
Takasaki	sal.	4 10	—	—	—	—	7 10	—	8 28	2.ª y 3.ª clase ⁴	9 45	10 50	⁴	11 26	12 32	
Kita-Takasaki	"	4 16	—	—	—	—	7 15	—	8 32		9 53				12 37	
Gunma-Yawata	"	4 23	—	—	—	—	7 21	—	8 39		10 00				12 43	
Annaka	"	4 30	—	—	—	—	7 28	—	8 47	—	10 10				12 48	
Isobe	"	4 51	—	—	—	—	7 43	—	9 00	—	10 23				13 01	
Matsuida	"	5 05	—	—	—	—	7 57	—	9 19	—	10 39	2.ª y 3.ª clase del semiexpreso			13 15	
Yokokawa	"	5 25	—	—	—	—	8 15	—	9 39	—	11 03	11 29	—	12 11	13 33	
Kumanotaira	"	5 52	—	—	—	—	8 42	—	10 05	—	11 30	11 55	—	12 39	14 00	
Karuizawa	lleg.	6 13	⁴	—	—	—	9 03	—	10 26	—	11 51	12 16	—	12 59	14 21	
	sal.		6 50	—	—	—	9 10	—	10 32	—	12 01	12 21	⁴	13 05	14 40	
Naka-Karuizawa	"	Tokio-Karuizawa: Servicio estandar con linea de armas hasta el Nº 11	6 57	—	—	—	9 17	—	10 39	—	12 09	12 28	Permite en Naka-Karuizawa con ruta el Nº	13 11	14 47	
Shinano-Oiwake	"		7 03	—	—	—	9 23	—	10 45	—	12 14	↓		13 20	14 53	
Miyota	"		7 12	—	—	—	9 33	—	10 53	—	12 46	↓		↓	15 01	
Hirahara	"		7 22	—	—	—	9 44	—	11 02	—	13 01	↓		↓	15 10	
Komoro	lleg.		7 27	—	—	—	9 49	—	11 07	—	13 06	12 49		13 37	15 22	
	sal.		7 35	—	—	0 10	9 55	—	11 10	—	13 23	12 49		13 38	15 42	
Ohigano	"		7 43	—	—	9 21	10 03	—	11 18	—	13 31	↓		↓	15 50	
Tanaka	"		7 50	—	—	9 25	10 09	—	11 24	—	13 37	↓		↓	15 56	
Oya	"		7 57	—	—	9 32	10 15	—	11 30	—	13 43	↓		13 53	16 06	
Ueda	lleg.		8 03	—	—	9 38	10 22	—	11 36	—	13 50	13 08		14 00	16 12	
	sal.	—	8 06	—	—	9 41	10 28	—	11 40	—	14 08	13 10	—	14 00	16 20	
Nishi-Ueda	"	—	8 14	—	—	9 47	10 34	—	11 48	—	14 14	↓	—	↓	16 29	
Sakaki	"	—	8 22	—	—	9 55	10 41	—	11 53	—	14 25	↓	—	↓	16 37	
Togura	"	—	8 30	—	—	10 05	10 48	—	12 01	—	14 33	13 28	—	14 18	16 46	
Yashiro	"	—	8 37	—	—	10 12	10 55	—	12 07	—	14 40	↓	—	14 25	16 53	
Shinonoi	lleg.	—	8 43	—	—	10 18	11 02	—	12 14	—	14 46	↓	—	14 31	16 59	
	sal.	—	8 44	—	—	10 20	11 04	—	13 15	—	14 49	↓	—	14 33	17 01	
Kawanishajima	"	—	8 51	—	—	10 27	11 11	—	12 23	—	14 55	↓	—	↓	17 08	
Nagano	lleg.	—	8 58	—	—	10 34	11 18	—	12 29	—	15 02	13 49	—	14 42	17 15	
	sal.	—	9 06	—	—	10 44	—	—	12 35	—	15 33	13 56	—	—	17 30	
Yoshida	"	—	9 13	—	—	10 50	—	—	12 41	—	15 39	↓	—	—	17 36	
Toyono	"	—	9 22	—	—	10 59	—	—	12 50	—	15 49	↓	—	—	17 47	
Mure	"	—	9 38	—	—	11 17	—	—	13 08	—	16 08	↓	—	—	18 05	
Furuma	"	—	9 55	—	—	11 33	—	—	13 24	—	16 21	↓	—	—	18 22	
Kashiwabara	"	—	10 05	—	Locomotora diésel	11 48	—	Locomotora diésel	13 38	—	16 50	14 38	—	Navette	18 37	
Taguchi	"	—	10 17	—		12 01	—		13 49	—	16 43	14 50	—		18 44	
Sekiyama	"	—	10 27	—		12 15	—		14 04	—	16 53	↓	—		18 55	
Nihongi	"	—	10 36	—		12 26	—		14 16	—	17 07	↓	—	**921**	19 09	
Arai	"	**501**	10 45	2.ª y 3.ª clase		12 41	—		14 25	—	17 16	15 12	15 44	18 29	19 18	
Kita-Arai	"	sal. Ojiima 12 01	↓	sal. Osaka 21 17		13 07	↓		↓	↓	↓	↓	15 49	18 34	↓	
Wakimoto	"		10 53			13 10	12 40		13 06	14 33	—	17 24	↓	15 55	18 42	19 28
Takada	"		10 59			13 24	12 56		13 15	14 39	16 05	17 31	15 23	16 30	18 50	19 32
Kasugayama	"		11 05			13 30	13 04		13 25	14 45	16 13	17 37	↓	16 37	18 56	19 38
Naoetsu	lleg.	10 20	11 10	11 03		13 35	13 09	—	13 30	14 50	16 18	17 42	15 32	16 42	19 02	19 43
	sal.	10 32	—	11 11	—	13 10	—	—	13 34	15 00	16 30	17 48	15 38	—	—	19 54
Kurui	"	↓	—	11 21	—	↓	—	—	13 38	15 08	16 35	17 54	—	—	—	19 59
Daigata	"		—	11 29	—	↓	—	—	13 44	15 14	16 42	18 01	—	—	—	20 07
Katamachi	"		—	11 34	—	↓	—	—	13 50	15 21	16 49	18 08	—	—	—	20 14
Jogehama	"		—	11 39	—	↓	—	—	13 55	15 26	16 54	18 13	—	—	—	20 19
Kaizuka	"	Express Nihonkai	—	11 45	—	13 39	—	—	13 59	15 34	17 01	16 19	Neg. Kanazawa 11 07	—	—	20 25
Uozuki	"		—	11 53	—	↓	—	—	14 07	15 42	17 12	18 28	—	—	—	20 34
Kasashima	"		—	11 55	—	↓	—	—	14 12	15 48	17 18	18 34	—	—	—	20 40
Omigawa	"	↓	—	12 04	—	↓	—	—	14 17	15 54	17 23	18 39	—	—	—	20 50
Kuiranomi	"	↓	—	12 10	—	↓	—	—	14 22	16 04	17 28	18 46	—	—	—	20 56
Kashiwazaki	lleg.	11 12	—	12 16	—	14 01	—	—	14 27	16 11	17 34	18 53	—	—	—	21 03
	sal.	11 14	—	12 19	—	14 04	—	—	14 34	16 20	17 38	18 54	—	—	—	—
Yasuda	"	↓	—	12 27	—	14 12	—	—		16 30	17 44	19 03	—	—	—	—
Kitajo	"	↓	—	12 32	—	14 17	—	—		16 40	17 49	19 08	—	—	—	—
Echigo-Hirota	"	↓	—	12 39	—	14 23	—	—		16 46	17 54	19 14	—	—	—	—
Nagaoka	"	↓	—	12 44	—	14 28	—	—		16 53	18 02	19 20	—	—	—	—
Tsukayama	"	↓	—	12 53	—	14 37	—	—		17 03	18 11	19 29	—	—	—	—
Echigo-Iwatsuka	"	↓	—	12 59	—	14 44	—	—		17 10	18 18	19 36	—	**30**	—	—
Kaikoji	"	↓	—	13 05	—	14 49	—	—		17 19	18 24	19 42	—	20 09	sal. Nagaoka 17 57	—
Higashi	"	↓	—	13 14	—	14 57	—	—		17 28	18 34	19 51	—	20 23		—



Nagaoka	Ikeg.	11 56	—	13 19	—	15 02	—	—	17 33	18 39	19 57	...	—	20 31	—
Higashi-Sanjo	Ikeg.	12 24	Abfahrt Ikeg. 22 Pf.	14 13	—	15 34	—	—	18 26	...	20 52	...	—	...	—
Nihtsu	"	12 54		14 58	—	16 16	—	—	18 12	...	21 57	...	—	...	—
Niigata	"	L		15 38	—	16 56	—	—	19 48	—	22 18	—	—	—	—

Horario de trenes 3

Kaya buscó la página del mapa de la línea. Resultó que tanto Sekiyama como Wakinoda estaban más allá del límite de la prefectura de Nagano y pertenecían a la de Niigata.

El jefe de sección levantó la cara del mapa y miró a Fumie.

—¿Viajaba sola o acompañada?

—Mi asistenta ya había regresado de su pueblo, así que iba con ella.

—Con su asistenta, ¿eh? —dijo el jefe de sección con un deje de frustración. La declaración del personal doméstico no era muy fiable. Bien podía estar comprado por su empleador y nadie sabría si mentía—. ¿Alguien más?

—Pues…, lo siento, pero la única persona que podría testificar que yo iba a bordo de ese tren es ella. Viajé en ese tren de principio a fin y esto es un hecho, no sé qué otra cosa podría decirles. Y si se lo preguntan a ella, quedarán convencidos.

—Descuide, se lo preguntaremos. Pero nos gustaría contar también con la declaración de algún otro testigo que no fuera su asistenta. Sería esclarecedor que alguna otra persona pudiera confirmar que usted iba a bordo de ese tren.

Fumie bajó la mirada y se quedó pensativa unos instantes; aunque quizá fuera más acertado decir que fingía estar pensando. Al menos al jefe de sección y a Kaya, su gesto les pareció impostado.

—No sé si les servirá de algo, pero contraté a una estudiante de fiar para que cuidara de la casa en nuestra ausencia y le pedí que nos acompañara hasta la estación. Así que ella les podría confirmar que tomamos este tren que les acabo de decir. También quizá les

ayude saber que fui a informar al revisor de la pérdida de un objeto personal poco después de salir de la estación de Kashiwazaki.

—Sea más concreta, ¿qué fue lo que perdió? —dijo Kaya.

—Un cuaderno de sellos. Tengo por hobby coleccionar sellos de las estaciones de ferrocarril, ¿sabe usted? Elegí viajar en la línea Shin-etsu porque quería conseguir los sellos de las estaciones que hay a partir de Karuizawa. He viajado hasta Karuizawa muchas veces, así que tengo los sellos de todas las estaciones por las que pasa el tren antes de llegar allí, y también todas las de la línea Joetsu, porque he acompañado muchas veces a mi marido cuando ha tenido que ir por trabajo a la fábrica de Nagaoka. Pero no tengo ningún sello de las estaciones de la prefectura de Nagano.

El jefe de sección asintió, como aceptando la explicación de Fumie. Hasta ese momento le había extrañado que ella optara por un tren regular que recorría la ruta de Shin-etsu con parada en todas las estaciones, y que, por lo tanto, tardaba mucho más en llegar a su destino.

—¿Qué fue lo que perdió?

—El cuaderno de sellos. Conseguí sellarlo en la estación de Kashiwazaki, y supongo que se me cayó cuando fui a comprar unas galletas de arroz para mi asistenta. Si en ese cuaderno solo tuviera los sellos de la línea Shin-etsu, no me habría importado tanto; pero resulta que llevaba estampados muchísimos sellos de estaciones de la región noreste de Japón y me dio un poco de rabia perderlo. Por eso, notifiqué la pérdida al revisor; aunque, al final, no ha servido para nada… —concluyó Fumie con frustración.

Kaya anotaba con un lápiz todo lo que ella decía.

—¿Cómo se llama la chica que se quedó cuidando la casa?

—Seiko Mano. Es una estudiante de segundo curso de la Facultad de Filología Inglesa de la universidad femenina en la que yo misma

estudié.

—¿Su asistenta está ahora mismo en casa?

—Sí. Se llama Tai Okuwa y es de un pueblo de las montañas de Chiba. Es una chica muy pueblerina.

—Muy bien. ¿Me disculpa un segundo?

Kaya se levantó haciendo una reverencia y salió de la sala. Por supuesto, fue para pedir a la unidad que enviasen a alguien al domicilio de Fumie. Justo cuando Kaya salía de la sala, como a una señal, se encendieron las luces del edificio, aunque en el cielo occidental aún había luz.

—Hay una cosa que se me había olvidado preguntarle —dijo el inspector jefe—. El tren trescientos once salió de la estación de Omiya a las seis y veintiséis, ¿verdad?

—Sí.

—¿Por qué eligió un tren a una hora tan temprana? Tiene otro una hora más tarde, el trescientos trece. Si fuera en este tren habría evitado madrugar.

—Elegí el trescientos once porque, si no, no llegaba a la cena en el hotel, que empezaba a las seis y media. No habría llegado a tiempo si hubiera cogido el trescientos trece.

El jefe de sección volvió a estudiar el horario. Efectivamente, el 313 salía apenas una hora más tarde de Ueno, pero se demoraba en el trayecto y terminaba llegando a Nagaoka casi dos horas y media más tarde. Si llegaba a Nagaoka a las 19.57, no podía estar en la cena que empezaba a las 18.30.

—¿Esto es todo? —dijo el abogado—. Porque si es así, quiero hacerles una pregunta.

—Adelante.

—Ustedes sospechan que la señora Hishinuma asesinó al presidente Nishinohata y a Hanpei Chita. Entonces, ¿también creen

que ella ha matado a Genkichi Obata?

Había una nota beligerante en el tono de voz del abogado.

—No lo negaré —respondió el inspector jefe.

Él también coincidía con el inspector Sudo en la hipótesis de que la persona en la sombra que había mandado a Genkichi Obata al Ran-Ran para hacerse pasar por Nishinohata era también el asesino de este último. Y esta persona no era Hanpei Chita, ni los dos líderes del sindicato. Todo esto podía demostrarse con la lógica. Por desgracia para el asesino, el cadáver había caído en el techo de un tren en movimiento, lo que permitió a los investigadores determinar la hora en que se había cometido el crimen, y la treta del doble de Nishinohata perdió todo el sentido. En cualquier caso, el asesino no podía estar seguro de que Obata fuera capaz de mantener el secreto. Por consiguiente, decidió acabar con él.

En su respuesta al abogado, el inspector jefe había ido desgranando punto por punto la lógica de este razonamiento.

—Muy bien —repuso el abogado—. Permítame, entonces, que haga algunas reflexiones de mi cosecha. Al salir de la farmacia, la señora Hishinuma regresó a su domicilio y se acostó, por lo que no existen testigos de lo que hizo a partir de las once y media. Estamos de acuerdo, ¿no? —El abogado miró con altanería al jefe de sección —. En ese caso, enviar a un doble del presidente Nishinohata a ese restaurante chino, es decir, hacer creer que el presidente estuvo vivo hasta las doce menos diez, no tiene ningún sentido para la señora Hishinuma. Insisto una vez más: no hay nadie que pueda testificar sobre lo que ella estuvo haciendo a partir de las once y media. De hecho, hacer creer que el presidente fue asesinado después de las doce menos diez solo la perjudicaría a ella.

La agilidad mental del jefe de sección también era notable. Sabía adónde quería llegar el abogado con toda aquella explicación, y le

irritaban sobremanera el tono despectivo con el que había expuesto sus argumentos. El jefe de sección desvió la mirada hacia la ventana con gesto hosco.

—Por lo tanto —continuó el abogado—, mi cliente no tenía ninguna necesidad de fabricarse una coartada, ni mucho menos de matar a Genkichi Obata.

—Ya me ha quedado claro, gracias —repuso el jefe de sección sin mirar al abogado.

El razonamiento del abogado era impecable. Hasta ese momento no había habido duda de que el asesino del presidente Nishinohata era la misma persona que había ideado el plan del doble en el restaurante. Y, sin embargo, esa teoría no se sostenía si la señora Hishinuma era en efecto la asesina de Gosuke Nishinohata. El jefe de sección había cometido un grave error de razonamiento. Ya era malo que por ese error la sospechosa quedara libre de sospecha, pero era aún peor que hubiera sido su abogado quien lo hubiera señalado.

3

Después de recibir la llamada de Kaya, la unidad mandó a Sudo y Seki a Omiya.

—Estoy aprendiendo mucho en este caso —dijo Seki en el andén de la estación de Ueno mientras esperaban la llegada del tren de la línea Keihin-Tohoku.

Hasta entonces, Seki se había encargado de trabajos de comprobación y otras tareas de investigación que, aun teniendo su importancia, eran básicas y rutinarias. Pero desde que había formado equipo con el veterano inspector Sudo podía implicarse y emplearse a fondo en la parte jugosa de los casos. Sudo le contestó

algo mostrando los dientes. Por su sonrisa irónica no debía de ser nada serio, pero Seki no oyó sus palabras, que se perdieron en el aluvión de ruido de la estación. No le pareció prudente responder a ciegas y estuvo callado hasta que llegó el tren. Era la hora punta de la tarde y el andén bullía de gente que regresaba a casa.

Tardaron cuarenta minutos en llegar a Omiya. Cuando subieron al tren, los vagones iban llenos hasta la bandera, pero más o menos a partir de Urawa comenzaron a vaciarse, y en Yono se pudieron sentar. En el suelo, a los pies de Seki, había un abanico de mujer que alguien debía de haber perdido en el intenso trasiego. Era un pequeño y bonito abanico de hueso tallado. Seki se palpó instintivamente el bolsillo para asegurarse de que seguía teniendo el suyo, temiendo la bronca de su mujer si lo perdía.

Cruzaron los tornos y salieron a una plaza igual a la que se encontraba delante de cualquier otra estación. Los cafés se alternaban con las taquillas de diferentes compañías de taxis, y en una esquina de la plaza, un estudiante universitario con birrete estaba embarcado en una chillona diatriba contra el gobierno. Daba un poco de pena comprobar que, en el ajetreo de la hora punta de la tarde, nadie se paraba a escucharlo.

Había una gran cervecería en la acera de enfrente. Al verla, Sudo se relamió y tragó saliva.

—Mira, Seki, no nos podemos fiar de la mujer de Hishinuma. Seguro que está tratando de defenderse como gato panza arriba. A ver si acabamos pronto con esto y a la vuelta nos tomamos una cerveza y comemos algo en esa cervecería, ¿de acuerdo? Yo invito.

Sudo no quitaba ojo de la cervecería mientras iban caminando.

La farmacia Hoashi estaba en el barrio de Daimoncho, a unos diez minutos a pie de la estación. Llegaron sin perderse porque habían estudiado el camino en un mapa y se acordaban bastante bien. La

farmacia era el único establecimiento nuevo de la zona, y transmitía una sensación de higiene y limpieza. Al fondo del establecimiento había una sala acristalada en cuya puerta decía con letras doradas CUARTO DE DISPENSACIÓN. Al otro lado del cristal se veían frascos ordenados en estanterías, además de balanzas y morteros. El dueño, un hombre de unos cuarenta años de tez blanca, pelo rojizo y ojos castaño claro, se levantó solícito para atenderlos.

Los inspectores habían recibido órdenes de ser lo más discretos posible en sus pesquisas. Dicho de otro modo: tenían que actuar con la máxima cautela para no dar la impresión de que la señora Hishinuma estaba siendo investigada como sospechosa.

—¿Conoce usted a la señora Hishinuma? —comenzó diciendo Sudo con naturalidad. Su apariencia de hombre sencillo y su llaneza tenían el extraño poder de inducir a sus interlocutores a no desconfiar de él. Seki había sido testigo de ese efecto en muchas ocasiones.

—Sí, sé quién es. La conozco de vista.

—¿Es una clienta habitual?

—No, no suele venir mucho.

—¿Quiere decir que viene su asistenta en vez de ella?

—No, no; lo que le estoy diciendo es que ella no es una clienta habitual de esta farmacia. Como es una mujer muy guapa, la reconozco cuando viene, pero pasa poco por aquí.

—Entiendo. Mire, es que han entrado a robar en su casa.

—Vaya. No lo sabía —dijo el farmacéutico poniéndose serio.

—El problema es que no sabemos cuándo ocurrió y la investigación no avanza. La señora Hishinuma nos ha contado que una noche, bastante tarde, salió a comprar unas medicinas y se olvidó de cerrar la puerta. Creemos que debió de ser entonces cuando entraron a robar, y estamos tratando de determinar la hora.

—Claro, claro, entiendo —dijo el farmacéutico, que pareció comprender al fin el propósito de la visita.

—Nos sería de tremenda ayuda si recordara usted el día y la hora.

—Si me dice que fue una noche tarde, quizá fue aquella vez en que le preparé unos analgésicos.

—Sí, sí, para el dolor de cabeza, ¿puede ser?

—No, no fue para un dolor de cabeza, sino para dolor de estómago. Le preparé una mezcla de escopolamina, alcanfor y fenacetina. Más tarde, me comentó que le había ido muy bien.

—¿Recuerda cuándo fue?

El farmacéutico se excusó para entrar en el cuarto de dispensación y volvió enseguida con la tarjeta de dispensación.

—Fue la noche del uno de junio a las once y media. Lo recuerdo bien porque vino justo después de que cerrásemos.

—Fantástico, muchas gracias, nos es de gran ayuda. Está seguro de la hora, ¿verdad? —insistió Sudo mirando al farmacéutico de cara y bata blancas. Era una pregunta a la que había llegado, por fin, después de dar un rodeo en sentido contrario.

—Claro que sí, estoy segurísimo. Como le acabo de decir, fue justo después de cerrar la farmacia y por eso me acuerdo tan bien. Además, tengo la fecha y la hora anotadas en la tarjeta de dispensación. Los farmacéuticos responsables registramos todos estos detalles sin falta.

En la tarjeta que les mostró el farmacéutico no solo estaban anotados los fármacos dispensados y sus cantidades exactas, sino también el nombre de Fumie Hishinuma y la fecha. Cuando Sudo y Seki vieron anotada la hora en la parte inferior de la tarjeta, dieron por confirmado el testimonio del farmacéutico.

4

Después de salir de la farmacia y caminando en dirección este se llega a la calle Nakasendo. Luego, tras cruzar esta y doblar a la izquierda por el camino de acceso al santuario Hikawa, se atraviesa una calle comercial bastante caótica que surgió tras la guerra. Finalmente, torciendo a la derecha una última vez, justo antes de alcanzar el recinto del santuario, se llega al barrio de Takahanacho. Esta era una zona residencial con viviendas de obra nueva para trabajadores asalariados y ya no quedaba en ella ni rastro del ambiente bullicioso y poco refinado de cuando era un pueblo de postas.

En los jardines vallados de las viviendas se veían algunos padres de familia en pantalón corto regando el césped con una manguera y otros que tras una ducha rápida y ponerse el *yukata* contemplaban las flores blancas de las calabazas vinateras que florecían al atardecer. En todos los hogares parecía respirarse calma y paz. Aquella era una estampa con la que los policías de vida ajetreada como Sudo y Seki no estaban familiarizados.

Para llegar a la casa de los Hishinuma había que atravesar la zona de viviendas de clase media; la casa se encontraba a cierta distancia de allí. Lo primero que uno veía al acercarse era un tejado rojo a dos aguas muy pronunciado que asomaba tras unos viejos cipreses. Era una construcción de estilo Tudor algo añeja y daba la impresión de que tenía muchas habitaciones. A la luz del crepúsculo, la pared blanca estucada y el entramado que formaban los listones de madera negra componían una bella armonía visual. El suelo del jardín estaba cubierto de césped, y en la parte trasera había un pequeño cobertizo que podría ser el garaje. La ventana de la cocina estaba iluminada, y debían de estar preparando la cena porque

vieron a una mujer rolliza entrar y salir tres veces por una puerta que había cerca de la ventana.

—Esa debe de ser la asistenta, Tai Okuwa.

—No veo más luces que las de la cocina.

—Cierto. Será que todavía no ha vuelto el señor Hishinuma. Vayamos a la parte de atrás y preguntemos.

Sudo y Seki entraron en la propiedad, cruzaron el jardín y fueron hasta la puerta de atrás. En el ambiente flotaba olor a aceite y se oía el chisporroteo de algo que se estaba friendo. Seki miró al veterano inspector Sudo y le pareció ver en sus ojos la mirada de quien, de pura hambre, está soñando con comida. Desde luego, no parecía absorto en el análisis de los grandes misterios del universo.

—Disculpe —llamó Sudo en voz alta.

El chisporroteo era intenso, y la mujer no se percató de su presencia hasta que Sudo la llamó por tercera vez. La asistenta chilló como un jabalí cuando vio a dos extraños de pie en el jardín en penumbra. Para cuando terminaron de explicarle el motivo de su visita y ella por fin se tranquilizó, el guiso se le había quemado y la pobre asistenta parecía a punto de echarse a llorar.

—¿Has estado alguna vez en Nagaoka? —le preguntó Sudo sentándose en una silla de la cocina después de que la asistenta los invitara a entrar.

La cocina era la propia de una vivienda de clase alta, y estaba equipada con un fregadero de acero inoxidable, un gran frigorífico y una cocina de gas, y en la pared había colgada una pequeña radio. Tai Okuwa cocinaba todos los días tarareando las melodías de las canciones de moda que sonaban por el aparato.

—Sí.

Tai retiró la olla del fuego, cerró la llave del gas y se sentó en una silla frente a Sudo. Como estaba muy congestionada, respiraba por

la boca, dejando ver unos dientes que recordaban a los de un caballo. No parecía tener muchas luces.

—¿Cuándo fue eso?

Tai Okuwa contó con los dedos. Aunque algo simple, debía de ser una mujer honrada y sincera, quizá demasiado.

—Fue… el catorce de junio.

—¿Con quién fuiste?

—Con la señora.

—¿La señora? ¿Con la vecina?

—No, con mi señora.

Sudo le iba haciendo las preguntas con gesto amigable y pausadamente para no asustarla ni ponerla a la defensiva. Ella, a su vez, respondía muy despacio, aunque esa debía de ser su forma natural de hablar.

—¿Recuerdas la hora de salida del tren?

—No. Eso pregúnteselo a la señora.

—De acuerdo, se lo preguntaremos cuando regrese. Volviendo al asunto del viaje: ¿estuviste en todo momento con ella en el tren?

—Sí, hasta Nagaoka estuvimos juntas. Pero la señora bajaba de vez en cuando ella sola al andén para que le sellaran el cuaderno.

—¿La señora sigue teniendo ese cuaderno?

Tai negó con el rostro algo sonrojado.

—¿Qué te pasa? —insistió Sudo.

—La señora perdió el cuaderno.

—¿Y qué hicisteis?

—Ella fue a avisar al revisor de que lo perdió, aunque decía que seguramente se lo habían robado.

—¿Dónde pasó eso?

—No recuerdo el nombre de la estación, pero fue poco antes de llegar a Nagaoka.

Los dos agentes se miraron. Cuanto más preguntaban, más parecían los hechos corroborar las declaraciones de Fumie Hishinuma.

De pronto, se oyó el sonido de una puerta que se abría en la entrada.

—¡Tai…! ¡Tai…! —llamaron.

—Es la señora, ha llegado —dijo Tai azorada. Parecía temer la bronca que le echaría su señora si se enteraba de que había dejado entrar a dos desconocidos en la casa mientras cocinaba—. Es la señora, ha llegado —repitió.

En contraste con la turbación de la asistenta, Sudo estaba muy tranquilo, casi relajado. Todavía tenía que hacerle algunas preguntas.

—Pero ¿dónde te has metido? ¿Es que no estás?

Al no recibir respuesta, Fumie pareció enfadarse, porque su voz empezó a sonar autoritaria. Justo cuando la asistenta se levantaba con gesto aturullado para ir a su encuentro, la puerta de la cocina se abrió de par en par y su ama entró.

—Muy buenas tardes. Somos de la unidad de investigación. Hemos venido a comprobar algunos detalles de su declaración.

—¡Vaya! ¿Y cómo les ha ido?

Ignoraban de qué material estaría hecho, pero la luz de techo de la cocina arrancaba hermosos matices al traje de color gris plata que vestía, y su pecho parecía ondularse cuando respiraba.

—Cuéntenme —insistió Fumie.

La penetrante mirada de Fumie se clavó unos instantes en el rostro de Seki, pero volvió enseguida al de Sudo.

—Parece que todo sucedió exactamente como usted nos ha contado.

—Pues claro. Es que les he contado la verdad.

—Pero aún hay un par de detalles que me gustaría aclarar.

Sudo no se dejó amilanar por el aplomo de Fumie y le planteó las preguntas que no había podido hacerle a la asistenta.

—¿De qué se trata?

—¿En qué clase viajaron ustedes a Nagaoka?

—En tercera —repuso, y añadió mirando a Tai—: Tai, prepárate, que vamos a coger el bus.

La asistenta salió de la cocina. Fumie dio unos pasos para ponerse delante de la nevera eléctrica y se reclinó levemente en su superficie rectangular de color crema.

—No quería decirlo delante de Tai, pero ella se sentiría incómoda viajando conmigo en segunda. La muchacha es muy consciente de su porte poco agraciado y de su clase. Aunque no se la vea muy avispada, se da cuenta de muchas cosas. Aun así, tampoco me pareció correcto que yo viajara sola en segunda y ella en tercera, como si quisiera remarcar la diferencia de clase social que hay entre nosotras. Pensé que viajar las dos juntas en tercera era lo mejor.

—¿En el hotel también se quedaron en la misma habitación?

—No. A ella la hospedé en un hostal sencillo en el área urbana. No quería que se sintiera a disgusto en medio de tanta gente que no era de su entorno, porque yo iba a tener que relacionarme y actuar como corresponde en ese círculo social. Por eso me alojé en el hotel con los demás y volví con ellos, y a ella la mandé un día antes a casa en un tren nocturno en tercera.

Aunque expuso la situación de manera escueta, mostraba una profunda consideración hacia su poco sofisticada asistenta. Al menos, esa fue la impresión que les dio.

5

Había caído la tarde. Cuando llegaron a la estación, la plaza era un mar de gente, y había muchos abanicándose en *yukata*. Del lado derecho de la estación les llegaba el rítmico sonido de unos tambores *taiko*, que marcaban el inicio de las danzas vespertinas que inaugurarían las festividades de la noche del solsticio de verano, y hacia allí se dirigían quienes iban vestidos de *yukata*.

El inspector Sudo se detuvo de repente y miró a Seki.

—¿Qué hacemos?

—¿Sobre qué?

—Si nos tomamos una cerveza, hombre. Aunque no hemos descubierto nada interesante en esta visita… Espero que el equipo de Takeda tenga más suerte que nosotros. Venga, vamos a tomarnos una para desearles buena suerte.

Sudo parecía querer encontrar cualquier excusa para tomarse una cerveza. El equipo del inspector Takeda había ido a recabar el testimonio del revisor del tren 311.

—De acuerdo.

A Seki también le apetecía esa cerveza. Pensar en una bien fría hizo que le sonaran las tripas de emoción.

—Voy a llamar a ver si han averiguado algo.

Había un teléfono público junto al estanco contiguo a la estación. Se acercaron al estanco y Sudo levantó el auricular mientras Seki encendía un cigarrillo de pie a su lado, en la acera. Frente a la estación, los neones rojos, verdes y morados de la cervecería parpadeaban alegremente incitando a los transeúntes a saciar la sed y el hambre. En el escaparate de la cervecería estaban expuestas en ordenadas hileras las réplicas en cera de los platos que se servían en el establecimiento, como tempura de langostinos, anguila asada, varios tipos de sushi y muchos otros. Las réplicas estaban tan logradas que su visión hubiera hecho salivar hasta a alguien con el

estómago lleno. Al mirarlas, Seki se dio cuenta de que llevaba tiempo sin probar la mayoría de aquellos manjares.

Sudo terminó la llamada y se reunió con él. Tenía la frente sudorosa. Se sacó un pañuelo sucio del bolsillo del pantalón, se enjugó la frente y se atusó el bigote.

—¿Qué le han dicho?

—Nada, nada. La cerveza tendrá que esperar.

—¿Cómo?

—El equipo de Takeda tampoco ha descubierto nada relevante. Seiko Mano, la estudiante universitaria, ¿recuerdas?, la que se quedó en casa de la señora Hishinuma en su ausencia, también corrobora su declaración. Asegura que es una verdad incontestable que la señora Hishinuma tomó el tren trescientos once a primera hora de la mañana en la estación de Omiya. Y el revisor de ese mismo tren, al que la señora Hishinuma avisó de que había perdido su cuaderno de sellos, también confirma su declaración punto por punto. Me temo que no hay más remedio que reconocer que ha dicho la verdad.

—O sea, que ella sería inocente…

—Eso es. Fumie Hishinuma no es la asesina. Alguien que no es ella mató a Chita, mató a Obata y mató al presidente.

Los dos se quedaron unos instantes de pie sin decir nada, derrotados y dolidos por la noticia. No estaban cabizbajos por no poder tomarse esa cerveza fría que tanto ansiaban. Lo estaban porque, cuando creían haber visto la luz que los conduciría finalmente a resolver el caso, esta se había apagado de repente y los había dejado sumidos en la oscuridad de nuevo.

XIII

El caramelo envuelto en hoja de bambú

1

—Ojalá Murase vuelva a hablar… —le dijo Tanna varias veces a Onitsura, a quien el jefe de sección había vuelto a convocar para que reanalizara las coartadas de Fumie Hishinuma.

El hospital los había informado de que tanto Murase como Narumi, que iba de acompañante en el coche accidentado que conducía el primero, seguían en coma y en estado crítico.

Según el testimonio de las empleadas del Cisne Negro, Murase se había mostrado muy desdeñoso por el modo en que la policía había enfocado el caso y afirmaba que habían cometido un error fundamental que ni siquiera habían advertido. Por más que había insistido, las autoridades no le habían hecho ni caso. Pero con la investigación en punto muerto, la unidad no podía permitirse el lujo de seguir haciendo caso omiso de las afirmaciones de Murase.

—Tiene que ser un infierno estar vendado de los pies a la cabeza con este calor y no poder hacer nada más que estar tumbado… —comentó Tanna.

—Pero están en coma, así que dudo que sientan calor ni dolor. Yo diría que para ellos es mejor que sigan en coma hasta que sus

heridas curen.

—Claro, es verdad. Vamos, que con este calor, casi estamos peor que ellos.

Tanna se limpió el sudor de la frente con un pañuelo bien almidonado y miró la calle por la ventana, que reflejaba los intensos rayos del sol. El brillo cegador de la luz lo obligó a entornar los ojos. Onitsura se levantó, bajó la persiana, volvió a su silla y observó a Tanna.

—¿Sabes, Tanna?, cuando el jefe de sección nos detalló la coartada de la señora Hishinuma, hubo algo que me llamó la atención. ¿A ti no?

Tanna recapituló mentalmente las declaraciones de los testigos, pero no fue capaz de ver adónde quería llegar el inspector.

—Pues… No sé qué decirle, la verdad. ¿Qué le llamó la atención?

—La declaración de Matsuoka, el revisor del tren trescientos once —dijo Onitsura, como dándole una pista, pero solo consiguió acrecentar la perplejidad que reflejaba el rostro bronceado de Tanna.

Fumie Hishinuma afirmaba que había bajado al andén en la estación de Kashiwazaki para sellar su cuaderno de sellos durante el viaje a Nagaoka en el tren en el que Matsuoka prestaba servicio, mientras que el revisor había declarado que la señora Hishinuma se había presentado en su cabina para informar de la pérdida de dicho cuaderno. No se apreciaban contradicciones en cuanto a fecha y hora, y Tai Okuwa, la asistenta, había confirmado estos extremos. Por más que lo examinaba, Tanna no conseguía ver nada sospechoso en la declaración del revisor.

—¿Lo ves ahora?

—Qué va …

Onitsura sonrió. Cuando su rostro adoptaba aquella expresión de confianza, la mandíbula parecía aún más protuberante de lo que era.

—A mí también casi se me pasó por alto. Ella viajó el día catorce del pasado mes. Pero la declaración del revisor fue tomada el día ocho de este mes. Es decir, que hay un lapso de cuatro semanas entre el suceso y la declaración.

—Entiendo.

—¿Crees que alguien que viera brevemente el rostro de una mujer se acordaría con claridad de ella cuatro semanas más tarde?

—Caramba, es verdad. Es poco probable. A menos que hubiera algo particularmente llamativo en el encuentro.

Tanna entendió por fin adónde quería llegar Onitsura. Y, en cuanto lo entendió, supo también lo que haría Onitsura a continuación.

—¿Quiere que vaya yo?

—No, esta vez iré yo —le dijo a Tanna cerrando el abanico.

Tanna tuvo la impresión de que Onitsura esperaba descubrir algo importante en esta visita.

2

Matsuoka, el revisor, vivía en Ogumachi, en el distrito de Arakawa. Aunque el barrio se encontraba en una zona baja próxima al río Arakawa, el suelo era de mala calidad y le daba al paisaje un aspecto reseco, polvoriento y gris. Tal vez por esa razón, el crecimiento de las plantas era lento y no había bulevares flanqueados por árboles. Las fábricas y talleres negros de hollín que se alternaban con las casas le daban al barrio un aire aún más desolado. El grueso de la población lo formaban los obreros que trabajaban en las numerosas manufacturas de la zona, seguidos por los trabajadores del ferrocarril empleados en la cercana estación de

Oku de la línea Tohoku o bien en el almacén ferroviario local. Estas eran las características de este humilde barrio.

El domicilio del revisor estaba ubicado al fondo de un estrecho callejón, en un lugar bastante alejado de la carretera de circunvalación. Onitsura encontró al hombre en ropa interior regando la planta de los estropajos que trepaba por una espaldera pegada al muro del jardín. A pesar de sus esfuerzos, los frutos que daba la planta eran bastante raquíticos, del tamaño de un pepino pequeño.

—¿Qué puedo hacer por usted, inspector? —dijo el revisor levantando la mirada de la tarjeta de visita que le había entregado Onitsura.

En el rostro de pómulos salientes y escurridos destacaban unos ojos de mirada honrada. Antes de explicar el motivo de su visita, Onitsura se fijó en la vivienda. No le parecía adecuado tratar aquel asunto allí de pie; pero tampoco quería molestar a la familia del revisor entrando en la casa.

—¿No habrá por aquí cerca una cafetería tranquila en la que podamos charlar con calma? —le preguntó Onitsura.

Matsuoka entró rápidamente en casa y volvió a salir enseguida vistiendo una camisa de manga corta y un pantalón blanco sin pliegues que le daban a sus piernas el aspecto de dos postes eléctricos.

Echaron a andar por el asfalto reblandecido por el calor hacia la gran avenida que llevaba a Showamachi, y al poco entraron en una elegante cafetería que desentonaba bastante en un barrio polvoriento como aquel. La angosta entrada daba paso a un interior igual de estrecho. En el centro de la sala habían dispuesto un arreglo floral de crisantemos y claveles en el interior de un bloque de hielo. El calor había derretido la mitad del hielo y las flores rojas de los claveles empezaban a asomar.

Por suerte estaba vacía. Onitsura se sentó a una mesa en una esquina y pidió algo frío. En la pared que tenían al lado colgaba el retrato de una sirena realizado en el estilo de Seiji Togo, y sus rasgos suaves e imprecisos le recordaron a Fumie Hishinuma.

—Lamento molestarlo en su día libre —dijo Onitsura, desplazando la mirada del cuadro a Matsuoka; debía de ser un engorro ser entrevistado una y otra vez por la policía.

—Nada, no se preocupe —repuso de forma lacónica Matsuoka, con el destello de una sonrisa en los ojos pequeños que habría pasado inadvertida a alguien poco atento.

—¿Le importaría confirmarme una vez más que la señora Hishinuma viajaba en aquel tren?

En lugar de contestar directamente, Matsuoka empezó a relatar lo sucedido aquel día.

—Eso pasó el día catorce del mes pasado. Yo estaba de servicio en el tren número trescientos once con destino a Niigata y esa señora se personó en mi cabina para informarme de que había perdido su cuaderno de sellos en el andén de la estación de Kashiwazaki. Dijo que no sabía si se le había caído o se lo habían robado, aunque no creía que nadie anduviera robando cuadernos de sellos; en cualquier caso, quería avisarme para que se lo hiciéramos llegar si aparecía. Le pedí el nombre y la dirección y lo notifiqué a la estación de Kashiwazaki.

—¿Recuerda a qué hora sucedió?

—La hora… Mmm, fue poco después de salir de Echigo-Hirota, así que debió de ser alrededor de las cinco menos diez —respondió después de pensar un poco.

Onitsura sacó el horario y vio que el tren 311 salía de la estación de Echigo-Hirota a las 16.46.[1] Por lo tanto, era plausible que Fumie

fuera a ver a Matsuoka alrededor de las cinco menos diez. En cualquier caso, no pudo ser mucho antes de esa hora.

La camarera trajo los helados. Los dos cogieron la cuchara al mismo tiempo y atacaron la masa blanca. El frío les helaba la lengua y les daba dentera. Un trolebús pasó cansinamente por la carretera de circunvalación.

—Permítame que cambie de tema, señor Matsuoka. —Onitsura no fue consciente, pero debió de hablar en un tono más serio porque Matsuoka dejó la cuchara en el plato y miró a Onitsura tensando un poco el gesto—. Como me acaba de decir, usted recibió el aviso de extravío de la señora Hishinuma el día catorce del mes pasado. ¿Cómo es que después de cuatro semanas se acordaba con tanta claridad del rostro de una pasajera a la que vio apenas unos instantes?

Quizá debido a la expresión impasible de Onitsura, el revisor no pareció entender qué pretendía el inspector con aquella pregunta y lo miró con cara de pasmo y parpadeando como un búho. Onitsura le tuvo que repetir la pregunta.

—Oh, ya entiendo lo que me quiere decir. Es muy sencillo. Es que ella volvió a mi cabina un par de veces más para preguntar por el cuaderno. Por eso me acuerdo tan bien de ella. Aunque al final el cuaderno no apareció, quizá ella también lo dio por perdido, porque no regresó más.

Y con esto, el revisor volvió a coger la cuchara. El calor había derretido la mitad de los helados.

Aunque no lo dejó traslucir, en el fondo Onitsura se sentía bastante contrariado. No tenía nada de extraño que alguien que había perdido un objeto muy querido volviera a la cabina del revisor varias veces para preguntar si había aparecido. El hecho de que Matsuoka se acordara tan bien de la cara de Fumie le había parecido

chocante al principio, pero, después de escuchar la explicación, parecía muy comprensible y natural. En definitiva, la coartada de Fumie era sólida y no tenía el menor resquicio.

El abatimiento le duró poco al inspector. Precisamente la perfección de aquella coartada fue lo que lo alentó a crecerse para desmontarla.

Pero ¿por dónde empezar? Solo existía una opción: visitar a los dos restantes testigos de aquel viaje en tren, escuchar sus testimonios, aplicar una lupa de aumento en ellos, aguzar los sentidos y detectar las confusiones, errores y contradicciones que pudieran contener.

3

Onitsura decidió visitar primero a Seiko Mano e ir después a Omiya. Seiko Mano era la chica que estudiaba en la misma universidad en la que habían estudiado Fumie Hishinuma y Atsuko Suma, y que había sido contratada para cuidar la casa de Fumie mientras esta estaba en Nagaoka. Onitsura llamó a su apartamento y supo que Seiko se había ido a estudiar a la biblioteca.

Tras despedirse de Matsuoka, Onitsura volvió a la estación de Oku y tomó el tren a Ueno, donde hizo transbordo a la línea Yamanote para dirigirse a Meguro, donde estaba la universidad de Seiko.

Una línea de autobús cubría el trayecto de apenas dos kilómetros entre la estación de Meguro y la universidad femenina. Onitsura tomó este autobús y recordó que hacía unos años había viajado en aquella misma línea, en un bus atestado de universitarias. Solterón empedernido, no estaba familiarizado con el sexo opuesto y nunca había compartido un espacio tan reducido con ellas, y fue en aquel

viaje y a su edad cuando conoció por primera vez el olor corporal de una mujer. El estrecho interior del vehículo pronto quedó saturado del efluvio de sus cuerpos, un aroma entre dulce y agrio que distaba mucho de resultar seductor para un hombre, y que le provocó un inmediato malestar que no deseaba volver a experimentar. En cuanto llegaron al destino, bajó del autobús y aspiró con gratitud el aire fresco mientras se compadecía del pobre conductor.

Ese día el autobús iba casi vacío. Durante las vacaciones de verano, casi nadie lo utilizaba. Cuando llegaron a término, Onitsura se apeó, cruzó una ancha calzada y se encontró frente a un gran portón de hierro forjado. Esta era una universidad joven, había sido fundada a comienzos de la era Showa, es decir, a finales de la década de 1920, pero gozaba de una sólida reputación por su educación liberal. Y por eso, cuando comenzó la segunda guerra sino-japonesa, a finales de la década de 1930, fue intervenida por los militares en varias ocasiones, que llegaron a expulsar a varios profesores.

El portón estaba cerrado, pero había una pequeña puerta de servicio. Desde ahí se veía el patio de césped y el camino de gravilla que describía una suave curva que conducía hasta un edificio blanco con una torre de reloj en el centro. Una mariposa *Papilio bianor* volaba a sus anchas sobre el césped verde oscuro, pero no había nadie más. Onitsura dedujo que el edificio cuadrado de color parduzco que había enfrente del edificio principal era la biblioteca y fue hacia allá.

La biblioteca estaba rodeada de árboles exóticos, plantados sin duda para conmemorar ciertas ocasiones especiales, entre ellos plátanos, laureles y metasecuoyas, que ofrecían una agradable sombra. Quizá por eso, el aire en el interior de la biblioteca era sorprendentemente fresco. Onitsura preguntó por Seiko Mano a una

estudiante que estaba consultando el tablón de anuncios, tras lo cual esta desapareció entre las estanterías para reaparecer enseguida con Seiko.

Era la primera vez que el inspector la veía. Era una chica más bien corpulenta y llevaba un vestido blanco. Aunque no llevaba ni una pizca de maquillaje y no podía decirse que fuera guapa, transmitía una saludable energía. Seiko lo condujo hasta un banco a la sombra de un eucalipto y se sentó.

—Si tiene que ver con la señora Hishinuma, ya les conté el otro día todo lo que sé… —dijo levantando la vista hacia Onitsura, que seguía de pie.

Tal vez porque estaba harta de que la policía le preguntara una y otra vez por el mismo asunto o quizá porque le había molestado que la interrumpieran mientras estudiaba, había en su tono de voz un matiz de protesta. Onitsura se sentó en el banco, y hablándole en su característico tono calmado, le preguntó por qué y cómo le encargaron el cuidado de la casa de la señora Hishinuma.

—Vi un anuncio en el club universitario. Buscaban a alguien que no se fuera durante las vacaciones de verano y que no fuera muy aficionada a los viajes. Yo era perfecta para lo que pedían y respondí. Pero ¿por qué preguntan tanto por esa señora? —preguntó Seiko con toda lógica. Onitsura también había previsto la pregunta.

—No, no es que estemos interesados especialmente en ella. Estamos investigando a una serie de personas relacionadas con un caso, en concreto, once personas, entre las que se encuentra la señora Hishinuma.

La mentira de Onitsura sonó tan creíble que pareció convencer a Seiko.

—Tiene que ser un trabajo agotador con este calor —repuso comprensiva.

—Así es esta profesión, qué le vamos a hacer… Volviendo al asunto, ¿te importaría que habláramos sobre el día en que la señora Hishinuma te dejó al cuidado de su casa y salió de viaje?

Onitsura alargó el brazo para tirar al suelo de un manotazo una oruga peluda que trepaba por la ropa de la chica. Era casi imposible encontrar a una mujer a la que le gustasen estas orugas. Aunque Onitsura no lo había hecho esperando ganarse su confianza, a ella le debió de agradar su gesto, porque a partir de entonces se volvió más comunicativa.

—Un día antes del viaje fui a su casa para que me la enseñara y me explicara lo que tenía que hacer. Al día siguiente, me levanté muy temprano para acompañarla a la estación de Omiya. Tuve que acompañarlas porque llevaban cinco maletas, y aunque eran pequeñas, no las podían llevar ellas solas.

—¿Qué día fue exactamente?

—El día catorce del mes pasado.

—¿Recuerdas el tren que tomó la señora?

—Fue un tren con destino a Niigata.

—¿A qué hora salió?

—De esto me acuerdo muy bien porque el mes pasado también me lo preguntó un compañero suyo. Fue el tren con salida de Omiya a las seis y veintiséis.[2]

Seiko Mano respondía a las preguntas con claridad. Onitsura también se sabía de memoria la hora de salida del tren número 311 de la estación de Omiya.

—Hay otro tren que sale de Omiya con destino a Niigata una hora más tarde. ¿Estás segura de que no estás confundiendo los trenes?

—No —dijo negando con la cabeza, y continuó—: Lo mismo me preguntó su compañero. El tren que tomó la señora fue el que sale a las seis y veintiséis de Omiya, pero ese que sale una hora más tarde

lo hace a las siete y treinta y cuatro. Es imposible que los esté confundiendo. Todo el mundo está despierto a las siete y media. Pero cuando nosotros salimos para la estación, la ciudad aún dormía.

—Muy bien. Una pregunta más: ¿quién acompañaba a la señora?

—Su asistenta. Una chica gordita que no parecía muy espabilada, aunque esté feo decirlo. Se sentaron las dos juntas en un vagón de tercera. Recuerdo muy bien a la señora diciendo que se alegraba de haber encontrado asientos.

—¿Qué impresión tienes de la señora Hishinuma?

—Bueno, no sé…, quizá que es una mujer resolutiva y con personalidad. Viajar en tercera con su asistenta no es algo que se atrevan a hacer otras mujeres de su clase social. No me gusta hablar mal de las mujeres, pero tengo que reconocer que muchas son incapaces de mostrar esa clase de empatía —dijo Seiko, con una carga de admiración en la voz.

Onitsura no pudo descubrir nada interesante tampoco en esta entrevista. En todo caso, si algo había logrado el testimonio de Seiko Mano era reforzar aún más si cabe la coartada de Fumie, pero también la impresión del inspector de que se trataba de una mujer con criterio e iniciativa, lo que concordaba con lo relatado por la dueña del burdel de Tobita. Y una mujer con esa fuerza de carácter no vacilaría en cometer un asesinato si decidía que tenía que hacerlo.

4

Onitsura se apeó en la estación de Omiya, pero se equivocó de salida y salió por la este a pesar de que había memorizado con

antelación el plano de la estación. Sin duda el bochorno le embotaba la cabeza. La ciudad había crecido hacia la zona del oeste de la estación de ferrocarril y apenas se había extendido hacia el este. Seguro que cuando se inaugurase la nueva carretera de Nakasendo empezaría a urbanizarse toda esa zona, pero para eso todavía faltaban años. En cualquier caso, el contraste entre el ambiente alegre y bullicioso de la salida oeste y el fúnebre y sombrío aspecto de la salida este era muy llamativo. Onitsura chasqueó la lengua lamentando su error, cruzó por el paso elevado y salió por el lado oeste.

Cruzando el barrio de Daimoncho en dirección oeste, justo antes de llegar a la carretera de Nakasendo, encontró la farmacia Hoashi. En el interior un hombre de mediana edad vestido con bata blanca hablaba con otro que tenía la cabeza vendada. Delante del cliente había dispuestos cinco o seis frascos de medicamentos de distintos tamaños. El farmacéutico debía de estar explicándole los efectos de cada uno.

Onitsura cruzó la carretera de Nakasendo, torció a la izquierda y enfiló la calle flanqueada por tiendas de casi un kilómetro de largo que llevaba al santuario Hikawa. En el caos de la posguerra aquellas calles comerciales habían surgido en los lugares más inesperados. Aunque los años eran evidentes en aquellas tiendas, tenían la vitalidad propia de un barrio emergente. Había floristerías, confiterías, tiendas de tofu, carnicerías… Pero el establecimiento que de pronto llamó la atención de Onitsura mientras caminaba fue una farmacia cuyo nombre se anunciaba en un cartel: Kyumeido. El inspector escrutó el interior y vio que en sus estanterías había tantos medicamentos expuestos como en la farmacia Hoashi de Daimoncho. Probablemente fueran negocios rivales: la farmacia Kyumeido era también bastante grande, destacaba por su limpieza, y

el despacho de dispensación se veía hermoso con sus letras doradas. Sin embargo, lo que más le llamó la atención no fue ninguno de esos detalles, sino lo extraño que resultaba que Fumie, sufriendo dolor de estómago, fuera a la farmacia Hoashi, que estaba más lejos, pasando de largo por delante de la Kyumeido. Onitsura sabía por experiencia que hay dolores de estómago que pueden ser terribles. Lo que desearía cualquier persona que los estuviera sufriendo sería hallar alivio lo antes posible. Entonces, ¿por qué Fumie había ido hasta Daimoncho?

A bote pronto, se le ocurrían un par de razones por las que Fumie elegiría la farmacia Hoashi. La primera, que en la farmacia Kyumeido no tuvieran el medicamento que buscaba. Si esta fuera la razón, no comprometía en ningún modo su coartada. Pero, si se tenía en cuenta que la visita a la farmacia Hoashi era la base de su coartada, cabría suponer que tal vez la farmacia Kyumeido carecía de las condiciones que ella necesitaba para utilizarla como coartada, condiciones que sí reuniría la farmacia Hoashi y que habrían determinado que la eligiera. Onitsura esquivó una bicicleta y se detuvo. ¿Qué tendría la farmacia Hoashi que no tenía la Kyumeido?

Onitsura reanudó la marcha muy despacio. Tuvo la sensación de que esta incógnita sería fácil de despejar. La declaración del farmacéutico de la Hoashi establecía la coartada de Fumie, y lo que corroboraba la veracidad de esa declaración era la tarjeta de registro de dispensación. Era la tarjeta, entonces, la que apuntalaba la coartada de Fumie. En tal caso, cabía deducir que quizá en la farmacia Kyumeido no registraban las dispensaciones. Para saber si esta deducción era correcta o no, bastaba con acudir a la farmacia. Onitsura dio media vuelta, desanduvo el camino a grandes zancadas y entró en la farmacia Kyumeido.

La dueña de la farmacia, una mujer de aspecto saludable de cincuenta y tantos años, tenía en la comisura del ojo derecho un lunar parecido a una lágrima que chocaba en su rostro sonriente y amigable.

—Buenas tardes. ¿Qué desea?

—Querría un medicamento para el dolor de estómago —dijo Onitsura.

La farmacéutica se dio la vuelta para mirar las estanterías que tenía a su espalda y cogió un par de cajas de medicamentos comerciales. Ambos eran conocidos analgésicos que se anunciaban con frecuencia en los periódicos.

—Lo siento, pero es que esos medicamentos comerciales nunca le sientan bien a mi mujer. ¿No podría usted dispensarle un buen preparado?

Ella asintió, entró en el cuarto de dispensación y bajó de las estanterías un frasco de vidrio azul y otro marrón. Después, mezcló sus contenidos en un almirez. Aunque Onitsura observó todo el proceso, como sospechaba, no la vio anotar nada en ningún cuaderno o tarjeta. No era descabellado, pues, suponer que tras unos años viviendo en la zona Fumie supiera qué farmacias registraban las dispensaciones y cuáles no, y que se le ocurriera servirse de este detalle para respaldar su falsa coartada.

—Son trescientos yenes por tres dosis. Dígale a su mujer que se tome una entera cada vez que tenga espasmos.

Onitsura pagó y recogió la bolsa con la medicación. Fue a dar un paso, pero se detuvo, miró a la farmacéutica y le preguntó:

—¿Sabría usted decirme dónde viven los señores Hishinuma? Ella es una mujer muy joven y guapa, no sé si la conoce…

—Tome a la derecha la calle que queda justo antes de llegar a la entrada *torii* del templo sintoísta y siga recto. Enseguida verá la casa

a mano izquierda. Es una casa muy grande, no tiene pérdida.

La expresión de la mujer delataba familiaridad con los Hishinuma. Era evidente que estos eran clientes habituales de la farmacia. Al mismo tiempo, Onitsura percibió con claridad el aroma de una maquinación en el hecho de que Fumie eligiera la farmacia Hoashi a pesar de que en Kyumeido, que estaba más cerca, también dispensaban preparados.

5

Cuando Onitsura estaba llegando a la casa de los Hishinuma, se abrió la puerta trasera de la casa y salió por ella una mujer joven con la cesta de la compra colgada de un brazo. El cuerpo rollizo de Tai Okuwa parecía aún más orondo con el delantal con mangas *kappogi* que llevaba puesto y que la distinguía como la asistenta desde lejos.

Onitsura la llamó. En efecto, era ella. Al principio no decía nada, como si tuviera miedo de hablar. Pero pronto la sonrisa amigable de Onitsura la relajó, y le contó que iba a comprar manteca de cerdo para freír y que llevaba una lata en la cesta para ponerla. Onitsura ajustó su paso al de Tai y volvió con ella por donde había venido. Los dos formaban una pareja extravagante y las amas de casa con las que se cruzaban se los quedaban mirando extrañadas.

Fumie se enteraría de que había interrogado a Tai tarde o temprano, era imposible mantener aquel encuentro en secreto, por lo que Onitsura se presentó oficialmente a la asistenta y la llevó al recinto del santuario Hikawa. Ella se mostró reacia y alegó que eso la retrasaría, pero no debía de estar acostumbrada a imponer su criterio y a Onitsura no le costó demasiado convencerla para que la

siguiera con más o menos docilidad. Subieron por la escalera de piedra, torcieron por la estatua de piedra del león guardián y vieron un banco en medio de un bosquecillo de cedros. Onitsura limpió el polvo del asiento con un pañuelo, le pidió a la asistenta que se sentara y se instaló a su lado. Las cigarras cantaban sin descanso. Aparte de unos cuatro o cinco niños con sus redes para atrapar insectos, allí no había nadie más.

—¿Te acuerdas de cuando viajaste a Nagaoka con la señora Hishinuma? —le preguntó a Tai, que tenía la boca abierta y un gesto alelado. Su expresión bobalicona hizo dudar a Onitsura de si había comprendido la pregunta.

—Sí…

—¿Con quién fuiste?

—Con la señora.

—¿Te separaste de ella en algún momento y viajaste sola?

—No. Estuve todo el tiempo con ella —respondió con lentitud, como si no entendiera muy bien por qué se lo preguntaba.

Onitsura se armó de paciencia y atacó por distintos flancos cada cuestión que quería aclarar, y pasaba a abordar el siguiente asunto solo después de quedar satisfecho con las respuestas de Tai. Aunque lamentaba la bronca que le echaría su señora cuando volviera tarde a casa, no podía hacer otra cosa.

Sin embargo, a pesar del celoso interrogatorio, Onitsura no logró que Tai le contara nada distinto de lo que ya había declarado ante sus colegas Seki y Sudo. Ella y Fumie fueron muy temprano por la mañana a la estación de Omiya para ir a Nagaoka en un tren con destino a Niigata. Seiko Mano, a la que Fumie encargó cuidar de la casa en su ausencia, las acompañó a la estación para ayudarlas con las maletas. Ella y Fumie estuvieron juntas en todo momento desde que salieron de casa hasta que llegaron a Nagaoka, y así. No dijo

nada que se desviara del relato ya conocido. La dificultad con la que hablaba, en un tono plano que no dejaba traslucir ninguna emoción, solo acrecentaba la verosimilitud del relato. Mejor dicho: aquello que decía parecía la verdad y nada más que la verdad. Su expresión lela e inocente sugería que no estaba mintiendo; es más, ni siquiera parecía capaz de mentir. Y en el hipotético caso de que Fumie la hubiera inducido a mentir, resultaba muy difícil de creer, si no imposible, que durante el cuidadoso interrogatorio del veterano inspector Sudo no se contradijera ni cometiera un solo desliz que pudiera hacer sospechar que mentía. Además, que el tren en el que viajaron fue el tren con salida de Omiya a las 6.26 con destino a Niigata y que ese día fue el 14 de junio era lo que acababa de decirle Seiko Mano. Teniendo en cuenta ambas declaraciones, parecía indiscutible que, a la hora en que Hanpei Chita fue asesinado, Fumie estaba, como había declarado, en el tren que transitaba las vías entre las estaciones de Sekiyama y Wakinoda.

Onitsura se quedó pensativo. Tai Okuwa comenzó a impacientarse y a removerse incómoda en el asiento, preocupada por la hora. Al lado del templo unos niños iniciaron una pelea por una cigarra que habían cazado, y una niña rompió a llorar. El bosquecillo de cedros comenzó a teñirse del color anaranjado del crepúsculo.

—Disculpe… ¿Me puedo ir ya?

—Oh, sí…, claro —respondió Onitsura con desgana, con la incómoda sensación de que algo se le estaba escapando.

Sin embargo, tampoco parecía que pudiera sacar nada más en claro por mucho que insistiera en interrogar a Tai Okuwa. A Onitsura ya no le quedaban más excusas ni razones para tenerla allí retenida. Si más tarde se acordaba de algo que hubiera debido preguntarle, no tendría más remedio que hacerlo por teléfono.

—Te pido disculpas por las molestias. Si la señora te pide explicaciones, cuéntale que ha sido todo culpa mía —añadió Onitsura después de darle las gracias.

No sabía si Fumie perdonaría a su asistenta si esta le decía que la cena se había retrasado porque se había visto obligada a atenderlo. Cuando pensó esto, sintió lástima por esa inocente mujer y lamentó haber dispuesto de su tiempo casi a la fuerza.

—Si necesitase volver a hablar contigo, te llamaré. ¿Recuerdas el número de teléfono de la señora?

Onitsura se puso de pie y se sacudió el polvo de los pantalones. Tai Okuwa también se levantó sujetando con cuidado la cesta de la compra en brazos y comenzó a rebuscar algo en el bolsillo de su delantal.

—Lo tengo anotado en un trozo de papel porque siempre se me olvida —dijo ella sin dejar de rebuscar.

—Dame la cesta, que te la sujeto.

—Gracias.

Tai entregó la cesta de la compra a Onitsura y siguió rebuscándose en los bolsillos hasta que sacó un trozo de papel verde doblado, lo extendió con sus torpes dedos y leyó el número que tenía anotado en su reverso.

—Muchas gracias —le agradeció Onitsura, y miró distraídamente, mientras guardaba el cuaderno de notas, el trozo de papel que ella tenía en la mano.

El papel de color verde llevaba impreso en letra roja y caligrafía de pincel: «Caramelo envuelto en hoja de bambú, producto tradicional de Echigo-Yuzawa». Onitsura había visto alguna vez aquel envoltorio. No bebía debido a su intolerancia genética al alcohol, pero era muy goloso y le encantaban los dulces. Y se acordó de que, en un viaje que había hecho a Niigata unos cinco años después de

finalizada la guerra, compró el mismo caramelo en el andén de la estación de Yuzawa. Era un dulce sin gracia ninguna, azúcar blanco derretido que se vertía en una hoja de bambú que luego se doblaba para envolver el caramelo. Recordaba la decepción que se había llevado. Aunque igual habían mejorado la receta y estaba rico.

—¿Cuándo compraste este caramelo?

—En el viaje que hice con la señora. Me lo compró la persona que estaba sentada en el asiento de enfrente.

—No está muy bueno, ¿no crees?

Ella negó con la cabeza para mostrar su desacuerdo con la opinión de Onitsura. Tal vez a esta muchacha de pueblo, poco acostumbrada a regalarse el paladar, cualquier cosa le parecía deliciosa.

—Quise comprarlo también en el viaje de vuelta, pero no pude porque iba en un tren nocturno y tampoco sabía el nombre de la estación —dijo con una nota que a Onitsura le pareció casi de resentimiento.

Pero esta respuesta de Tai se le clavó en el oído como una púa.

—Entonces, te lo dieron en el tren del viaje de ida, ¿verdad?

—Así es.

—O sea, te lo dieron estando con la señora Hishinuma en el tren.

—Así es.

«Aquí hay algo que no cuadra», pensó Onitsura. La estación de Echigo-Yuzawa estaba en la línea Joetsu y no en la Shin-etsu. Según lo que acababa de contar Tai Okuwa, ellas habrían viajado a Nagaoka en la línea Joetsu. Sin embargo, en su relato del viaje con Fumie, ella había afirmado repetidas veces que viajaron en la línea Shin-etsu. Esa última versión del viaje en la línea Shin-etsu era la que también sostenían Seiko Mano, la universitaria, y el revisor Matsuoka.

Por el número de testigos y su fiabilidad, lo sensato era creer que Fumie y Tai habían viajado en la línea Shin-etsu. Pero Onitsura sabía que la ruta que seguía la línea Joetsu para llegar a Nagaoka era aproximadamente cien kilómetros más corta que la que seguía la línea Shin-etsu. En el hipotético caso de que Fumie estuviera mintiendo y en realidad hubiesen viajado en la línea Joetsu, se habrían ahorrado una distancia y un tiempo considerables. En tal caso, ¿pudo Fumie cometer el asesinato antes de que el tren de la línea Shin-etsu llegara a la estación de Nagaoka?

Cuando Onitsura volvió en sí, Tai seguía aún de pie delante de él, con gesto nervioso y con la cesta de la compra en brazos. Iluminado por la cálida luz del crepúsculo, su rostro ya de por sí rubicundo se veía aún más encarnado.

6

Tanna estaba solo leyendo el periódico cuando Onitsura regresó a la oficina. Debía de habérselo leído casi entero, porque contemplaba distraídamente la fotografía de una modelo que aparecía en un anuncio.

—Por fin llega. Hemos recibido una llamada que…

—La llamada puede esperar —lo interrumpió Onitsura—. Quiero que escuches esto primero.

Tenía prisa por comprobar cómo reaccionaría Tanna al conocer el resultado de sus pesquisas. Cogió una toalla, se secó el sudor de la cara, se sentó y comenzó a abanicarse con impaciencia.

—Como sabes —empezó—, salí de aquí decidido a encontrar pruebas que echaran por tierra la coartada de la señora Hishinuma, porque estaba convencido de que era falsa. Pero tanto el revisor

Matsuoka como la estudiante universitaria, Seiko Mano, la corroboraron punto por punto. Salí entusiasmado, convencido de que lo lograría, pero al hablar con ellos no pude dar con nada distinto de lo que ya sabíamos gracias al trabajo de nuestro colega Sudo. Y encima, ¡hacía un calor insoportable!… Así que te puedes imaginar cómo me sentía.

Tanna llevaba muchos años trabajando con Onitsura y conocía bien su temperamento. Por su expresión y el tono de voz, supo enseguida que Onitsura venía con buenas noticias, y estaba impaciente por conocerlas.

Onitsura seguía abanicándose con una mano mientras sacaba el horario de trenes de su maletín y lo lanzaba encima de la mesa.

—Pero no me di por vencido. O mejor dicho, aún no había agotado todas las balas de la recámara, como suele decirse, porque había salido de aquí con la intención de hablar con todos los implicados en la coartada. Y al final, di con un detalle interesantísimo hablando con Tai Okuwa, la asistenta de la señora Hishinuma.

Onitsura relató con precisión la conversación que había mantenido con Tai Okuwa en el banco del santuario Hikawa. Conforme avanzaba su relato, el movimiento del abanico de Tanna fue haciéndose cada vez más lento, hasta que se detuvo por completo. En su rostro moreno comenzaba a dibujarse una expresión de entusiasmo. Y cuando Onitsura terminó de contarlo todo, Tanna permaneció en silencio unos segundos, como si estuviera ordenando mentalmente cada detalle de la narración.

—En ese caso, lo primero que tendremos que hacer es investigar a fondo esa contradicción.

—Eso es.

—Pero se me ocurre una pregunta…

—A ver, venga, dispara —lo animó Onitsura enjugándose de nuevo el sudor de la cara. Habló con voz nasal, justo mientras se sonaba la nariz.

Tanna se pasó la lengua por los labios, tomándose un segundo para ordenar sus ideas.

—¿Y si la asistenta fue a Nagaoka dos veces? Una vez en la línea Shin-etsu y otra, en la Joetsu. Si le hubieran regalado el caramelo durante el viaje en la línea Joetsu, su coartada seguiría en pie.

—Ya lo he comprobado. Pero ella asegura que nunca ha hecho un viaje largo, ni a Nagaoka ni a ningún sitio.

—Qué raro… Bueno, ese caramelo también lo venden en la estación de Naoetsu de la línea Shin-etsu. ¿Está seguro de que el que le dieron a ella era de Yuzawa?

—En el envoltorio decía claramente «Echigo-Yuzawa».

—Aun así, si nos pusiésemos quisquillosos… —continuó Tanna, mientras daba pequeños golpecitos en la mesa con el abanico plegado, como tratando de encontrar una grieta en el razonamiento de Onitsura—, ese pasajero que le regaló el caramelo podría haber viajado el día antes en la línea Joetsu, comprado allí el dulce, y luego, al día siguiente, haber tomado la Shin-etsu y coincidido con Tai Okuwa en el tren. Así, ella habría recibido un caramelo comprado en una estación por la que su tren, en efecto, no pasó. Eso explicaría todo sin contradecir la coartada.

—Eso también lo he comprobado. Las personas que viajaban en el asiento de enfrente eran un matrimonio de mediana edad; se bajaron en una de las estaciones donde el tren hizo parada y compraron el caramelo en un puesto del andén. Tai lo vio con sus propios ojos. Es imposible que se confunda porque lo compraron delante de sus narices. Así que no, el caramelo no fue comprado el

día anterior ni en una estación por la que el tren que tomaron la señora Hishinuma y Tai Okuwa no pasó.

—…

—En definitiva —concluyó Onitsura, hablando despacio, como si quisiera persuadir a Tanna con su razonamiento—, como es impensable que se esté vendiendo un producto típico de la línea Joetsu en una estación de la línea Shin-etsu, no queda otra opción que concluir que ese matrimonio se apeó en una estación de la línea Joetsu, más en concreto, en la estación de Echigo-Yuzawa. Por lo tanto, el tren en el que viajaba Tai Okuwa tuvo que ser un tren de la línea Joetsu.

—A ver… —dijo Tanna, pensativo—, pero si Tai Okuwa iba sentada en el tren al lado de Fumie Hishinuma, me cuesta creer que esta le hubiera permitido conservar el envoltorio. Si ese detalle fuera suficiente para desmontar su coartada, sería precisamente lo que Fumie debería evitar a toda costa. El hecho de que no lo hiciera podría significar que Fumie no lo sabía… O dicho de otro modo, que no estaba con ella. Es decir, que Fumie viajó a Nagaoka por la línea Shin-etsu.

Tanna aprovechaba cualquier resquicio en el argumento de Onitsura para tratar de desmontarlo. Sin embargo, eso no era nada nuevo. Era la estrategia que siempre seguía en estos casos. Y justo así era como el razonamiento de Onitsura se iba haciendo cada vez más sólido.

—El caso es que el momento exacto en el que ese matrimonio le regaló a Tai el caramelo fue durante la parada que el tren hizo en la siguiente estación de Ishiuchi. Por eso, la señora Hishinuma se pudo apear al andén con el cuaderno de sellos en la mano… aunque no creo que haga falta decir que aquello fue puro teatro. Por su parte, Tai Okuwa, asegura que no le mostró el caramelo a su señora: se lo

guardó en el bolsillo o se lo comió sin decir nada. Y eso, conociéndola, es algo del todo creíble.

—Una glotona —dijo Tanna con mala baba, pero su expresión era alegre, como si por fin se hubiera convencido del razonamiento de Onitsura. También él sabía que viajando por la línea Joetsu, la hora de llegada a Nagaoka se adelantaba considerablemente respecto a un viaje por la línea Shin-etsu.

—Aun así, sigue siendo muy extraño. Según los testimonios de Seiko Mano y del revisor Matsuoka, la señora Hishinuma y su asistenta Tai Okuwa habrían viajado por la línea Shin-etsu; sin embargo, según lo que ha declarado la propia Tai, no queda más remedio que pensar que ambas lo hicieron por la línea Joetsu. Así que ahora nos toca dilucidar cuál de las dos versiones de los hechos es la correcta.

—Viajaron por la Joetsu, estoy seguro. Así ganaba el tiempo necesario para cometer el asesinato. De otra forma, la historia no encaja.

—Yo también quiero creer eso. Pero fíjate, Tanna: recuerda que Seiko Mano también afirma sin ninguna duda que ambas cogieron el tren trescientos once, con salida de la estación de Omiya a las seis y veintiséis. Y además, el revisor Matsuoka, que prestaba servicio en ese mismo tren, recuerda bien que la señora Hishinuma lo buscó para reportar la pérdida de su cuaderno de sellos. ¿Qué hacemos con estas evidencias?

—Mienten.

—¿Tú crees? En ese caso, ¿cómo logró la señora Hishinuma que mintieran? ¿Sobornándolos?

—No sé…

Aunque Tanna había sugerido que Seiko Mano y Matsuoka mentían, no tenía ningún argumento para sostener esa afirmación. Y

sabía muy bien por experiencia lo difícil y peligroso que era mantener en secreto un soborno, sobre todo a dos personas distintas.

—A mí me parece imposible que haya sobornado a los dos. Por eso, no me queda otra opción que creer en el testimonio de quienes aseguran que ellas viajaron en un tren de la línea Shin-etsu. Y es por eso que quiero entender, sobre la base de que los testigos dicen la verdad, cómo pudo suceder que, aun así, la señora Hishinuma y su acompañante llegaran a Nagaoka por la línea Joetsu.

Por un momento, Tanna pensó que Onitsura le estaba gastando una broma. Lo miró, incrédulo, tratando de leer en su expresión alguna señal de ironía. Pero el rostro de mandíbula prominente de Onitsura era la imagen misma de la seriedad. Ni un atisbo de duda: ni siquiera parecía estar considerando la contradicción como tal.

—¿Es eso posible?

—Fíjate bien. Siguiendo mi razonamiento, le hice dos preguntas a Tai Okuwa. La primera se me ocurrió teniendo en cuenta su capacidad intelectual. Le pregunté si recordaba los nombres de las estaciones por las que habían pasado.

—¿Y qué dijo?

—No se acordaba de ninguna. Bueno, no creo que fuera incapaz de hacerlo, pero me parece que es una mujer que no presta atención a esos detalles. La señora Hishinuma pudo aprovechar fácilmente ese rasgo de su carácter para hacerla creer que viajaron por la línea Shin-etsu, cuando en realidad lo hicieron por la Joetsu. Además, conociendo su ingenuidad, imagino que no le resultó difícil llevar a cabo ese plan.

—Entiendo.

—La segunda pregunta la hice para averiguar la hora exacta a la que habían llegado a la estación de Echigo-Yuzawa. Si podía

determinar el tren en el que viajaban en realidad, sabría también a qué hora llegaron a Nagaoka. Y, por consiguiente, si Fumie pudo haber estado en Nagaoka a la hora estimada del crimen —dijo Onitsura, en un tono seguro, casi satisfecho.

7

A pesar de todo, a Tanna le costaba creer que Tai Okuwa llevara su propio reloj; y más aún que alguien con tan poca memoria como ella se acordara de la hora de salida del tren desde alguna de las estaciones intermedias del trayecto.

—Supongo que tuve suerte, mucha suerte… Es imposible que recuerde con exactitud la hora a la que salieron de la estación, pero sí se acuerda de que se comió su *bento* más o menos a mediodía. Y, según ella, el matrimonio que le regaló el caramelo lo compró más o menos una hora antes de que empezasen a comer. Así que podemos deducir que el tren hizo parada en la estación de Yuzawa alrededor de las once. Mira, fíjate en el horario de trenes.

Onitsura abrió con mano experta el horario de trenes por la página de la línea descendente Joetsu y comenzó a recorrer con el dedo la fila de Echigo-Yuzawa, siguiendo las columnas que indicaban las horas de llegada de cada tren.[3] A diferencia de la línea principal Tokaido, por este ramal circulaban pocos trenes. Apenas catorce trenes descendentes al día hacían parada intermedia en Echigo-Yuzawa; en promedio, uno cada dos horas y media. El tren número 725, con destino a Nagaoka y parada en todas las estaciones, salía de la estación de Echigo-Yuzawa a las 11.16. Antes de este, había otro con parada en todas las estaciones que salía a las 8.48 y,

después, uno más a las 13.49. Ninguno de estos dos encajaba con el horario que podía deducirse de las declaraciones de Tai Okuwa.[4]

Tanna se levantó del asiento, rodeó la mesa y se sentó junto a Onitsura, inclinando la cabeza hasta casi rozar la suya para mirar el horario de trenes.

—Fíjate. Aquí está. Este sale de Yuzawa a las once y dieciséis. Tiene que ser este.

—Sí. El horario de salida del resto de los trenes no cuadra con las declaraciones de la asistenta.

El dedo de Onitsura subió por la columna del tren número 725 hasta llegar a la hora de llegada a la estación de Nagaoka: las 13.14.

—Hanpei Chita fue asesinado entre las dos y cuarto y las dos y media.

—Eso es, entre las dos y cuarto y las dos y media.

—Lo que significa que, llegando a las trece horas y catorce minutos a Nagaoka, Fumie Hishinuma tenía tiempo de sobra para cometer el crimen.

—Está claro —dijo Tanna asintiendo.

Dado que Chita había salido del *ryokan* llamado Okesa a las doce y media, lo más probable era que Fumie y él hubiesen acordado encontrarse previamente: Chita, para chantajearla; Fumie, para asesinarlo.

—¿Y qué estaría haciendo la asistenta mientras tanto? Imagino que no se la llevaría con ella.

—La dejó en un hostal de la ciudad, descansando. Según Tai Okuwa, la animó a que se diera un buen baño y se relajara. En cualquier caso, lo importante es que, si realmente hubieran viajado por la línea Shin-etsu, como afirma la señora Hishinuma, la llegada a Nagaoka se habría retrasado hasta bien entrada la tarde. Pero por la Joetsu, como acabamos de comprobar, llegaban poco después del

mediodía. Por pocas luces que tenga la asistenta, tiene que acordarse al menos de si llegó poco después de mediodía o por la tarde.

TAKASAKI — MINAKAMI — NIIGATA

(LÍNEA JOETSU / LÍNEA PRINCIPAL SHIN-ETSU) (LÍNEA DESCENDENTE)

Dist. desde Tokio		Nagaoka	Numata	Niigata	Aomori	Nagaoka	Niigata	Niigata	Niigata	Minakami	Niigata	Niigata	Nagaoka	Niigata	Niigata
		723	731	521	501	725	523	943	335	733	713	311	727	701	313
2.1	Ver p. 188 Ueno sal.	...	...	...	...	5 50	...	...	...	6 55	8 20	...	11 00	12 30	...
102.1	Takasaki lleg.	...	...	...	...	8 10	...	...	...	8 10	10 41	...	13 20	14 03	...
102.1	Takasaki sal.	6 08	7 06	...	...	8 17	...	...	...	9 35	10 58	2.ª y 3.ª clase	13 26	14 06	2.ª y 3.ª clase del semiexpreso
109.4	Shin-Maebashi "	6 19	7 18	...	...	8 30	...	...	...	9 50	11 09	↓	13 45	↓	
114.2	Gunma-Soja "	6 27	7 25	...	...	8 38	...	...	...	9 58	11 17	↓	13 52	↓	
119.8	Yagihara "	6 35	7 34	...	...	8 46	...	...	...	10 09	11 26	...	14 00	↓	
123.2	Shibukawa "	6 47	7 40	...	...	8 53	...	...	...	10 23	11 35	...	14 07	14 28	
129.6	Shikishima "	6 57	7 50	...	...	9 03	...	...	...	10 38	11 45	...	14 17	↓	
132.0	Tsukuda "	7 03	7 57	...	...	9 11	...	...	...	10 45	11 51	...	14 25	↓	...
138.4	Iwamoto "	7 13	8 07	...	...	9 22	...	...	...	10 55	12 01	...	14 33	↓	...
143.5	Numata "	7 22	8 15	...	...	9 32	...	...	...	11 04	12 11	...	14 41	14 50	...
148.7	Dokan "	7 31	...	...	...	9 40	...	...	...	11 12	12 19	...	15 04	↓	...
155.8	Kamimoku "	7 44	...	...	...	9 55	...	...	...	11 24	12 32	...	15 17	↓	...
161.2	**Minakami** lleg.	7 52	...	...	...	10 04	...	...	...	11 35	12 42	...	15 25	15 09	...
	sal.	7 57	...	...	...	10 15	...	...	...	...	12 50	...	15 32	15 20	...
168.0	Yubiso "	8 09	...	...	...	10 27	...	...	...	...	13 03	...	15 44	↓	...
171.4	Doai "	8 15	...	...	...	10 35	...	...	...	...	13 10	...	15 51	↓	...
182.2	Tsuchitaru "	8 30	...	...	...	10 54	...	...	...	...	13 31	...	16 06	↓	...
189.5	Echigo-Nakazato "	8 39	...	...	...	11 05	...	...	...	...	13 40	...	16 17	↓	...
196.3	Echigo-Yuzawa "	8 48	...	...	...	11 16	...	...	...	...	13 49	...	16 26	15 59	...
	lleg.	8 56	...	...	...	11 25	...	...	...	...	13 57	...	16 34	↓	...
202.7	**Ishiuchi** sal.	9 00	...	...	...	11 30	...	...	...	...	14 03	...	16 44	↓	...
206.7	Osawa "	9 06	...	...	...	11 36	...	...	...	...	14 09	...	16 50	↓	...
210.0	Shiozawa "	9 11	...	...	...	11 42	...	...	...	...	14 15	...	16 56	↓	...
213.9	Muikamachi "	9 17	...	...	...	11 49	...	...	...	...	14 25	...	17 02	↓	...
220.5	Itsukamachi "	9 25	...	...	...	11 58	...	...	...	...	14 33	...	17 11	↓	...
226.0	Urasa "	9 32	...	...	...	12 10	...	...	...	...	14 40	...	17 20	↓	...
234.3	Koide "	9 43	...	...	...	12 20	...	...	...	...	14 51	2.ª y 3.ª clase	17 31	16 36	...
236.8	Echigo-Horino-Uchi "	9 47	...	...	...	12 25	2.ª y 3.ª clase	...	...	...	14 56	↓	17 37	↓	...
240.2	Kita-Horino-Uchi "	9 53	...	2.ª y 3.ª clase	...	12 31	↓	...	...	...	15 01	↓	17 42	↓	...
244.9	Echigo-Kawaguchi "	10 01	...	↓	...	12 43	↓	...	sal. Kamoro 8 10	...	15 09	sal. Ueno 8 50 (para 2.ª y 3.ª clase principal Shin-etsu)	17 52	18 48	...
251.5	Ojiya "	10 10	...	↓	sal. Otsuka 20 12	12 52	sal. Otsuka 21 17	↓	↓	...	15 18	↓	18 02	16 56	...
258.7	Echigo-Takiya "	10 20	...	↓	↓	13 02	↓	↓	↓	...	15 28	↓	18 12	↓	...
264.7	Miyauchi "	10 28	...	11 10	sal. Otsuka 22 50	13 09	13 14	...	14 57	...	15 36	17 28	18 22	↓	19 51
	lleg.	10 34	...	11 16	11 56	13 14	13 19	...	15 02	...	15 42	17 33	18 28	17 13	19 57
267.7	**Nagaoka** sal.	...	...	11 24	12 00	2.ª y 3.ª clase	13 33	...	15 09	...	15 58	17 40	2.ª y 3.ª clase	17 18	20 10
270.2	Kita-Nagaoka "	↓	↓	11 29	↓	↓	13 38	↓	↓	↓	16 05	17 47	↓	↓	20 15
274.5	Oshikiri "	↓	↓	11 35	↓	↓	13 44	↓	↓	↓	16 13	17 54	↓	↓	20 22
279.1	Mitsuke "	↓	↓	11 42	↓	↓	13 51	↓	15 19	↓	16 22	18 02	↓	17 30	20 29
283.2	Otiori "	↓	↓	11 48	↓	↓	13 58	↓	↓	↓	16 30	18 09	↓	↓	20 36
285.8	Tokoji "	↓	↓	11 53	↓	↓	14 03	↓	↓	↓	16 38	18 14	↓	↓	20 41
289.3	Sanji "	↓	↓	12 00	↓	↓	14 09	↓	15 31	↓	16 42	18 21	↓	↓	20 48
	lleg.	...	...	12 03	12 24	...	14 13	...	15 34	...	16 50	18 25	...	17 43	20 52
290.9	**Higashi-Sanjo** sal.	Niigata	Niigata	12 06	12 25	Niigata	14 15	...	15 37	Niigata	16 58	18 29	Niigata	17 43	20 54
294.7	Honai "	↓	↓	12 12	↓	↓	14 21	...	15 43	↓	17 04	18 35	↓	↓	21 00
298.5	Kamo "	↓	↓	12 19	↓	↓	14 27	...	15 49	↓	17 11	18 42	↓	17 52	21 07
302.6	Hanyuda "	**812**	**217**	12 25	↓	**822**	14 34	sal. Kofiyama 7 16	15 56	**221**	17 18	18 49	**225**	↓	21 14
305.8	Tagami "	sal. Otsuka 11 02	sal. Koriyama 7 16	12 31	↓	sal. Akita 5 44	14 39	↓	16 01	sal. Koriyama 12 00	17 23	18 55	sal. Koriyama 11 20	↓	21 20
309.5	Yashiroda "	↓	↓	12 36	↓	↓	14 45	↓	16 07	↓	17 30	19 01	↓	↓	21 26
313.6	Furutsu "	↓	↓	12 42	↓	↓	14 50	↓	16 12	↓	17 35	19 07	↓	↓	21 32
315.8	**Niitsu** lleg.	11 42	12 22	12 48	12 54	13 30	14 56	...	16 18	17 10	17 41	19 12	18 18	18 09	21 37
	sal.	11 50	12 28	13 04	13 00	13 43	15 11	16 25	16 20	17 17	17 46	19 19	18 25	18 12	21 42
319.6	Ogikawa "	11 56	12 34	13 11	lleg. Aomori 22 28	13 51	15 17	16 30	↓	17 23	17 52	19 25	18 33	↓	21 48
324.5	Kameda "	12 02	12 42	13 18	—	13 59	15 25	16 37	↓	17 31	18 00	19 33	18 43	↓	21 57
330.9	Nuttari "	12 15	12 52	13 31	—	14 08	15 34	16 46	↓	17 45	18 13	19 44	18 52	↓	22 14
332.8	Niigata lleg.	12 19	12 56	13 35	—	14 12	15 38	16 50	16 38	17 49	18 17	19 48	18 56	18 30	22 18

Onitsura hizo una pausa.

—Si hubiéramos abordado este caso partiendo de los horarios de llegada de los trenes, quizá lo hubiéramos resuelto mucho antes.

La voz de Onitsura sonó un tanto opaca. Seguramente se estuviera mofando de lo que consideraba un fallo suyo. Pero cuando su dedo continuó subiendo por la tabla hasta la hora de salida de Ueno, en la fila superior, había vuelto a recuperar su habitual tono optimista.

—Fíjate en la hora de salida de este tren, Tanna: cinco y cincuenta.

—Sí, ¿y?

—¿Cómo que «sí, y»? ¿No ves que es la misma hora de salida que el tren número trescientos once de la línea Shin-etsu? —dijo con énfasis, abriendo la página de la línea descendente Shin-etsu y señalando con el dedo la hora de salida del tren número trescientos once.[5]

En efecto, tal como acababa de decir Onitsura, las horas de salida de los trenes número 311 y número 725 coincidían. Es decir, el tren de la línea Shin-etsu número 311 y el tren de la línea Joetsu número 725 salían de la estación de Ueno a la misma hora y en la misma dirección.

Aun así, Tanna seguía sin comprender del todo lo que Onitsura intentaba decirle.

—Este es un descubrimiento importantísimo, Tanna. Es imposible que dos trenes salgan a la misma hora desde la estación de Ueno y en la misma dirección porque, aunque ya ni haría falta decirlo, solo hay una vía en esa dirección —explicó Onitsura, ahora con un leve tono de impaciencia—. Esto significa que los trenes número trescientos once y setecientos veinticinco son, en realidad, el mismo

tren al salir de Ueno. Más concretamente, los vagones que componen ambos trenes parten unidos de Ueno, remolcados por una sola locomotora, y se separan más adelante, en la estación de bifurcación de Takasaki. A partir de allí, uno toma la ruta Shinshu y el otro la Joshu. Por eso, desde el exterior, es casi imposible saber qué vagones corresponden a qué línea.

—Entonces…

—¡Exacto! La señora Hishinuma dijo que viajaba en el tren número trescientos once de la línea Shin-etsu para ir a Nagaoka, cuando, en realidad, subió a uno de los vagones que correspondían al tren número setecientos veinticinco de la línea Joetsu. La estudiante universitaria, que cargaba las maletas, no sabía nada del engaño. Creyó, y después siguió convencida, de que Fumie Hishinuma y Tai Okuwa viajaron en el tren número trescientos once de la línea Shin-etsu. Y es lógico, porque a menos que uno se ponga a comparar detenidamente los horarios de ambas líneas, es casi imposible darse cuenta de la artimaña.

Tanna frunció el ceño con una mueca de incomodidad. Había estado revisando ambos horarios, pero se le había escapado ese detalle.

—Se me había olvidado comentarte que la señora Hishinuma puso como condición, para contratar a alguien que cuidara de su casa, que fuera una persona a la que no le gustara viajar o que no estuviera acostumbrada a hacerlo. Ahora ya sabemos por qué puso esa condición —dijo Onitsura, y dio un sorbo a su té, ya tibio. Luego continuó con calma—: Creo que hemos dado un gran paso. Ahora podemos confiar en el testimonio de la estudiante universitaria, aceptando, al mismo tiempo, que la señora Hishinuma pudo haber viajado a Nagaoka en la línea Joetsu. Pero aún nos queda un escollo: el testimonio del revisor. Tenemos que resolver cómo pudo

estar viajando la señora Hishinuma en el tren número trescientos once del día catorce de junio en el que Matsuoka prestaba servicio.

Onitsura cerró el horario de trenes y se volvió hacia Tanna. Aunque ya era de noche, el calor no daba tregua y ambos tenían los rostros húmedos y brillantes de sudor. Pero sus ojos relucían de entusiasmo.

—Por lo que te dije antes, no creo que el revisor mintiera en su declaración. Así que debemos suponer que, habiendo estado ya en Nagaoka, Fumie tomó de algún modo el tren número trescientos once, que aún seguía en ruta, para presentarse en la cabina del revisor y denunciar la pérdida de su cuaderno de sellos.

—En ese caso, la historia de la pérdida de su cuaderno en la estación de Kashiwazaki fue solo una excusa que se inventó.

—Exacto. Creo que con esa historia buscaba lograr dos cosas: primero, justificar el haber elegido un trayecto mucho más largo por la línea Shin-etsu, algo que de otro modo habría resultado muy poco razonable. Y segundo, fabricarse una coartada de forma natural, presentándose ante el revisor para que alguien pudiera afirmar haberla visto viajando en ese tren.

Tanna tenía un gesto de rabia contenida. Se sentía humillado por haber caído en la trampa tendida por Fumie Hishinuma. La ficción del cuaderno de sellos lo había confundido por completo, y había sido incapaz de ver la treta que encubría su verdadera intención.

—Es imposible que Fumie utilizara un taxi o alquilase un coche para alcanzar el tren número trescientos once, ¿verdad? Si hiciera algo así, dejaría testigos.

—Sobre todo tratándose de una mujer tan guapa como ella. Por eso, no queda otra que suponer que volvió a coger el tren. Más en concreto, pienso que tomó algún tren de la línea principal Shin-etsu

en dirección ascendente, que saliera de una estación cercana al lugar del crimen, como Kitanagaoka.

—Yo lo buscaré.

Tanna se lanzó sobre el horario de trenes. La frustración de haber sido engañado por Fumie lo impulsaba a resolver el último enigma del caso.

—No hace falta que te precipites, Tanna. Estoy seguro de que existe algún tren en dirección ascendente que encaje con nuestras suposiciones. Así que ¿por qué no cenamos primero? Creo que ya podemos celebrarlo, aunque sea con un poco de antelación. Vamos a pedir algo que te apetezca. Ya estás bien del estómago, ¿no?

Onitsura, que hasta hacía solo unos instantes había estado muy serio, ahora sonreía relajado. A Tanna le pareció que su mirada adquiría una calidez especial cuando sonreía.

—De acuerdo.

—¿Qué te apetece?

Tanna se dio cuenta de que también tenía hambre. Hasta ese momento había pensado volver a casa y cenar lo que le hubiera preparado su mujer, pero ahora que Onitsura se ofrecía a invitarle a lo que quisiera, de pronto sintió un apetito voraz.

—Pues un *hayashi-rice*…

—No, hombre, no; vamos a pedir fuera, no a nuestra cantina. ¿Qué tal un buen cuenco de arroz con anguilas asadas?

—Oh, sí, me parece fantástico —dijo Tanna, que solo de pensarlo se le hacía la boca agua.

Onitsura terminó de pedir la comida por teléfono. Luego, como si acabara de acordarse de algo, se metió las manos en los bolsillos, sacó una pequeña bolsa de medicamentos y la dejó sobre la mesa, delante de Tanna, que lo miró extrañado.

—¿Qué es esto? La bolsa dice «analgésico» —dijo Tanna, sosteniéndola en la palma de la mano y alzando la vista.

—Gracias a ese preparado descubrí que la coartada de Fumie Hishinuma, en el momento del asesinato del presidente Nishinohata, estaba manipulada —respondió Onitsura. Y le explicó con pelos y señales el experimento que había llevado a cabo en la farmacia Kyumeido, con el que comprobó que allí no se registraban las dispensaciones.

Tanna, que un momento antes solo pensaba en cenar, se olvidó del hambre y se inclinó hacia delante, atento, esperando a que Onitsura siguiera hablando.

—Está claro que Fumie Hishinuma lo tenía todo planeado.

Después del relato de Onitsura, Tanna se quedó pensativo. Fumie Hishinuma había actuado en la farmacia Hoashi del mismo modo que con el revisor Matsuoka en el tren número 311. Para Tanna estaba claro como el agua que la intención de Fumie había sido dejar un recuerdo indeleble que podría utilizar después para apoyar su falsa coartada si era necesario.

Sin embargo, todos esos indicios ponían de manifiesto que la coartada de Fumie Hishinuma podía ser falsa, pero no bastaban para acusar a nadie de un crimen. La clave estaba en desbaratarla y demostrar de manera irrefutable que era falsa. Y Onitsura aún no sabía cómo lograrlo.

—¿Sabes, Tanna?, cada vez tengo más curiosidad por saber qué descubrió ese actor de radionovelas. Me encantaría saber qué lo llevó a afirmar con tanta contundencia que la investigación policial iba totalmente desencaminada desde el principio.

—Pero…

—Sospecho —lo interrumpió Onitsura— que supo algo muy importante sobre Obata, ese pobre desgraciado que hizo de doble

del presidente Nishinohata. Espero que se recupere cuanto antes para que podamos interrogarlo.

—Pero es que… —insistió Tanna con voz nerviosa— hay algo que tenía que contarle y no he podido.

—¿El qué?

—Llamaron del hospital hace una hora.

—¿Del hospital?

—Sí. Murase ha muerto.

—¿Qué? ¿Ha muerto? ¡Maldita sea! —exclamó Onitsura, y enmudeció.

El problema de la falsa coartada de Fumie para el asesinato de Chita parecía resuelto. Pero la clave para esclarecer el misterio del asesinato del presidente Nishinohata acababa de perderse… tal vez para siempre.

XIV

Una verdad sorprendente

1

El número de integrantes de la unidad de investigación se había reducido a menos de la mitad desde su constitución. Había indicios más o menos sólidos que habían permitido identificar a la presunta autora del crimen y, transcurrido más de un mes desde el asesinato, muchos agentes habían sido asignados a otros casos. Los inspectores Sudo y Seki continuaban con la investigación desde su base de operaciones en la primera planta de la comisaría de Ueno.

Más o menos cuando las pesquisas del equipo de Onitsura se encallaron tras la confirmación de la coartada de Fumie Hishinuma en la farmacia Hoashi, el inspector jefe Kaya convocó a Sudo y Seki a su despacho.

—Sentaos —dijo, señalando las sillas con expresión seria. Esperó a que los dos se sentaran y continuó—: Por ahora, el equipo de Ogawa está investigando la ropa que llevaba puesta Genkichi Obata.

—Sí.

—Así que me gustaría que vosotros investigaseis la relación entre Fumie y Genkichi.

—De acuerdo.

—Por muy necesitado de dinero que estuviera ese hombre o por muy aficionado que fuera a la bebida, es muy difícil creer que se

prestara a colaborar con una completa desconocida.

—Sí, es verdad.

—Para un jornalero como él, solo tener que vestir un traje occidental debió de resultarle raro. Si a esto le añadimos que tuvo que ponerse un bigote llamativo para ir a comer a un restaurante chino, cualquiera con dos dedos de frente habría sospechado de algo turbio.

Kaya tenía razón. Por mucho que Obata se pareciera a Gosuke Nishinohata, a un completo desconocido no se le podía proponer un asunto así sin levantar sospechas.

—Por eso creo que Fumie y Obata se conocían de algo.

—Seguramente —concedió Sudo tras un breve lapso.

Cuando uno alcanzaba la veteranía de Sudo en el oficio, cuestionarlo todo se convertía en un rasgo de la personalidad que dificultaba la aceptación de cualquier asunto o afirmación sin un matiz de duda. A Sudo lo atormentaba darse cuenta de ese estado de cosas, pero era inevitable.

—Genkichi era un tokiota de esos que hacen gala de su condición. Según la dueña del hostal Tachibanaya, hasta presumía de no haber salido nunca de Tokio, aunque una vez le contó que había estado en Saitama.

—Así es.

—Ese viaje a Saitama pudo ser un viaje de ida y vuelta en el mismo día o un viaje de varios días por trabajo. Pero también podría entenderse que estuvo viviendo durante varios años en Saitama, ¿no? Vosotros fuisteis los que hablasteis con la dueña del hostal. ¿Cómo interpretáis lo que os dijo?

—No sabría decirle… —musitó Sudo, que volvió su cara bigotuda hacia Seki.

—Yo tampoco… —dijo este a su vez, abochornado.

Era un asunto que no les había parecido relevante hasta aquel momento y que tenían bastante borroso, de manera que no sabían qué contestar.

—Bueno, es igual —concluyó Kaya, que había deducido todo eso por la expresión de sus caras—. Lo de «Saitama» es muy vago, y me pregunto si no se referiría más bien a Omiya.

—¿Omiya, dice?

—Sí, se me ocurre que quizá vivió varios años en Omiya.

—¿Ah, sí?

—Según tengo entendido, Genkichi fue en su día un buen jardinero. Por eso, creo que tal vez trabajó para los Hishinuma, que viven en Omiya.

Sudo, que hasta ese momento había estado escuchándolo con escepticismo, dijo elevando la voz sin querer:

—¡Oh, claro, no lo había pensado! —Cerró el abanico de golpe y se inclinó hacia delante sobre la mesa con entusiasmo—. Iremos a investigarlo ahora mismo.

—Muy bien. El jardinero que trabaja ahora en casa de los Hishinuma se llama Uetatsu, y debe de ser bastante conocido en Omiya. Quizá este hombre os cuente algo interesante.

—¿Sabe dónde vive?

El inspector jefe bajó la mirada al bloc de notas que tenía abierto delante.

—En el barrio de Miyacho.

—Me pregunto dónde exactamente… —musitó Sudo mirando a Seki, pero antes de que este pudiera decir nada murmuró para sí que ya se espabilarían cuando llegasen allí.

Sudo y Seki partieron hacia Omiya bajo un cielo encapotado. Las nubes incrementaban la humedad y el bochorno era espantoso. Aunque se abanicaban sin descanso, el calor parecía inmune al efecto del aire que se echaban y no paraban de sudar.

A la salida de la estación, Seki preguntó por el barrio de Miyacho en el puesto de policía, y, siguiendo las indicaciones, arrancaron a andar en dirección este. El barrio donde vivía el jardinero quedaba algo lejos de la estación de tren, pero parecía muy animado, aunque quizá no tanto como Daimoncho. Los agentes entraron en un callejón lateral en cuya esquina había una tienda de encurtidos. A lado y lado del callejón había expositores de varios niveles repletos de macetas de lirios sagrados coronados por un rótulo que rezaba UETATSU. Aquella manera de apropiarse de la calle, sin la más mínima consideración hacia los vecinos, a juicio de Seki evidenciaba el carácter arrogante del jardinero, y le pareció que no le iba a caer demasiado bien.

Había un portón de madera de cedro al fondo del callejón. Al franquearlo se accedía a un vivero repleto de árboles, arbustos y plantones. Fotinias rojas, camelias *sazanka*, tejos o boneteros japoneses listos para ser trasplantados se apretaban en el lado derecho del vivero, mientras que del otro lado del sendero central había cerezos japoneses *sakura*, arces y una preciosidad que parecía un magnolio, aunque no estaban seguros porque carecía de flores. A continuación venían melocotoneros, ciruelos, caquis cargados de pequeñas bayas verdes y otros frutales con las raíces amarradas para que fuera más fácil trasplantarlos.

El bullicio de la calle no llegaba allí, a las profundidades del vivero, donde solo se oía el monótono chasquido de unas tijeras de poda.

—Qué sonido tan agradable.

Para el inspector Sudo, que llevaba todo el día ajetreado tras el caso, el chasquido metálico de las tijeras tenía algo refrescante que purificaba los oídos.

Siguieron andando y doblaron una esquina. Se encontraron ante un plantel de arbustos donde un hombre acuclillado tocado con un sombrero de paja descolorido podaba las ramas de una nandina. Una blanquita de la col se había posado en la espalda de la camiseta de trabajo con la insignia de la empresa. Quizá las anchas espaldas de aquel hombre le ofrecían a la diminuta mariposa la estabilidad de una roca.

—¡Jefe! —lo llamó Sudo con naturalidad.

El hombre se volvió a mirarlos con una expresión de fastidio en el rostro de color marrón rojizo. Al parecer, el sombrero de paja no era lo único que el sol había abrasado.

—¿Qué pasa?

Llevaba entre los labios una gruesa pipa de la que brotaban densas bocanadas de humo azul, y la mirada que les echó, más que tranquila, era insolente y descarada. Pareció darse cuenta de que eran policías y se puso de pie sonriendo. Era más alto que Seki.

—¿Tiene un momento? Querríamos hacerle un par de preguntas —le dijo Sudo en el mismo tono campechano de antes, un tono que nunca ponía a nadie a la defensiva, pues se veía espontáneo e iba acompañado de una sonrisa amigable.

—Resulta que ahora mismo estaba pensando en descansar un poco.

Uetatsu salió despacio de entre los arbustos y se sentó en el borde del sendero.

—He visto al entrar aquí que tiene unos lirios preciosos.

—Bah, tampoco es para tanto. Además, solo tengo la variedad gigante *rasha*. Cuando llegue el otoño separaré los brotes nuevos

para trasplantarlos.

—¿En serio? Pues a mí me han parecido muy bonitos.

—Los mejores no los tengo fuera, al alcance de cualquiera. Me los robarían enseguida —dijo, riendo, lo que dejó ver sus dientes de oro, que a juicio de Seki lo hacían parecer un hombre avaro y ordinario—. Entonces, ¿le gustan los lirios, agente?

—Vaya si me gustan. Aunque, como no tengo jardín, tengo cinco macetas. Estoy pensando en comprar otro de la variedad *gashi-ryu*.

Sudo y Uetatsu se embarcaron en una animada conversación sobre pinos *negishi*, *kinshiden* o sobre si la *chojuraku* tenía más clase que la *sekko-kan*. Soltaron un montón de nombres exóticos que al joven Seki le sonaban a marcas de sake. Como no entendía nada, se quedó fumando en silencio mientras pensaba que cuando un hombre empezaba a entretenerse con lirios y cactus estaba acabado.

—Por cierto —dijo Sudo, por fin abordando el asunto que los había llevado allí—, ¿no conocerá usted a un tal Genkichi Obata?

—Claro que lo conozco. Era muy buen jardinero —respondió, y se quedó mirando la cara de Sudo como si de pronto se hubiese acordado de algo—. Qué raro… El otro día también vinieron preguntando por él.

—¿Quién?

—¿Cómo que quién? Alguien que usted no conoce.

—¿No sería la señora Hishinuma? —le preguntó con naturalidad. No solo el tono de voz, sino también la expresión de sus ojos transmitió una gran admiración por ella. Como de costumbre, el bigotillo debajo de la nariz contribuía a esa imagen general.

—¿La conoce?

—No diría que la conozco, exactamente, pero he estado en su casa unas cuantas veces. Me han dicho que Genkichi fue quien

colocó las piedras que tienen en el jardín.

Sudo dijo esto riendo, tratando de sonsacar alguna información. Seki también había visto las piedras en medio del césped cuando visitaron la casa de los Hishinuma hacía unos días.

—No, no. Las puso otro jardinero cuando construyeron la casa. Gen vino a Omiya después de la guerra. Había perdido a su mujer y a sus hijos en un bombardeo que hubo en Tokio y vino aquí buscando trabajo y cobijo más solo que la una. Me dio pena y le di trabajo en jardines de distintas casas, y estuvo un tiempo haciéndolo bien, pero la bebida lo terminó perdiendo.

—¿Quién bebía más, usted o él?

—Yo no bebo. Gen me contó que antes de perder a su familia apenas bebía. Pero supongo que después de esa desgracia de algún modo tenía que ahogar las penas.

No contaba aquello con mucha delicadeza, pero se notaba que en el fondo sentía simpatía por Genkichi. Seki sintió que la primera impresión que Uetatsu le había causado se iba transformando poco a poco. Sin embargo, por el hecho de que no pareciera lamentar su muerte, Seki dedujo que Uetatsu aún no sabía que Genkichi había fallecido.

—¿Por qué la señora Hishinuma le preguntó por Genkichi? ¿Por trabajo? —dijo Sudo acariciándose la barbilla, como hablando para sí más que como una pregunta que le hiciera a Uetatsu.

—Sí, por trabajo. Gen metió la pata en el trabajo por culpa de la bebida, pero nunca tuvo mala intención, eso lo sé yo bien. Además, era muy buen jardinero, así que supongo que ella querría contratarlo otra vez. Cuando le conté a la señora que trabajaba de jornalero en Sanya se compadeció mucho de él.

Uetatsu sopló la pipa para vaciarla de ceniza, sacó de la riñonera un poco de picadura de color marrón, la estrujó con los dedos y

rellenó la cazoleta.

Sudo hizo alguna pregunta más sobre Fumie, pero Uetatsu no parecía saber nada de interés. Lo que sí quedó claro era que Fumie había acudido a él para contactar con Genkichi Obata.

Sudo dio por concluida la entrevista, los dos agentes se despidieron del jardinero y salieron.

—Hay que ver lo útil que resulta para un policía saber un poco de todo. La verdad es que sé bien poco de lirios y plantas en general, pero me he ganado su confianza enseguida contándole lo poco que sabía, ¿te has dado cuenta? Ese viejo cascarrabias no habría soltado prenda si no hubiera sido por eso —dijo Sudo en voz baja mientras se alejaban del portón y miraba los expositores que flanqueaban la callejuela.

—Ahora ya sabemos que Fumie Hishinuma estuvo buscando a Genkichi Obata, pero ¿cómo daría con él?

—Creo que lo buscó ella sola —dijo Sudo volviéndose hacia Seki cuando salieron a la calle principal—. Dejar más testigos de sus pesquisas le hubiera podido traer problemas. Pero ¿adónde crees que fue primero?

—Quizá a la oficina pública de empleo de Minowa. Los jornaleros son asiduos a esas oficinas.

—Cierto. Es muy probable. Y si allí no pudo obtener información sobre Genkichi, preguntaría a los reclutadores callejeros. En ese orden.

Los reclutadores callejeros eran hombres que ofrecían trabajo a la gente a pie de calle saltándose los canales oficiales y se los llevaban en camionetas.

Sudo y Seki fueron directamente a la estación. Este caso los estaba familiarizando a marchas forzadas con las calles de Omiya. El restaurante que había delante de la estación seguía exponiendo en

su escaparate las apetitosas reproducciones en cera de los platos que servía.

2

Sudo y Seki salieron de la estación de Ueno, tomaron el tranvía sin pasar por la central y se apearon en Minowa. Los edificios de las oficinas de empleo eran todos más o menos iguales, y este también era una construcción sucia, gris y vulgar.

Era una hora rara para visitarla, y la encontraron vacía. Los bancos y mesas donde los funcionarios atendían a los demandantes de empleo estaban desiertos y, quizá empapados del sufrimiento vital de quienes habían perdido el empleo, se veían desolados y tristes. Tres jóvenes funcionarios con rostros lustrosos de sudor ordenaban tarjetas de demanda en sus respectivas mesas.

Sudo se dirigió a la mesa más cercana y se sentó en la silla al lado de Seki, como haría cualquier demandante de empleo.

—¿Genkichi Obata…? Oh, sí, sí, ya sé. Es un hombre mayor, ¿verdad?, que fue jardinero… —El funcionario parecía recordar bien a Genkichi y puso la mirada de quien rememora un suceso lejano—. Pues tengo entendido que el señor Obata enfermó durante un viaje en tren y falleció. Lo siento mucho por él, la verdad.

—¿Sabe si alguien vino aquí preguntando por él?

—¿Por el señor Obata? Mmm… ¿Un hombre o una mujer?

—Una mujer, de unos treinta años. Le enseñaré una foto. Es muy guapa.

Sudo sacó una copia de la foto de la lista de directivos y se la tendió al funcionario. En cuanto la vio, una expresión de interés casi lascivo asomó en el rostro sudoroso sobre el que caía el flequillo.

—¿Le suena?

—Pues lo siento, pero no. Oíd —dijo, volviéndose a sus compañeros y alargándoles la fotografía—. ¿A alguno le suena esta mujer?

Como los dos compañeros habían estado escuchándolos sin disimulo, no hubo que explicarles nada.

Uno negó con la cabeza, pero el otro, que tenía el cráneo achatado, asintió con la cabeza.

—Sí, creo que sí —respondió acercándose a la mesa con la fotografía en la mano—. Aunque cuando la vi llevaba gafas de sol y no estoy del todo seguro. Pero reconozco su perfil.

—¿Cuándo fue esto?

—No lo recuerdo bien. Quizá fue hace un mes o algo más —dijo; tenía un rostro grande y blanco, de buena persona.

—¿Podría explicarnos en detalle cómo se desarrolló la entrevista?

—Naturalmente —dijo, y se volvió como si quisiera aclararse las ideas. Justo encima de su cabeza colgaba de un alambre un volante que anunciaba una oferta de empleo, y como él era tan alto, la hoja le rozaba el pelo—. Como le acabo de decir, creo que ella vino aquí hará un mes o mes y medio, más o menos a esta hora, porque la oficina estaba tranquila. Entró con las gafas de sol puestas y preguntó por Genkichi Obata, que, según le habían dicho, se hospedaba en una pensión barata de Sanya.

—¿Le contó para qué lo buscaba?

—No, no me dijo nada. Pero como aquí conocemos bien al señor Obata, le dije que se hospedaba en una pensión llamada Tachibanaya, que venía aquí todas las mañanas con su libreta de trabajo y algún detalle más que ahora no recuerdo.

Era imposible que el funcionario sospechara de las aviesas intenciones de Fumie. A Sudo no le costó imaginar por qué la

aparición de una beldad como ella en aquella triste oficina lo movió a compartir información sensible con tanta libertad.

La relación entre Fumie Hishinuma y Genkichi Obata había quedado establecida. Los inspectores les dieron las gracias a los funcionarios y salieron de la oficina enjugándose el sudor de la frente con el pañuelo y abanicándose.

—No sé por qué, empiezo a sentirme como si me hubiera quedado sin trabajo.

—Desde luego estos sitios son bastante deprimentes —concedió Seki, que en ese momento entendió la sensación de zozobra y desesperación de quienes acudían a diario a esa oficina en busca de un trabajo que les procurase el sustento en el mañana siempre incierto.

3

Habían pasado cinco días desde la muerte de Murase. Durante este tiempo, la investigación de Onitsura y Tanna no había hecho ningún avance significativo. Por más que lo intentaron, no había manera de desmontar la coartada de Fumie Hishinuma, según la cual ella estaba comprando analgésicos en una farmacia de Omiya a la hora aproximada en que Gosuke Nishinohata había sido asesinado en el puente Ryodaishi. Cuando Tanna fue de nuevo a interrogar al testigo de esta coartada, el farmacéutico pelirrojo perdió los estribos y le dijo a gritos que no tenía ninguna obligación de seguir respondiendo a sus preguntas. Tanna salió de la farmacia con el rabo entre las piernas.

Los pescadores siempre tienen la fantasía de que el pez que se soltó del anzuelo es siempre el más grande y valioso. Tanna no

dejaba de darle vueltas a la idea de que lo que sabía Murase los habría ayudado a resolver los misterios que aún rodeaban el caso, aunque era consciente de que de nada servía lamentarse.

Murase había dicho que estaba cenando en el Ran-Ran con un amigo cuando vio a Nishinohata. Dado que ese amigo debió de ver lo mismo que Murase, quizá podría ofrecerles alguna pista de lo que Murase había descubierto. Tanna había removido cielo y tierra para averiguar quién era este amigo, pero sin resultado. Pero no podían esperar eternamente y, además, no había ninguna garantía de que viera lo mismo que Murase.

Tanto Onitsura como Tanna sabían que debían pasar a la acción para desencallar la investigación, pero no tenían ni idea de qué hacer. Andaban dándole esquinazo al inspector jefe como mejor podían, y en esas estaban cuando llegó la noticia de que otros detectives habían descubierto la conexión entre Fumie y Genkichi. Esto aumentó la presión aún más si cabe.

Ese día el calor había comenzado a apretar desde primera hora de la mañana. Hasta las dalias rosadas del florero habían empezado a marchitarse, como si sus hojas hubieran perdido la fuerza para absorber el agua. Tanna tenía una sed atroz.

Onitsura estaba en su escritorio releyendo los informes de la investigación. Ya los había leído infinidad de veces, así que no esperaba encontrar nada novedoso. Pero llegados a este punto y después de haber agotado todas las opciones, no le quedaba más remedio que volver a revisarlo todo desde el principio. Si otra cosa no, le parecía más decente que quedarse sentado con la cabeza entre las manos.

Tanna cogió una taza limpia y se sirvió un té tibio. Cuando se llevó la taza a los labios, le llegó un tenue olor a cloro en polvo. El té sabía a rayos. Cuando era pequeño, en la parte de atrás de su casa

había un pozo de agua potable indescriptiblemente fresca, y cada vez que se veía obligado a tomar ese té tibio preparado con agua del grifo recordaba con añoranza su niñez.

De pronto, Tanna oyó el sonido del dial del teléfono y se volvió. Al ver aquel brillo especial en los ojos de Onitsura, enseguida supo que algo se estaba cociendo. El inspector solía tener siempre cara de póker, sin rastro de emoción. Ni siquiera cuando algo le hacía mucha gracia reía, se limitaba a sonreír. Al observarlo, era evidente que estaba intentando contener la emoción, pero su mirada lo delataba. Golpeaba con nerviosismo la mesa con el lápiz que tenía en la mano.

—Hola, ¿es el depósito ferroviario de Oku? —preguntó Onitsura. A Tanna le sorprendió oír eso. No tenía la más remota idea de para qué podría estar llamando allí—. ¿Recuerda usted que hubo una colisión entre dos trenes en la noche del uno de junio cerca de la estación de Shimojujo? Sí, eso es…

La penetrante mirada de Onitsura estaba clavada en las dalias rosadas.

Cuando oyó el nombre de la estación, Tanna recordó el accidente de inmediato. Aquella noche, a las 23.10, un mercancías había colisionado contra un tráiler, lo que había provocado un fallecido y varios heridos. El aparatoso accidente había obligado a suspender durante varias horas el tráfico ferroviario en la línea principal Tohoku y en la línea Keihin-Tohoku. ¿Qué interés podía tener ahora ese accidente?

—Le quería preguntar acerca del tren regular con parada en todas las estaciones que salió poco después desde la estación de Ueno. En concreto, el tren número ciento diecisiete con salida de Ueno a las veintitrés cuarenta. —Los nervios auditivos de Tanna se tensaron de repente. El tren número 117 no era otro que el que había hecho parte de su recorrido con el cadáver de Gosuke Nishinohata en el

techo de un vagón—. Si la circulación en la línea principal Tohoku estaba interrumpida a causa del accidente, ¿por qué vía circuló el tren número ciento diecisiete?

En ese momento, Tanna comprendió la duda de Onitsura. El accidente se produjo media hora antes de que el tren número 117 partiera de la estación de Ueno, y la línea principal Tohoku estuvo cortada en ambas direcciones hasta pasadas las dos de la madrugada. Sin embargo, a la mañana siguiente, el tren número 117 llegó a la estación de Shiroishi, en la prefectura de Miyagi, con apenas veinte minutos de retraso sobre la hora habitual. Esto había sido confirmado por el pintor que descubrió la mancha de sangre en el techo del vagón, así como por los empleados de la estación. De ello cabía deducir que el tren número 117 no estuvo detenido hasta que la situación en Shimojujo se despejó después de las dos de la madrugada, sino que tomó una ruta alternativa para dirigirse a Aomori.

—¿Por Ikebukuro? O sea, por la línea de Akabane.

Onitsura le dio las gracias a su interlocutor y colgó el auricular. Aunque su expresión se mantenía impasible, Tanna notó por sus ademanes que se sentía muy satisfecho.

—¿Ha descubierto algo interesante? —le preguntó Tanna sin soltar la taza de té.

—Creo que sí —contestó el inspector poniéndose de pie apresuradamente.

—¿Va a salir?

—Por fin veo la luz. Voy a ir a comprobar si mi deducción se sostiene.

—¿De qué se trata?

—Acompáñame y lo sabrás —le dijo en un tono brusco que no era habitual en él, y salió a toda prisa de la oficina.

Tanna cogió el sombrero al vuelo y salió detrás de él. La respuesta lacónica de Onitsura significaba que andaba tras algo importante.

4

Cuando subieron al segundo autobús, Tanna vio que viajaba con destino a Koiwa y por fin pudo hacerse una idea aproximada de adónde se dirigían. El inspector iba absorto en sus pensamientos y Tanna no quiso molestarlo, así que calló también.

Justo como esperaba, cuando el autobús se acercó a Namidabashi, Onitsura le dio un codazo y ambos se pusieron de pie. A esas alturas, Tanna estaba casi seguro de que iban a Tachibanaya, la pensión en la que Genkichi Obata había estado hospedado, pero seguía sin entender para qué iban allí. No tenía más remedio que seguir a Onitsura como un tonto.

Tal como en su día había hecho el inspector Sudo, Onitsura se plantó delante del plano del barrio instalado en la acera y comprobó la ubicación de la pensión.

—Hay que doblar en la esquina de la zapatería —murmuró Onitsura hablando para sí antes de echar a andar.

Delante del *ryokan*, en medio de la calle, dos mujeres estaban chismeando a gritos sobre alguien mientras comían helado. Aplaudían y se doblaban de la risa, sin duda de sus agudas gracietas. Ni se inmutaron cuando el conductor de una bicicleta con remolque tocó el timbre para que se apartaran y lo dejaran pasar.

—¡Eh, quitaos de en medio! ¿Estáis sordas o es que sois idiotas?

—¡¿Qué nos has llamado?!

Las mujeres habían dejado de reír de golpe y miraban al de la bicicleta con gesto hosco. La que parecía más agresiva estampó el

helado en el suelo y agarró el manillar.

—¡Repite eso que acabas de decir!

—Oh, vamos, mujer, no te pongas así. No lo he dicho con mala intención, lo siento…

Apabullado por la explosiva reacción de las mujeres, el joven de la bicicleta se achantó y trató de disculparse con una sonrisa pusilánime. Ante ese patético espectáculo, ellas recuperaron de golpe su buen humor.

—¡Menudo memo estás hecho! ¡A ver si aprendes a comportarte como un hombre!

—Vale, vale, ya te he dicho que lo siento…

El joven de la bicicleta estaba cada vez más acobardado. A Tanna le dio pena e intervino con sonrisa socarrona para poner paz. Resultó que la mujer que sujetaba el manillar era la dueña del Tachibanaya.

—¡Qué vergüenza! ¡Les aseguro que no suelo comportarme así! —se excusó la otra mujer en un súbito ataque de recato y arreglándose el peinado—. Venga, ya hablaremos —le dijo a su amiga a modo de despedida.

La dueña de la pensión invitó a los dos agentes a entrar en la angosta recepción del establecimiento. Ella se quitó las chanclas y se sentó en el suelo de la entrada con actitud solícita.

—¿Qué ha hecho ahora mi marido? Este hombre no tiene remedio —comenzó diciendo, como para congraciarse de antemano con los dos agentes.

—Descuide, no estamos aquí por su marido. Solo queríamos hacerle unas preguntas sobre el señor Genkichi Obata, que se hospedó un tiempo en esta casa.

—¡Vaya! Qué desgracia, pobre hombre… ¿Cuándo detendrán al asesino? Cada vez que pienso en el señor Gen y en cómo ha

acabado, me da tanta rabia que me pongo mala —dijo hablando atropelladamente.

—A ver, sobre el señor Obata… —intervino Onitsura en tono sosegado.

—¿Qué quiere saber?

—Me gustaría que hiciera memoria y recordara qué estuvo haciendo el señor Obata la noche del uno de junio. —La mujer miró a Onitsura con expresión de desconcierto, como si le pareciera inconcebible que le preguntasen algo así a estas alturas—. Como el día anterior fue el último día del mes, he pensado que quizá se acordaría mejor que si fuera otro día cualquiera.

—Bueno…, sí —convino ella, lanzando una mirada a dos golondrinas que se habían posado en el cable eléctrico que pasaba delante de la pensión—, me acuerdo bastante bien porque fui a reclamarle las mensualidades pendientes y él se hizo el dormido.

—De lo que me gustaría que se acordara es de la noche del día siguiente —la animó Onitsura hablándole con mucha delicadeza. En estos casos, el inspector jamás azuzaba ni presionaba a los interrogados.

La mujer apoyó las manos en las rodillas, sobre el sencillo vestido almidonado que vestía, y volvió a alzar la mirada hacia los cables de la luz. Tenía unos ojos muy bonitos, y Tanna se sintió embrujado por ellos.

—La noche del día uno de junio… —musitó para sí.

La noche del 1 de junio Gosuke Nishinohata había sido asesinado y, a la misma hora, Genkichi Obata se había presentado en el restaurante Ran-Ran haciéndose pasar por Nishinohata. Tanna no lograba entender por qué Onitsura insistía tanto en ese punto.

—¡Oh, sí, ahora lo recuerdo! —exclamó de repente la mujer. Le temblaban las aletas de la nariz—. Como les acabo de contar, la

noche del día treinta y uno fui a reclamarle las mensualidades que me debía y él se hizo el dormido para no atenderme. Pero debió de sentirse un poco culpable por su actitud del día anterior, porque se presentó en la pensión con una botella de aguardiente *shochu* y se puso a beber con mi marido. A mí me trajo unos dulces de pasta de judías rojas. Eso es, sí, eso fue lo que pasó esa noche. Tenía unos detalles a veces…

—Entiendo.

—Aunque yo hubiera preferido que me pagara sin que tuviera que reclamárselo.

—¿Hasta qué hora estuvieron bebiendo?

—Hasta las doce, más o menos. Me acuerdo de la hora porque fue cuando le dije que se fuera para no molestar a los otros huéspedes. Tuve que insistir bastante, pero conseguí que se fuera.

Tanna se fijó en el rostro de la dueña de la pensión. Por sus gestos no parecía que estuviera mintiendo. Pero si ella estaba diciendo la verdad, ¿en qué quedaba la historia de su aparición en el Ran-Ran para comerse un plato de fideos chinos?

Tanna miró de reojo a Onitsura, pero el inspector debía de tener previsto este giro de los acontecimientos, porque no parecía sorprendido en absoluto.

—¿Está completamente segura de que el señor Obata y su marido estuvieron bebiendo hasta medianoche?

—¿Por qué lo dice? —repuso la mujer extrañada, sin entender por qué aquel policía dudaba de su afirmación, y añadió mirándolo con frialdad—: Fui a reclamarle los retrasos el día treinta y uno, y el día uno se presentó con la botella de *shochu*. Estoy más que segura.

—Bien, muchas gracias por su ayuda —dijo Onitsura con satisfacción.

La mujer volvió a mirar al inspector con los ojos como platos, desconcertada por la facilidad con la que parecía haberse convencido después de tanto dudar.

Cuando los agentes se disponían a marcharse, la mujer se apoyó en la puerta de celosía y recordó en voz baja:

—Al señor Gen le encantaba la carne de ballena en vinagreta de miso.

No parecía la misma persona que habían conocido un rato antes.

5

—Tengo que confesarle que estoy del todo perdido —le dijo Tanna a Onitsura en cuanto salieron a la calle.

Un hombre con gafas de sol negras que venía de frente volvió la cabeza y los miró con suspicacia al cruzarse con ellos.

—¿Por qué? Todas las piezas van encajando al fin.

—Es que, si lo que nos ha contado esa mujer es cierto, Genkichi no pudo ser el doble que estuvo comiendo fideos en el Ran-Ran la noche del asesinato.

—Claro que no lo era. Hemos venido aquí para que esa mujer nos lo confirmara.

—¿Cómo dedujo que el doble no era Genkichi Obata?

—Volviendo a leer los informes. Estaba bastante claro, pero se me había pasado por alto, y esta mañana por fin me he dado cuenta.

—¿Qué es lo que decían los informes?

—Te animo a que los vuelvas a leer. Basta con estar muy atento y entenderás enseguida a qué me refiero.

El inspector no pretendía ser cruel. Aunque tenía la mirada fija al frente, una sonrisa le flotaba por la cara, como si la impaciencia de

Tanna le divirtiera. Doblaron la esquina de la zapatería y siguieron hacia la calle del tranvía.

—Está bien, no me lo diga. Ya lo averiguaré por mi cuenta —repuso Tanna con un retintín de orgullo, como quien acepta un reto —. Pero, si Genkichi no tuvo nada que ver con el caso, ¿por qué lo asesinaron? Hasta este momento yo creía que lo mataron para evitar que se fuera de la lengua y terminase revelando el secreto.

—No, esa no fue la razón. Pero, de todos modos, el asesino de Nishinohata tuvo que matarlo. Es decir, tenía un buen motivo para deshacerse de él.

—Entiendo —dijo Tanna, como si estuviera de acuerdo. Estaba molesto porque, de haberle preguntado por ese supuesto motivo, le habría respondido que lo averiguara por sí mismo, como con la anterior pregunta.

—¿Tomamos algo frío?

Cuando alcanzaron la calle del tranvía, Onitsura paseó la mirada alrededor, pero en aquella zona de Sanya no había una sola cafetería decente, así que regresaron a Asakusa y subieron a la primera planta de un restaurante de *okonomi-yaki* que parecía poco concurrido.

—Oye, pues hemos encontrado el sitio perfecto para hablar con calma. No hay apenas clientes.

—Es la primera vez que como *okonomi-yaki*. Pensaba que era un plato solo de mujeres.

Tanna se subió las perneras antes de arrodillarse en el cojín de verano para que no se le marcasen las rodillas. Una vez acomodado, estudió el local con curiosidad. Las paredes estaban decoradas con retratos a pincel en tinta negra de actrices en el papel de mujeres samuráis y también dibujos sobre papel de colores enmarcados. Los

dos se limpiaron la cara y las manos con las toallitas húmedas que les trajo la camarera.

—Qué tranquilo está esto, ¿no? ¿Es siempre así? —le preguntó Tanna a la camarera.

—Sí, en verano solemos tener pocos clientes —respondió la camarera recogiendo las toallitas.

Sobre sus cabezas giraban unas grandes aspas que parecían las hélices de un helicóptero puesto del revés.

—Discúlpame un momento, Tanna, tengo que ir a hacer una llamada. —Onitsura se levantó, como si se hubiera acordado de algo, y salió al pasillo, pero regresó a los cinco minutos y se volvió a sentar—. Mira, en relación con lo que me preguntaste antes —comenzó a decir, apoyando los codos en la mesa—, acabamos de descubrir que Genkichi Obata estuvo bebiendo en la pensión la noche del uno de junio. Es decir, que al contrario de lo que habíamos supuesto hasta ahora, la persona que entró en el Ran-Ran para cenar no era Genkichi Obata.

—Claro. Por lo tanto, el individuo que hizo de doble de Nishinohata tuvo que ser otra persona.

Onitsura miró a Tanna con gesto reprobador.

—¿Tú crees? Es evidente que recurrir a alguien para que hiciera de señuelo era muy arriesgado, tanto que le costó la vida a Obata. ¿Crees en serio que el asesino aumentaría el riesgo viéndose obligado a matar a un segundo colaborador?

—Pero el asesino de Nishinohata por fuerza tuvo que encargar el papel a otra persona, ¿no? ¿O es que sugiere que la dueña del Tachibanaya miente?

—Me temo que solo estás analizando la situación desde una única perspectiva. Estás dando por hecho que la persona que se presentó en el Ran-Ran era un señuelo.

Tanna clavó su mirada en los ojos de Onitsura y contuvo la respiración. Intuía que lo que el inspector estaba sugiriendo era de suma importancia, pero tardó un poco en comprender su significado.

—¿Está diciendo que el hombre que fue al Ran-Ran no era un doble?

—Eso es.

—O sea, que era Gosuke Nishinohata.

—Exacto. El mismo.

El aplomo con el que hablaba Onitsura contrastaba con la vacilación que traslucía la voz de Tanna.

—Fíjate bien, Tanna. Recuerda los informes y pensemos con lógica. Aquel día Nishinohata se saltó la comida; quizá matara el gusanillo con algún sándwich antes de la entrevista con el presidente de Maruta Trading. A las once de la noche, tendría un hambre canina. Por tanto, no sería nada extraño que al ver el letrero luminoso del Ran-Ran mientras caminaba por Ikebukuro se animara a cenar algo.

—¡Pero, señor…! —Tanna había elevado la voz más de la cuenta, y al momento la bajó—. Yo también recuerdo lo de los sándwiches, y por eso no dudo de que más tarde estuviera hambriento. Pero es que Nishinohata cayó en el techo del tren a las once y cuarenta. A mí no me entra en la cabeza cómo un hombre que sabemos que había caído en el techo de un tren a una hora que conocemos podía estar cenando en un restaurante chino a la misma hora.

Onitsura ni siquiera pestañeó ante la objeción de Tanna. Desplegó el abanico y, mientras se echaba aire en la cara, expuso con calma su deducción buscando resultar convincente.

—Nuestra suposición inicial de que el cuerpo de Nishinohata fue lanzado al vacío desde el puente Ryodaishi era equivocada. Creo que el error fundamental de la policía al que se refería el actor de

radionovelas era ese. Aunque cómo lo averiguó él sigue siendo un misterio para mí.

Aunque el inspector decía no saber cómo lo había descubierto Murase, lo que más confundido tenía a Tanna era cómo demonios había llegado Onitsura a la misma conclusión. De repente, le entraron unas ganas incontenibles de volver a la comisaría para releer el informe.

—Entonces, ¿qué pasa con las manchas de sangre que se encontraron en el puente Ryodaishi?

—Fueron amañadas para que pareciera el lugar del crimen. Igual que el coche de la víctima abandonado frente al Museo Nacional. Formaba parte del plan de la asesina para hacernos creer que el crimen se había cometido en Ueno. Al menos, esta es mi sospecha.

—Con «la asesina» se está refiriendo a Fumie Hishinuma, ¿verdad? —preguntó Tanna queriendo asegurarse. Ahora que nada parecía ser lo que había creído que era, empezaba a dudar de todo.

—Claro.

—En ese caso, ¿dónde fue asesinado Gosuke Nishinohata? Teniendo en cuenta que su cadáver cayó en el techo de un vagón de tren, el crimen tuvo que cometerse en un lugar alto, como un puente o un paso elevado.

—Correcto… Oye, se está haciendo tarde y tengo hambre —dijo Onitsura, echando un vistazo al pasillo y luego mirando de nuevo a Tanna—. Existen limitaciones de tiempo y distancia. Además, era preciso que la asesina conociera bien la zona del paso elevado. Tomando en consideración todos estos factores, me parece que el lugar ideal sería Omiya.

—¿Hay allí un paso elevado?

Tanna no recordaba haber visto ninguno cuando fueron a Omiya.

—Yendo desde aquí, está un poco más allá de la estación. Cuando estuve allí el otro día, salí sin querer por la salida este y tuve que cruzar al lado oeste por el paso elevado. Aunque en ese momento ni se me pasó por la cabeza que aquel pudiera ser el escenario del crimen.

Por el modo en que hablaba, era evidente que Onitsura estaba casi seguro de que Nishinohata había sido asesinado allí.

En el trayecto de Ueno a Omiya por la línea de Ikebukuro había varios pasos elevados, y en alguno de ellos tenían que quedar restos de la sangre de la víctima, si su cadáver había sido lanzado en ese tramo. Y en tal caso, la policía científica los encontraría sin dificultad. En ese aspecto, podían ser optimistas.

De pronto, Tanna sintió que la barrera que hasta ese momento se había alzado ante sus narices y le había impedido ver claro había desaparecido sin dejar rastro.

—Eso quiere decir, señor Onitsura, que la coartada de Fumie en la farmacia deja de tener valor, ¿no es así?

—Exacto. Acabo de llamar a la estación de Omiya para asegurarme, y me han confirmado que esa noche, el tren número ciento diecisiete salió de la estación de Omiya a las doce cuarenta y nueve, es decir, con un retraso de treinta minutos sobre la hora habitual. Tardó más porque tuvo que seguir la ruta de Ikebukuro.

—Ya veo —dijo Tanna asintiendo con la cabeza.

El tren número 117, que había partido de la estación de Omiya con media hora de retraso, había acelerado para recuperar el tiempo perdido, y cuando llegó a la estación de Shiroishi había logrado reducir a veinte minutos el retraso inicial.

—Es decir, que Fumie Hishinuma arrojó el cadáver por el paso elevado a las doce y cuarenta y nueve. Por consiguiente, su coartada

comprando analgésicos en la farmacia a las once y media deja de servirle como tal, tanto si es cierta como si no.

Gracias a esta última explicación, Tanna pudo por fin comprender la razón del entusiasmo a duras penas contenido de Onitsura aquella mañana. Y pensó que, si él hubiera descubierto lo que Onitsura le acababa de explicar, no habría sido ni remotamente capaz de contenerse así.

—Por fin hemos terminado, ¿verdad? —dijo Tanna después de un breve silencio.

—Sí. El resto ya es cosa de la unidad de investigación.

—¿Sirven cerveza en los restaurantes de *okonomi-yaki*? Esto merece una celebración —dijo Tanna relamiéndose, y se volvió para buscar a la camarera.

XV

Una conversación en la azotea

1

Shusaku Narumi falleció una semana después que Murase. Durante el tiempo que estuvo ingresado, Atsuko lo visitó una única vez tras mucho debatirse entre la conveniencia y el deseo de verlo.

Dado que el sindicato había organizado a las empleadas sindicadas en turnos para atenderlo en el hospital, ella no tenía ningún derecho a presentarse allí. Aunque finalmente pudo visitarlo haciéndose pasar por una prima lejana, lo encontró en coma y ni siquiera pudo contemplar su rostro antes hermoso y elegante, pues tenía la cabeza entera cubierta de vendajes blancos. Mientras le llevaba a los labios el extremo de una pajita para intentar darle un poco de zumo frío, lloró por primera vez desde que lo conocía. En el amor sincero y feliz que los unía no había habido lugar para las lágrimas hasta ese momento.

Se enteró de la muerte de Narumi dos días después de que se produjera. No fue un anuncio solemne: su padre lo comentó de pasada durante una animada charla después de la cena, como si acabara de acordarse. El mundo se oscureció para Atsuko en ese momento, como si se hubiera quedado ciega, y contuvo a duras penas las ganas de vomitar.

Era quizá lógico que la noticia de la muerte de Narumi no le llegara de inmediato a una persona oficialmente ajena a él como Atsuko, pero aquel lapso de dos días se sumó a la distancia física interpuesta entre ellos para mantenerlos separados hasta el final. Por descontado, no pudo asistir al funeral ni expresar su dolor ni su tristeza, y tuvo que conformarse con llevar el luto en lo más recóndito de su corazón.

El día del funeral, Atsuko se recluyó en su habitación alegando un dolor de cabeza y estuvo recordando su primer encuentro con Narumi el verano anterior, apretando los dientes como quien soporta un dolor agudo. Aburrida de la costa de Zushi, donde su familia tenía la casa de verano, se había ido a nadar sola a la playa de Morito, más allá de Hayama, y a unos cien metros de la orilla le había dado una rampa y había estado a punto de morir ahogada. Narumi la había salvado.

Tendida en la arena, lo había contemplado y se había admirado de que alguien tan delgado hubiera sido capaz de aquella proeza física. Recordaba también que le había visto una picadura de medusa en la espalda, tan roja como un latigazo.

Como subsecretario del sindicato, Narumi había luchado sin cuartel contra las prácticas abusivas de la empresa, y en su vida privada fue también un hombre de principios. Había mantenido el sindicato como una organización independiente y había evitado colaborar con otras centrales sindicales para la consecución de sus objetivos, pues temía los posibles deberes y dependencias que podrían derivarse en el futuro. Narumi despreciaba a los dirigentes sindicales que convocaban marchas por las grandes avenidas e interrumpían el tráfico. Y cuando algún miembro del sindicato había sugerido llevar bandas blancas en la cabeza, Narumi rechazó la idea de plano, diciendo: «Pero ¡¿qué os habéis creído que es un

sindicato?! ¡¿Un escuadrón kamikaze?!». No era un izquierdista de pose, y Atsuko, además de amarlo, lo respetaba por su autenticidad. Bien sabía ella que no abundaban los hombres dignos de respeto. Sin embargo, la felicidad de su amor apenas había durado un año.

Al día siguiente del funeral, Fumie la llamó para salir a dar un paseo juntas. No es que le hiciera mucha gracia la propuesta, pero como tampoco encontró razones para negarse, accedió, y acordaron lugar y hora de encuentro. Hacía mucho que no se veían y quizá salir la ayudaría a olvidar las penas. Aunque Atsuko recordaría para siempre a Narumi, necesitaba librarse cuanto antes de aquella tristeza que le oprimía el pecho.

En contraste con su ánimo sombrío, ese día el cielo brillaba tanto que la mareaba. De pie bajo el toldo de la entrada del Teatro Japonés, en el campo visual de Atsuko se colaban, muy en contra de su voluntad, las figuras de jóvenes vestidos con camisas hawaianas y vestidos de verano. Todas las parejas parecían alegres y despreocupadas, como si estuvieran convencidas de que su felicidad sería para siempre. No eran conscientes de que esa seguridad era en realidad una mera ilusión, ni de que su confianza descansaba sobre unas bases frágiles.

Ella misma había creído que la felicidad compartida con Narumi sería eterna, no ya cuando hacía unas semanas había estado paseando a su lado por estas calles, sino todavía cuando, tras el accidente, Narumi fue llevado al hospital en ambulancia. Se suponía que había salido a la calle para olvidar un poco la tristeza, pero resultó que cada vez se sentía más desgraciada.

Por eso, fue un alivio para Atsuko ver aparecer a Fumie a las cinco en punto, exactamente a la hora que habían quedado. Cosa rara en ella, Fumie llevaba un vestido chino de color blanco y un bonito bolso del mismo color colgado del brazo. Cada vez que sus zapatillas

de lona golpeaban el pavimento, sus estilosas piernas asomaban por la larga abertura lateral de la falda.

—¿Te he hecho esperar? —preguntó, poniéndose frente a Atsuko.

—No, no; acabo de llegar.

—Genial, entonces. Venga, vamos a dar una vuelta por Ginza y nos tomamos algo fresquito —propuso Fumie, secándose la frente con un delicado pañuelo de batista.

A pesar de que no era fin de semana, el flujo de gente era incesante en la avenida que iba de Yurakucho a Ginza. Las dos se introdujeron en aquella marea humana y atravesaron el cruce de Sukiya. El semáforo para los vehículos cambió de verde a ámbar, y Atsuko apretó el paso. Recordó que había cruzado esa misma calzada al lado de Narumi cuando fueron a confirmar la coartada de Haibara al bar Cisne Negro. Luego se habían despedido en la acera con un apretón de manos. Aquella fue la última vez que Atsuko vio sano a Narumi.

A medida que se acercaban a Owaricho, sus recuerdos se volvían cada vez más vívidos. En su imaginación estaba viendo con todo detalle el coche de Murase saltándose el semáforo a una velocidad endiablada y fuera de control. A Atsuko le parecía que casi podía oír los gritos de los transeúntes.

—Fumie, vamos por aquí —le dijo Atsuko a Fumie cogiéndola de la mano y entrando por una bocacalle a la derecha; estaba muy alterada y apenas podía pensar. Siguieron caminando y al poco se dio cuenta de que estaban en el bulevar.

—¿Qué te pasa? —le preguntó extrañada Fumie.

—No, nada, no te preocupes —repuso lacónica Atsuko.

Fumie debió de percibir en su voz una nota de incomodidad ante la pregunta y no le dijo nada más.

—La última vez que quedamos también nos paramos aquí —recordó Fumie, sin apartar la mirada del escaparate de una tienda de joyas y complementos.

Atsuko estaba recordando eso mismo. Las tiendas y los artículos expuestos en los escaparates apenas habían cambiado con respecto a cómo estaban hacía poco menos de mes y medio. Lo que había cambiado era ella. El colgante de oro que había pensado comprar aquel día seguía colocado en la balda superior de la estantería de cristal, pero ya no le pareció interesante. Sin su amado Narumi, carecía de sentido acicalarse.

De pronto recordó que había quedado con Fumie para tratar de olvidar su tristeza. Además, si seguía mostrándose deprimida, Fumie empezaría a sospechar. Aunque por el momento a su amiga se la veía más interesada en pararse a mirar todos los escaparates ante los que pasaban, sin perdonar uno, y no parecía haberse percatado del sombrío estado de ánimo de Atsuko.

—¡Vaya, han vendido el alfiler de corbata con forma de sable que vimos el otro día! —exclamó entonces con voz animada y, volviéndose hacia Fumie, añadió—: ¿No lo habrás comprado tú?

—Qué va. Pero me arrepiento de no haberlo hecho… Ah, oye, por cierto —dijo Fumie, poniendo cara de haberse acordado de algo—, ¿te acuerdas de que la última vez comimos en el Posillipo? Es un poco pronto todavía, pero podríamos cenar allí hoy también, ¿te parece?

—Vale, me parece bien. Pero hoy invito yo.

—Ni hablar. He sido yo la que te ha invitado a salir.

Dejaron atrás el escaparate y se dirigieron sin prisas hacia el restaurante italiano. Aunque era tarde, como estaban en verano aún había luz, pero los neones de los establecimientos ya estaban

encendidos. El brillo tenue de las luces reveló la expresión aturdida de Atsuko, que llevaba días sin dormir.

Subieron a la primera planta del Posillipo y eligieron una mesa situada al lado de una gran maceta. A diferencia de la última vez, la mayoría de las mesas estaban ocupadas y la palmera china había sido reemplazada por una pequeña palma datilera. Los estanques de azulejos con fuente y el camarero de tez morena seguían siendo los mismos. El camarero debía de acordarse de ellas, porque las saludó con una reverencia mientras sonreía con familiaridad.

—¿Qué vas a tomar, Atsuko?

—Creo que voy a tomar unos macarrones Caruso. Me gustaron mucho la última vez.

—Excelente elección, señorita. Es un plato que tiene mucho éxito —dijo el simpático camarero.

Aunque se sentía morir por momentos, Atsuko hizo un gran esfuerzo por parecer animada y de buen humor. No era el tema de conversación más apropiado, pero hablaron de la compañía: la muerte del presidente había supuesto un punto de inflexión para las negociaciones, y una vez resuelto el conflicto, tanto la empresa como los trabajadores respiraron con alivio. De hecho, al final fue una conversación muy agradable para ambas.

«Si Narumi estuviera vivo, se habría alegrado mucho», pensó Atsuko casi como un acto reflejo, y enseguida negó con la cabeza, como para desechar esos pensamientos.

—Creo que te entiendo muy bien, Atsuko —dijo de repente Fumie mientras tomaban el café en la sobremesa y encendía un cigarrillo.

Atsuko, que seguía pensando en Narumi con la taza de café en la mano, no supo a qué se refería Fumie.

—¿Qué quieres decir?

—Que sé muy bien por qué estás triste.

La mirada escrutadora de Fumie la incomodó.

—¿Cómo dices?

—Estabas enamorada de Narumi, ¿no es así?

—¿De Narumi?

—No hace falta que finjas, Atsuko, lo sé todo. Después de que te contase lo de Haibara y sus visitas al Cisne Negro, Narumi apareció en el bar para preguntar por él. En cuanto me lo contaron, supe que tú y Narumi estabais liados.

—…

—Además, hace un rato tomaste una calle lateral para evitar pasar por donde Murase y Narumi tuvieron el accidente.

—…

—Pero no te preocupes. No se lo voy a contar a nadie —dijo con voz cálida, y se llevó la taza a los labios.

No era solo su voz la que parecía llena de ternura; Fumie la miraba con sincera empatía, y esa mirada poco a poco calmó sus nervios alterados. Aunque se había llevado un buen susto al sentirse descubierta, Atsuko sabía que Fumie no se lo había dicho con mala intención, sino solo con el propósito de confirmar su deducción.

Atsuko posó la taza en el platillo.

—Por favor, no digas ni una palabra…

—Claro.

—Nos costó muchísimo mantener lo nuestro en secreto.

—Me lo imagino.

—No sé si sabes que ese tal Hanpei Chita que fue asesinado en Nagaoka nos quiso chantajear con este asunto.

Esta vez fue Fumie la que pareció sorprendida, y soltó la taza en el platillo haciendo ruido.

—¿Cuándo?

—Pues después de comer aquí el otro día contigo. Me abordó de camino a casa, en la estación de Shibuya. No puedo decir que lamente que haya acabado así.

—Ese hombre… llevaba el chantaje en la sangre —comentó Fumie enfatizando las palabras, pero Atsuko no lo advirtió ni le hubiera interesado indagar en el motivo de tal énfasis.

—En fin… Por favor, prométeme que no se lo dirás a nadie.

—Te lo prometo. Dame tu dedo meñique —dijo, adelantando la mano por encima de la mesa y enlazando su dedo meñique con el de Atsuko—. Pero, a cambio, hay algo que me gustaría contarte. He querido quedar contigo hoy precisamente para eso.

—Por supuesto, con mucho gusto.

—Pero no hay prisa. Puedo contártelo después —dijo Fumie sonriendo, como eludiendo abordar la cuestión.

2

Treinta minutos antes de la hora de cierre entraron en los grandes almacenes. Fumie cruzó distraídamente la puerta y Atsuko la siguió sin decir nada, pensando que quizá Fumie se había acordado de algo que quería comprar. El ascensor fue parando en cada planta, pero Fumie no bajó en ninguna y llegaron a la azotea.

—Quiero que veas una cría de oso preciosa que tienen aquí —le dijo Fumie a Atsuko, volviéndose al salir del ascensor a la azotea descubierta.

Atsuko nunca había visto a Fumie interesarse por niños o animales. Tampoco la había oído quejarse de no haber podido tener hijos. Por eso, aunque fue solo un instante, la propuesta de Fumie le causó una extraña impresión. Sin embargo, esa falta de interés de

Fumie por los animales podía deberse a que nunca se había dado la circunstancia para que ella manifestara esta preferencia; y Fumie podría muy bien ser, en realidad, una gran amante de perros, gatos y otros animales. En definitiva, Atsuko no le dio a este detalle demasiada importancia.

Fumie pagó con calderilla la comida para el osezno. El animal pareció muy contento cuando se la echó en la jaula. Después, cruzó la azotea y se reclinó contra el grueso parapeto de hormigón.

Aunque era casi la hora de cierre, seguía habiendo por allí bastantes familias: grupos de padres haciendo cola en el quiosco para comprar leche o zumos fríos para sus hijos, y otros que ajustaban el objetivo de sus cámaras para tomar fotos de sus vástagos con el jardín de flores de fondo. Pero lo que más abundaba eran padres que dejaban jugar sin supervisión a sus hijos mientras ellos descansaban sentados en los bancos.

—¿Qué es lo que me querías contar? —le preguntó Atsuko a Fumie volviendo la cara hacia ella.

Fumie había apoyado las manos en la barandilla y contemplaba en silencio el mar que comenzaba a reflejar el colorido brillo de los neones.

—Prométeme que no te vas a escandalizar —repuso Fumie, girándose bruscamente hacia Atsuko.

—¿Por qué?

—No me preguntes el porqué. Solo prométemelo.

La voz de Fumie sonó conminativa, como si pretendiera forzar su consentimiento. Atsuko la miró con preocupación y curiosidad a partes iguales, y después asintió en silencio. Ya era demasiado tarde para negarse.

—De acuerdo, te lo voy a contar —dijo, mirando a un lado y otro, y soltó—: Yo soy la asesina del presidente Nishinohata.

—¿Qué?

—También he matado a Hanpei Chita, el hombre que intentó chantajearte. Y también fui yo quien mató al jornalero que falleció en la sala de espera de la estación de Hamamatsu.

Atsuko no pareció sorprendida en absoluto; pero no porque no le sorprendieran las palabras de Fumie, sino porque fue incapaz de reaccionar. Aquella confesión la bloqueó y la dejó paralizada. Fue como si la hubieran ametrallado a bocajarro.

Fumie apretó los labios y observó a Atsuko con aquellos ojos tan hermosos y profundos, esperando su reacción.

—¿A que te ha sorprendido?

—Claro…, pero al mismo tiempo no lo estoy, ¿sabes? Quiero decir, que si esto que me acabas de contar es verdad, estoy segura de que tenías razones más que suficientes para hacer lo que hiciste.

—Muchas gracias, Atsuko. Te agradezco tu comprensión.

—Quién sabe si yo no habría hecho lo mismo si tuviera buenas razones para ello. Solo que yo no soy tan valiente como tú.

—Gracias, Atsuko, te lo agradezco de corazón. Eres la única persona que me entiende. Por eso quiero contarte a ti, y solo a ti, cómo cometí todos esos asesinatos. No te estoy pidiendo que me juzgues. Soy mala perdedora y no me gusta que la gente me juzgue ni me diga lo que debí o no debí hacer. Solo quiero que me escuches.

—De acuerdo —le dijo Atsuko. A ella tampoco le gustaba recibir de los demás críticas a la ligera, aunque sí aceptaba aquellas razonables y bien meditadas.

Fumie permaneció unos instantes en silencio, como si estuviera ordenando mentalmente lo que iba a relatar. La luz del crepúsculo caía en diagonal sobre su rostro, destacándole la nariz y los ojos y oscureciéndole los labios.

—Mi padre falleció cuando yo estaba en la universidad. Murió en Hakata, ametrallado por un avión Grumman. Fue en la primavera del año en que terminó la guerra —comenzó Fumie.

Le contó, sin atisbo de vergüenza ni recato, en un tono calmado y neutro, su pasado como prostituta en el barrio rojo de Osaka para ganar el dinero que le permitiera seguir estudiando. Atsuko, que siempre había sido muy escrupulosa, despreciaba a las mujeres que se dedicaban a la prostitución, pero cuando Fumie le contó que ella había optado por aquel trabajo para poder seguir estudiando no pudo dejar de admirar su determinación, y su consideración hacia Fumie se mantuvo incólume.

—En cuatro años ahorré el dinero que necesitaba y salí pitando de allí. Después, esperé a que comenzara un nuevo curso y me reincorporé a la universidad. Ya sabes que, a diferencia de lo que pasa en Tokio, en Osaka no se suele tener tanta vida social con las compañeras fuera de las aulas, así que nadie se extrañó de que no hubiera tenido contacto con ninguna de ellas. En fin, que nadie supo que yo había estado trabajando en Tobita. Todas me creyeron cuando les conté que había estado recuperándome de una pleuritis.

Fumie le contó que, después de un tiempo de feliz vida universitaria, había conocido en un mercadillo navideño de la universidad a Shintaro Hishinuma, por entonces director de departamento en Towa Textiles. La amistad pronto derivó en una relación sentimental y contrajeron matrimonio en cuanto ella se graduó. Quizá el leve sonrojo que Atsuko creyó percibir en Fumie cuando narraba ese primer encuentro fuera solo el resplandor del sol poniente.

Atsuko sabía que el primer matrimonio de Shintaro Hishinuma había terminado en fracaso porque se lo había contado su suegra. Al parecer, la primera esposa de Shintaro era una mujer vanidosa y

afectada que no paró de causarle dolores de cabeza a su sufrido esposo. Fumie fue capaz de abrazar con paciencia y cariño el corazón herido de Shintaro, que buscaba el amor que no pudo hallar en su primera mujer. En la primera reestructuración organizativa de la compañía tras su enlace con Fumie, Shintaro ascendió al puesto de director ejecutivo sénior. Atsuko podía imaginar sin dificultad la felicidad de aquel matrimonio, bendecido con amor y prosperidad.

Fue en el banquete de su propia boda cuando a Fumie le presentaron al presidente Nishinohata. Quizá por los nervios de ser la protagonista del enlace, ella no se dio cuenta entonces de que aquel hombre había sido uno de sus clientes en el Palacio de los Sueños. De hecho, no volvió a saber nada de Nishinohata hasta pasados dos años de la boda. No lo reconoció de inmediato, pues cuando había estado con él en el burdel aún no lucía su característico y llamativo bigote. Por su parte, el presidente tampoco reaccionó en el momento, quizá porque no se percató de que la novia de uno de sus subordinados era la prostituta con la que había pasado una noche en el pasado, o, si se percató, decidió ignorarlo. El caso es que, durante los dos años que siguieron al enlace, no pasó absolutamente nada.

—Tengo mis sospechas de que el presidente envió a mi marido a Lancashire para acercarse a mí en su ausencia. Quizá sea una malpensada, pero lo cierto es que me llamó a casa justo la noche del día en que mi marido salió de viaje.

—¿Qué te dijo?

—Básicamente, que quería verme. Cuando empezó a llamarme, ponía como excusa a mi marido y me decía que quería comentarme varios asuntos de la compañía, y nos vimos dos o tres veces en restaurantes de lujo de Tsukiji y Yanagibashi. Al principio era muy discreto, pero después, poco a poco, empezó a hacer comentarios

rijosos cada vez con más frecuencia. Y cuando un día le paré los pies, dejó entrever que conocía mi pasado en el Palacio de los Sueños. «¿Qué crees que pasaría si este asunto llegase a oídos de tu marido?», me preguntó, con actitud claramente amenazante. Se suele decir que «se te corta la respiración», y eso fue lo que me pasó cuando me dijo aquello; casi me desmayo. Fue como si de pronto viera una grieta que amenazaba con echar abajo la felicidad de mi vida matrimonial.

Fumie hizo una pausa y respiró hondo. Ella era una mujer que había rehusado ser fotografiada durante su etapa de prostituta para enterrar el pasado. Se cambió de nombre para contraer matrimonio, y, una vez casada, evitaba ser reconocida saliendo a la calle siempre con gafas de sol y eludía presentarse en público, procurando así impedir de forma casi neurótica que su pasado fuese descubierto. El hecho de que los clientes del Palacio de los Sueños fueran hombres pudientes de clase alta no reducía las posibilidades de encontrarse con alguno: al casarse con un directivo de empresa se había introducido en ese círculo social. Finalmente, todas esas precauciones resultaron en vano.

Atsuko miró en derredor. Quedaban pocos clientes en la azotea.

—O sea, que el presidente era esa clase de hombre. Tenía entendido que era un mujeriego empedernido, pero no sabía que también fuese un miserable.

Fumie asintió con la cabeza a las palabras de Atsuko. A Atsuko le pareció que ella estaba haciendo un gran esfuerzo para contener su excitación.

—Supongo que sabrás que el día uno de junio el presidente no quiso que su secretario lo acompañara y se fue conduciendo él mismo el coche. Lo hizo para encontrarse conmigo en el Museo de Arte Moderno. Y allí, quién sabe cómo la habría conseguido, me

mostró una foto mía de mi etapa en el Palacio de los Sueños y me amenazó con hacerla pública si no hacía lo que me ordenaba. Me abalancé sobre él para quitársela, y en el forcejeo, la fotografía se rompió por la mitad y yo me quedé con la parte de arriba. La hice trizas allí mismo y se la tiré a la cara. Aunque… —se interrumpió bajando la voz, y, tras una pausa, continuó diciendo—: Pude rasgar la foto, pero no podía dejar vivo a nadie que conociera mi secreto. ¿No crees que tenemos derecho a defender nuestra felicidad? Yo quise defender la mía con mis propias manos.

—Te entiendo, Fumie.

—Una de esas noches en que no podía dormir pensando en la amenaza del presidente, se me ocurrió de pronto que todo quedaría resuelto si lo mataba. Y enseguida me puse a planear cómo podría hacerlo sin que me descubrieran. Ya lo tenía todo pensado cuando invité al presidente a mi casa en el Museo de Arte Moderno. Como a él ni se le había pasado por la cabeza que yo pretendía asesinarlo, debió de creer que me había rendido a sus exigencias y se presentó contentísimo en mi casa, ignorando que su sentencia de muerte ya había sido dictada…

Eran pasadas las seis y media de la tarde, pero aún había luz natural. Atsuko vio el destello triunfal en la mirada de Fumie cuando pronunció la última frase.

—Le propuse que nos encontráramos a medianoche en la salida este de la estación de Omiya con la excusa de evitar a mi asistenta y las miradas indiscretas de los vecinos, pues había planeado lanzar su cadáver sobre el tren que salía de la estación poco después de medianoche.

Atsuko miró extrañada a Fumie, porque creía que el cadáver había sido lanzado al vacío desde el puente Ryodaishi, pero no hizo ninguna pregunta y siguió escuchando.

—Mientras lo esperaba junto a la estación, oí que anunciaban por megafonía que, a causa de un accidente en Shimojujo, el tren llegaría con media hora de retraso. Fue un contratiempo, pero no me importó demasiado porque bastaba con retrasar media hora el plan. Aunque, si no hubiera tenido la suerte de oír el anuncio por megafonía, seguramente me habría puesto bastante nerviosa.

—¿No lo mataste en Ueno?

—No, fue en Omiya. Hice que el presidente subiera al paso elevado de la estación de Omiya y le disparé justo cuando el tren silbó para anunciar su salida. Después, solo tuve que tirar el cuerpo por encima de la barandilla. El tren aún no había cogido velocidad, así que pude lanzarlo sin problemas.

—Tuviste suerte de que no te viera nadie —dijo Atsuko, como celebrando la fortuna de Fumie.

—A esas horas de la noche no había transeúntes y, de haberlos habido, habrían cruzado por el paso a nivel de abajo. Nadie se habría molestado en subir y bajar las escaleras del paso elevado. Lo sé bien porque pasé tres noches estudiando la zona.

Atsuko se quedó callada, sintiendo una admiración genuina por el proceder cuidadoso y precavido de Fumie. Pero todavía no comprendía por qué Fumie había dejado rastros de sangre en el puente Ryodaishi para que este pareciera el lugar del asesinato.

3

La azotea se fue vaciando de clientes y el silencio se impuso. Fumie retomó el relato con su voz grave:

—Lo que te acabo de contar solo era la mitad del plan. Después tenía que coger el coche que él había aparcado al pie del paso

elevado y llevarlo hasta el parque Ueno. Mi intención era que la policía creyese que el asesinato se había cometido en Ueno, porque, como yo estaría en otro lugar a la hora del asesinato, tendría coartada.

—Me he perdido. Necesito que me lo cuentes otra vez, más despacio —dijo Atsuko. Al ver que Fumie cambiaba la pierna de apoyo, añadió—: Sentémonos en un banco.

—No, estamos bien aquí. Mira, te daré todos los detalles, ¿de acuerdo? El tren sobre el que yo planeaba lanzar el cadáver del presidente pasaba bajo el puente Ryodaishi de Ueno a las once y cuarenta. Por eso, simular que el asesinato tuvo lugar en el puente Ryodaishi haría parecer que el asesinato fue cometido a esa hora. Pero resulta que, a esa hora, yo estaba comprando un preparado de analgésicos para mi dolor de estómago en una farmacia de Omiya. Esa era la coartada que había ideado.

—Ahora lo entiendo —dijo Atsuko—. Pero ¿cómo descubriste un tren tan conveniente para ti?

—Si te fijas un poco en el horario, las ideas vienen solas. Además, siempre me han interesado los trenes y los viajes —repuso Fumie con naturalidad.

Dejar el coche de Nishinohata estacionado frente al Museo Nacional como si lo hubiesen abandonado con prisas, con el sombrero del presidente tirado en el suelo del coche y la puerta del conductor abierta, fue un ardid para dar la impresión de que el presidente había salido huyendo del coche. Fumie comentó con una sonrisa jactanciosa que así había interpretado la policía los indicios. Atsuko asintió con la cabeza, reconociendo que un hombre del carácter del presidente jamás se habría dejado llevar al parque Ueno a esas horas de la noche.

—Después, dejé rastros de sangre del presidente en el puente Ryodaishi con una esponja que había empapado en ella y tiré uno de sus zapatos en Uguisudani. Por aquella zona pasan las líneas Yamanote, Keihin-Tohoku y Joban, y si me confundía de vía se vendría abajo todo el montaje, así que tenía que fijarme bien. Lo había preparado con antelación y había memorizado cuál era la vía descendente de la línea principal Tohoku.

Una vez hecho todo esto, Fumie cogió seis taxis distintos para volver a su casa en Omiya, adonde llegó sobre las cuatro de la mañana. Cada vez que cambiaba de taxi interpretaba el papel de una mujer distinta; en uno era una señora adinerada, en otro, una criada, y así con los seis. Y por si la seguían, hizo que los taxistas dieran rodeos y cambiaran de dirección varias veces.

—Respirarías aliviada cuando llegaste a casa —le dijo Atsuko.

—Bueno, no te creas, no es fácil relajarse después de hacer algo así. Además, aún me quedaba un detalle engorroso que solucionar.

—¿Qué era?

—Verás, el presidente me había contado cuando nos vimos que había cenado en un restaurante chino antes de venir a Omiya.

—¿Y qué importancia tenía eso?

—El problema era la hora en la que estuvo allí. Me pilló por sorpresa, pero le fui sonsacando detalles, y me dijo que había salido del restaurante poco antes de las doce. ¿Entiendes lo que eso significa? Se supone que a esa hora ya estaba muerto, asesinado en el puente Ryodaishi.

—Oh, claro…

—Como tenía ese aspecto tan llamativo, era muy probable que alguien lo hubiera visto en el restaurante a esa hora y lo recordara. Si la policía se enteraba de este detalle, mi coartada se vendría abajo.

Fumie tuvo que pensar en cómo solucionar este imprevisto nada más regresar a casa, sin tiempo para darse siquiera un respiro.

Atsuko estaba absorta en el relato de Fumie e incluso se había olvidado de la tristeza por la pérdida de Narumi. En la azotea no quedaba casi nadie. Era una larga tarde de pleno verano, pero los rincones de los edificios empezaban a llenarse de sombras.

—Estuve estrujándome el cerebro para dar con una solución hasta que amaneció, aunque fueron apenas dos horas. Me di cuenta de que podía solucionar el problema haciendo creer que quien estuvo en el Ran-Ran de Ikebukuro no era el presidente, sino un doble suyo. Aprovecharía ese contratiempo a mi favor haciendo que pareciera que el asesino lo había matado en el puente Ryodaishi a las once y cuarenta y pretendía crearse una falsa coartada simulando que seguía vivo diez minutos después.

—No debió de ser nada fácil encontrar a alguien que se pareciera al presidente, con ese bigote tan llamativo…

—Al contrario. El detalle del bigote fue precisamente lo que me facilitó la ejecución del plan. Me bastó con ponerle un bigote grande a un hombre que tenía más o menos su edad y su complexión. Todo el mundo se fijaría en el bigote y no vería nada más. El ojo humano es muy caprichoso y ve lo que quiere ver, así que pensé que, si actuaba con audacia, mi plan tendría éxito.

—Sí, creo que en eso tienes razón.

Atsuko recordaba haber leído en libros de psicología acerca de la escasa fiabilidad del ojo humano. Sin embargo, Gosuke Nishinohata era una cara bastante conocida por sus apariciones en periódicos y revistas. Pensó que cierto parecido corporal no salvaría las diferencias en la fisonomía, e incluso despertaría sospechas.

Como intuyendo las dudas de Atsuko, Fumie le habló de Genkichi Obata.

—La idea se me ocurrió porque me acordé de que un jardinero que estuvo trabajando en mi casa, llamado Genkichi, tenía un cuerpo y una cara muy parecidos a los del presidente.

Pero Fumie desconocía el paradero de Genkichi. Había oído rumores de que había perdido el trabajo por culpa de la bebida, se había convertido en jornalero y sobrevivía humildemente en Tokio. Fumie contactó enseguida con Uetatsu, su jardinero de confianza, y consiguió localizar a Genkichi.

Genkichi era una buena persona. Jamás habría sospechado que una antigua clienta como ella albergara la intención de asesinarlo.

—Habría preferido no tener que matarlo, pero, si quería salvarme, debía hacer oídos sordos a la compasión. Genkichi se creyó a pies juntillas el cuento de que un hombre rico de Kansai quería contratarlo como jardinero y partió hacia allí para la ficticia entrevista muy animado. Yo le había metido a escondidas en el bolsillo de la chaqueta una fotografía del presidente y un bigote postizo. De esta forma, cuando lo encontraran y le registraran la ropa, darían por supuesto que había usado la foto como referencia para hacerse pasar por el presidente.

Atsuko no pudo convencerse de que una mujer tan ingeniosa como Fumie no tuviera otro remedio que sacrificar a Genkichi para salvar el pellejo. Seguramente por eso le había advertido desde el principio que no la juzgara.

El caso es que Genkichi Obata partió feliz hacia Kansai, vestido con el traje que le había comprado Fumie y con una botella de whisky como regalo de despedida, sin saber que moriría envenenado durante el viaje en tren, como había planeado Fumie.

Cuando se quisieron dar cuenta, ellas dos eran las únicas que quedaban en la azotea. Tal vez queriendo terminar el relato antes de

que el vigilante subiera y las echara, Fumie empezó a hablar más rápido, sin dar tiempo a Atsuko a que hiciera preguntas.

—Pero ni siquiera después de haber hecho todo esto pude quedarme tranquila —continuó Fumie—. No te había hablado de esto antes para no complicar aún más la narración, pero dos días después de la muerte del presidente, Hanpei Chita se presentó en mi casa sin previo aviso.

Fumie no tenía ninguna relación con el matón de la secta y trató de darle con la puerta en las narices, pero Chita la amenazó con un brillo torvo en la mirada y le dijo que había presenciado el asesinato del presidente.

«Yo también se la tenía jurada al presidente —le dijo, esbozando una sonrisa siniestra—. Esa noche lo estaba siguiendo con intención de acabar con él. Así que imagínate mi sorpresa cuando te vi hacer el trabajo por mí. Lo vi todo, desde lo del paso elevado de Omiya hasta lo del puente Ryodaishi en Ueno.»

Pensar que, de toda la gente del mundo, justo aquel escorpión hubiera sido testigo del crimen le causó a Fumie una conmoción tan grande como la que había sufrido cuando el presidente le enseñó la foto y la amenazó con revelar su pasado como prostituta. Se quedó muda, con el corazón encogido.

«Si hasta podríamos decir que somos camaradas en este asunto del presidente. Depende de cómo, tú y yo podríamos llegar a ser buenos socios. Depende de cómo, claro.»

«Vaya, que me quieres chantajear, ¿no es así?»

«No hace falta ponerse desagradable —dijo, envalentonándose cada vez más—. Llamémoslo negociación. Pero aquí no podemos hablar. Será mejor que charlemos con tranquilidad en la sala de visitas.»

Tras recuperarse de la conmoción inicial, Fumie tuvo claro enseguida cómo salir airosa de esa catástrofe sobrevenida. Ignoraba cómo lo haría exactamente, pero sabía que no tenía más opción que acabar con Hanpei Chita.

«¿Qué te parecen cinco millones de yenes?», dijo Chita nada más sentarse en el sofá.

Mientras escuchaba aquella parte del relato, Atsuko recordó su desagradable encuentro con aquel hombre en Shibuya y pensó que la actitud de aquel indeseable había sido la misma cuando la intentó chantajear a ella.

«No puedo reunir enseguida una cantidad tan grande», replicó Fumie. Le pareció que negarse en redondo era mala idea y, puesto que no tenía ninguna intención de pagarle, lo mejor sería hacer ver que cedía a sus exigencias para que se confiara.

«En ningún momento te he dicho que me lo pagues todo de golpe. Lo importante es que tu marido no se entere.»

«Tendrás que volver otro día. Para entonces, tendré pensada alguna solución para pagarte sin que nadie se dé cuenta.»

«Oye, oye, la policía cree que yo maté al presidente y me está pisando los talones. No tengo tiempo para esperar tranquilamente.»

«¡Tendrás que esperar! Por mucho que pueda fraccionar los pagos, cinco millones de yenes es muchísimo dinero. No puedo conseguirlo tan fácilmente. Además, ahora mismo estoy bastante alterada y no puedo pensar con claridad ni decirte nada más concreto. Vuelve dentro de cinco días. Estoy segura de que para entonces ya se me habrá ocurrido algo…»

Por supuesto, esos cinco días no fueron para reunir el dinero, sino para elaborar el plan de su asesinato. Pero para enfrentarse a un hombre tan peligroso como él necesitaba tiempo para pensar con calma.

Contra todo pronóstico, Chita cedió con relativa facilidad a las súplicas de Fumie. Una vez más, las habilidades que había adquirido en su etapa en el burdel le habían sido muy útiles.

4

La decisión de celebrar el funeral del presidente en Nagaoka se había tomado con bastante rapidez. En los cinco días que Fumie tuvo de margen para volver a recibir la visita de Hanpei Chita, elaboró con todo detalle el plan para asesinarlo aprovechando justamente el funeral.

Ya había gestionado el regreso de su asistenta, Tai Okuwa, desde la prefectura de Chiba, adonde la había enviado para que no entorpeciera su plan para matar al presidente. También había colgado en su antigua universidad el anuncio de que buscaba una estudiante que le guardara la casa mientras estaba fuera. La trampa estaba preparada.

Fumie sabía por la prensa y la radio que la policía seguía la pista de Hanpei Chita con mucho empeño. El día acordado, Chita se presentó en su casa tan tranquilo, como si no fuera un hombre perseguido y acosado. De hecho, hasta parecía estar disfrutando de su condición de fugitivo.

«Te lo pregunto desde ya: ¿qué piensas hacer con el dinero que me robes? La policía cree que eres el asesino del presidente Nishinohata. Te van a echar el guante tarde o temprano. ¿Has pensado en el lío en que me meterías si me mencionases en el interrogatorio?», le preguntó Fumie nada más entrar en el cuarto de visitas con Hanpei Chita.

«Me largo a Taiwán. Me alistaré en el ejército y volveré a los negocios. Mis amigos de allí me esperan con impaciencia.»

«¿En serio?»

«¿Para qué te iba a mentir? Y no pienso volver a Japón aunque prescriba este delito. Estoy harto de vivir en un país tan pequeño.»

Chita sacó pecho, imitando a un orgulloso nacionalista. Fumie exhaló un suspiro de alivio.

«Bueno, ¿y qué hay del dinero?»

«Tengo un plan —dijo Fumie, acercando el asiento para entrar en materia—. El día quince se celebrará el entierro del presidente en Nagaoka, y yo tengo que asistir. Te daré tres millones de yenes allí. El resto te lo iré dando de quinientos mil en quinientos mil, en cuatro pagos. ¿Qué te parece?»

«¿Qué puedo decir? Me parece que no tengo mucha opción. Supongo que tendré que esperar.»

«Bien. Adelántate. Ahora mismo te daré cien mil yenes para gastos de viaje y alojamiento.»

«Vale.»

«Es peligroso que sigas en Tokio. Como te acabo de decir, si te detuvieran y me mencionaras…»

«Tranquila, mujer. He trabajado en los servicios secretos. Si decido no decir algo, no lo diré aunque me torturen. Además, los métodos de tortura que usa la policía japonesa no me harían ni cosquillas.»

Su rostro parco en emociones por fin se mostró sonriente.

Fumie le indicó el *ryokan* en el que debía alojarse y, tras acordar los métodos de comunicación y los lugares de encuentro, le entregó cien mil yenes y se despidió de él. Todo iba según lo previsto.

—La gente corriente suele despreciar las técnicas que emplean las prostitutas, pero son muy útiles para tratar y manipular a los hombres. Gracias a las habilidades que aprendí en mi etapa en el

burdel, pude manejar a mi antojo a Chita, y hasta creo que me sirvió para mantener siempre una relación feliz y armoniosa con mi marido. La verdad es que creo que a cualquier mujer le iría muy bien aprender esas técnicas antes de contraer matrimonio. Bromas aparte, creo que sería una gran idea montar una escuela de seducción, o algo así, para enseñar a las mujeres a atraer y enredar a los hombres. Si mal no recuerdo, Weininger decía que las técnicas de las prostitutas son esenciales en un matrimonio.

Era la primera vez que Atsuko oía hablar del tal Weininger, pero le pareció que algo de razón podría tener Fumie. Casi lo tomó como el consejo bien intencionado de una hermana mayor.

Fumie echó un rápido vistazo a su reloj de pulsera, y Atsuko la imitó por inercia. Pasaban ya diez minutos de la hora de cierre. El vigilante habría empezado ya la ronda.

—¡Me queda mucho por explicar y se acaba el tiempo! —dijo hablando aún más rápido—. El plan consistía en simular que viajaría a Nagaoka por la línea Shin-etsu, cuando en realidad viajé en la línea Joetsu.

Fumie contó que el tren número 311 de la línea principal Shin-etsu y el número 725 de la línea Joetsu partían de la estación de Ueno como un único tren, y que el tren de la línea Joetsu llegaba a Nagaoka cuatro horas y diecinueve minutos antes que el tren de la línea Shin-etsu.

—En concreto, el tren número setecientos veinticinco de la línea Joetsu que tomamos nosotras llega a Nagaoka a las trece y catorce. En cuanto llegamos, mandé a Tai a descansar a un hostal y yo me fui al punto de encuentro que había acordado con Chita, cerca de la estación de Kitanagaoka. De ahí me lo llevé a un lugar poco concurrido y lo maté de una puñalada. Le había dado un té aliñado

con somníferos, y cuando lo apuñalé estaba casi dormido. Fue como llevar un cordero al degüello.

Atsuko no tenía ninguna objeción que hacer al asesinato de Chita. Pensó en lo a gusto que se habría quedado ella si hubiera tenido valor suficiente para matar a puñaladas a esa alimaña.

—Pero a esa hora se suponía que yo estaba a bordo del tren número trescientos once de la línea Shin-etsu, así que debía volver a subir al tren para que alguien me viera y pudiera atestiguar que viajaba en él.

Fumie hablaba cada vez más rápido. Las luces de neón de Ginza se reflejaban en las nubes del cielo, como si se hubiera formado una aurora boreal. Los grandes almacenes también estaban a punto de cerrar sus puertas. Si no se daba prisa, corrían el riesgo de quedarse dentro.

—Pero, en la práctica, este era un problema fácil de resolver y no me preocupaba demasiado. Bastaba con que tomara el tren con dirección a Osaka con salida a las quince y treinta y ocho en la estación de Nagaoka. Tenía tiempo de sobra. Según el horario de trenes, este tren llegaba a la estación de Echigo-Hirota, la sexta parada contando desde Nagaoka, a las dieciséis y veintitrés y se quedaba parado un minuto.[1] Pero resulta que el tren número trescientos once de la línea Shin-etsu en el que se supone que yo viajaba desde Ueno salía de Echigo-Hirota a las dieciséis y cuarenta y seis, veintidós minutos más tarde que el tren con destino a Osaka.[2] Así que solo tenía que llegar a Echigo-Hirota y esperar al tren número trescientos once.

Fumie desplazó la vista por la azotea, como si quisiera evitar mirar a Atsuko. Estaba oscureciendo, pero sus ojos seguían brillando como con luz propia.

Fumie refirió a toda prisa que había ido a la cabina del revisor con la excusa de haber perdido el cuaderno de sellos y que le dejó su nombre, apellido y dirección. Atsuko miraba el movimiento de los labios oscuros de su amiga, que de cuando en cuando dejaban ver sus dientes blancos. Por fin, Fumie concluyó su relato.

De pronto se hizo el silencio entre las dos. De muy abajo les llegó el ruido del tubo de escape de un coche, pero Fumie siguió con la mirada perdida en la lejanía.

—Hay solo una cosa que no entiendo —susurró Atsuko, como intimidada por el silencio.

—¿Qué cosa?

—¿Por qué me lo has contado a mí?

—Porque ya no hace falta que siga manteniéndolo en secreto —respondió Fumie, sacando su pañuelo y llevándoselo a la frente para enjugarse el sudor.

Atsuko también se limpió la frente con su pañuelo. Absorta en la narración, no se había dado cuenta de lo mucho que sudaba.

—A la gente le gusta criticar e inventar cosas sobre los demás. Pero yo quería que al menos alguien conociera la verdad.

—¿Cómo es que ya no hace falta que lo mantengas en secreto?

—Porque la policía ya lo sabe casi todo. Los inspectores saben que yo fui a preguntarle a Uetatsu por el paradero del señor Genkichi. Me lo contó él mismo al día siguiente de recibir la visita de los inspectores.

—Vaya…

—Los inspectores han sabido por Tai que viajamos en la línea Joetsu en vez de en la Shin-etsu.

—No me digas…

—Además, alguien me dijo que había visto a los agentes de la científica tomando muestras de sangre en el paso elevado de Omiya.

Así que estoy segura de que la policía tiene indicios más que suficientes para acusarme del asesinato del presidente Nishinohata. Aunque sigo sin entender cómo descubrieron que no lo maté en el puente de Ueno… —dijo casi en un susurro con un leve temblor de emoción en la voz—. ¿No te has dado cuenta de que un policía nos está siguiendo? Lleva detrás de mí desde que salí de casa.

—La verdad es que no.

—Está escondido detrás de la esquina del edificio gris que hay más allá de la jaula del oso. Nos ha estado observando desde que llegamos —dijo Fumie, mirando hacia un pequeño corral de hormigón donde en otro tiempo hubo elefantes—. Mira y espera. No tardará en asomar la cabeza. Tiene una pinta lamentable, con esa ridícula gorra de cazador.

Atsuko obedeció y esperó la aparición del policía. La silueta del edificio formaba un triángulo negro en el suelo de losas marrones. En cualquier momento, la figura tocada con gorra de cazador asomaría por una esquina del corral. Pero por más que esperó, no vio nada.

El tiempo fue pasando. De pronto, oyó algo a su espalda, el sonido de un zapato que rozaba contra una superficie dura. Atsuko se volvió conteniendo el aliento.

El bolso y el pañuelo de Fumie descansaban en el ancho pretil, pero ella no estaba. La luz asalmonada del atardecer bañaba el pañuelo, que parecía una rosa solitaria.

Desde la bahía de Tokio llegó la fresca brisa del atardecer veraniego, pero Atsuko la sintió como un melancólico viento otoñal que dejó helado su atribulado corazón.

Epílogo

1

Onitsura y Tanna tomaban *kvass* mientras esperaban a su invitado en el restaurante Viktoria. Incluso a Onitsura, que no podía tomar alcohol, le gustaba esta bebida rusa que parecía una mezcla de cerveza y sidra.

—¿Esto es una bebida alcohólica o un refresco? —preguntó Tanna observando con curiosidad el espumoso líquido ámbar.

—No, no es una bebida alcohólica. Yo diría que es un tipo de soda. Pero como se elabora con harina y malta de cebada, no es extraño que recuerde un poco a la cerveza.

—Me sabe a poco porque no tiene alcohol, pero no está nada mal —se quejó Tanna, que aun así se bebió el vaso de un trago.

—¿Te apetecería probar una bebida similar que se llama *boza*? Es un poco viscosa y agridulce y se elabora con manzanas o peras.

—Por probar, que no quede —dijo Tanna, relamiéndose.

Diversos asuntos habían obligado a Onitsura y Tanna a posponer la celebración de la resolución del caso Nishinohata, pero esa noche por fin habían podido encontrar un hueco para juntarse en privado en un restaurante ruso. Quizá por la escasa popularidad de la cocina rusa, apenas había comensales en el espacioso local. Solo había un puñado de estudiantes con pinta de radicales de izquierda en la otra

punta, que bebían vodka, picoteaban pequeñas salchichas fritas y discutían. A Onitsura le gustaba que fuera un establecimiento poco concurrido.

El inspector Onitsura llamó al camarero y pidió dos *bozas* mientras Tanna sacaba un cigarrillo y se lo encendía.

—¿A quién esperamos esta noche?

—A alguien a quien no conoces. De hecho, yo tampoco lo conozco en persona.

—Debe de estar muy ocupado, ¿no? —preguntó Tanna mirando el reloj.

—Sí. Me dijo que solo tendría diez o quince minutos. Ni siquiera lo podremos agasajar con un buen banquete.

—¿Es un periodista? —preguntó Tanna al azar.

—No. Es un actor. Estará al caer.

—¿Un actor?

—Sí. Es actor de teatro, pero también trabaja en la radio y la televisión. Se llama Sensuke Hirota.

—¿Sensuke Hirota? Me suena, aunque no sé de qué. Pero ¿para qué ha invitado a un actor? —dijo Tanna con una mueca de extrañeza, y echó una bocanada de humo.

—¿No te acuerdas de que Murase nos contó que cuando vio al presidente Nishinohata en el restaurante chino Ran-Ran estaba allí con un amigo? Pues es ese amigo.

—Ah, claro, vale.

—Lo buscamos por cielo y tierra, pero no hubo manera, y es que resulta que la compañía de teatro a la que pertenece estaba de gira por Hokkaido. Cuando regresó a Tokio, se enteró de que yo andaba buscándolo. Y me ha dicho que, aunque ya no importa, esta noche nos va a contar lo que había descubierto Murase.

El actor de teatro apareció por fin cuando ya casi habían vaciado los vasos de *boza*.

—Tengo que volver a subir al escenario en el tercer acto, así que me temo que solo podré dedicarles diez minutos —dijo nada más sentarse a la mesa.

Era un hombre delgado en la treintena. El pelo le empezaba a clarear ya por delante y tenía los ojos muy saltones. Lo de actuar debía de ser vocacional: se notaba en su gesticulación vehemente.

Onitsura pidió té y *pirozhki*. Estos panecillos fritos rellenos de carne se podían comer a modo de aperitivo, como los sándwiches.

—De momento, dejemos para más adelante lo que descubrió Murase y centrémonos en cómo es el sistema de pronunciación japonés.

Aquella extraña propuesta de Sensuke Hirota, que hizo como quien no quiere la cosa mientras le hincaba el diente a un *pirozhki*, fue tan inesperada que Tanna se quedó mirándolo con la boca abierta.

—La llegada masiva a Tokio de gente de las distintas regiones de Japón en los últimos años ha ejercido una importante influencia en los hábitos y las costumbres de los tokiotas nativos. Por ejemplo, antes de la guerra bastaba con decir *negi* (puerro) para referirnos al *nihon-negi* (puerro japonés); y para referirnos a la cebolla decíamos *tama-negi*. Sin embargo, ¿qué pasa ahora? Tenemos que decir expresamente *naga-negi* (puerro largo) para referirnos al *nihon-negi*. Y estas nuevas formas han invadido incluso la prensa, la radio y la televisión. Otro ejemplo cercano de esta perniciosa influencia provinciana sería la forma de asar la paparda del Pacífico. En Tokio, de toda la vida se ha preparado este pescado partiéndolo por la mitad a lo largo en dos piezas y colocándolas en una rejilla para asarlas. Los tokiotas siempre han apreciado mucho la elegancia en lo

que hacen, así que incluso para asar un pescado vulgar como este entendían que lo más estético era partirlo en dos, dada su longitud. Pero ¿qué pasa ahora? Incluso en la televisión, este pescado aparece asado entero. Esta es otra prueba más de que las costumbres de Tokio están siendo atropelladas por los forasteros.

—Entiendo.

—Y el modo que tienen de mutilar el idioma, añadiendo honoríficos para referirse hasta a los nombres de los alimentos, por ejemplo, como si fuera un signo de distinción… Otro desatino. Me parece lastimoso el modo en que esa gente de provincias está pervirtiendo nuestra cultura.

Los dos detectives pensaban que Hirota iba a darles una conferencia sobre la pronunciación del japonés, y el hombre va y se pone a despotricar de puerros y pescados. Onitsura escuchaba con atención, pero a Tanna, que había nacido en provincias, se le removían las tripas cada vez que lo oía hablar con ese desprecio de ellos, y siguió comiendo *pirozhki* con mohín enojado.

—Lo mismo ocurre con la pronunciación. Los que hemos recibido formación para pronunciar con corrección somos muy sensibles a las palabras, y nos parece lamentable que los jóvenes de hoy en día sean incapaces de pronunciar correctamente las oclusivas nasales de los fonemas con ge.

—¿A qué se refiere con las oclusivas nasales de los fonemas con ge? —preguntó Tanna, que no tenía mucho interés en las palabras.

—Lo normal es pronunciarlas como *ga*, *gi*, *gu*, *ge* y *go*, es decir, como una oclusiva sonora velar. Pero en japonés, estos fonemas también se pueden pronunciar como *nga*, *ngi*, *ngu*, *nge* y *ngo*, es decir, como oclusivas nasales.

—Oh, vaya, no lo sabía.

—La mayoría de estos fonemas cuando están al inicio de una palabra se pronuncian como sonoras velares; sin embargo, a las que aparecen en posiciones intermedias les corresponde casi invariablemente la pronunciación oclusiva nasal.

—Qué complicado. Si hay que saber todo eso para ser actor de teatro, me temo que jamás podría serlo.

—No se preocupe. Usted las está pronunciando a la perfección. La gente de Hokkaido, Tohoku, y de Kanto hasta Kansai suele pronunciarlos bien sin instrucción expresa. Los que no saben hacerlo son los habitantes de la isla de Kyushu y, curiosamente, los de la prefectura de Gunma. La próxima vez, fíjense en los programas de radio de Takasaki u Ota. Les va a parecer que están grabados en Kyushu.

—Es cierto esto que dice. Reconozco que es bastante molesto escuchar un japonés con las oclusivas nasales mal pronunciadas —convino Onitsura.

—Sí, sí; es que es la verdad. Sin embargo, como acabo de decir hace un momento, tal vez por influjo de los japoneses que viven en las regiones que quedan al oeste de la prefectura de Yamaguchi, incluso muchos jóvenes nacidos en Tokio parecen incapaces de pronunciar las oclusivas nasales. Esto también les resultará evidente si escuchan la radio. Quizá… —el actor engulló un *pirozhki*— todo pueda explicarse por la influencia de los cantantes de jazz. Por alguna razón que se me escapa, los cantantes japoneses de jazz evitan pronunciar las oclusivas nasales a propósito. Hay quien cree que se debe a que el primer cantante japonés de jazz fue alguien de la prefectura de Gunma que no sabía pronunciarlas de forma correcta, y que los que lo siguieron lo imitaron. En cualquier caso, pienso que debemos proteger y mimar nuestra lengua. Y a mi

entender, especial responsabilidad tienen en este asunto los políticos.

A Tanna le aburría la conversación. Pero Sensuke Hirota debía de ser esa clase de personas que creen que si él se está divirtiendo, los demás también.

—También le digo que la gente de Tokio que sabe pronunciar estas oclusivas nasales tiende a pronunciar todo como oclusivas nasales. Lo suele hacer un locutor de una emisora musical que…

—Es un tema fascinante —lo cortó Tanna—. He aprendido muchísimo —dijo en un tono que no parecía manifestar admiración ni ironía.

—No, por favor, es un placer contarles estas cosas —repuso con gesto serio el actor, y Tanna bajó la mirada apresuradamente—. Pues fíjese que otro problema de pronunciación interesante en relación con el japonés estándar con el que la gente de provincias suele tener dificultad es con la pronunciación de los fonemas sordos que comienzan con ka y te.

Tanna levantó la vista al techo con expresión de hartura. Sus gestos parecían decir: «¿Por qué no vas al grano de una vez?».

—Por ejemplo, la *yuki* (nieve) que cae cuando llega el invierno. *Ki* es un fonema sonoro; sin embargo, cuando esta palabra se utiliza como parte del nombre de una niña, en Yukiko, por ejemplo, esta *ki* se convierte en un fonema sordo. Si se pronuncian todos estos fonemas sordos como sonoros, el japonés comienza a sonar a coreano. Lo mismo cabe decir del fonema *tsu*. Para pronunciar correctamente la palabra *mesa* en japonés, hay que decir *tskue* y no *tsukue*, es decir, la *tsu* se convierte en un fonema sordo: *ts*. Una de las razones por las que a mí no me gustan las transcripciones del japonés en caracteres latinos es que estas suelen borrar las diferencias entre los fonemas sonoros y sordos. En cualquier caso,

me pregunto si para ustedes los investigadores no habrá casos en los que tener presentes estos detalles podría serles útil.

—Bueno… —musitó Tanna sin mucha convicción.

—Cambiando de tema, y en relación con el asunto de su amigo Murase, tengo entendido que a él le parecía muy importante el hecho de que la persona que falleció envenenada en la sala de espera de la estación de Hamamatsu era alguien que, mientras estuvo vivo, nunca salió de Tokio.

—Así es. Leyó el artículo de prensa en la emisora de radio y debió de llegar a alguna conclusión —dijo Onitsura asintiendo.

Tanna volvió a mirar estupefacto al actor, que había cambiado de tema con una facilidad pasmosa.

—Teniendo en cuenta ese detalle, me parece que puedo llegar a la misma conclusión que Murase. Si el tal Obata era un tokiota nativo que se jactaba de haber vivido siempre en Tokio, su japonés debía de ser el estándar. Como procedía de un barrio popular, me temo que no sería un japonés especialmente correcto, pero se parecería bastante.

—Entiendo.

—Sin embargo, el hombre con aquel bigote estrafalario que entró a cenar al Ran-Ran, aunque hablaba japonés estándar, era incapaz de pronunciar las oclusivas nasales de las que les acabo de hablar. No solo eso, sino que pronunciaba como fonemas sonoros aquellos que empiezan con ka y con te y que deben ser pronunciados como fonemas sordos. Igual que el pintor es sensible al color y el músico lo es al tono y la armonía, a nosotros los actores no se nos escapan estos detalles. La breve semblanza que hicieron del señor Nishinohata decía que había vivido en Kyushu desde pequeño, así que no era extraño que pronunciara como lo hacía. Y eso demostraba que el hombre que estuvo en el Ran-Ran haciéndose

pasar por el señor Nishinohata no pudo ser Obata, como creía el equipo de investigación.

Mientras hablaba, el actor echó un vistazo a su reloj de pulsera, se levantó disculpándose por tener que dejarlos así, pero tenía que volver al teatro, y les agradeció la cena antes de salir corriendo.

De pronto, todo quedó en silencio, como si un motor que había estado acelerando se hubiese parado de golpe.

Al cabo, Onitsura y Tanna se miraron y se sonrieron. Era una sonrisa que nacía de la sensación de liberación porque por fin habían resuelto un misterio que parecía irresoluble y, al mismo tiempo, del desconcierto que les había causado la obviedad de la solución.

—O sea que era eso —dijo Tanna con alivio. Su expresión revelaba cierto arrepentimiento por el desdén con el que había tratado al actor.

—Me temo que con esto no saciaremos el hambre. No es un plato muy veraniego, pero ¿te apetece un *borsch*? —sugirió Onitsura.

2

En cuanto atacaron los dos cuencos grandes de *borsch* empezaron a sudar como condenados. Como había dicho Onitsura, era un plato más adecuado para el invierno.

—Imagino que este será un plato que disfrutarán en la Siberia nevada. Desde luego, te calienta que es una maravilla —comentó Tanna, comiendo pan de centeno a dos carrillos.

La sopa estaba deliciosa, en efecto. La carne era sabrosa y las verduras estaban muy bien cocidas y empapadas del gusto del caldo. Mientras saboreaba la sopa y se enjugaba la frente con un

pañuelo, Tanna se devanaba los sesos tratando de hallar respuesta a la pregunta que le quedaba por resolver.

El actor de radionovelas descubrió por su pronunciación que el hombre que había cenado fideos chinos en el Ran-Ran no era Genkichi Obata. Pero Onitsura había deducido lo mismo a partir de los informes del caso. Tanna los había leído varias veces en los últimos días, pero había sido incapaz de encontrar nada que lo condujera a tal deducción. No tenía más remedio que tragarse el orgullo y preguntárselo a Onitsura.

Terminaron de cenar y les trajeron los cafés. A Onitsura no le sentaba bien el café y se quedó paseando la mirada por el local sin decir nada. Tanna pensó que aquel era el momento.

—Le he dado mil vueltas al asunto, pero no consigo saber cómo pudo usted deducir de los informes del caso que el hombre que estuvo en el Ran-Ran no era Genkichi Obata.

—Oh, eso. Bueno, lo que acabas de decir no es del todo exacto. Aunque la conclusión a la que se llega es la misma, y eso es lo importante, de lo que me di cuenta leyendo los informes fue de que daba igual suponer que quien había aparecido en el Ran-Ran fue Genkichi Obata o el propio Gosuke Nishinohata. Y cuando, bajo este supuesto, investigué los movimientos de Obata en Tachibanaya, descubrí que esa noche él no había salido del hostal. Ahí fue cuando tuve la certeza de que a quien vieron los actores en el Ran-Ran fue al presidente Nishinohata.

—Pero, a ver, lo que yo quiero que me cuente es qué es lo que descubrió exactamente leyendo los informes —insistió Tanna, dejando la taza de café en el platillo.

Onitsura abrió entonces su maletín, sacó un cuaderno grande que dejó abierto sobre la mesa y dibujó un gran círculo en una página.

Después, trazó dos líneas tangentes sobre la curva de la circunferencia a partir de un punto fuera de la misma.

—Por favor, no me haga ahora repasar geometría. Se me va a indigestar la comida.

—No te preocupes, hombre. Fíjate. La circunferencia es el recorrido de la línea Yamanote. Estas dos rectas tangentes son la línea Akabane, que une las estaciones de Ikebukuro y Akabane, y la línea principal Tohoku, que sale de Ueno y llega a Omiya pasando por Akabane.[1]

—Muy bien.

Tanna echó el torso hacia delante y se puso serio. Tenía un gran interés y una gran esperanza en la explicación que Onitsura se disponía a ofrecerle. Había releído con cuidado los informes del caso. ¿Qué era lo que había pasado por alto?

Onitsura fue escribiendo uno por uno los nombres de las estaciones de la línea Yamanote sobre la curva de la circunferencia y marcó con una cruz un punto un poco más allá de la estación de Shimojujo.

—Aquí es donde se produjo la colisión a las once y diez de la noche del primero de junio. Como bien sabes, la circulación en ambas líneas, la ascendente y la descendente, quedó suspendida. En esta situación, el tren número ciento diecisiete, con salida de Ueno media hora más tarde y con destino a Aomori, no podía pasar por la estación de Shimojujo. Llamé por teléfono para preguntar qué había hecho ese tren, y me dijeron que había salido igualmente, pero por el desvío de la línea Akabane y pasando por Ikebukuro. Esto también lo sabías.

—Sí.

—El caso es que yo podría haberlo deducido sin necesidad de hacer ninguna llamada. El mero hecho de que el tren salió de la

estación de Shiroishi solo con veinte minutos de retraso a la mañana siguiente significaba que por fuerza había ido por la línea Akabane. Si uno de los lados de un triángulo queda intransitable, no queda más remedio que avanzar por los dos restantes.

—Claro.

—Mira, vamos a imaginar que esta caja de cerillas es el tren número ciento diecisiete.

Onitsura cogió una caja de cerillas publicitaria del restaurante Viktoria y la colocó sobre el punto del dibujo que representaba la estación de Ueno.

—Fíjate bien, Tanna. Si el tren sale de la estación de Ueno y quiere incorporarse a la línea Akabane en Ikebukuro —dijo, moviendo la cajita sobre los raíles imaginarios—, no podría hacerlo directamente. Como podrás entender a través de este dibujo, primero tiene que desplazarse en dirección a Shinjuku, separar la locomotora, conectar otra al último vagón y partir. Es decir, el orden de los vagones en relación con el sentido de la marcha quedaría invertido respecto a cuando partió de Ueno.

—Lo sigo —respondió Tanna, impasible. Esto era algo que podía ver sin necesidad de explicaciones pesadas.

—Vamos a devolver el tren número ciento diecisiete a su punto de partida. Este tren sale de Ueno a las veintitrés y cuarenta y un minuto después pasa bajo el puente Ryodaishi. Supongamos que el cadáver cae sobre el tren en este punto. En este caso, la sangre que brotara del cuerpo sería desplazada hacia atrás por efecto del viento. Es decir, que las manchas tendrían forma de signos de exclamación. —Onitsura dibujó un signo de exclamación en la caja y continuó moviéndola en dirección a Ikebukuro—. Entonces el tren llega a Ikebukuro, y aquí la locomotora cambia de extremo y el último vagón se convierte en el primero y viceversa. Luego el tren continúa

viaje en dirección Sendai por la línea Akabane y pasa por Omiya. Ahí está la clave.

Onitsura miró a Tanna expectante.

—Supongo que ya te habrás dado cuenta, pero según la información que nos remitieron de Sendai, la mancha de sangre que había en el techo del vagón estaba corrida hacia atrás, es decir, que estaba desplazada en sentido contrario al de la marcha del tren.

—…

—Sin embargo, dado que el sentido de la marcha se invirtió en Ikebukuro, la mancha de sangre debería verse desplazada en sentido contrario. O sea, según esta caja de cerillas, cuando el tren llega a la estación de Sendai, el signo de exclamación debería estar al revés.

—¡Claro!

—Pero resulta que cuando analizaron la mancha en Sendai, estaba desplazada en el sentido contrario al de la marcha. Solo podía haber una explicación posible para ello: que el cadáver fuera lanzado sobre el tren número ciento diecisiete después de que se invirtiera el orden de sus vagones con respecto al sentido de la marcha. Siendo más precisos, tenían que haberlo hecho después de que el tren saliera de Ikebukuro y, por consiguiente, el puente Ryodaishi no podía ser la escena del crimen —concluyó Onitsura en tono enfático, articulando las palabras despacio y con claridad.

Por fin todo encajó para Tanna.

—Si el puente Ryodaishi no fue la escena del crimen, el asesinato no pudo cometerse a las once y cuarenta. Por tanto, cabía suponer con bastante seguridad que el hombre que fue visto cenando en el Ran-Ran no era otro que la víctima. Este fue el punto de partida de mis deducciones posteriores —dijo, y se interrumpió para aguzar el oído.

Empezaba a sonar en el restaurante el preludio de una canción tradicional rusa, *Ojos negros*. Enseguida, con acompañamiento de balalaica, la voz temblorosa de una soprano rusa comenzó a cantar la melodía romaní: *«Ochi chornye, ochi zhguchie…»* (Ojos negros, ojos ardientes…).

—Dicen que la señora Hishinuma tenía unos ojos preciosos —musitó Onitsura.

Tanna no sabía nada del folclore ruso y no entendió por qué de pronto Onitsura mencionaba a Fumie.

—Eso dicen —repuso, lacónico, con voz queda.

Notas

III

1. Ver horario de trenes 1.

IV

1. Ver horario de trenes 1.

V

1. Ver horario de trenes 2.

XII

1. Ver horario de trenes 3.

XIII

1. Ver horario de trenes 3.
2. Ver horario de trenes 3.
3. Ver horario de trenes 4.
4. Ver horario de trenes 4.
5. Ver horario de trenes 3.

XV

1. Ver horario de trenes 2.

2. Ver horario de trenes 3.
1. Ver figura de las líneas de ferrocarril.

El misterio del Cisne Negro
Tetsuya Ayukawa

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.
Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.
En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Título original: 黒い白鳥 (KUROI HAKUCHO)

© Tetsuya Ayukawa, 2013
Spanish translation rights arranged with KOBUNSHA CO., LTD
through Japan UNI Agency, Inc., Tokyo

© por la traducción del japonés, Víctor Illera Kanaya, 2025

© Editorial Planeta, S. A., 2025
Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.edestino.es
www.planetadelibros.com

Diseño e ilustración de la cubierta: Planeta Arte & Diseño

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2025

ISBN: 978-84-233-6867-9 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta